WES MARKIN

Edición española



NAVIDAD CON EL CONDUCTO

UNA NOVELA DEL INSPECTOR JEFE MICHAEL YORKE

Navidad con el Conducto

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Libro 6

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Jenny Cook

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Para Gill y Derek

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva Llorosa

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Parca

Navidad con el Conducto

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Tres Semanas Después
Tres Meses Después
Seis Meses Después
Agradecimientos
Reseña

l

DÍA DE NAVIDAD

TRAJERON EL PAVO rodando. Era un auténtico monstruo de ave. Los residentes de *Rose Hill* estaban encantados.

Todos excepto Bernard Driggs.

Estaba demasiado ocupado mirando a los ojos de la mujer que amaba. Y, para ser sincero, últimamente no tenía mucho apetito. Lo había perdido al cumplir los setenta y tres, y nunca había vuelto realmente.

Aun así, mostró algo de respeto, rompió el sagrado contacto visual con Louisa y echó un vistazo al ave mutante, que probablemente experimentaba un gran alivio por estar muerta y no tener que arrastrar su gigantesco cuerpo por el corral. Si es que realmente había sido criada en un corral y no en un laboratorio.

El cuidador que traía la pieza central avícola para el almuerzo navideño parecía haber heredado el suministro de esteroides de este pavo. A Bernard no le gustaba no reconocer al hombre, pero era algo habitual. *Rose Hill* era una residencia con cuidados de enfermería, no una residencia simple, lo que significaba que la mayoría de las personas alrededor del salón, actualmente moviendo sus cansadas cabezas al ritmo de *"I wish it could be Christmas everyday" de Wizzard*, eran tan autosuficientes como este pavo en la bandeja, y eso requería mucho personal, incluidas enfermeras cualificadas. Y hoy, siendo el día de Navidad, habría trabajadores de agencia.

El estallido de un petardo desvió su atención hacia una mesa circular adyacente. Ronnie parecía satisfecho consigo mismo. Se había enfrentado a Deirdre y había ganado. Realmente sorprendente. Hasta hoy, Ronnie no se había levantado de la cama en más de una semana. El buen espíritu navideño, ¿eh?

El chirrido del metal contra metal devolvió su atención al corpulento cuidador. Cuchillos para trinchar.

Desde que podía recordar, el ruido repentino había sido un problema para Bernard. En el campo de golf, hacía unos años, antes de que la artritis le retorciera las manos, era conocido cariñosamente como *El Respingón*. La verdad, aunque nunca le gustaba hablar de ello, era que los respingos habían empeorado desde sus diez semanas en las Islas Malvinas allá por 1982...

—¿Bernard? —dijo Louisa.

Esta era una llamada de atención mucho más agradable, y la aceptó sin respingar. Volvió a encontrarse con su mirada. Sus ojos, aunque enmarcados por arrugas, un arma inevitable de la edad, eran los ojos más juveniles del lugar. Mirando esos ojos, simplemente no podía creer que ella estaría muerta para la próxima Navidad.

—¿Crees que es de corral? —dijo ella—. Ya sabes lo que piensa Maisie.

Maisie era la nieta de Louisa. Se había casado con un agricultor ecológico. Sus animales se criaban con pasto y aparentemente eran "muy felices". Bernard se preguntaba si seguirían siendo felices cuando les llegaba el momento del sacrificio, pero obviamente nunca hacía esa pregunta.

—Bueno, podrías haber ido a pasar la Navidad allí —dijo Bernard.

—Pero quería pasarla contigo. Entonces, ¿el pavo? ¿De corral?

—Quisiera creer que sí. Especialmente porque ahora estoy pagando casi mil libras a la semana por vivir en el lujoso, aunque bastante soñoliento, *Rose Hill*.

Ella le apretó la mano y sonrió. Las arrugas rodeaban sus ojos, pero la vitalidad seguía brillando a través de ellos. —Siempre pensando en el dinero.

—Déjame adivinar... —Bernard también sonrió—. ¿No te lo puedes llevar contigo?

Ella levantó un petardo. —Vivimos el ahora.

—Siempre —dijo Bernard, tirando del petardo. Ella ganó. Otra vez.

El almuerzo fue lento, y la lista de éxitos navideños iba ya por su tercera vuelta. Bernard logró dar algunos bocados al ave mutante, y sus papilas gustativas *sí* que se animaron momentáneamente bajo el

sabor agridulce de la salsa de arándanos, pero finalmente todo se convirtió en serrín de nuevo. Louisa tampoco comió mucho. A medida que el cáncer avanzaba, se intensificaba el régimen de medicamentos y el apetito era el sacrificio. A menudo bromeaba diciendo que ya estaba recibiendo suficientes calorías de las pastillas.

Cuando *Last Christmas* de *Wham* empezó a sonar de nuevo, Bernard tuvo que limpiarse una lágrima del ojo. Louisa volvió a tomar su mano y se inclinó hacia él. —No lo hagas.

—Pero el año que viene... —Se contuvo. Se había prometido a sí mismo que no haría esto. No hoy.

—*Ahora*. Vivimos el *ahora*.

Bernard asintió.

Volvió a mirar alrededor del salón. Debía de haber unas ocho mesas, cada una con tres o cuatro comensales. Muchos de los residentes de *Rose Hill* habían sido llevados a casa por sus seres queridos para ver a sus nietos. Los que quedaban eran los desafortunados. Los que no tenían familia, o aquellos con una familia que no quería empañar su cuento de hadas navideño. Bernard no tenía familia, pero tenía a Louisa y, hoy, ella lo tenía a él. Eso los hacía muy afortunados.

También era una suerte que pudieran alimentarse por sí mismos. Más de diez residentes estaban siendo alimentados con cuchara por los cuidadores. Algunos ya dormían en sus sillas. Tener pleno control de sus facultades, se dio cuenta Bernard, era una auténtica bendición.

Y quería aprovechar eso en beneficio de ambos.

Se inclinó sobre la mesa. —Tengo muérdago en mi habitación.

—¡Bernard Driggs! —exclamó Louisa. Su rostro enrojeció ligeramente. A él le gustó. Había estado bastante pálida últimamente y eso le preocupaba.

Bernard señaló por encima de su hombro a Kate, la cuidadora más cercana. Tenía un corazón de oro, pero era absolutamente estricta con las reglas. —Yo iré primero. Si consigo pasar a la Gestapo, tú me sigues.

Ella se mordió el labio inferior. Bernard sintió una descarga de adrenalina. Le gustó. ¡El día de Navidad también le estaba dando un subidón!

—Vamos, vamos, señor Driggs, ¿no se come sus verduras? —dijo Kate, sonriendo.

—Por favor, señorita, ¿puedo ir al baño?

Kate se rio. —Déjalo ya. ¿Te estás divirtiendo? —Le guiñó un ojo —. Louisa es toda una joya.

—¡Ahora eres tú la que debe dejarlo!

—¿Por qué me preguntas a mí? Los aseos comunitarios están por allí —señaló en la dirección de donde él había venido.

—Solo voy a mi habitación, Kate, si no te importa. Me dejé el móvil allí y quiero comprobar si Bryan me ha escrito. ¿Conoces a Bryan? Mi hermano que vive en el extranjero. Voy a llamarle.

—Vale, te acompaño.

—Podría tardar un rato.

Kate lo pensó un momento y suspiró. —Está bien... La verdad es que quiero escuchar a *Slade* por tercera vez, y es lo próximo, así que adelante. Pulsa el timbre si necesitas algo mientras estás ahí dentro.

Bernard le sonrió a Louisa. Cuando se acercaba a la salida del salón, el cuidador que había desmontado el pavo le cortó el paso. No sonreía. A Bernard no le gustaban los cuidadores condescendientes, de los que, por fortuna, había pocos, pero *realmente* no le gustaban los cuidadores *malhumorados* que se comportaban como si fueran carceleros.

—Disculpa —dijo Bernard.

—¿Adónde vas?

—Sin ánimo de ofender, ya he tenido esta conversación... añade a eso el hecho de que no soy un prisionero.

Oyó que alguien se acercaba por detrás. —Ya he hablado con el señor Driggs, Roy, gracias.

Bernard sonrió. —Sí, Roy, ella ha hablado conmigo... como con un adulto.

Mientras Bernard se escabullía, le dijo al cuidador que lo miraba con mala cara: —Buen trabajo con el pavo, Roy, pero intenta recordar que los seres humanos no son pavos.

Durante su trayecto por el pasillo, se preguntó cómo demonios iba a conseguir Louisa llegar sola hasta su habitación. Eran muy vigilantes, y aunque solo bromeaban sobre que eran como la Gestapo, a veces parecía que les daban buena competencia.

Pero lo conseguiría. A pesar del cáncer, Louisa aún se mantenía firme sobre sus pies. Se inventaría una excusa similar. Una reconfortante llamada familiar necesaria para mantener alejada la melancolía navideña.

Cuando llegó a su habitación, lo organizó todo lo más rápido que pudo. Colocó su mesa de lectura en el centro de la habitación, puso una vela encima, y luego sacó algo de contrabando del fondo de su armario. Un mechero. Sonrió mirando hacia la alarma de incendios. Aunque era muy improbable que una vela la activara, no iba a arriesgarse. Tras una astuta investigación en Google, la había abierto antes de las festividades navideñas y la había desactivado. Seguramente los cuidadores habrían sido alertados de su repentina inactividad, pero Bernard había apostado a que estarían demasiado ocupados con los preparativos navideños para ocuparse de ello de inmediato. Parece que apostar por su incompetencia había sido una apuesta segura. Y una que valía la pena ahora que se acercaba el momento a la luz de las velas con su amada.

Después de encender la vela, echó un vistazo a su teléfono móvil y vio que, de hecho, había un mensaje; no de su ficticio hermano en el extranjero, sino más bien de un amigo con el que solía caminar.

El mensaje decía: *Feliz Navidad, Bernard. No te pases con el pavo, grandullón. Asegúrate de abrir tu regalo. Cuida de tu hermosa dama, y nunca, nunca, nunca olvides 1982.*

Bernard se metió el teléfono en el bolsillo delantero de la camisa, y su corazón empezó a latir con fuerza.

1982.

Oyó el disparo y se estremeció. Vio a Gavin desplomarse mientras se agarraba la garganta destrozada. Otro disparo. Se estremeció de nuevo. Esta vez, Bradley recibió la bala. Su amigo se rascó el agujero en el pecho y cayó hacia atrás. Ya venían. Seguramente todo había terminado también para él...

Alguien llamó a su puerta.

—¿Por qué estás temblando? —dijo Louisa, extendiendo la mano y tomando una de Bernard.

Él la miró, luchando por concentrarse, todavía incapaz de creer lo que estaba sucediendo. Era impensable... su hermosa Louisa... *¿de verdad?*

Siguió el juego del mentiroso. —Ya sabes... solo estoy nervioso.

—¿Nervioso? ¿No somos los dos demasiado viejos para temblar por esto?

La miró. Su cara se difuminaba porque sus párpados temblaban con fuerza. Tan real. *Parecía tan real.* —Estaré bien después de una copa. ¿Lo has traído?

Ella sonrió. Esos ojos de nuevo. Tanta juventud y vitalidad. *Tanto engaño.* —Por supuesto.

Metió la mano en su bolso. Más contrabando. Una botella. En la etiqueta ponía *Rivesaltes*, y debajo: *1960*. —Es de Maisie. Pero tenemos que tomarlo con calma. 17%. Eso es lo que le permite envejecer tanto, pero hará estragos con nuestra medicación. Y queremos mantener el control, ¿verdad? —guiñó un ojo.

Bernard intentó guiñarle el ojo también, desesperado por mantener la farsa. Su perfección empezaba a enfurecerle.

De su bolso, sacó las dos coronas de papel que se habían caído de los petardos navideños minutos antes. —Y estos... —Se puso su corona y le entregó la suya.

Él se la colocó. —Feliz Navidad, Louisa.

—Feliz Navidad, amado. —Se inclinó sobre la mesa, evitando cuidadosamente la vela, y lo besó.

Se sentía tan perfecto... tan correcto... tan excitante. La creencia de *ellos* en su ignorancia, y en su estupidez, era exasperante. Cuando ella se apartó, una lágrima rodó por su rostro.

—¿Estás bien? —Le acarició la cara.

—Sí... —dijo él—. Es solo que nunca pensé que podría volver a ser tan feliz. *Dios mío, cómo desearía que fueras realmente ella.* Se inclinó hacia un lado y recogió su regalo. Lo colocó sobre la mesa.

—De verdad que no tenías por qué —dijo Louisa.

—No es para ti. Es para mí.

Louisa se sobresaltó. —Lo siento.

—No. Yo lo siento —dijo Bernard, dándose cuenta de que su tono brusco podría delatarle—. Es solo que... lo que hay aquí dentro —sacudió el regalo—, es muy importante.

—¡Se supone que ni siquiera deberías *saber* lo que hay dentro! Se supone que es un regalo. —Arqueó una ceja, mostrando más su ojo. De repente, sintió como si pudiera ver todo su interior. Era angustioso. Incluso su ser interior parecía envuelto en un disfraz. Por un segundo, se preguntó si podría estar equivocado, si el miedo y la desesperación que recorrían todo su ser eran de alguna manera un malentendido.

Pero había llegado demasiado lejos en esta vida como para negar lo obvio. Esos bastardos de Argentina, que habían ejecutado a Bradley y a Gavin y habían perforado el estómago de Bernard con dos tiros de un fusil de combate FAL, estaban aquí. Por fin lo habían encontrado.

—No sé qué contiene —mintió mientras comenzaba a desenvolver el regalo—. Es solo que la amistad que me lo dio es muy especial, así que sé que será importante. Fue esta amistad quien me mostró la verdad, Louisa.

—No estás siendo muy coherente, Bernie. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? Quizás deberíamos acostarnos un rato...

—*Después.* —Sacó una caja de zapatos del envoltorio navideño. *Todos necesitaremos acostarnos después de esto. Un largo descanso.*

Quitó la tapa de la caja de zapatos y miró dentro.

Sí, me encontraste. Puede que todo haya terminado, pero no cantes victoria antes de tiempo, cerdos argentinos. Tu éxito viene con un coste. Uno muy alto...

—¿Zapatos? —dijo Louisa.

La mano de Bernard se posó sobre una lata; quitó la tapa y la sacó.

—No son zapatos, me temo —dijo Bernard.

—¿Líquido para mecheros? —dijo Louisa—. Pero si tú no fumas...

La roció. Apuntando a la parte que había capturado su corazón. El verdadero origen de toda esta farsa. Sus ojos.

Ella se llevó las manos a ellos, gimiendo; él solo podía imaginar la sensación de ardor. Se preguntó brevemente qué habrían hecho los cerdos con la verdadera Louisa. Pensó en preguntarle, pero decidió no hacerlo. Probablemente nunca hubiera existido.

Se deslizó de la silla hasta caer de rodillas. Inclinó la lata y vertió más líquido sobre su cabeza. El fluido empapó su corona de papel, su pelo blanco y se deslizó sobre sus manos y rostro.

—Esto es por la verdadera Louisa, si es que alguna vez existió.

Había una caja de cerillas en la caja, pero no eran necesarias. Tomó la vela del soporte y le prendió fuego a la cabeza.

Se quedó de pie observando cómo ardía la corona de papel, y luego sus ojos.

Bernard cerró la puerta de su habitación tras él, sabiendo que no le quedaba mucho tiempo. Acababa de prender fuego a sus sábanas, y aunque había desactivado la alarma para la cena a la luz de las velas, apenas pasaría tiempo antes de que el humo se colara bajo la puerta y sumiera a *Rose Hill* en un pandemonium somnoliento.

Los nervios que sentía antes cuando Louisa había venido a su habitación estaban ahora bajo control, y se sentía firme como una roca. En momentos como estos, que eran pocos y distantes entre sí, no podía creer que alguna vez le hubieran llamado *Flincher*. Marchaba, más que caminaba, algo que le sorprendía considerando sus setenta y cinco años. Tomar ventaja siempre te hacía eso. Lo recordaba muy bien de sus días en el ejército. Cuando estabas ganando, estabas ganando. La adrenalina trabajaba contigo en lugar de contra ti.

A pesar del aumento de confianza, hubo un momento de duda en la habitación. Ver arder los ojos de Louisa casi le había descarrilado. Cada vez que había mirado esos ojos, había visto una tierra, casi una tierra prohibida, en la que solo los verdaderamente

bendecidos podían deambular. E incluso antes, hace menos de quince minutos de hecho, alrededor de aquella mesa en el salón, había sentido esa misma sensación de ser bendecido.

Todo parte de la estratagema.

No había sido real. Nada de ello.

Esas personas solo estaban aquí para terminar lo que habían comenzado hacía tantos años. Miró su otro regalo de Navidad: la pistola. Apostaba a que los cabrones no habían contado con esto en la ecuación.

¿Pensaban que sería tan fácil? ¿Que simplemente me rendiría?

Bernard conocía sus armas.

Esta era una Smith and Wesson Shield EZ diseñada para personas con artritis. Usaba munición del calibre .380 en lugar del tradicional 9mm, por lo que producía menos retroceso. La corredera era pan comido para él, incluso con sus garras retorcidas.

Su amigo había sido amable con él.

Cuando llegó al salón de nuevo, mantuvo las manos detrás de la espalda para ocultar el arma. No era necesario. Todos estaban distraídos con la pantalla del proyector.

Rose Hill a menudo utilizaba este salón para recibir a posibles residentes y sus familias. El proyector permitía la venta dura. Bernard recordaba haber visto el relato fuertemente producido, casi novelado, de eufóricos residentes viviendo sus últimos días en el nirvana.

Hoy, el proyector mostraba a la reina por la que Bernard había luchado, y casi muerto, en 1982. Estaba dando su discurso anual de Navidad. Hablaba sobre el espíritu británico único que unía a todos en tiempos de crisis.

Pero nadie en esta sala era británico. Eran argentinos.

Cuando Roy, el cuidador temporal que era hábil con el cuchillo de trinchar pero no tan bueno con las habilidades sociales, caminó hacia él, Bernard decidió que esta era la oportunidad perfecta para desenmascarar al primer charlatán.

—Si pudieras tomar un...

Bernard le disparó en la frente. Su cabeza se echó hacia atrás, su corona de papel se deslizó y se desplomó en el suelo.

Bernard contempló al cuidador que se retorcía, esperando que su disfraz se derritiera y revelara a un soldado argentino oculto debajo. No ocurrió. No había esperado que sucediera con Louisa porque su piel se había ennegrecido y derretido, pero estaba decepcionado por no exponer a Roy. Parecía que, incluso en la muerte, estos soldados argentinos eran muy adeptos a ocultar sus identidades.

La alarma de incendios se activó.

Levantó la mirada. Nadie se abalanzaba contra él, pero tampoco estaban viendo a Su Majestad ya. Varios residentes y cuidadores gritando ya estaban de pie y corriendo hacia el otro lado del salón donde estaba la salida de emergencia. Bernard no esperaba que huyeran de él. Esperaba una batalla. ¿Quizás era una prueba? ¿Quizás esto todavía era parte de la artimaña, y le estaban llevando a una falsa sensación de seguridad?

No los seguiría hacia una trampa. Levantó su pistola y disparó a Patrick, un joven enfermero bastante agradable, en la espalda. Su gorro de Papá Noel salió volando y se estrelló contra un árbol de Navidad de dos metros. Bernard se sorprendió de que el árbol no se viniera abajo. En su lugar, Patrick quedó erguido con los brazos abiertos. Parecía estar abrazando el árbol, en lugar de morir entre sus ramas.

En sus días de combate, Bernard había sido un buen tirador, y era como montar en bicicleta: nunca se olvida realmente. Disparó a dos residentes que eran más jóvenes y rápidos que algunos de los otros que cojeaban para mantenerse al día. Ambos se doblaron, derribando a un residente que iba detrás.

Tras abrir de golpe la puerta de emergencia, algunos de los asesinos argentinos, disfrazados de inocentes, huyeron para luchar otro día. Bernard ya sabía que no podría detenerlos a todos, pero eso no evitaba que fuera una verdadera lástima.

Miró a los residentes que quedaban. Los postrados en cama. Los que comían con cuchara. Los inmóviles. Unos ocho o nueve repartidos en cuatro mesas. No pudo evitar sonreír. —Os arrepentiréis de vuestra elección de disfraz —dijo, a pesar de saber que no le oirían por encima de la estridente alarma.

Le quedaban cuatro balas en la recámara y otro cargador en el bolsillo de sus vaqueros. Tendría que ser económico con sus últimas víctimas. Lo pensó y decidió empezar con aquellos que dormían durante la terrible situación. Quizás infundiría miedo en el corazón de los simuladores conscientes y les arrancaría una confesión de quiénes eran realmente. Después de cuatro tiros en la cabeza, era evidente que el plan estaba fracasando. Los residentes restantes simplemente miraban horrorizados a sus compañeros muertos, ahora con la cara sobre sus cenas navideñas.

A pesar de que el retroceso de la pistola era más adecuado para un caballero de su edad, la mano de Bernard seguía doliéndole cuando llegó al final del primer cargador. Hizo una mueca de dolor mientras recargaba. El cargador de acero inoxidable para 8 balas tenía pestañas en ambos lados para facilitar la carga, y él agradeció la ingeniería moderna.

La Reina estaba terminando su discurso y deseando a todos una Feliz Navidad. La miró y frunció el ceño. *¿Así es como me lo pagas? ¿La gente por la que luché cazándome en el hogar donde se suponía que moriría pacíficamente? ¿Cómo has podido permitir que esto ocurra? Sólo somos carne para vosotros... carne inútil y podrida...*

Después de ejecutar a Brian, Lawrence y Paul, tres residentes con los que recientemente había formado un club de Backgammon, pasó a la última mesa. Ronnie y Deirdre. Podía oler heces. No había dignidad en la muerte, ¿verdad? Ronnie y Deirdre llevaban casados cincuenta años, y ninguno podía caminar sin ayuda. Se cogían de la mano por encima de la mesa.

—Por favor —dijo Ronnie.

Bernard no podía oírle por encima de la alarma, pero pudo leer la palabra en sus labios.

—¿Por favor qué? Fue vuestra decisión volver a por mí —Mientras observaba a Ronnie, disparó a Deirdre en la frente. El rostro del anciano se deshizo en desesperación—. Vaya, realmente eres bueno. Una interpretación digna de un Oscar. Quizás debería aplaudir, maldito mentiroso —disparó a Ronnie en el cuello. Se desplomó de la silla y cayó de espaldas. Se retorció un momento mientras la sangre brotaba entre sus dedos. Era la mayor energía que jamás

había visto gastar a este hombre. ¿Quizás era el soldado revelándose bajo el disfraz?

Entonces vio a alguien corriendo hacia la salida de emergencia en la parte trasera del salón. Kate, la cuidadora. Corazón de oro. Estricta con las normas. Al menos la Kate que *ellos* querían que él conociera. ¿Quién era la *verdadera* Kate?

Vamos a averiguarlo.

Resbaló en el charco de sangre que se extendía alrededor de los dos residentes fugitivos a los que había disparado antes. Cayó con un tremendo golpe.

Mientras se acercaba a ella, Bernard se dio cuenta de que estaba ralentizándose. Toda esta matanza estaba pasándole factura. Ya no era el soldado que una vez fue. Aun así, alcanzó a Kate y se agachó tras ella. No le preocupaba la sangre empapando sus pantalones.

Kate lloraba y temblaba. Sentía que era su última oportunidad para desenmascarlos realmente. Se inclinó y le siseó al oído: —Admítelo... *simplemente* admite quién eres...

Ella empezó a hablar, pero se atragantó con las lágrimas y los mocos que le caían en la boca.

—Admítelo... y lo haré rápido.

—Yo... yo... por favor, no. Bernard... este no eres tú.

La golpeó con la pistola. No demasiado fuerte. A decir verdad, no tenía la fuerza en sus viejos huesos para hacerlo demasiado fuerte. Pero le abrió la cabeza, y la sangre brotó de su frente. —*¡Dímelo! ¿Por qué no pudisteis dejarme en paz? ¿No fueron suficientes las balas en mi estómago para ti, cerdo argentino?*

—Por favor...

—*¡Basta! No más mentiras* —Se puso de pie, apuntó hacia abajo y le disparó en el centro del pecho.

Observó los ojos de Kate mientras se vidriaban. Desesperado por encontrar una señal de que no era quien había afirmado ser. Pero entonces se fue, y no obtuvo nada.

En el proyector, un niño solitario en la Capilla de San Jorge cantaba un himno. Era imposible para Bernard escucharlo con la alarma martilleando en sus oídos. Se dio la vuelta para contemplar la carnicería a su alrededor.

Gritó hacia los muchos residentes muertos, encorvados en sus sillas. *—¡VOSOTROS PROVOCASTEIS ESTO!*

Hizo una pausa. Nada. Solo el aullido de la alarma.

—¿POR QUÉ NO PUDISTEIS SIMPLEMENTE DEJARLO ESTAR?

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida de emergencia al otro lado del salón.

El teléfono en el bolsillo superior de su camisa vibró. Lo sacó y vio que era su amigo. Leyó el mensaje.

Todo ha terminado, y estás curado. Ahora puedes olvidar, Bernard. Ve en paz, y olvida para siempre 1982.

Cuando Audrey Houghton oyó el primer disparo al volver del baño, se lanzó detrás del árbol de Navidad. Allí se sacó la dentadura postiza y se chupó la mano con fuerza para ahogar los sonidos de su terror.

Después de que el árbol de Navidad se sacudiera, porque alguien había chocado contra él, no podía creer que no se hubiera caído y expuesto su escondite. *¿Habría alguien velando por ella? ¿Richard, quizás?*

Así, mientras la masacre se desarrollaba, cerró los ojos con fuerza y pensó en su difunto marido, Richard. Tal vez si estaba pensando en él cuando el pistolero la encontrara, sería más fácil encontrar al grandullón en la muerte.

Una vez que cesaron los disparos, oyó gritar al pistolero, y le sorprendió poder oírle por encima de la alarma antiincendios que estaba causando estragos en sus acúfenos. *—¡VOSOTROS PROVOCASTEIS ESTO... ¿POR QUÉ NO PUDISTEIS SIMPLEMENTE DEJARLO ESTAR?*

Abrió los ojos. Desde donde estaba tumbada, podía ver el extremo del salón, y la salida de emergencia por la que muchos habían huido.

Bernard Driggs entró en su campo de visión. Su mano seguía en su boca, por lo que sofocó el jadeo. Él sostenía una pistola contra su costado, y estaba sacando algo del bolsillo de su camisa.

¡Bernard! Pero si es el hombre más encantador... ¿No lo entiendo... Louisa y él hacen una pareja maravillosa... a menos... a menos que... ¿habrá desarmado al verdadero pistolero?

Bernard sacó un teléfono móvil de su bolsillo. Leyó el mensaje, dijo algo que ella no pudo oír, y luego lo dejó caer al suelo. Su mano vacía se movió hacia su frente. Parecía inestable sobre sus pies.

Se dio la vuelta para mirar en la dirección de la que acababa de venir. La zona que Audrey no podía ver. Una zona que, Audrey supuso, estaba sembrada de muerte. La mano de Bernard se deslizó por su cara y cubrió su boca. Observó cómo su cuerpo se plegaba sobre sí mismo. Se dejó caer de rodillas, y luego a cuatro patas, mirando fijamente al suelo.

Cuando levantó la cabeza para mirar al frente de nuevo, gritó. «*¡POR FAVOR... DIOS... NO!*». Se incorporó con esfuerzo, sin dejar de mirar. «*¿QUÉ HE HECHO?*»

Tomó una respiración profunda, se giró y miró a Audrey como si de repente la hubiera oído, pero ella no había hecho ningún ruido. Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza.

Temblando, chupándose la mano con todas sus fuerzas, sabía que este era el final. Intentó tranquilizarse, en estos últimos momentos aterradores, con la idea de que su vida había sido plena y justa. Estaba preparada. Tenía una fotografía de ella y Richard el día de su boda en su habitación. En su mente, contemplaba esta fotografía, como hacía todos los días.

Algo más tarde, cuando quedó claro que el final *realmente* no llegaba, abrió los ojos y vio a Bernard de pie sobre ella. A pesar de lo que había hecho, y del arma a su lado, no parecía un monstruo. Su cara estaba manchada, y sus ojos se movían de izquierda a derecha. De vez en cuando, la alarma contra incendios le hacía estremecerse, a pesar de que en realidad era continua. Era como si su cerebro se apagara momentáneamente, antes de volver con un sobresalto repentino.

—Bernard...

Él se sentó a su lado con la pistola en su regazo, mirando al frente.

—Bernard, qué...

—No soy Bernard —habló en voz alta para que ella pudiera oírlo por encima de la alarma—. Quiero decir, me siento como Bernard —se frotó la cara—. Pero ¿cómo puedo serlo? No soy capaz de hacer esto. ¿Quién es capaz de hacer estas cosas?

Aún tumbada sobre su espalda, Audrey extendió la mano y la posó sobre la pierna de él. —¿Qué ha pasado?

Él se volvió para mirarla. —Prometió curarme.

—¿Quién lo hizo?

—Él lo hizo.

—No entiendo...

—Él lo quita todo, Audrey, el dolor. Eso es lo que promete. Curar el dolor... pero ha mentido.

Estaba perdiendo el control de la conversación, pero era tan abstracta por naturaleza, que no tenía idea de cómo recuperarlo. —Podemos conseguirte ayuda... no es demasiado tarde.

—Dios mío... Louisa... la quiero tanto...

—¿Dónde está? —dijo Audrey, arrepintiéndose de la pregunta tan pronto como la había formulado.

—El humo... el fuego... Dios mío... soy un monstruo.

Audrey se llevó la mano a la boca.

—Cada vez que me sometía, cada vez, siempre decía lo mismo. Si alguna vez lo oyes, Audrey, simplemente corre, corre en la otra dirección y no mires atrás...

Bernard levantó la pistola de su rodilla. —Mi nombre es el Conducto. Soy un canal —colocó la pistola contra su frente y cerró los ojos—. Me convierto en la pieza que falta dentro de las personas, y permito que los pensamientos, sentimientos y comportamientos fluyan libremente a través de mí y dentro de ellos.

Cuando Bernard apretó el gatillo, Audrey apenas se estremeció. Sus nervios ya estaban destrozados.

2

MIENTRAS MASTICABA una chirivía, el inspector jefe Michael Yorke observaba al nuevo cachorro. No sabía muy bien qué pensar de él. Solo veía un revoltijo de pelo negro rebotando de pared a pared como un disco en una partida de hockey de aire. Desde luego, no sentía lo mismo que el resto de habitantes de la casa, quienes consideraban oportuno dejarlo todo a la mínima oportunidad para caer de rodillas y arrullarlo.

Su falta de afecto hacia el animal era un gran problema porque el nuevo cachorro era suyo.

Como favor a Patricia, su amiga y criadora de perros, Sally, les había entregado el Cockapoo a primera hora de la mañana, mientras Beatrice, su hija de dos años, había decidido que el único propósito del día de Navidad era arrancar el papel de regalo en una especie de frenesí en lugar de apreciar el detallado regalo del interior. Mientras Yorke observaba a Beatrice, se preguntaba cuánto mejor estaría su cartera ahora si simplemente hubiera envuelto bloques de madera. Cuando la bola de pelo se acercó y le rozó los pies, casi saltó de la impresión.

—Feliz Navidad, Mike —Patricia se inclinó y le besó la frente—. Se llama Rosie.

Ewan, su hijo adoptivo, y Lexi, su novia, se derritieron de rodillas, y pusieron una cara tan embelesada que casi resultaban irreconocibles.

Miró hacia su otro regalo de Navidad apoyado junto a la chimenea. Una guitarra acústica Taylor de segunda mano. Luego, bajó la mirada hacia el can. El primer regalo había sido magistral. El segundo... bueno...

—Gracias, Pat. ¿Podemos hablar?

Ya en la cocina, dijo:

—¿Un perro?

—Pensé que te gustaría.

—Sí... gracias... pero un perro no es solo para Navidad.

—Esa advertencia se refiere a los niños, Mike, no a los adultos.

—¿Estás segura? En fin, ¿no crees que habría sido mejor hablarlo primero? Especialmente antes de introducir un nuevo nivel de caos en la casa de los Yorke...

Detrás de él, podía escuchar a Ewan y Lexi muertos de risa mientras el cachorro trepaba sobre ellos. Estiró el brazo y cerró la puerta de la cocina.

—Detecto cierta decepción —dijo Patricia.

—No es decepción... solo preocupación. ¿Qué sé yo de los malditos perros?

—Aprendes rápido, Mike. Yo crecí con ellos. Esta raza además es estupenda con los niños. Inteligente y cariñosa.

—¿Inteligente y cariñosa, Pat? Es un perro...

—Ya lo verás —Patricia le puso una mano en el brazo—. Pensé que te vendría bien. La distracción. Siempre estará ahí para ti cuando hayas tenido un día duro. Piensa en los paseos... esos largos paseos *purificadores* —sonrió.

—Corro para distraerme. Y ahora también tengo una preciosa guitarra.

—Son animales sociales, y tú necesitas más vida social. Estás demasiado absorbido, y esto podría ayudarte a abrirte un poco más. Perdona si me equivoqué. Como sabes, Sally y yo somos íntimas, se llevaría a Rosie de vuelta si fuera necesario, ya habíamos previsto esta posibilidad.

Se oyeron más risas estruendosas desde el salón.

—¡Mirad! —exclamó Ewan—. ¡Están abrazándose! ¡Rosie y Beatrice se están abrazando!

Yorke suspiró.

—No creo que llevarla de vuelta ahora me convierta en la persona más popular de la casa...

Patricia se inclinó y le besó.

—... no es que lo fuera de todos modos.

Así que, mientras Yorke masticaba esa chirivía, se preguntaba si llegaría siquiera a que le gustara, y no digamos a querer, a este perro. Un aspecto positivo de su presencia, se dio cuenta, era que lo había distraído, momentáneamente, de su constante preocupación por Jack Newton, el niño desaparecido en Old Sarum.

Ewan estaba vaciando la salsera sobre su pavo.

—Esta salsa es obscena, tía Pat.

—Perdona —dijo Yorke—, pero ¿no es "obscena" una palabra negativa? ¿Has pensado en usar simplemente la palabra "deliciosa"?

Lexi y Ewan le miraron con expresión confundida.

—No importa, no contestéis, pero id con calma y dejad algo de esa deliciosa *obscenidad* para los demás.

Patricia estaba demasiado concentrada en los intentos de Beatrice por tirar comida al suelo para Rosie como para reírse de su broma. O quizás, simplemente no tenía gracia.

—Gracias de nuevo por dejarme quedar —dijo Lexi. No era la primera vez que daba las gracias. Ya debía de llevar más de diez veces.

Lexi había estado teniendo muchos problemas en casa últimamente. Su madre había muerto hacía varios años, y su padre, un católico devoto, se había vuelto aún más temeroso de Dios en los últimos tiempos. Se había vuelto increíblemente controlador y estaba indignado porque ella mantuviera una relación con Ewan. Había salido de casa hacía dos semanas. En aquel momento, su padre no había hecho ningún esfuerzo por detenerla. Sus últimas palabras fueron "buen viaje, pecadora". Como era mayor de dieciséis años, la ley no se había involucrado, pero él había pasado por la casa en varias ocasiones. Lexi había optado por no volver con él.

—Eres más que bienvenida —dijo Patricia mientras sonaba una alarma en su teléfono—. ¡El discurso de la Reina! —Usando un mando a distancia, encendió BBC Radio 4.

Todos escucharon el discurso.

—Es cierto que el mundo ha tenido que enfrentarse a momentos de oscuridad este año, pero el Evangelio de Juan contiene un versículo de gran esperanza que a menudo se lee en los servicios de villancicos navideños: "La luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no la ha vencido".

Yorke miró alrededor de la mesa. Estaba de acuerdo con su mensaje. A pesar de haber tenido que mudarse este año, después de un brutal ataque a su antigua casa por parte de un criminal al que perseguía, todavía tenía mucho por lo que estar agradecido.

A medida que el discurso continuaba, sintió que su mente regresaba a su infancia. El discurso de la Reina nunca había sido importante en su casa. Habrían tenido suerte de terminar la comida navideña sin una madre borracha y una discusión tempestuosa; una reflexión sobre el año anterior ciertamente nunca había estado en los planes.

A pesar de esto, tenía algunos buenos recuerdos del día de Navidad. Había un par de montones de sal cubiertos de plástico en su urbanización que se usaban para esparcir durante el invierno. Él, su hermana y todos los demás niños de la urbanización solían reunirse allí para subir y bajar por ellos. Si había nevado, se convertía en una fantástica guerra de bolas de nieve.

No importaba quién eras o de dónde venías, todo el mundo tiene buenos momentos a los que recurrir.

Y entonces se dio cuenta de dónde estaba el niño, Jack Newton.

Se levantó. —Disculpad.

Patricia le miró con la frente arrugada.

—Lo siento... es importante.

En la cocina, llamó al móvil de la superintendente Joan Madden y se preparó para una fría recepción.

—Feliz Navidad, Mike. Es una lástima que tu nombre apareciera en mi móvil, o no habría contestado. Me alegro de saber que estás disfrutando de un merecido descanso. Yo desde luego ya no lo estoy.

—Sé dónde está Jack Newton, señora.

—¿Cómo es posible que hayas averiguado eso el día de Navidad?

—Nostalgia.

—¿Perdón?

—El sargento Willows y yo repasamos *otra vez* con lupa todas las transcripciones de las entrevistas a Nicholas Johnson la semana pasada. Johnson pasa más tiempo hablando sobre el pasado que de cualquier otra cosa. Lo que sus padres le hicieron, cómo le trataron en el colegio, aquella experiencia junto al lago. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. Estuve presente en muchas de esas entrevistas. No es inusual. El monstruo simplemente nos estaba proporcionando su historia de origen.

—¿Qué le falta a su narrativa?

—¿La ubicación del niño? —dijo Madden—. ¿La que se negó a darnos antes de ahorcarse?

—No, señora, justo ahí está la cuestión. *Creo que nos dio la ubicación.* Su historia es sombría. Su narrativa carece de recuerdos felices, excepto uno.

—Vale, estás empezando a captar mi atención.

—¿Recuerda la casa del árbol?

—No... ¿debería?

—La mencionó varias veces. Estos fueron los únicos momentos felices en toda su narración. Cuando solía esconderse de sus padres en esa casa del árbol en el bosque cerca de su casa. Dijo que ese fue el único momento en que realmente se reía: leyendo el Beano en esa casa del árbol.

—Vas a decirme que Jack Newton está en esa casa del árbol, ¿verdad?

—No, señora, porque ya se da cuenta de que está allí. La nostalgia hace que la gente vuelva. Fue atraído a un lugar seguro. *Su* lugar seguro.

—¿Pero es el lugar seguro de Jack Newton?

—Eso no lo sé, señora. Espero por Dios que lo sea, pero realmente no lo sé.

—Me ocuparé de esto, Mike, ve y está con tu familia.

—¿Pero qué hay de usted, señora? No quiero arruinar su Navidad.

Madden se rio. —Vamos, Mike, me conoces mejor que eso. Como si yo celebrara el día de Navidad. Me pondré en contacto.

La llamada se cortó. Yorke pensó en sí mismo encima de aquel montón de sal lanzando bolas de nieve a su hermana, y luego pensó en un niño pequeño y solitario, escondiéndose en una casa del árbol, leyendo un cómic, evolucionando hacia algo muy diferente.

Yorke intentó parecer concentrado en el juego del Mimo. La mirada entrecerrada de Patricia le decía que no estaba creyéndole. De vez en cuando iba al baño para echar un vistazo rápido a la pantalla de su móvil y ver si se había perdido alguna llamada de Madden.

—¿Necesitamos que te revisen la próstata? —dijo Patricia con una ceja levantada después del tercer viaje.

Beatrice y la nueva cachorra, Rosie, estaban echándose una siesta juntas a un lado de la habitación. Todo el mundo ya había enloquecido con las cámaras por esa escena. Seguramente se convertiría en una imagen icónica en la casa de los Yorke durante los años venideros. Sin duda, ya no había posibilidad de marcar su regalo como «devolver al remitente».

Cuando Ewan imitó una carrera lenta, usando su mano para mimetizar su pelo ondeando al viento, Lexi y Patricia gritaron «¡Baywatch!» simultáneamente, y todos estallaron en carcajadas. Yorke fingió divertirse, pero era imposible hacerlo convincente.

Estaba demasiado preocupado por la situación de vida o muerte que se desarrollaba sin él.

De hecho, la ansiedad estaba afectando tanto a Yorke que empezó a considerar los cigarrillos escondidos en la cocina. Si no fuera por la mirada penetrante de su esposa, ya estaría fumando junto a la gran bola de nieve que Beatrice había hecho rodar antes.

Después del juego de mímica, vieron *El Muñeco de Nieve* en la televisión, para que todos pudieran revisitar su infancia durante veinte minutos. Al finalizar, Ewan se puso de pie y dijo: —Tenemos un anuncio.

Rosie corrió hacia Yorke y se apoyó contra su pierna. Él la miró.

Nada de sorpresas, por favor, Ewan, pensó Yorke, *no estoy seguro de que mi corazón pueda soportar más hoy.*

Ewan hizo un gesto a Lexi para que se acercara. Ella tenía las manos en los bolsillos de su peto. Una vez que Ewan la rodeó con el brazo, ella sacó su mano izquierda para mostrar su regalo de Navidad que brillaba en el tercer dedo.

Yorke se agachó y recogió a Rosie. De repente, la cachorra parecía el menor de sus problemas.

YORKE ESTABA en su cuarta visita al baño en menos de dos horas. Esta vez, no era para revisar su teléfono, sino porque estaba sobrecogido por la conmoción.

¿Comprometidos? ¿De dónde demonios había salido eso?

¡Ni siquiera sabía que estaban teniendo relaciones sexuales, por el amor de Dios!

Había tenido la conversación con Ewan sobre ese tema, pero le habían informado, más bien *tranquilizado*, de que esa etapa de su relación estaba muy lejos.

¡Y ahora estaban comprometidos, maldita sea!

Al menos ella no estaba embarazada, y lo sabía porque fue la primera pregunta que hizo.

—No, tío Mike... —había dicho Ewan—. Esa no es la razón en absoluto.

En ese momento, el ceño fruncido de Patricia se había transformado en una mirada fulminante.

—Es solo que... lo sabemos. De hecho, desde que conocí a Lexi, lo he sabido... ¿por qué esperar?

Puedo darte mil malditas razones para esperar. No lo había dicho, pero no hacía falta. El incómodo silencio que siguió sugería que lo habían intuido.

—Enhorabuena —había dicho Yorke, pero era demasiado tarde; las miradas estaban bajas.

Así que Yorke había hecho su rápida salida.

Se echó agua fría en la cara y miró su reflejo. Recorrió con el dedo la larga cicatriz donde su mejilla había sido partida en dos por un cúter a principios de año. *Para alguien que ha construido una carrera diciendo lo correcto, se te da bastante bien decir las cosas equivocadas a las personas que amas.*

El día de Navidad. Joder. Había conseguido cabrear a todos en esa habitación hoy. Excepto a su hija, pero ella estaba dormida.

Es hora de volver a salir con una actitud diferente, Mike. Una de apoyo. La que pareces dar a todos menos a los que están más cerca de ti.

Abrió la puerta del baño y respiró hondo.

Además, no significa que vayan a casarse la semana que viene, ¿verdad?

Aunque no sería lo primero que diría. Primero, abrazaría a su hijo y a su novia...

Su teléfono sonó.

—Hola, señora.

—Está vivo —dijo Madden—. Jack está vivo y lo tenemos.

3

YORKE NO PODÍA CREER lo que estaba escuchando. Subió el volumen de la radio del coche.

Había habido un tiroteo masivo en una residencia de ancianos en Leeds. Los detalles eran confusos, pero había al menos quince muertes confirmadas; una mezcla de residentes y cuidadores. Se sospechaba que habría más. Parte del problema para identificar el número real de vidas perdidas era el hecho de que *Rose Hill* seguía en llamas.

Escuchó a una enfermera que había logrado huir de la escena. Repetidamente se le quebraba la voz, lo que dificultaba a Yorke entender lo que decía. —No lo entiendo... siempre fue un caballero... le disparó a Roy en la cabeza sin más... sin advertencia, nada... y entonces salimos corriendo, los que podíamos correr, y sé que suena mal, abandonarlos así, pero ¿qué podíamos hacer? Era aterrador... seguía oyendo los disparos, y la gente caía a mi alrededor.

Yorke suspiró y aparcó junto a la casa de Jack Newton.

El reportero ahora describía cómo una anciana residente había sido acorralada por el tirador pero finalmente había logrado salir ilesa después de que el hombre armado se disparara a sí mismo.

Una masacre brutal *el* día de Navidad *en* una residencia de ancianos.

Yorke recordó el verso del Evangelio de Juan incluido en el discurso de la Reina: "La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido".

Eso puede ser cierto, pensó Yorke, *pero esas tinieblas están haciendo un maldito buen intento*.

Miró hacia la casa. Era la única en la hilera sin decoraciones navideñas. Estaba allí para comunicar la noticia de que Jack Newton estaba a salvo y siendo trasladado al hospital. Yorke le había pedido ese honor a Madden, simplemente porque había puesto una mano en el hombro de Malcolm Newton la semana pasada y le había prometido encontrar a su hijo desaparecido.

Algo que nunca deberías hacer, pero que Yorke siempre hacía.

Salió del coche hacia la nieve arremolinada. Malcolm Newton y su esposa, Sandra, abrieron la puerta. Era como si hubieran sentido su presencia. ¿Por qué no lo harían? Habían estado viviendo en vilo durante los últimos diez días, y sus sentidos estarían en alerta máxima.

Mientras caminaba por el sendero, se sacudió la nieve de los ojos y les dedicó una sonrisa para tranquilizarlos y hacerles saber que venía solo con buenas noticias.

Esta es la luz de la que habláis, Majestad, pensó Yorke, *y cuando brilla, no hay nada que se le compare*.

—Cuando era un crío —dijo el Conducto, deslizando su dedo por la ventana—, mi madre me contó una mentira.

Detuvo su dedo, pero lo dejó presionado contra el cristal, señalando hacia su jardín cubierto de nieve. —Me dijo que cada copo de nieve era único. Menuda cosa para creer, ¿eh? Que cada uno de esos pequeños cristales blancos tiene su propia identidad separada.

Detrás de él, su perro gruñó.

El Conducto sonrió. —Sabía que apreciarías ese mito. Pero, ¿sabes?, mi madre no mintió. No realmente. Verás, no fue hasta 1988 cuando un científico descubrió dos copos de nieve idénticos. Y para entonces, yo ya era adulto, y ella llevaba tiempo muerta.

Hizo una pausa para escuchar a su perro lamer agua de un cuenco.

—Pero aun así... qué cosa para creer... infinitamente más copos de nieve que seres humanos, y cada uno de ellos único.

Oyó el tintineo de las cadenas de su perro.

—Yo creía firmemente en la fuerza que era la identidad. —El Conducto se giró—. Sí, era frágil. Sí, se derrite como un copo de nieve al sol... pero estaba ahí. ¿Lo entiendes, mi leal perro?

Su perro ladró.

El Conducto volvió a sentarse a su mesa de comedor. Cogió una cucharada de salsa de arándanos de un tarro y la colocó cuidadosamente junto a una rodaja de pavo.

—Pero, por desgracia, era falso. La singularidad, la identidad... simples mitos. A primera vista, podemos parecer diferentes, pero no lo somos.

Con una cuchara separada, para evitar cualquier contaminación cruzada de alimentos, recogió un poco de relleno y lo colocó cuidadosamente al otro lado del pavo.

Su perro gimió.

—No mendigues, perro.

Otro gemido.

—¿No estás escuchando?

El Conducto se levantó de su silla y cogió la sierra de podar que mantenía apoyada contra la pared. El palo ya estaba extendido y fijado a dos metros. La había estado usando en el árbol del jardín varios días antes, cortando algunas ramas rebeldes.

El perro gimió por tercera vez.

El Conducto se movió hacia su animal. Por el camino, notó que la estrella estaba torcida en la parte superior de su árbol de Navidad. Era un hombre alto, así que pudo corregir este particular error.

—Tú eres lo que yo te permito ser. Nada más, *todo menos*. —El Conducto se inclinó y acarició la cabeza de su mascota. Le gustaba sentir las hendiduras que cubrían su cabeza afeitada. Pasó sus dedos por su nariz delgada y deforme, rota en tantas ocasiones, que le hacía silbar al respirar. Permitió que el animal le lamiera la mano; estaba pidiendo perdón—. Buen perro. Nunca mendigamos comida.

El Conducto se giró, colocó la sierra de podar sobre la mesa del comedor y recogió el cuenco del perro. Anteriormente, lo había llenado con las vísceras crudas del pavo.

Cuando se volvió, su perro se sentó, jadeando, desesperado por su comida, pero sin mendigar. Intentando ser tan obediente como le era posible.

El Conducto se arrodilló junto a su animal y, comenzando por su collar de hierro, que estaba encadenado a una anilla en la pared, pasó su mano por toda su espalda desnuda, trazando las cicatrices y marcas, la mayoría de las cuales habían sido hechas con su sierra de podar.

Su perro disfrutaba de la atención.

—La identidad... algo tan voluble —dijo el Conducto, poniendo el cuenco en el suelo.

Su perro, que una vez llevó la identidad de Mark Topham, hundió su cabeza en las vísceras.

La nieve junto a la catedral había sido pisoteada por los caminantes durante el transcurso del día, así que Yorke optó por rodearla unas cuantas veces en un esfuerzo por completar una carrera de cinco kilómetros. Llevaba mallas de running y, a pesar de la temperatura muy baja, ya había sudado bastante.

Miró su reloj deportivo y vio que estaba entrando en el tercer y último kilómetro. Si tuviera una aplicación para correr en su móvil, esta carrera se llamaría "desahogo post-caso". Pero no tenía ninguna aplicación; correr era un asunto privado, y estaba decidido a mantenerlo así.

Aunque la carrera se sentía bien, y se sentía, como siempre, *necesaria*, estaba plagado de preocupaciones. La bomba del compromiso de Ewan obviamente estaba en lo alto de su lista de preocupaciones, pero también le inquietaba su matrimonio. Patricia había mostrado una paciencia extrema en varias ocasiones hoy. Ocasiones que, si los papeles hubieran sido al revés, habrían tenido

a Yorke tambaleándose. En primer lugar, había abandonado la comida de Navidad para ir a trabajar. Ella había entendido por qué y no había puesto objeciones, pero él había notado un tono poco familiar en su voz. Y después de sus obligaciones laborales, había regresado a casa para disculparse por una carrera de veinticinco minutos. De nuevo, ella lo había entendido —era su ritual de limpieza tras un caso difícil—, pero igual que antes, había estado *ese* tono.

Pasó junto al gran árbol de Navidad de los jardines que, según un comunicado de prensa reciente, era "del tamaño de dos jirafas". No vio razón para discutirlo.

Cuando Yorke y Patricia se conocieron, Yorke había estado consumido por su profesión. Ella lo había aceptado y siguió haciéndolo a medida que su relación progresaba. Había habido promesas de nunca cuestionarlo. Promesas que, en general, ella había mantenido.

¿Pero era este ahora el final del camino? ¿Se estaba instalando finalmente la amargura? ¿El resentimiento?

¿Era Rosie, la perra, su último intento de sacarlo del mundo en el que a veces se perdía?

Salió de los jardines de la catedral hacia la calle Exeter. Al otro lado de la carretera, el White Hart estaba engalanado con luces navideñas parpadeantes. Giró bruscamente a la derecha y apenas evitó resbalarse por una acumulación de aguanieve.

Una pareja de ancianos bien abrigados, apoyándose mutuamente sobre la nieve, se acercaba. A pesar del clima amargo, parecían felices. Había una farola que ocupaba parte de la acera, así que Yorke se detuvo junto a ella para dejarles pasar. Sería fácil considerar que la sonrisa que Yorke recibió era simplemente gratitud por su muestra de buenos modales, pero era mucho más que eso.

Yorke vio satisfacción en esas sonrisas, y le gustó.

Esperaba poder también mirar a los ojos de los jóvenes cuando fuera viejo, y no sentir pérdida, ni siquiera envidia por lo que ellos tenían. Y por eso temía estar solo.

Cada día, al despertar, no podía creer la vida que había construido con Patricia, Ewan y Beatrice. Nunca quería estar sin

ellos.

Él también quería mirar a una persona más joven a una edad avanzada y sentir solo satisfacción.

Juró hacer un cambio. Empezando ahora mismo. Tenía dos semanas libres con su familia, y tenía la intención de disfrutar cada segundo.

UNA VEZ que el Conducto terminó su comida navideña, cogió una servilleta y se secó el labio superior. Una costumbre automática. Durante muchos años, había tenido un bigote blanco. Había sido parte de la identidad que sacrificó por esta nueva vida.

Sonrió. *Ahí estaba otra vez. Identidad. Esa cosa tan voluble.*

Escuchó las respiraciones silbantes de su mascota. Había terminado de devorar las vísceras crudas del pavo. En estos días la bestia comía sin quejarse. Había mucha menos necesidad de la confiable sierra de podar. Lo que, en cierto modo, era una lástima. Había muchos elementos de la "fase de entrenamiento" que el Conducto había disfrutado, pero ese había sido el punto culminante. Había algo verdaderamente exquisito en dominar a tu animal con sadismo.

Apuró una copa de Burdeos Vintage. —Hay momentos, perro, en los que echo de menos los primeros días de nuestra relación. Las conversaciones, especialmente.

Al principio de la evolución de este animal, mientras quedaba algún vestigio de Mark Topham, habían mantenido algunas conversaciones. Por supuesto, el coeficiente intelectual del Conducto superaba con creces al de Topham —y al de muchos otros—, así que el antiguo policía había sido más bien un sparring.

Bastante reacio, pensó el Conducto, *si la memoria no me falla.*

—Hubo una conversación en particular que a menudo me mantiene despierto por la noche. Era sobre el amor, ¿la recuerdas?

Su perro no respondió.

—Bueno, fue hace mucho tiempo, y ha habido muchos *cambios* desde entonces. *Muchos*. Principalmente en ti, debo añadir, más que en mí...

El Conducto se sintió aletargado al ponerse de pie. Era un hombre corpulento, y se sentía pesado en el mejor de los casos, pero acababa de comer suficiente pavo para alimentar a una familia pequeña. ¿Y por qué no? No iba a desperdiciarlo, ni a compartirlo con la criatura salvaje de la esquina.

—Platón dijo una vez: "Al toque del amor, todos se vuelven poetas". ¡Qué cierto fue para ti, perro! Creo que tu primera frase hacia mí fue bastante elocuente. Algo así como: "Monstruo de mierda, me quitaste lo único que he amado en mi puta vida". —El Conducto sonrió—. Sí, eras un verdadero poeta.

Tocó uno de los dientes de la sierra de podar que yacía sobre la mesa del comedor. —Creo que mi respuesta fue igualmente poética. ¿No te serré un dedo del pie? ¿O fueron dos? Tres copas de vino han dejado todo bastante nebuloso.

El Conducto se acercó de nuevo a su bestia y se arrodilló. —Y hablando de nebuloso, perro, tu copa para dormir debería estar haciendo efecto ahora mismo. Apuesto a que apenas lo notas ya. —Acarició el cuero cabelludo afeitado y lleno de hoyos—. Desde que te recogí, mi querido pequeño callejero, te he alimentado con dietilamida del ácido lisérgico. —El Conducto se rio—. ¡Estos días, la niebla para ti debe ser como una clara tarde de verano!

La lengua de la bestia colgaba. Jadeaba, pero su respiración ya no era estable, y llegaba en bocanadas entrecortadas.

El Conducto sacó un pañuelo del bolsillo superior de su camisa y limpió la baba de la boca de su mascota. —Buen chico.

El teléfono del Conducto vibró en su bolsillo. Era una alarma.

Se levantó, dejó a su perro en el comedor y se dirigió a la sala de estar. Allí, se sentó en el sofá y encendió el televisor.

Llegó a tiempo para los titulares.

Masacre en la residencia Rose Hill. 16 muertes confirmadas, incluido el hombre armado.

El Conducto aplaudió y vitoreó. —¡Bernard! —Luego miró hacia el cielo y mostró las palmas de sus manos—. ¡Feliz Navidad!

4

MINUTOS DESPUÉS DE JURAR que ignoraría el trabajo durante dos semanas, Yorke se enfrentó a su primer desafío. Una llamada telefónica de Madden.

La nieve absorbía la luz de las farolas, haciéndola parecer más intensa de lo que realmente era, pero aun así era lo suficientemente mala como para obligar a Yorke a buscar refugio. Encontró un árbol grande al final de la calle para atender la llamada. Afortunadamente, todavía conservaba el calor de la carrera como para permanecer quieto, pero eso no duraría mucho. Las temperaturas habían bajado hasta los 3° estas últimas noches.

—¿Todo bien, señora?

—No realmente, Mike... pero supongo que no estarías recibiendo noticias mías de nuevo si así fuera.

Efectivamente. No estaba llamando para ver si había conseguido retomar sus festividades navideñas. —¿Es Jack? Debería estar ya de vuelta con sus padres...

—Sí, está allí. No tiene nada que ver con eso —suspiró—. ¿Estás sentado?

—No, señora, estoy bajo un árbol con mi ropa de correr.

—¿El día de Navidad? Cada vez que hablamos te pareces más a mí... bueno, en cualquier caso, no salgas corriendo delante de un camión por la impresión.

—Odio los preámbulos...

—El Conducto ha vuelto, Mike.

Yorke abrió la boca para hablar, pero no salió nada; en su lugar, todo se volvió repentinamente claro en su cabeza...

Un superviviente. La enfermera en la radio. "No lo entiendo... nunca fue más que un caballero". Alguien más adoctrinado por el Conducto.

—¿No estás delante de un camión, verdad?

—No.

—Sabíamos que este día llegaría.

—Sí... pero el día de Navidad es toda una elección.

—Una elección inspirada, Mike. Creo que estarás de acuerdo en que el Dr. Louis Mayers siempre fue un showman.

—Es el tiroteo en la residencia de ancianos de Leeds, ¿no?

—Sí. Te necesitamos allí mañana, Mike.

—Un momento, señora. Estoy de vacaciones. —Yorke recordó el tono de voz de Patricia anteriormente e imaginó tener que decirle que las dos semanas de vacaciones se cancelaban. No tenía que preocuparse por el frío todavía, porque su corazón acababa de empezar a latir como un tambor de nuevo.

—Mike, acabo de hablar por teléfono con el ex Superintendente Jefe de Detectives Benjamin Rosset. Ahora dirige el HMET para West Yorkshire. Quiere que tú, el SIO del caso Christian Severance, colabores mañana.

El Equipo de Investigación de Homicidios y Delitos Graves. Tenía sentido. No había nada más serio que una masacre en una residencia de ancianos. También era lógico que quisieran al Oficial Superior de Investigación del último caso relacionado con el Dr. Louis Mayers.

Sabiendo que era inútil, Yorke intentó defender su caso de todos modos. —Hay otras personas que estuvieron involucradas en el caso de Christian Severance. No tengo que ser yo a quien recurra en este caso.

—Lo siento, Mike. Así es como va a ser.

—¿No bastaría con el contacto telefónico?

—¿Cómo crees que se sentirá Rosset al respecto?

Yorke suspiró. —Sin apoyo.

—Entonces, no necesito responder a tu pregunta.

—Por favor, explíqueme, señora, ¿cómo saben con certeza que Mayers estuvo involucrado?

—Una de las supervivientes... —Madden hizo una pausa. Obviamente estaba mirando sus notas—. Audrey Houghton. Quedó atrapada allí con el pistolero, Bernard Driggs. Según su relato, pasó de estar completamente homicida a estar plácido y destrozado en cuestión de segundos después de leer un mensaje de texto en su teléfono. Luego se suicidó, pero no sin antes darle una advertencia...

—De evitar al Conducto.

—Rápido como un rayo, Mike. Por eso siempre eres la primera opción.

—Genial. ¿Qué ocurrió después del mensaje de texto?

—Bernard Driggs le advirtió sobre el Conducto, sobre un hombre que promete curarte, pero luego hace algo completamente diferente.

—Así que... de alguna manera, Louis Mayers había estado accediendo a este Bernard Driggs y adoctrinándolo, tal como hizo con Christian Severance, y tal como hizo con Susie Long.

Yorke hizo una pausa para tomar aire profundamente. *Susie Long*. La joven inocente había apuñalado mortalmente al novio de su amigo, el Inspector Detective Mark Topham, después de que el Conducto hubiera tomado control de su mente mediante hipnosis y drogas. Había hecho que Susie Long creyera que el Dr. Neil Solomon era una amenaza para ella. Los métodos del Conducto eran poderosos y destructivos.

Yorke continuó. —¿Quién le ha estado visitando en la residencia? Esta es la única manera en que podría haber...

—Me temo que no, Mike. La única persona que le visitaba era su hija. Se le permitía salir para un paseo diario en solitario entre las 10 y las 12 de la mañana todos los días; este es el único momento en que Mayers podría haber accedido a él.

—¿CCTV y testigos? Alguien debe haberlos visto paseando.

—Estoy segura de que ya han pensado en eso, Mike. Puede que seas el agente más agudo que conozco, ¡pero no eres el único capaz!

—¿El mensaje de texto? Apuesto a que había dos. Uno que lo activó y otro que lo desactivó.

—Nos encantaría saberlo, Mike, pero parece que el teléfono se quemó en el incendio. No tenía contrato, así que solo podemos suponer que estaba usando un teléfono desechable.

—Señora. Necesito este descanso. Las cosas no van muy bien en casa con la familia.

—Nunca lo están, Mike, por eso opté por no tener una.

Bueno, yo elegí de otra manera, y me alegro de haberlo hecho.

—Lo siento, señora...

Madden se rio. —Como si fuera cierto, Mike. Acabo de escuchar la emoción en tu voz. Nada te mantendría alejado de esto. No será necesario que me esfuerce imponiéndome con mi rango y arriesgándome a problemas con Recursos Humanos. Estarás en Leeds mañana.

Yorke no respondió.

—Te daré dos horas para que lo tomes con calma. Adiós, Mike.

Yorke decidió en ese momento que la próxima vez que alguien la llamara zorra en la oficina, no acudiría en su defensa.

UNA VEZ que las noticias terminaron, el Conducto apagó la televisión y se recostó en el sofá. Siempre disfrutaba de este corto período entre pacientes para reflexionar sobre sus éxitos y fracasos. Tenía una mentalidad de crecimiento, y no se podía crecer sin ser tanto crítico como orgulloso.

Bernard Driggs había sido su tarea más difícil hasta la fecha. Era anciano, por lo que el TEPT había estado gestándose dentro de él durante mucho tiempo, enroscándose alrededor de su mente inconsciente como una anaconda. Su agarre era fuerte, y Bernard se estaba asfixiando hasta morir en una residencia de ancianos.

Bajo su nueva identidad, el Conducto había realizado trabajos de asesoramiento psicológico autónomo en una consulta privada psiquiátrica. Allí, había podido acceder a expedientes antiguos de

pacientes. Fue a través de estos viejos registros como pudo conocer las experiencias de Bernard en la guerra de las Malvinas, su TEPT, la residencia donde vivía y, más importante aún, sus lujosos paseos de dos horas por la zona. Lo único, según Bernard, que le mantenía cuerdo.

El doctor había orquestado un encuentro casual con Bernard junto a un lago en su ruta de paseo. Hizo que el asa de su bolsa de plástico se rompiera en el momento exacto, para que Bernard se acercara a ayudar a salvar las conservas de rodar al agua. Después de empezar a hablar, no tardó mucho para que el Conducto inventara la mentira de que su tío también había servido en las Malvinas. La amistad quedó formada. *Rose Hill* estaba en medio de la nada, así que había muchos lugares tranquilos y apartados en los bosques y parques de alrededor donde el Conducto podía organizar encuentros en los que desarrollar más su relación médico-paciente.

Bernard había contado su historia por primera vez en un banco, con vistas a un valle ondulante. —Yo y los demás nos quedamos atrás en el Monte Kent. Estaba oscuro y nos preparábamos para tomar la Montaña Dos Hermanas. El Monte Kent era un anillo de colinas alrededor de Stanley, así que estaba lleno de tierra de nadie. La Compañía Yankee, una patrulla de combate, fue antes que nosotros, pero eso no terminó nada bien. Nuestro pelotón era el siguiente. Todavía no habíamos experimentado un ataque a gran escala... y realmente no hay nada que pueda prepararte para ello... no hay orden en el caos que desciende. Solo un montón de ruido y destellos cegadores. Todo era adelante, adelante, adelante... morteros, artillería, fuego de armas... mucha gente cayendo a tu alrededor. Estoy seguro de que suena aterrador, colega, pero a menos que estés allí, es realmente difícil explicar lo verdaderamente terrorífico que es en realidad. Estábamos en el suelo y atrapados. Fuego directo, pero todavía viniendo desde cierta distancia... Entonces llega la orden de avanzar. Jodidamente increíble, la verdad. Ninguno de nosotros pensó que podríamos sobrevivir a eso. Pero vas. *Siempre* vas. Os miráis unos a otros, y nadie sugiere lo contrario, y luego todos cargáis hacia adelante juntos sin querer defraudar a nadie. Desafiamos las probabilidades y llegamos a la

cima de las Dos Hermanas con pocas bajas, pero pasan cosas. *Siempre* pasan cosas. No detecté a un soldado argentino suelto. Mis dos amigos, Gavin y Bradley, pagaron el precio. Solo eran unos chavales. Yo era el viejo del grupo, bien entrado en los treinta. Debería haber cuidado de ellos. Bradley recibió una bala en el corazón. Afortunado para él, su muerte fue rápida. No así para Gavin. Le dieron en el cuello y se ahogó en su propia sangre. La tercera bala del soldado me dio en el estómago, arruinando mis entrañas. ¿Te preguntas por qué estoy en una residencia con solo setenta y cuatro años? Diálisis constante, colega. Y no voy a poner esa presión sobre mi hija. En cuanto a ese soldado, alguien más hizo lo que yo no pude hacer por Bradley y Gavin aquel día y acabó con él antes de que acabara conmigo. Durante muchos años, deseé que no lo hubiera hecho. Ese error arruinó mi matrimonio, mis amistades, mis relaciones con los demás... mi vida realmente. Es un maldito milagro que esté sentado aquí hoy. Pero, sabes, alguien en algún lugar consideró oportuno darme otra oportunidad. Es un mundo extraño. Encontré a Louisa, y encontré *algo* de paz.

El Conducto asintió, puso una mano en el hombro del anciano y ofreció una mirada solemne. Lo que quería hacer era frotarse las manos con anticipación. ¡Había tanto con lo que trabajar aquí!

En el pasado, con pacientes como Susie Long, sus tratamientos, aunque eficientes, habían sido rápidos. A menudo se relamía al recordar a Susie apuñalando al Dr. Neil Solomon incontables veces porque veía a su tío asesino en lugar de a un médico inocente. Pero, con Bernard, y con otro paciente más reciente, se había prometido ir más despacio y afinar realmente el proceso. Quería levantar la nube del TEPT de sus pacientes y reemplazarla con el desplazamiento definitivo de estas emociones desadaptativas: una explosión de violencia sin rival.

Así que había procedido con cuidado y meticulosidad con Bernard.

De hecho, no le había introducido su cóctel químico hasta que llevaban al menos tres semanas de reuniones o, si se quiere, de tratamiento. Y cuando lo había administrado, lo había hecho en dosis

más pequeñas al principio, deslizándolo en los pasteles que a menudo traía consigo para que Bernard disfrutara.

El Conducto respiró hondo, recordando la primera vez que Bernard notó que estaba bajo la influencia. —Suena ridículo, colega, pero ¿te parecen diferentes los colores hoy? De alguna manera, a mí sí.

—¿Perdona?

—El valle. Parece estar más brillante. Casi resplandeciente. Pero el sol no está exactamente brillando, ¿verdad?

—No lo había notado. ¿Cómo te sientes hoy, Bernard?

—Bien. Contento. Aunque siempre me siento bien después de tus pasteles.

—¿Eufórico?

—Vaya palabra. Sí, supongo que sí. No soñé mucho anoche. ¡Debe ser eso! Más descanso de lo habitual. A menudo tengo pesadillas horrendas.

—¿Confías en mí, Bernard?

—Por supuesto, sabes que sí. Nuestras charlas. Me haces sentir mucho mejor... Por supuesto, también está Louisa... ella también sabe escuchar.

—Todavía no le has contado a Louisa sobre mí, ¿verdad?

—No, pero sabes que no entiendo por qué es tan importante. Ella no dirá nada.

—Aun así... prefiero mantener el statu quo. Soy un médico profesional, y algunas personas podrían no estar de acuerdo con lo que está pasando aquí. Un tratamiento fuera de un entorno oficial. No puedo arriesgarme a poner en peligro mi carrera.

—Lo entiendo. Así que simplemente le he dicho que me encuentro con un viejo amigo para dar paseos.

—Ah... bien. Escucha, Bernard, voy a preguntarte algo ahora, y necesito solo una respuesta. Para mi tratamiento, necesito voluntad. Si respondes negativamente, me marcharé. Nuestra amistad permanecerá, pero la relación médico-paciente no existirá más. Si respondes afirmativamente, te prometo un cambio de mentalidad que no tiene rival. ¿Entiendes?

—Por supuesto, y ya sabes mi respuesta...

—Aun así... compláceme.

—Por supuesto.

—Mi nombre es el Conducto. Soy un canal. Me convierto en la pieza que falta dentro de las personas, y permito que los pensamientos, sentimientos y comportamientos fluyan a través de mí y dentro de ellos. Asiente si lo entiendes.

Al principio, Bernard había parecido confundido, pero luego había asentido.

Yorke abrió la puerta a Emma Gardner. Era su querida excolega y leal amiga. Por lo general, era imposible no sentir alegría en su presencia; en este momento, sentía cualquier cosa menos eso.

Era el día de Navidad. Solo podía haber una razón por la que ella estaba allí. El Conducto.

Madden se había equivocado en una cosa durante la conversación telefónica anterior. Yorke no era el más perspicaz que existía.

Después de todo este tiempo, a Yorke todavía le sorprendía contemplar su delgada silueta. Había perdido tanto peso desde sus días como inspectora, lo que decía mucho sobre lo poco saludable que podía volverte este trabajo.

—Feliz Navidad, Emma. ¿Vienes con regalos?

—Por supuesto —levantó una bolsa de plástico.

El corazón de Yorke se hundió. Ella no estaba sonriendo. *Definitivamente* tenía otra agenda.

Vestía de manera informal con vaqueros y un jersey navideño, sorprendiéndole de nuevo, porque cuando pasaban casi todas las horas del día juntos, ella siempre llevaba trajes.

—Sabes algo, ¿verdad? —dijo Gardner.

Perspicaz, sin duda. Yorke no pudo resistirse a sonreír. —¿No vas a desearme Feliz Navidad?

Gardner no sonrió.

Yorke suspiró. —Será mejor que entres. Pat y todos se alegrarán de verte.

Gardner negó con la cabeza. —No. En el coche, Mike. Estoy demasiado alterada para fingir.

—Vale.

Gardner había dejado el motor en marcha, así que Yorke agradeció la ráfaga de aire caliente. Ella dejó caer la bolsa de plástico en su regazo.

—Ahí hay unas partituras para guitarra para Ewan de *The 1975*, un grupo que le gusta. Patricia me lo dijo, ya que tú nunca contestas al teléfono últimamente. Para Beatrice, hay un libro para colorear de unicornios, pegatinas de unicornios y un peluche también.

—Déjame adivinar... ¿un unicornio?

Gardner le miró fijamente. —*Rose Hill*, la residencia de ancianos. Mayers ha vuelto, ¿verdad?

Yorke suspiró. —Eso parece. ¿Qué te hizo pensar en él?

—Lo obvio. Esto no fue obra de algún extremista, sino de un amable anciano que pasaba sus últimos días en una residencia.

—Sí, pero cualquiera puede perder la cabeza, ya lo sabes.

—Es una forma muy organizada y eficiente de perder la cabeza para alguien en el ocaso de su vida.

—Era un veterano de guerra.

—Tenía setenta y cinco años, y según algunos testigos que hablaron en la radio, estaba locamente enamorado de una de las víctimas. Además, ¿por qué argumentas en contra, Mike? Ya me has confirmado que Mayers está involucrado.

—Simplemente no me lo creo todavía. No estoy seguro de querer creerlo.

—¿Por qué no? Esta es nuestra oportunidad para atrapar finalmente al cabrón.

Yorke la miró fijamente y no pudo evitar una risa sardónica. —¿Nuestra oportunidad? ¿Estás de broma, verdad?

—No bromeo cuando el tema de conversación es el hombre que destrozó la vida de uno de mis mejores amigos.

—No quiero que suene ofensivo, Emma, pero eres vigilante de seguridad en Marks and Spencer. ¿Cómo pensabas conseguir

recursos para esta investigación?

—No necesito hacerlo. Tú lo harás.

—¿Lo haré?

—No te molestes, Mike —dijo Gardner, agarrando el volante—. Sabías que Mayers estaba involucrado cuando llegué. Han hecho la conexión en Leeds y se han puesto en contacto. Tú eras el investigador principal en el último caso relacionado con él. Ese es tu billete de entrada.

—Has dado en el clavo, excepto que he rechazado el billete.

—¿Qué? —apretó el agarre en el volante, y la blancura de sus nudillos se hizo evidente.

—Tengo dos semanas libres. Simplemente no puedo seguir haciendo esto. No a Pat. No a Ewan y Beatrice.

—¿Hola? Pero es el Conducto. El hombre que mató a Neil, la pareja de Mark... ¿te han golpeado en la cabeza?

—Siempre hay algo. Tengo que empezar a poner a mi familia primero. Imagina si entrara en esa casa y le dijera a Pat que nuestras próximas dos semanas juntos se han ido al garete.

—Ella lo entendería.

—Sí, lo haría. Pero, ¿eso lo hace correcto? Causa grietas, Emma. Tú lo sabes mejor que nadie. ¡Por eso te largaste!

—En cualquier caso —dijo Gardner—. Esto es irrelevante. Madden no te dejará escapar.

—Me amenazó con algo así.

—Exactamente.

—Pero voy a mantenerme firme. Jugar al gallina con ella. No querrá el follón con Recursos Humanos. Además, ¿qué vamos a conseguir si lo encontramos? No va a traer a Topham de vuelta. Hace mucho que se fue, y Dios sabe dónde. Y si lo trajéramos de vuelta, ¿entonces qué? Irá a la cárcel por matar a una trabajadora sexual. ¿No es mejor que esté desaparecido?

Gardner quitó las manos del volante. Suspiró y se secó una lágrima. —No he sido del todo sincera contigo, Mike.

Yorke la miró fijamente. —Escucha, Emma, por favor no me digas nada que vaya a...

—Sé dónde está Mark, Mike.

5

AL CONDUCTO le había llevado un número récord de sesiones conseguir la sumisión de Bernard Driggs. No poseía la vulnerabilidad de algunos de sus pacientes anteriores, y la coraza alrededor de su TEPT se había endurecido como la piel muerta en el pie de un atleta.

Sin embargo, después de varias semanas de pasteles "especiales" y numerosos intentos de hipnosis, el doctor finalmente logró atravesarla.

El tratamiento requería que el Conducto estuviera presente en el recuerdo más oscuro de Bernard. Así que, el Conducto se situó junto a él en aquel fatídico momento en que el soldado argentino había abierto fuego contra él y matado a sus dos amigos.

La primera vez que Bernard le había hablado durante la visualización había sido particularmente placentera. Ocurrió en las secuelas, cuando el soldado argentino ya estaba muerto, y Bernard yacía en el suelo sujetándose las entrañas con manos ensangrentadas. —Me llevó tanto tiempo aceptarlo. Durante años, me culpé a mí mismo por el caos de la guerra. Pero esa es la ironía, ¿no? El caos no se puede controlar. Podría vivir este suceso mil veces, y podría ocurrir de nuevo, o quizás no. El azar, *el caos mismo*, podría llevar esos acontecimientos en cualquier dirección.

Para el Conducto, esta era siempre la parte más emocionante del tratamiento. Cuando el paciente drogado encontraba el puente entre la claridad y el desorden. El *punto exacto.* El momento en que el

paciente era más moldeable, y el doctor podía realizar su mejor trabajo.

Fue en este punto cuando el Conducto quiso que Bernard *rechazara* la versión original de los hechos. Para hacerlo, tuvo que alterar la narrativa. Eliminó el caos. Le dio a Bernard la oportunidad de detener el tiroteo. Creó un escenario en el que el soldado argentino estaba al descubierto, con su rifle colgando a un costado, suplicando por su vida. En ese momento, Bernard podría haberle disparado, pero estaba demasiado asustado para acabar con la vida de alguien cara a cara. Esta vacilación le dio al argentino una oportunidad. La aprovechó con los brazos abiertos. Su rifle volvió a alzarse y dos hombres inocentes perdieron la vida.

La primera vez que el Conducto "plantó" la narrativa modificada, no arraigó. Bernard emergió de la hipnosis, descartando los nuevos recuerdos como una pesadilla, y no como la versión real de los acontecimientos. Tres visualizaciones después, y el Conducto seguía atascado en el punto de partida. *¡Este viejo zorro era realmente terco!* Pero, finalmente, como todos los pacientes anteriores del Conducto, empezó a resquebrajarse. En la cuarta visualización, Bernard emergió de la hipnosis en un estado de ansiedad. Sudoroso y tembloroso. El Conducto le pidió que recordara los acontecimientos, y Bernard los relató como si fueran reales.

La ficción había echado raíces. ¡Bernard Driggs estaba quebrado!

Y ahora el Conducto podía arreglarlo.

Yorke estaba negando con la cabeza. —Lo siento, Emma, rebobina. *¿Contrataste a un detective privado?*

Gardner tomó una respiración larga y profunda. Desahogarse con la persona que más respetaba en el mundo la había dejado temblorosa. Tras la respiración, asintió.

Ahora era el turno de Yorke de tomar una respiración larga y profunda, porque perder los estribos con una de sus amigas más

cercanas seguramente le descartaría como su confidente. —Vale, vale... desde el principio, por favor.

—Bueno, ya conoces el principio, Mike. Fuiste parte de la investigación para encontrarlo.

Hace más de dieciocho meses, el inspector detective Mark Topham, magullado y maltrecho, se encontraba en medio de una crisis alimentada por el alcohol como resultado del asesinato de su novio. Mientras encontraba consuelo con trabajadoras sexuales, Topham se había visto envuelto en un altercado violento con un joven prostituto llamado Dan Tillotson, quien posteriormente falleció.

Después de que Topham huyera de Salisbury, la investigación duró meses. Mirando atrás ahora, a Yorke le parecía que habían rastreado a cada persona con la que Topham había estado alguna vez en contacto. Yorke había visto más del Reino Unido en esos meses que lo que había visto antes, o lo que esperaba ver de nuevo en su vida.

Sin embargo, todo había sido en vano. De hecho, había sido tan infructuoso que muchos en la central ya habían dado por muerto a Mark Topham, y la búsqueda rápidamente se consideró un desperdicio de recursos.

—No lo acepté —dijo Gardner—. Era mi amigo. *Nuestro* amigo. Le debíamos más que eso. Sabiendo que tenía una familia que mantener, y que no podía simplemente largarme a buscarlo yo misma, encontré a un detective privado llamado Robert Brislane.

—¿Cómo pudiste permitirte un detective privado? —dijo Yorke.

—Barry tiene un puesto bastante alto en su empresa farmacéutica. Recibió una bonificación importante ese año. Además, yo tenía algunos ahorros.

—*Dios mío*. ¿Cómo se lo tomó Barry?

—Cabreado. Al principio. Pero sabía que yo no tenía elección. Casi me había perdido el año anterior por aquella herida de cuchillo, y sabía que había dejado mi trabajo para mantenerme a salvo por él y por nuestros hijos. Cuando le dije que era Robert Brislane, o que volvía al trabajo, aceptó.

—Pero aun así... ¿has estado pagando a este Brislane desde entonces? ¡Son casi dieciocho meses!

—No, le pagué durante siete meses.

—No lo entiendo... ¿por qué paraste? ¿Te quedaste sin dinero?

—No. Paré porque *lo encontró*.

Los ojos de Yorke se ensancharon. —¿Encontró a Mark?

Gardner asintió.

—¿Dónde?

Gardner se secó otra lágrima del ojo. —Ese es el problema, Mike. No lo sé. Porque el día que Robert me dijo que había encontrado a Mark, él también desapareció.

Una vez que la versión real de los acontecimientos había sido *rechazada*, y se había *adoptado* una nueva narrativa, el Conducto se dispuso a construir un evento completamente nuevo. Este era un nuevo desafío para el Conducto. ¡Hasta este momento, solo había *adaptado* y *ajustado* eventos existentes, nunca había creado uno completamente nuevo! Y desde luego nada tan audaz como esto... Pero el doctor estaba seguro de que, con una generosa cantidad de tiempo y abundantes dosis de drogas e hipnosis, era posible.

Ahora mismo, en el sofá, el Conducto dio una palmada. *¡Oh, cuánta razón había tenido!*

En este nuevo evento, el soldado argentino no había muerto instantáneamente por la bala disparada por uno de los compañeros de Bernard. Desde el suelo, el argentino había amenazado con regresar, en el futuro, con varios de sus camaradas para acabar con Bernard Driggs de manera fría y cruel. Esperarían hasta que bajara la guardia en la vejez y le harían una visita en la residencia *Rose Hill*. Allí tomarían la forma de los cuidadores y otros residentes.

Ahora bien, para cualquier mente racional, esto era obviamente un completo disparate. *¿Cómo demonios planeaba este argentino trascender la muerte y volver en otra forma? ¿Cómo podría el soldado saber posiblemente dónde residiría Bernard Driggs en el futuro?*

Pero el nivel de credibilidad era irrelevante porque, como señalaría el Conducto en sus notas para las revistas científicas, "cualquier cosa puede, y será creída cuando la mente está bajo presión severa".

Y la narrativa modificada de Bernard, en la que se había quedado paralizado cuando podría haber salvado la vida de sus camaradas, causó una presión severa.

Así que Bernard Driggs se lo tragó todo, completo y al pie de la letra. Quizás no en su vida consciente —el Conducto nunca puso esto a prueba— pero ciertamente bajo hipnosis. Y a partir de ese momento, la trama se aceleró a una velocidad vertiginosa y el Conducto se dio cuenta de que el día de Navidad sería un momento óptimo para probar su tratamiento.

El Conducto entrenó la mente de Bernard para responder a ciertos mensajes. Al recibir estos mensajes, caería nuevamente bajo hipnosis y creería, con todo su corazón, en la amenaza que le habían hecho todos esos años atrás en un campo de batalla argentino. En uno de sus paseos, le entregó a Bernard un teléfono nuevo y un regalo de Navidad. Le instruyó que no abriera el regalo hasta el gran día, y no hasta que recibiera un mensaje de texto. "Quiero saber, inmediatamente, tu reacción cuando veas mis regalos. Así que ábrelos solo cuando te envíe un mensaje, para que yo esté disponible para recibir la respuesta". Por supuesto, no habría ninguna respuesta. No era necesaria. El Conducto ya sabía cuál sería su reacción.

El Conducto estaba muy seguro de que nadie registraría las pertenencias de Bernard (ni el contenido de su regalo) cuando regresara de su paseo. ¿Quién sospecharía de Bernard Driggs? Esto era algo bueno, porque dentro del envoltorio dormían el líquido para encendedores y una caja de cerillas, para que Bernard quemara *Rose Hill*, y una Smith and Wesson Shield EZ.

Así que, temprano hoy, había conducido, con su teléfono desechable, hasta el otro lado de Leeds. Allí, había enviado el primer mensaje de texto para *activar*. Diez minutos después, había enviado el segundo para *desactivar*.

Luego, había arrojado el teléfono al río Aire, regresado a casa y esperado noticias de su éxito.

El Conducto respiró hondo.

Emil Kraepelin, Sigmund Freud, Eugen Bleuler, Nathan S. Kline, Aaron Beck...

Y ahora, el Dr. Louis Mayers.

Cambiaría el rostro de la psiquiatría moderna y tomaría su lugar junto a sus ilustres antepasados.

Gardner le dio a Yorke un breve resumen de los siete meses de búsqueda de Mark Topham por parte de Robert Brislane. —La última vez que supe de él fue ese día que viniste a verme, en febrero, durante esa atroz nube de ceniza... poco después de aquel desastre con Borya Turgenev.

Yorke se estremeció. La mera mención de su nombre hizo que la cicatriz en su mejilla ardiera.

—Robert me llamó porque había encontrado a Mark en Leeds. Obviamente, tenía muchas preguntas. Estaba desesperada por saber exactamente dónde estaba y si estaba a salvo, pero Robert solo me seguía diciendo que no era tan sencillo. Dijo que tenía que ir a Leeds. Así que, al día siguiente, llamé diciendo que estaba enferma y me dirigí allí, a su hotel —Gardner se pasó una mano por el pelo.

—¿Y?

—Cuando llegué, se había ido.

—¿Se había marchado oficialmente?

—No. Llamaron a su habitación y no estaba allí. Era un hotel bastante barato con estándares bajos. Solo tuve que fingir ser su esposa y me dejaron entrar en la habitación. Le esperé. Pasé toda la noche allí, y no regresó. Al día siguiente, llamé a su esposa para ver si había vuelto a casa. Sin suerte. Así que contacté con la policía... después de haber registrado sus bolsas.

—*¿Qué?* —dijo Yorke—. Dejaste tu ADN por todas sus pertenencias. ¿Y si aparece muerto?

—Usé guantes, Mike. Además, le dije a la policía que pasé la noche en su habitación, y esperarían alguna transferencia de ADN por eso de todos modos. Mira, fui completamente abierta y honesta sobre mi contacto con Robert.

—¿Cómo se tomaron que vosotros dos trabajarais al margen de la ley para localizar a un asesino buscado?

—Como te puedes imaginar. Pero simplemente insistí en que Robert no había hecho nada ilegal.

—Solo conocías lo que él consideró oportuno contarte. Ya sabes cómo trabajan algunos de estos investigadores.

—Es cierto, y estuve paranoica durante un tiempo, pero si alguna vez sospecharon de mí, o pensaron que crucé algún tipo de línea, deben haberlo dejado pasar porque hace tiempo que no sé nada de ellos. ¡Al principio, era yo quien les presionaba para obtener información sobre la investigación, y no al revés! No necesitaba mi experiencia como detective para saber que no iban a ninguna parte —Gardner metió la mano en su bolsillo interior y sacó una caja grande de tic tacs—. Hubo un momento en que consideré contratar a otro investigador para encontrar al desaparecido, e incluso lo mencioné en una conversación con Barry. Sí, ridículo, lo sé. Ya soy responsable de la desaparición de una persona.

—No sabes eso.

—Oh, claro que sí —Gardner sacó un tic tac. Le ofreció la cajita a Yorke. Él negó con la cabeza.

—Puede que Mark ni siquiera estuviera en Leeds —dijo Yorke—. Solo tienes esa breve llamada telefónica de Robert. No viste ninguna prueba real.

Gardner se metió un tic tac en la boca, se inclinó y abrió la guantera frente a Yorke. —El sobre marrón.

—¿Qué es?

—Registré las pertenencias de Robert, ¿recuerdas?

—No dijiste que hubieras encontrado algo.

Gardner sonrió. —Tampoco dije que no lo hubiera hecho.

—¿Estás a punto de mostrarme pruebas que deberían estar con la policía de Leeds?

—Entonces cierra la guantera, Mike.

Yorke entrecerró los ojos. —No me lo puedo creer. ¿Hay algún puesto vacante en Marks and Spencer? Porque igual solicito trabajo allí el mes que viene.

—Deja de exagerar. Nadie sabrá jamás que miraste ese sobre.

Yorke suspiró, cogió el sobre y sacó una fotografía tamaño A4. Reconoció tanto a la persona como el lugar. Ambos hicieron que su corazón se acelerara.

El Edificio Parkinson. Un punto emblemático de Leeds y uno de sus edificios más grandes. Yorke recordaba poder ver la torre del reloj en su punto más alto a kilómetros de distancia desde la autopista cada vez que conducía hacia Leeds para comenzar un nuevo semestre.

Este edificio se encontraba a la entrada de la Universidad de Leeds; una parte fundamental de la vida de Yorke durante tres años a principios de los noventa.

Sentado en el tercer escalón que llevaba a la puerta del Edificio Parkinson estaba su ex-colega y amigo, Mark Topham. Se había afeitado la cabeza, dejado crecer la barba incipiente, y cambiado su ropa de diseño a medida por prendas holgadas y sin forma. Estaba desaliñado, muy diferente al Topham con el que habían trabajado estrechamente.

—Así que Robert sí encontró a Mark... —dijo Yorke.

Gardner asintió. —Y luego lo volvió a perder.

—Y a sí mismo en el proceso. Joder, Emma. Esta fotografía debería estar con la policía. Ocultar esto no ha sido tu mejor decisión. Al menos deberías haber acudido a mí antes.

Gardner resopló. —¡Acudir a ti! ¡Tú quieres encerrarlo!

—Sí... ¿recuerdas lo que ha hecho, Emma?

—Sí, pero no creo que sea como pareció. Quiero escuchar su versión antes de que lo arrastren como si fuera un animal.

Yorke suspiró. —Entonces, ¿por qué estás aquí si no confías en mí?

—Desesperación.

—¡Gracias!

—Ahora que sé que Mayers también está en Leeds, me preocupa que pueda tener a ambos. A Robert y a Mark.

—Eso es mucho suponer...

—¡Vamos, Mike! ¿Por qué más estaría Mark en Leeds si no hubiera encontrado a Mayers? Y si encontró a Mayers, nadie está a salvo. Robert y Mark están en peligro, lo sé.

—O lo estaban, Emma. Esta foto tiene diez meses.

—No me voy a rendir.

—Vale, supongamos que tienes razón, ¿entonces qué?

—Vamos a Leeds. Tú tienes contactos en la policía de allí...

—Emma, eso no va a ocurrir.

Gardner lo miró fijamente. Sus ojos estaban muy abiertos. Él estaba acostumbrado a verla *motivada* durante el tiempo que trabajaron juntos, pero esto no era *motivación*. Era obsesión. Rayando en lo fanático.

—Entonces iré sola.

—Eso tampoco va a ocurrir.

—¿Vas a esposarme?

—Estás siendo ridícula.

—Me equivoqué.

—¿Te equivocaste... en qué?

—En que harías cualquier cosa por tu equipo.

—No tienes ningún sentido.

—Iain está muerto, Jake se ha ido, y Mark nos necesita. Si no vamos a ayudarle, ¿quién lo hará?

La pulla dolió. Yorke rompió el contacto visual con Gardner. —Pero esta no es la forma correcta. Abandonar la autoridad como si fuéramos un par de agentes rebeldes. ¿Y llegaríamos a alguna parte de todos modos?

—Estarás trabajando con la policía de allí, difícilmente eso es rebelde.

—¿Mientras arrastro a una civil como parte de la investigación?

—No soy una civil, y lo sabes. Y nadie conoce a Mark como yo. Juntos, podemos encontrarlo. Y a Robert también.

Yorke se frotó las sienes. Luego, cogió el sobre y lo arrojó de vuelta a la guantera. —Lo siento, Emma. —La cerró y abrió la puerta del coche.

La miró. Sus ojos seguían muy abiertos. Temblaba ligeramente. Tuvo que contener sus propias lágrimas. —Voy a estar con mi familia. Tú deberías hacer lo mismo.

Salió del coche y cerró la puerta tras él.

6

NO TENÍA SENTIDO intentar reavivar el espíritu navideño en el hogar de los Yorke. Ese barco ya había zarpado definitivamente.

Ewan y Lexi habían desaparecido arriba para celebrar su ridículo compromiso en privado. Si estaban manteniendo relaciones o no era la menor de las preocupaciones de Yorke ahora que se preparaban para comprometer sus vidas enteras el uno con el otro. Patricia estaba viendo EastEnders, lo que siempre resultaba un deprimente de la positividad.

Observó a Beatrice empujar una muñeca desde el tejado de su nueva casa de muñecas. «Susie está muerta». Después preparó otra muñeca para un suicidio simulado.

Caminó alrededor del sofá y vio el bulto de pelaje negro. Incluso Rosie había renunciado a rebotar por las paredes y se había quedado dormida.

Se sentó en el sofá y dijo:

—Lo siento.

Patricia silenció el televisor.

—No tienes que disculparte.

—Sí, debo hacerlo. Es ridículo, lo sé.

—Sabíamos en qué nos metíamos cuando empezamos. Así son nuestros trabajos. Yo tengo la excusa del tiempo parcial ahora... tú no.

—Pero es Navidad.

—Y has devuelto a un niño a sus padres. ¿Pueden tus obligaciones ser más nobles?

—Si los papeles estuvieran invertidos, lo odiaría.

—Si los papeles estuvieran invertidos, lo aceptarías por lo que es. Importante.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo realmente antes de que se interponga entre nosotros? ¿Antes de que nos haga lo que le hizo a Jake y Sheila, a innumerables otras personas que conozco? ¡Por el amor de Dios, traje a un sicario ruso a nuestra casa a principios de año!

Ella se levantó y caminó hacia él. Sonrió.

—¿Él? No era rival para la familia Yorke.

Bueno... técnicamente, fue Jake quien nos ayudó en esa ocasión, pensó Yorke, sintiendo una punzada de pérdida.

Se sentó a su lado y puso la mano en su rodilla.

—Somos más fuertes que eso. Nos conocimos en sangre, ¿recuerdas?

Tenía razón. Ella era patóloga forense, y se habían conocido mientras examinaba a una víctima de asesinato.

—Prefiero decir que nos conocimos en el trabajo.

—Es lo mismo...

—...pero diferente? —dijo Yorke arqueando una ceja—. Entiendo todo eso. Pero hemos decidido formar una familia juntos. Nosotros. No solo tú, que estás dispuesta a sufrir porque tu marido está enganchado a su trabajo. Nosotros.

—Estás cansado. Emocional. Estás pensando demasiado. Cualquier problema que exista entre nosotros está solo en tu cabeza, Mike...

—No. Puedo ver el descontento aunque tú no quieras reconocerlo. A veces lo escucho en el tono de tu voz, a veces lo veo en tus ojos. Está ahí. No podemos simplemente ignorarlo.

Ella le frotó la rodilla.

—No te alteres. Escucha, tenemos dos semanas juntos...

—¡Sí! —exclamó Yorke, irguiéndose—. Las tenemos ahora. Casi no las tuvimos. Estaban encima de mí otra vez, intentando alejarme de mi familia por enésima vez. No te preocupes, yo...

—Tranquilízate. ¿Quién estaba encima de ti?

En su interior, Yorke maldijo su torpeza por mencionarlo. El simple hecho de sacarlo a colación traía pesimismo a sus vidas. *¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?*

—¿Quién? —preguntó Patricia de nuevo.

Entonces, Yorke le contó sobre la llamada de Madden diciéndole que Mayers había vuelto. Antes incluso de terminar la historia, Patricia tenía la mano sobre su boca y estaba mortalmente pálida.

Ahí está, más angustia recorriendo el hogar de los Yorke como un maldito tsunami.

Apartó la mano.

—Dios mío, lo siento, Mike. De verdad.

Yorke frunció el ceño.

—¿De qué te disculpas?

Patricia parecía confundida.

—Ese hombre... ese monstruo... lo que le hizo a tu amigo.

Yorke tragó saliva. Recordó estar en una sala de interrogatorios con las manos sobre los hombros de Topham, desesperado por conseguir lo imposible y mantenerlo entero. Había visto cómo el mundo de su amigo se partía en dos.

—Madden quiere que ayudes, ¿verdad? —dijo Patricia.

Asintió.

—Así que, obviamente, le dije lo que podía hacer con su petición.

—¿Qué? No entiendo.

—Le dije que iba a pasar las dos semanas con mi familia.

—¿Y ella lo dejó pasar así sin más... Madden?

—No... exactamente, pero soy inquebrantable en esto.

—¿Qué estás haciendo, Mike?

—¿A qué te refieres?

—Este no eres tú. No hay nadie más, y quiero decir nadie más, mejor equipado para encontrar a esta bestia que tú.

Yorke se puso de pie.

—Así que, ¿ahora tú también vas a intentar convencerme?

—No es algo que puedas negarte a hacer.

Yorke dio un paso alejándose de donde ella estaba sentada.

—Lo rechacé por nosotros... por nuestra familia... por ti.

—No —Patricia levantó un dedo—, no nos uses como excusa, Mike. Eso no es justo.

—Esto es ridículo —dijo Yorke, girándose y caminando hacia la puerta del salón. Se detuvo con la mano en el pomo y se volvió—. Quiero estar aquí con todos vosotros.

—Quieres encontrar a ese cabrón. Decir lo contrario es simplemente mentir.

Se volvió desde la puerta.

—Yo nunca te miento.

—No, no lo haces —dijo Patricia—. Solo te estás mintiendo a ti mismo.

—¿Así que es eso? ¿Me voy y qué, se acabó la Navidad? ¿Por qué no puede otro detenerlo?

—¿Y qué pasa si no pueden? Te culparías a ti mismo. ¿Y has olvidado a Emma? Lo que le sucedió a Mark la destrozó. ¿Cómo se sentiría si alguna vez descubre que tuviste la oportunidad de detenerlo?

Yorke se estremeció y apartó la mirada.

—¿Qué? —dijo Patricia—. Hay algo que no me estás contando.

Yorke le contó sobre Gardner y la conversación de antes en el coche. También le habló de la fotografía de Topham en las escaleras de Leeds.

Patricia se frotó las sienes.

—¿Te imaginas a Emma y a mí yendo al norte en una especie de cruzada? —dijo Yorke encogiéndose de hombros.

Patricia le miró. No dijo nada. Simplemente arqueó las cejas.

—No puedes hablar en serio.

—¿Cuál es la alternativa entonces, Mike?

—¿Qué quieres decir con cuál es la alternativa? Emma se va a casa y pasa tiempo con su familia, y yo me quedo en casa y paso tiempo con la mía.

—Joder, Mike, para ser el hombre más inteligente que conozco, a veces puedes ser más tonto que un zapato.

—¿Qué quieres decir?

—Llama a Emma ahora.

—¿Por qué?

—Simplemente hazlo, Mike.

Yorke llamó a Gardner. —¿Buzón de voz? ¿Y ahora qué?

—Llama a su casa.

Yorke obedeció.

—Hola, ¿Barry?

—¿Mike?

—Sí... Feliz Navidad.

—¡Feliz Navidad a ti también!

—Siento molestarte hoy pero, ¿está Emma ahí?

—Sí, acaba de volver de verte. Está arriba, haciendo la maleta.

—¿La maleta? ¿Por qué?

—¡Para su viaje a Leeds mañana contigo, pedazo de alcornoque! Deberías aflojar con el vino caliente.

Yorke sintió que la sangre le abandonaba la cabeza. —Sí... es verdad... perdona, iba a hacer la maleta a primera hora.

—¿Quieres que la llame entonces?

—No... solo dile que pasaré a recogerla a las 8.

—Fantástico. Lo haré.

Después de colgar, Patricia se levantó, se acercó y le besó. Juntaron sus frentes por un momento. —Estoy orgullosa de ti.

Yorke suspiró.

—Mientras llamas a Madden, iré arriba a preparar tus cosas.

Cuando el Conducto escribía cartas a su amigo, optaba por una pluma estilográfica en lugar del teclado, y *siempre* se decantaba por un estilo cursivo. Si cometía un solo error, volvía a escribir la carta entera. Tenía un único amigo y, como tal, podía tomarse el tiempo para ofrecerle la perfección.

Estaba en el párrafo final de un asunto bastante prolijo. Se reclinó en su silla del comedor, tomó un refrescante respiro profundo y miró a su perro que convulsionaba en el suelo.

Tenía los ojos en blanco, los dientes apretados y le salía espuma por las comisuras de la boca.

—Lo siento, perro, me he pasado un poco con tu cóctel esta noche. Solo puedo imaginar lo que estás viendo en esa tormenta. Destellos de una época pasada con Neil, supongo, antes de que sus entrañas fueran rebanadas como salami. Pero no prestes mucha atención, perro, no dejes que te altere. Ese tiempo, tu antigua identidad, ya no existe. Apenas son brasas brillantes de un fuego hace mucho extinguido. Nada más.

Sonrió a su mascota. Cierto, parecía estar sufriendo, pero estaría bien. Ya le había puesto de lado. No era necesario ponerle nada en la boca. Era un mito común que uno pudiera tragarse la lengua durante una convulsión; era prácticamente imposible.

El Conducto volvió a centrar su atención en su carta, tratando de ignorar los gemidos y los golpeteos.

Estaba escribiendo una carta sobre el minimalismo. Vivir una vida con menos posesiones. Le parecía una idea intrigante y sabía que su amigo, el destinatario, estaba experimentando actualmente este estilo de vida minimalista.

Era una pena que su amigo nunca respondiera. El Conducto cerró su carta comentando la posibilidad de extender el minimalismo para abarcar también las relaciones. Cuantos menos enredos mejor, en una vida que para muchos conllevaba demasiado equipaje emocional.

El Conducto miró a su mascota. La convulsión estaba llegando a su fin. Ahora gemía en lugar de gruñir.

—Sí, perro, pero no te preocupes, nuestra relación no corre peligro. Tú ciertamente no traes equipaje emocional. No desde que te vacié por dentro.

7

EL DÍA DE SAN ESTEBAN

YORKE SALIÓ sigilosamente.

Desde su conversación con Patricia la noche anterior, había aceptado que su familia no le reprocharía esta partida. Admitirían que había algo terriblemente mal en el mundo ahora mismo, y que él iba a intentar arreglarlo.

Sin embargo, a pesar de su bendición, Yorke sabía que se sentirían decepcionados. Estaría dejando un enorme vacío en el hogar de los Yorke durante el resto de las fiestas navideñas.

Así que besó rápidamente a Patricia y Beatrice, felicitó a Ewan y Lexi por milésima vez —lo que ahora sonaba más como una disculpa por su reacción inicial—, revolvió el pelo de Rosie y luego hizo su salida de manera suave y rápida, con la esperanza de que pudieran reanudar sus celebraciones.

Condujo hasta la casa de Gardner. Ella ya estaba en la puerta esperándole. Después de instalarse en el asiento del copiloto de su Lexus oficial, él se volvió hacia ella.

—¿Sabías que cedería? ¿En serio?

—Nunca lo dudé.

—Mierda —Yorke indicó para salir—. Eso es exactamente lo que dijo Madden. ¿De verdad soy tan transparente?

—Sí.

—Era una pregunta retórica.

—Lo sé. Aun así creí mejor contestarla.

—Bueno, si vas a venir conmigo, será mejor que te comportes.

—Así que ahora vengo contigo, ¿no?

Intercambiaron una sonrisa. Él le pasó un fajo de papel grapado.

—¿Qué es esto?

—Tengo un antiguo compañero de la academia en la policía de West Yorkshire. Le contacté anoche, y movió los hilos necesarios para que me enviaran esto con urgencia. Son todos los registros de

la investigación sobre la desaparición de Robert Brislane. Me llegó por correo electrónico hace aproximadamente una hora.

—Dios mío, eso es un nivel diferente de urgencia.

—Lo bueno de llevar tanto tiempo en esto, Emma, es que te deben muchos favores, y un policía siempre paga sus deudas. Tenemos un largo viaje por delante. Antes de reunirme con Benjamin Rosset de HMET, realmente quiero estar completamente informado. Si empiezas a marearte revisando las notas, hay unas pastillas en la guantera.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Qué considerado.

Durante la siguiente hora, Gardner le fue dando los detalles del caso. Yorke podía sentirse cada vez más frustrado. La investigación había sido mediocre en el mejor de los casos.

—Joder —dijo Gardner después de llegar al final de las notas—. ¿Tu amigo estuvo involucrado en *esto*?

—Si lo hubiera estado, ya no sería mi amigo.

—Bueno, ahora entiendo por qué no conseguí mucho cuando les insistí.

Yorke paró en un área de servicio para tomar un café y dejó a Gardner en el coche. Mientras preparaban su pedido, se sentó e intentó buscar algo entre los numerosos agujeros de la investigación de West Yorkshire.

—¿Mike? —llamó la camarera, sosteniendo la bandeja con sus cafés.

—Gracias —hizo una mueca. Estaba a favor del buen servicio, pero que supieran su nombre le resultaba inquietante.

Cuando regresó al coche, portando un Latte descremado para Gardner y un Americano para él, se sentía más inspirado.

—Siempre que investigamos el asesinato de una mujer casada, nos centramos intensamente en el marido.

—Eso es porque el uxoricidio es muy común, Mike. ¿Recuerdas aquel curso de formación al que fuimos? El 35% de las víctimas femeninas son asesinadas por sus maridos.

—Sí, es cierto. Pero como el mariticidio es más raro, le damos menos importancia.

—¿Estás pensando en la esposa de Robert?

—Estoy pensando que nuestros colegas apenas investigaron a la esposa de Robert Brislane.

Gardner asintió.

—La proporción de mariticidio frente a uxoricidio es 3:4. No tan raro como algunos podrían pensar, ¿eh?

—Pero espero que Robert esté desaparecido y no muerto.

—¿De verdad necesitamos repasar las estadísticas de cuántas personas desaparecidas también están muertas?

Gardner le dedicó una sonrisa mordaz.

—Dije que esperaba.

—Mira un mapa, Emma. ¿Sabes que Coventry está aproximadamente a mitad de camino entre Salisbury y Leeds?

—Lo sé.

—¿Te apetece hacer una visita a la señora Brislane? ¿Ver cómo se está adaptando a la vida sin su marido?

Gardner sonrió.

—¡Joder! ¡He echado de menos *esto*!

Alan Sants, moja los calzones.

Alan Sants, moja los calzones.

Alan Sants, Alan Sants.

Alan Sants moja los calzones.

Utilizando una regla, Alan Sants ajustó sus cuatro figuritas de barro chino, para que estuvieran exactamente a cuatro centímetros de distancia entre sí. Estos cuatro hombres de barro en su estantería, que databan de principios del siglo XX, eran un regalo de su madre. Ella también los había recibido como regalo. No de *su* madre, sino de un exportador de Pekín, que enviaba sus telas y sedas para venderlas en su tienda de costura.

Alan adoraba las figuritas, y no solo porque fueran una antigüedad del sur de China, y por tanto valiosas, sino porque eran toscas y auténticas. No contaminadas por el brillo y el comercio.

Sus cuatro Hombres de Barro eran todos pescadores. Llevaban sombreros para protegerse del sol y sandalias de color marrón oscuro. Había algo de esmalte en la ropa. Algo de amarillo, algo de azul y algo de verde. Pero la cara, las manos y los pies se habían dejado sin esmaltar, y el color natural del barro quedaba expuesto.

Pero lo que Alan más amaba de estas rústicas figuritas eran las huellas dactilares del escultor. Grabadas para siempre en la arcilla cocida.

Una vez, cuando era más joven, llevó estas maravillosas figuritas al colegio para enseñárselas a su amigo. Tenía trece años. Un grupo de niños de diferentes edades, tamaños y género, se unieron para burlarse de sus aficiones. Una niña incluso le quitó una y amenazó con romperla. Cuando una gran mancha húmeda se extendió por sus pantalones, ella se la devolvió, pero no antes de que naciera una nueva canción.

Alan Sants, moja sus calzones.

Alan Sants, moja sus calzones.

Alan Sants, Alan Sants.

Alan Sants moja sus calzones.

Esa canción se la habían cantado infinidad de veces. Durante toda la escuela. Durante todo el instituto. Marcándolo, como las huellas dactilares de un escultor en un pequeño Hombre de Barro chino. Solo dejaron de hacerlo después de su escape a la Universidad.

Escuchó a Eddie McLarney tirándose pedos detrás de él.

Cuando se giró para mirar al jugador de rugby desnudo desparramado sobre sus sábanas, se mordió las uñas. No por nervios. Nunca se sentía realmente nervioso. Tampoco era por repulsión, aunque esto lo sentía a menudo. Era el desorden lo que le hacía morderse las uñas.

—¿Por qué llevas siempre esa *jodida* pajarita? —dijo Eddie.

Alan se mordió con más fuerza. Este desorden era extremo. La única razón por la que estaba en esta situación ahora mismo era porque el deseo sexual había sido particularmente fuerte anoche.

Pero ahora no había deseo. —Es hora de que te vayas. Tengo que salir... pronto.

—Contéstame. ¿Por qué la pajarita? Pareces un *maldito* marica. ¿No llevaba una el *Doctor Who*?

Alan tocó el material con los dedos. Se giró para mirarse en el espejo sobre la chimenea. Le encantaba la simetría de una pajarita. —Simplemente la prefiero a una corbata.

Eddie resopló. —¿Y qué? Tampoco tienes que llevar una puta corbata. No trabajas para una empresa corporativa, ¡estás en la universidad!

—Mi madre siempre decía: "La ropa hace al hombre. La gente desnuda tiene poca o ninguna influencia en la sociedad".

—¿Es eso una pulla para el chico con los huevos al aire en tu cama? —Eddie soltó una risotada.

Alan intentó ignorar el desorden y concentrarse en su lugar en el orden de la habitación y su reflejo. Su pajarita marrón. Sus Hombres de Barro. Las cortinas negras de pelo que enmarcaban su rostro largo y demacrado. —Tengo que irme.

Volvió a tirarse un pedo. —Puedo marcharme solo *después* de que te vayas.

El párpado izquierdo de Alan se crispó. Se apartó del espejo. —Preferiría que te fueras *antes*.

Alan solo podía imaginar el caos que Eddie causaría en el orden de su habitación. Los Hombres de Barro, por ejemplo. ¿Y si cogía uno? Era inconcebible.

Eddie se levantó pesadamente de la cama y se vistió con una mueca de desprecio. —Sabía que esto era mala idea.

Los dos sabíamos que era mala idea, pensó Alan, *pero eso no impidió que ocurriera, y no impedirá que vuelva a ocurrir.*

Después de vestirse, Eddie se plantó frente a él. Ambos eran altos, pero donde Alan era muy delgado, algunos dirían demacrado, Eddie era ancho y musculoso. Ya había admitido usar esteroides en forma oral. Era una pendiente resbaladiza, había pensado Alan, pero nunca dijo nada. Realmente le daba igual si Eddie empezaba a inyectarse o no.

Eddie le pinchó en el pecho con un dedo carnoso. —Ya sabes cómo va esto.

—Sí... no digo *ni una palabra* sobre nosotros.

—Mierda. —Eddie sonrió—. Palabra por palabra. Sí que escuchas. —Le mostró la palma de la mano y la balanceó para golpearlo, deteniéndose en el último momento—. Ni siquiera un respingo. ¿Tanto te gusta?

A Alan no le gustaba. Simplemente se había acostumbrado.

—Recuerda, yo te llamo, tú no me llamas, Señor Pajarita.

Eddie salió de la habitación.

Alan se sentó al borde de la cama, pasándose la mano por el brazo, sintiendo el escozor de los moratones que Eddie le había dejado allí. Después, se inclinó y sacó la mochila de debajo de la cama. Comprobó que estuviera completamente cerrada con cremallera. Tenía un regalo ahí dentro, y odiaría que se mojara con la nieve.

El navegador indicaba que estaban a diez minutos de la casa de Helen Brislane. Yorke se alegró de que estuvieran cerca; el estado de ánimo general había empeorado en la última hora, y la distracción de un interrogatorio sería bienvenida y, con suerte, debería estimular de nuevo el instinto investigador de ambos.

Gardner estaba relatando sus experiencias con la TCC. —Me ayudó, al principio, realmente lo hizo. Me ayudó con la culpa que sentí después de disparar a Lock. También me ayudó después de que me apuñalaran. Realmente podía enfrentarme a esa paranoia, a esos pensamientos de morir y dejar sola a Anabelle. Pero simplemente no me ayudó con Mark. No podía superar lo que vi. ¿Recuerdas haber visto a Dan Tillotson?

Yorke asintió. Ver a un joven veinteañero molido a golpes no era algo que se superara con facilidad.

—Y veo a ese chico todo el tiempo. ¿Cómo pudo Mark hacerle eso a alguien? ¿Mark? *¿Nuestro Mark?*

—Tú sabes, mejor que nadie, que no era él mismo. El dolor por Neil lo cambió... como le pasaría a cualquiera.

—Pero dolor o no dolor. Siendo él mismo o no, ¿cómo pudo el hombre más gentil empezar a comportarse como un simio salvaje?

—Bueno, Darwin podría ofrecerte alguna explicación racional para eso.

—Y tienes razón. Todos tenemos esos momentos. Esos momentos en los que estamos *desbordados*, pero en la mayoría de nosotros hay un interruptor de seguridad, ¿no? Sé que yo lo he pulsado algunas veces.

—Mi dedo está flotando sobre él casi cada día —dijo Yorke con una sonrisa—. Mira... la enfermedad mental es una fuerza. Lo hemos visto una y otra vez en nuestro trabajo. Las personas que hacen estas cosas a menudo no son las personas que fueron una vez. La gente cambia, y a veces en lo que se convierten no es algo que se entienda fácilmente. Sé que a mí me cuesta.

—Pero no creo que él haya cambiado, Mike. No puedo creerlo. Era un buen hombre. *Es un buen hombre*. No puede haber perdido eso. Parece que fue ayer cuando estaba sentada frente a él en la cocina. Sí, estaba bebiendo demasiado. Sí, estaba atormentado por pesadillas sobre Neil siendo apuñalado. Pero no había agresividad en él entonces, y no creo que la haya ahora. Quiero decir, ¿estamos siquiera 100% seguros de que fue él quien mató a Tillotson?

—¿Aparte del ADN?

—¿Podría haberse estado defendiendo?

—¿De qué? No había arma. Esperarías encontrar más sangre y ADN de Topham en la víctima si realmente estuvieran peleando.

—Bueno, cuando lo encontremos, supongo que finalmente sabremos la verdad.

—Hablas de él como si todavía estuviera vivo.

—Lo está.

—Es bueno ser positiva, Emma, pero creo que deberías empezar a prepararte.

—No. No lo aceptaré. ¿Tú has aceptado que Jake se ha ido para siempre?

—No es lo mismo, Emma.

—¿Por qué? Se ha ido. También ha desaparecido.

—Sí, pero Jake no está muerto.

—¿Entonces adónde ha ido?

—Solo a calmarse. Volverá.

—¿Calmarse de qué?

Enfriándose por haberse metido demasiado profundo. Por involucrarse con gente equivocada. Por hacer cosas inmorales. Y fue la decisión correcta. Significa que está a salvo. Por ahora.

Pero Gardner no podía saber estas cosas.

—De su matrimonio roto, para empezar. De todos modos, ahora no se trata de Jake, sino de Mark, y solo te estoy pidiendo que te prepares, eso es todo.

Yorke pasó por delante de la casa de Helen Brislane y llegó al final de un callejón sin salida. El final de la calle se abría a un pequeño parque, con algunos bancos dispersos y un desgastado parque infantil. Yorke lo señaló. —Práctico si tienes hijos.

—No los tienen.

—Tal vez sea mejor que esperes aquí...

—Ni de coña. Además, ya la he conocido.

—Entonces, ¿ella sabe que no eres oficial?

Gardner apartó la mirada. —No exactamente, no. Nunca me pidió una placa.

—Por Dios, Emma, ¿sabes en qué líos te puedes meter?

Gardner se encogió de hombros. —Voy a entrar, Mike, así que puedes establecer algunas reglas básicas ahora, ¿o prefieres que discutamos en su puerta?

—Solo hay una regla básica, no hables. Si la alteras y presenta una queja, nos colgarán a los dos.

Gardner hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera.

Mientras caminaban hacia la casa, Gardner dijo: —¿Y si *tú* la enfadas?

Yorke se tocó el pecho. —¿Yo?

—Se te da bastante bien, si mal no recuerdo, Mike.

—La memoria es falible, Emma, y si vas a jugar a ser policía, será mejor que vuelvas a llamarme señor.

—¿Echabas de menos mi sumisión, *señor*?

—Bueno, no es el respeto —dijo Yorke—, porque nunca lo conseguí. —Llamó a la puerta—. Menuda manera de pasar el día de

San Esteban.

El regalo le pesaba, así que Alan ajustó las correas de la mochila. Pareció ayudar. Luego, cruzó la calle para evitar el largo paseo frente a una hilera de tiendas en Headingley. No le gustaban las ventanas ni los coches aparcados. No le importaba su cara, pero evitaba los reflejos que mostraban la parte superior de su cuerpo.

Recordar su escoliosis era recordar la falta de orden y simetría en su cuerpo. Su columna curvada hacía que se inclinara hacia un lado. Uno de sus hombros y una de sus caderas sobresalían. Su caja torácica también era un desorden irregular.

Mientras caminaba por la calle, se dio cuenta, como siempre lo hacía, de las miradas. No necesitaba hacer contacto visual con ninguna de esas personas para saber hacia dónde dirigían su atención. Esa era una de las ventajas de ser un fenómeno de la naturaleza. Había depredadores ahí fuera que se aprovechaban de los desfavorecidos, por lo que tus sentidos se agudizaban.

Eddie McLarney era uno de esos depredadores.

Miró hacia el pub *Original Oak*. Estaba adornado con decoraciones festivas y nieve falsa pegada en el interior de las ventanas. Los propietarios incluso habían llegado a poner un Papá Noel hinchable en el tejado.

Frente al *Oak* estaba la calle donde todo había cambiado para Alan muchos meses antes...

Era tarde y estaba oscuro. Después de una visita al cine, Alan se bajó del autobús en Headingley. Era la parada más cercana a su piso. Odiaba caminar entre multitudes ebrias, así que siempre optaba por ir al cine entre semana. Pero los estudiantes son estudiantes, y aunque la multitud no era densa, era lo suficientemente grande como para causarle incomodidad.

Mantuvo la mirada baja, sintió las miradas recorrer su cuerpo deforme y se dirigió directamente a casa.

Eddie McLarney interceptó su camino.

Se conocían de la universidad. Él también estudiaba psicología. Incluso habían compartido un grupo de discusión en un módulo. Por supuesto, apenas había habido conversación entre ellos, y cuando la hubo, Eddie se había centrado únicamente en cumplir con un estereotipo. A Alan le resultaba confuso. Todo el mundo sabía que Eddie era un jugador de rugby borracho, ¿era totalmente necesario actuar así todo el tiempo?

—¿Adónde vas? —Eddie arrastraba las palabras. Saltaba de un pie a otro para mantenerse en pie. El olor a marihuana era penetrante.

—A casa...

—No antes de que pruebes algo de esto, Señor Pajarita. —Eddie le ofreció un porro.

—No, gracias.

—¿Por qué eres tan *jodidamente* estirado?

Alan intentó rodearlo.

Eddie detuvo a Alan en seco con la palma de su mano. —Responde a la pregunta.

—No es realmente una pregunta, ¿verdad? —dijo Alan—. Es más bien una conclusión. Eso es lo que piensas de mí. ¿Podría cambiar tu opinión aunque quisiera?

Un fantasma de sonrisa apareció en el rostro de Eddie. —Sabía que había algo más en ti.

—*¡Eh, marica!*

Eddie retiró la mano y se dirigió a la persona que les gritaba. —Vete a la mierda.

—*¿Adónde coño vas?* —dijo la persona.

—Estaba tomando aire, luego al *Sky Rack*.

—¿Quién es tu novio? —El amigo estaba más cerca de ellos ahora, así que no había necesidad de gritar, pero lo hizo de todos modos.

Alan no se giró para mirar. Empezó a caminar de nuevo.

—*¡Eh! ¿Adónde coño crees que vas?* —dijo el amigo.

Alan se detuvo.

—Déjalo, Mickey, imbécil —dijo Eddie.

—¿Por qué? ¿Te gusta? *¡Todo el mundo, aquí!* ¡Eddie está saliendo del jodido armario!

—Eres un gilipollas —dijo Eddie—. Está en mi curso.

Alan se arriesgó a dar un paso adelante.

—Eh, maricón jorobado —dijo Mickey—. Haz lo que se te dice y párate, o te retorceré hasta darte forma.

Alan suspiró y se detuvo de nuevo. No se giró, pero pudo oír que ahora había un grupo detrás de él, bromeando sobre la sexualidad de Eddie. Decidió esperar un minuto y, cuando estuvieran suficientemente distraídos entre ellos en lugar de con él, se escabulliría. Miró el segundero de su reloj y lo observó avanzar.

—Te vi besando a Quasimodo —dijo Mickey.

—Hay un callejón ahí atrás, Eddie —dijo otro energúmeno, y se rio—. Podéis ir a tocaros las campanas allí.

—Las campanas... las campanas... —dijo uno de los cabezas huecas, añadiendo un balbuceo exagerado a su voz para imitar al Quasimodo discapacitado.

—Lo sé —dijo Eddie—. He estado en ese callejón con una tía. No es exactamente el comportamiento de un mariquita, ¿verdad?

—Siento que ya no te conozco —dijo Mickey. El grupo estalló en carcajadas. Era su líder, y pendían de cada una de sus palabras.

—Vete a la mierda —dijo Eddie.

—Vas a tener que demostrarnos tu valía —dijo Mickey.

Alan vio que había pasado un minuto y empezó a alejarse de los cavernícolas—

Recibió un fuerte empujón. Si no hubiera habido una farola a la que agarrarse, habría caído de bruces en la acera.

—¿Qué he dicho, lisiado? —dijo Mickey.

Alan no se movió.

—Date la vuelta para que pueda ver qué es lo que tanto le gusta a mi amigo.

Sus borregos volvieron a reírse.

Una pareja joven caminaba en su dirección. Si echaba a correr ahora, quizás podría alcanzarlos y conseguir algo de apoyo.

Cruzaron la calle. La opción más segura por su parte. No querían cruzarse con esta panda—

Otro empujón. No tan fuerte, pero suficiente para que perdiera el agarre con una sola mano en la farola. Tropezó hacia delante.

—*Date*... *la*... *puta*... *vuelta*.

Ser agredido por la espalda o por el frente, Alan supuso que daba igual. De todas formas, estaban a la vista de todos —¿realmente arriesgarían sus plazas universitarias agrediéndole con posibles testigos alrededor?

Se dio la vuelta.

Eran cinco en total, incluyendo a Mickey y Eddie. Los tres seguidores risueños tenían los brazos sobre los hombros unos de otros, y se tambaleaban de un lado a otro, con los ojos entrecerrados. Era un espectáculo patético.

Que cuestionaran su masculinidad estaba devolviendo la sobriedad a Eddie. Ya no se tambaleaba y solo fruncía el ceño. Alan notó que Mickey era notablemente más pequeño y delgado que sus compañeros de rugby. El hombre más pequeño definitivamente era el que más gritaba en este grupo.

—Solo quiero irme a casa —dijo Alan.

—¿Ah, sí? ¿Solo o con mi amigo?

Más risotadas de los borregos.

—Por el amor de Dios —dijo Eddie.

Mickey entrecerró los ojos y se volvió para mirar a Eddie. —Ve con él. Sácatelo del sistema, hermano. Nunca lo mencionaremos. —Una sonrisa irónica se extendió por su rostro—. *De verdad*.

Eddie le empujó. —Estás siendo un auténtico gilipollas.

Mickey se encogió de hombros. —Demuéstralo entonces. Demuestra que no quieres follártelo.

—¿Cómo?

—Dale una hostia al maricón.

—Me largo —dijo Eddie.

—Eso sí que es una prueba de algo. —Otra sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Y si te doy una hostia a ti en su lugar?

—Supongo que podrías. Luego puedes irte a casa y celebrarlo con tu princesita.

—¿Quieres que me echen de la universidad? ¿Has olvidado lo que le pasó a Tom?

—A nadie lo expulsan por un solo puñetazo. Solo tienes que decir que te provocó. Tienes cuatro testigos.

Alan respiró hondo por la nariz. No estaba particularmente ansioso por lo que se desarrollaba frente a él y solo quería irse a casa. Había pasado una buena parte de su infancia siendo acosado. No había nada fuera de lo común en todo este escenario.

Los borregos borrachos coreaban. *—¡Dale al maricón! ¡Dale al maricón!*

—¡Por el amor de Dios! —dijo Eddie—. Pero no en la cara.

—¿Porque es guapo? —dijo Mickey.

—No, porque no quiero que me detengan por lesiones graves.

—¡Dale al maricón! ¡Dale al maricón!

Eddie se giró y golpeó con el puño el estómago de Alan. Le forzó a expulsar el aire y se deslizó por la farola hasta quedar de rodillas. Tomó una respiración profunda y miró hacia arriba.

Mickey pasó un brazo por los hombros de Eddie. —¡Bienvenido de vuelta! *¿Skyrack?*

Eddie se apartó. —Sí. —Miró hacia atrás a Alan y sus ojos se encontraron.

Alan sonrió.

Eddie frunció el ceño.

—Vamos —dijo Mickey, tirando del brazo de Eddie.

—Sí, ya voy —dijo Eddie, pero fue incapaz de apartar los ojos de los de Alan.

Mickey empezó a alejarse.

—Te entiendo —susurró Alan, lo suficientemente alto para que Eddie lo oyera.

—Por el amor de Dios, Eddie, ya no es tu novio —dijo Mickey.

—¡Ya voy! —Eddie se giró.

Mientras se alejaban, Eddie miró hacia atrás, reavivando el contacto visual por un momento más—

Alguien se acercó por detrás de Alan y dijo: —Mucho antes de que naciéramos, un primer ministro británico dijo algo que se me quedó grabado desde que lo escuché de niño.

Uno de sus profesores universitarios caminó alrededor hasta colocarse frente a Alan y le ofreció una mano para ayudarle a levantarse. —Dijo: "El valor es fuego, y el acoso es humo".

Alan tomó la gran mano del Dr. Alexander Harris y volvió a ponerse de pie en un momento.

—Dime, ¿anticipaste el resultado de ese encuentro? —dijo Harris.

—Sí.

—¿Y lo temiste?

—No.

—Precisamente. —Harris sonrió—. *Fuego*. Hay *verdadera* fuerza... y *aguda* concentración en ti. ¿Cómo te llamas?

—Alan Sants. Estudio Psicología. ¿Quizás me haya visto en sus clases?

El corpulento hombre pasó la mano por su enmarañado pelo blanco. —Lo siento, Alan, hay muchos estudiantes en mis clases... entonces... ¿viste el *humo*?

—Perdone, doctor... ¿el humo?

—El valor es fuego, y el acoso es humo, ¿recuerdas?

—Sí... supongo que sí. Tienen miedo de lo que es diferente. Yo soy diferente, supongo. Pretenden ser valientes y poderosos, pero están enmascarando sus ansiedades.

—Casi... pero hay algo más. Vi todo lo que pasó. —Señaló hacia el callejón que Mickey había sugerido a Eddie antes—. Quizás te preguntes por qué no intervine. Tengo más de cincuenta años, Alan, y he recorrido un largo camino, pero no tenías nada que temer en ese encuentro. El humo es peligroso, pero la casa en llamas está condenada a caer, y esos chicos no tienen ningún deseo de acelerar su desaparición. Nunca iban a hacerte daño realmente. Demasiado que perder. Pero me desvío del tema. Hubo algo interesante en el comportamiento de uno de los chicos. ¿Lo notaste?

—No estoy seguro...

—La forma en que te miraba, Alan. Su vacilación al darte el golpe. La mirada persistente. Te acosó por una razón completamente distinta. Te acosó por lo que teme de sí mismo.

Alan se sobresaltó por el rumbo de la conversación. ¿Qué hacía el Dr. Harris por aquí de todos modos? Esta era una zona de

estudiantes. Sí, había restaurantes repartidos por allí, pero rara vez se veía a los profesores por aquí, probablemente porque querían evitar encuentros incómodos... como este.

—Pero estás cansado. Yo estoy cansado. Acabo de reunirme con un grupo de amigos de la iglesia para cenar italiano, y cuando hay una carta de vinos, solo hay un resultado posible. ¿Quiere que le acompañe a casa, Alan? No tiene nada que temer de mí.

Alan lo pensó. Su profesor era un hombre muy interesante. —Sinceramente... estoy bien. Gracias de todos modos.

El Dr. Harris asintió, y luego se llevó la mano al labio superior. Abrió allí el pulgar y el índice como si estuviera acariciando un bigote. —Fuego, Alan. Eso es lo que veo. *Fuego*...

Ahora, todos estos meses después, mientras Alan caminaba hacia la parada del autobús en Headingley, evitando las ventanillas de los coches y los escaparates de las tiendas, reflexionaba sobre estos primeros encuentros con el Dr. Harris y Eddie.

Los consideraba muy profundamente.

8

EL CAFÉ ESTABA asqueroso, pero Yorke se lo bebió de todas formas. No por educación, sino porque estaba desesperado por una dosis de cafeína.

Gardner le miró desde el otro sofá. Ella también probablemente se preguntaba qué animal muerto había echado Helen Brislane en la cafetera.

Durante sus muchos años en el cuerpo, Yorke había entrado en muchas casas lujosamente amuebladas, pero esta se llevaba la palma. El sofá en el que estaba sentado probablemente valía más que su coche —al menos esa sensación daba— y no había nada falso en el cristal de la enorme lámpara de araña que colgaba en el centro de la habitación. Yorke se preguntó si se había equivocado de profesión y especuló brevemente sobre cuánto le pagarían por seguir a cónyuges infieles y tomar fotografías como hacía el marido desaparecido.

Al principio, Helen había expresado su sorpresa de que, después de tanto tiempo, la policía siguiera interesada en encontrar a su marido. Había supuesto que habían abandonado el caso. Yorke le explicó que no era así, mientras se preguntaba por qué ella no se había encargado de presionar más a la policía. Esta fue su primera señal de alarma.

Helen rápidamente había empezado a llorar y les había soltado un sermón sobre su matrimonio de cuento de hadas.

Ensayado. Dos señales de alarma y solo llevaban diez minutos en la casa. ¿Por qué demonios los agentes que investigaban este caso no le habían prestado más atención?

Helen era el tipo de persona que realmente quería tener buen aspecto. Hasta el punto de que dejaba de tenerlo porque se esforzaba demasiado. Iba cargada de maquillaje, y el atuendo que llevaba para andar por casa era más apropiado para un cóctel. Estaba bebiendo vino caliente con especias. O sabía lo malo que era su propio café, o lo hacía para calmar sus nervios. *¿Algo que ocultar, Helen?*

—Ese trabajo —dijo Helen—, *sabía* que sería su fin.

—¿Su fin? —dijo Yorke.

—Bueno, está muerto, ¿no?

—¿Sabe usted algo que nosotros no sabemos? —dijo Gardner.

Yorke miró fijamente a Gardner. La orden de silencio que le había impuesto fuera había durado menos de quince minutos.

—Lleva desaparecido desde febrero. ¿De verdad creen que sigue vivo?

—Intentamos no sacar conclusiones, señora Brislane, solo tratamos de encontrar la verdad.

—¿Qué le dicen sus experiencias pasadas? Todo el mundo conoce las estadísticas.

—Las estadísticas y las experiencias pasadas no siempre son la respuesta —dijo Yorke—. Nos preparamos para ese desenlace, pero no perdemos la esperanza, y usted tampoco debería hacerlo.

Helen asintió.

—Dijo en una de sus entrevistas que habló con él la noche antes de que desapareciera.

—Sí, me llamó. Siempre me telefoneaba por la noche cuando estaba fuera.

—¿Cómo le notó?

—Bien. Hablamos un rato. Se le da bien eso. Hablar. —Sonrió—. Le encanta escucharse a sí mismo... pero no me importa. A mí también me encanta.

—¿Le habló de la investigación en la que estaba trabajando?

—No. No le gustaba hablar del trabajo. También tenía una actitud profesional y quería mantener la confidencialidad con sus clientes. Además, teníamos más cosas en nuestra vida aparte del trabajo. Quiero decir, me contaba si estaba pasando un mal momento, o si uno de los casos no iba bien, pero sin entrar en detalles.

—Entonces, ¿no le dijo nada sobre cómo le iba en esta investigación?

Helen suspiró. —Creo recordar que me dijo que pintaba bien. Dijo que el caso se resolvería pronto, y que estaría en casa para el fin de semana, pero no, nada más. Sabe, estoy segura de que dije todo esto en las entrevistas...

—Sí, lo hizo —dijo Yorke—. Pero la memoria es algo curioso. Con un poco de tiempo, a veces las cosas vuelven a uno.

—O las cosas se alteran y se convierten en una obra de ficción —dijo ella.

—También es cierto... sin embargo, ¿recuerda algo más?

—No, lo siento, no me ha venido nada más a la memoria.

—¿Ha estado alguna vez en Harewood House? —preguntó Gardner.

—¿Harewood House? No, no puedo decir que haya estado. ¿Dónde está eso?

—Cerca de Leeds. En Yorkshire Occidental.

Helen negó con la cabeza. —No me suena, lo siento.

—Ahí fue donde se le vio por última vez. —Gardner miró unas notas que había tomado durante el viaje—. El Reconocimiento Automático de Matrículas siguió su coche el día que desapareció. Salió de su hotel y fue captado por última vez por las cámaras a las 14:10 en la A61, carretera de Harrogate, en dirección a Harewood House. El RAM *nunca más* lo captó.

—Nunca supe de esto antes.

Yorke y Gardner intercambiaron una mirada.

—¿A pesar de que buscaron por la zona? —dijo Yorke.

—Es la primera noticia que tengo —dijo Helen—. Entonces, ¿qué encontraron?

—Nada realmente, pero es una zona muy grande. No tenían el tiempo ni el personal para buscar en todas las áreas a las que el

RAM no llega. Eso incluye muchos bosques y algunas reservas de agua bastante grandes también.

—No puedo creer que no supiera de esto.

A pesar del exceso de colorete, Yorke pudo ver cómo palidecía. Esta revelación la había perturbado. Tomó un sorbo de su vino caliente. —¿De *verdad* cree que está vivo, detective?

—Nunca dije que pensara que estaba vivo —dijo Yorke—. Solo mantengo siempre la esperanza.

—Bueno, si condujo hacia una zona rural, y nunca salió de ella conduciendo, ¿qué conclusiones podemos sacar de eso?

—Como cualquier cosa, señora Brislane, el RAM no es infalible. Es posible que no lo captaran al salir de la zona.

—Sí, pero ¿no lo habrían captado tarde o temprano en algún otro lugar?

Yorke asintió. —Probablemente.

—¿Y aun así se mantiene positivo?

Yorke miró hacia abajo y fingió tomar notas. No tenía nada de optimismo respecto a Brislane; de hecho, estaba bastante seguro de que le había pasado algo malo. Pero no iba a compartir esto.

—Cosas más extrañas han sucedido, señora Brislane. Ahora, por favor, piénselo de nuevo. ¿Ha estado alguna vez en Harewood House? O, ¿sabe si su marido ha estado allí alguna vez? Es una mansión señorial del siglo XVIII —echó un vistazo a la impresionante decoración—. Con un increíble diseño interior, arte de valor incalculable, jardines paisajísticos, ese tipo de cosas. *Debería ser justo lo que le gusta, ¿no?*

—Nunca he estado. Nunca he oído hablar de ella. Lo siento, detective.

—¿Puedo preguntarle sobre el doctor Moss? —dijo Gardner.

Helen giró bruscamente la cabeza hacia la izquierda para mirar a Gardner. —Sí.

—Usted le dijo al oficial que la entrevistó que estaba con él desde las 3:00 de la tarde del día en que desapareció su marido.

—Así es.

—¿Para terapia matrimonial?

—Sí.

—¿Es práctica habitual que alguien vea a un consejero matrimonial sin su otra mitad?

—No lo sé... Nunca lo había hecho antes, y puede que nunca tenga que volver a hacerlo. Al doctor Moss le gustaba tener sesiones individuales con nosotros, eso es todo lo que sé.

Se estaba poniendo irritable. Yorke intentó calmar a Gardner con una mirada. No recordaba que fuera tan agresiva en los interrogatorios cuando trabajaban juntos; sin embargo, casos como estos, que eran extremadamente personales, podían tener este tipo de impacto.

—Usted dijo antes que estaban muy enamorados —continuó Gardner—. ¿Por qué tenían que ver a un consejero matrimonial?

Yorke gimió para sus adentros. Su mirada claramente no había funcionado.

—Éramos felices. *Muy* felices. Solo pensábamos que podríamos ser aún más felices.

Respuesta extraña. Pero, vale.

Yorke continuó la entrevista durante bastante tiempo. Se mantuvo persistente, pero educado; su estilo característico. La compostura le había llevado a la verdad más veces de las que podía recordar. Tomó notas detalladas. En el pasado, siempre que su investigación llegaba a un callejón sin salida, releía sus notas. Era la red de seguridad perfecta. El 99% de las veces la respuesta estaba enterrada en algún lugar de allí.

Había una pregunta que todavía quería hacer. La había guardado para el final, para poder obtener toda la información posible antes de potencialmente hacerla enfurecer. Era una pregunta importante y a menudo reveladora en un caso como este. —¿Usted o su marido tuvieron alguna vez una aventura, señora Brislane?

Yorke notó que volvía a palidecer.

—No... *él* nunca haría eso.

—Gracias, solo quería aclarar eso.

—*Nos amábamos.*

—Nadie está cuestionando eso.

—Parece que sí lo están haciendo —señaló a Gardner sin mirarla realmente—. Ella ciertamente lo hizo cuando me preguntó sobre la

terapia matrimonial.

Claramente no había sido sometida a un interrogatorio difícil la última vez.

—¿Ha conocido a alguien más? —dijo Gardner—. Ya sabe... ¿desde entonces?

Helen se volvió y miró fijamente a Gardner. —¿Desde qué? Acaba de decirme que podría seguir vivo. Entonces, ¿me está preguntando si actualmente estoy siendo infiel?

A Yorke no le gustó el tono de Helen con Gardner. —¿Podría contestar a la pregunta, por favor, señora Brislane?

—No hay nadie más —Helen se echó el flequillo hacia atrás—. Echo mucho de menos a mi marido.

—Lamento la situación en la que se encuentra —dijo Yorke.

—Gracias, detective.

Yorke dio por finalizada la entrevista.

Yorke ya estaba convencido de que Helen sabía mucho más de lo que dejaba entrever, pero lo que vio junto a la puerta principal mientras se volvía a poner los zapatos, disparó sus sospechas al máximo.

Mientras caminaban hacia el coche, Gardner dijo: —Bueno, tal vez ella no tuvo nada que ver.

—Dios, estás oxidada.

—¿Qué quieres decir?

Desbloqueó su coche con el mando. —Emma, había más banderas rojas que en un desfile comunista en esa casa.

—Ilumíname.

—En el coche.

Una vez que estaban en el coche, y Yorke había compartido sus preocupaciones con Gardner, ella preguntó: —¿Y ahora adónde?

Yorke arrancó el coche. —A ver a un médico.

UN PASEO por el tranquilo campus de la Universidad de Leeds el día de San Esteban era una experiencia agradable para Alan. No había

nadie que lo atrapara con una mirada horrorizada.

Los edificios estaban todos cerrados, así que se sentó en un muro frente a la Escuela de Psicología. Se quitó la mochila con el regalo de su amigo dentro. La colocó en el muro junto a él. Movió sus hombros redondeados y escuchó crujir su columna curvada mientras reflexionaba sobre aquella primera noche en que Eddie McLarney había venido a su apartamento...

—Solo quería decir que lo siento. Eso es todo —dijo Eddie.

—Vale —dijo Alan en la puerta, jugueteando con los botones superiores de su camisa. Ya se había quitado la pajarita, y por eso se sentía *desequilibrado* sin ella.

—No hagas esto más jodidamente difícil de lo que tiene que ser, señor Pajarita.

Vuelve a su modo predeterminado. Agresión, confrontación.

—No lo hacía... es tarde, así que...

—Tú atraes los problemas, ¿sabes? Es principalmente tu puta culpa —Eddie hizo una pausa y se mordió el labio inferior—. ¿Puedo entrar?

—Sí —Alan se hizo a un lado.

Alan sabía que no debería estar invitando al desorden a su casa. Había pasado su vida evitándolo. Acabaría mordiéndose las uñas. Excepto que... esta noche, por alguna razón, le estaba emocionando.

Pensó en las palabras del Dr. Harris aquella noche en Headingley. *«La forma en que te miró, Alan. Su vacilación al dar el golpe. La mirada persistente. Te acosaba por una razón completamente diferente. Te acosaba por lo que teme de sí mismo».*

Eddie pasó junto a Alan en la puerta, y ambos se giraron para mirarse. Alan cerró la puerta del apartamento tras de sí con una mano.

—Me enfrenté a mi miedo dejándote entrar —dijo Alan.

Eddie frunció el ceño. —¿De qué coño estás hablando?

—Tú también puedes enfrentarte a tu miedo —Alan se inclinó y lo besó.

Eddie se echó hacia atrás. —¡Joder! ¡Sí que eres un maricón!

Empujó a Alan con fuerza contra la puerta. Lo dejó sin aliento. Le recordó al ataque de la otra noche. Sintió el comienzo de una erección. —Entonces puedes irte.

—Sí. Quítate de mi puto camino.

Alan se apoyó contra la pared, todavía tratando de recuperar el aliento. Eddie dio un paso adelante y su mano izquierda se cerró sobre el pomo de la puerta. Con el dorso de su mano derecha, abofeteó a Alan en la cara.

Alan cerró los ojos. Sintió su erección presionando contra sus pantalones, sonrió y abrió los ojos.

—Eres un puto bicho raro, ¿lo sabías? —dijo Eddie, abriendo la puerta. Se marchó.

Ahora, muchos meses después, frente a la Facultad de Psicología de la Universidad de Leeds, Alan abrió los ojos. Estaba sonriendo con la misma sonrisa de aquella noche en que le había dado a Eddie la oportunidad de enfrentarse a su propio miedo. Aquella vez había optado por no hacerlo, pero la segunda vez, de hecho a la noche siguiente, bueno, aquello había sido una historia completamente diferente...

—¿Estás listo para enfrentarte a mí? —dijo Alan.

—No —dijo Eddie.

Estaban tumbados de lado, dándose la espalda el uno al otro.

Alan podía sentir los temblores de su corpulento amante a través del colchón. Levantó la mano y le acarició la mejilla, dolorida por la bofetada que recibió después del prolongado beso de aquella noche. También le dolía ahí abajo. Eddie había sido contundente y agresivo. Sentirle liberando su miedo había merecido la pena. En esta ocasión, el dolor y el placer se habían fusionado armoniosamente.

Alan se dio la vuelta para mirar la espalda de Eddie. —Nadie es quien parece ser, ¿lo sabes, verdad?

No hubo respuesta.

—He conocido a alguien. He aprendido mucho de él. Me ha enseñado que no somos textos legibles para ser leídos y descifrados.

Siguió sin responder.

—¿Te gustaría conocerle?

Eddie se dio la vuelta y agarró a Alan por el cuello. —Debería matarte, joder.

Alan sonrió.

Meses después, Eddie seguía sin aceptar su invitación para conocer al Dr. Harris. Esto no le preocupaba demasiado; después de todo, a Alan le importaba muy poco si Eddie recibía ayuda para su miedo o no. Era libre de seguir aceptando su sexualidad de la única manera en que conseguía hacer cualquier cosa en su vida, mediante la intimidación y la agresión; y, a cambio, Alan podía tentarse a sí mismo con estos pequeños estallidos de excitación y placer.

Cada vez que se sentaba más de diez minutos, se quedaba rígido como una tabla. Se levantó y se estiró, gimiendo. Recogió la mochila y miró su reloj. Era casi la hora del doctor.

Y de entregarle un regalo a un perro.

9

—IR A VER a un médico sin esperar dos semanas para una cita —dijo Gardner, caminando junto a Yorke hacia la casa—, hace mucho tiempo que no hacía algo así.

—Ventajas del trabajo —dijo Yorke—. Pero no le preguntes por tu uña encarnada.

Gardner sonrió.

—Se especializa en matrimonios... así que, ¿quizás deberías pedirle consejo tú?

Estaba bromeando, por supuesto, pero la broma tocó una fibra sensible. Sin embargo, lo mantuvo oculto y simplemente le devolvió la sonrisa.

Yorke llamó a la puerta del Dr. Moss. Un hombre alto y moreno, con un jersey navideño, abrió la puerta.

Lo primero que hizo Yorke fue mirarle los zapatos.

Antes, al salir de la casa de Helen, Yorke había notado tres pares de calzado de gran tamaño. Unas Birkenstocks, unas zapatillas de casa tipo mocasín y unas botas marrones Caterpillar. Debían ser del número 46, si no más grandes. Yorke había comentado esto con Gardner en el coche. Robert Brislane era un hombre bastante bajo, y ella no recordaba que tuviera los pies particularmente grandes. Entonces, si esos zapatos no pertenecían a Brislane, ¿a quién pertenecían?

El Dr. Moss tenía pies grandes.

Yorke podía sentir cómo se le aceleraba el pulso.

Después de pasar la mañana con la impecable Helen Brislane en su glamurosa casa, Yorke no se sorprendió al verse conducido a un despacho impoluto, con una decoración sofisticada, por un médico con cejas bien arregladas, un corte de pelo y traje caros, y facciones cinceladas.

Yorke le preguntaría más tarde a Gardner si se habían equivocado de camino en algún punto y habían acabado en Beverly Hills en lugar de en Coventry.

Mientras Yorke y Gardner tomaban asiento frente a Moss, el médico abrió una lata de caramelos de menta, se metió uno en la boca y luego la deslizó por la mesa.

—¿Les apetece uno?

Esperaba que Gardner se abalanzara sobre ellos como un animal salvaje.

—No, gracias —parecía que o eran tic tacs o nada.

Moss levantó una pila de regalos sin abrir de su escritorio y los colocó en el suelo, para que todos pudieran verse claramente.

—Pacientes —dijo—. Siempre son generosos.

—¿Va a abrirlos? —dijo Yorke.

—Más tarde, con un brandy.

Yorke asintió.

—Entonces, ¿podemos hacerle algunas preguntas sobre Robert ahora?

Moss suspiró.

—Por un momento ahí fuera en la puerta, detective, pensé que iba a decirme que lo habían encontrado. Es una lástima... es un buen hombre. ¿En qué puedo ayudar?

—Sé que ya ha revelado información confidencial de pacientes en entrevistas.

—Sí. Fue incómodo y, afortunadamente, es raro que tenga que hacer esto. Pero cuando alguien lleva varios días desaparecido, y su vida podría estar en peligro, la divulgación responde al interés inmediato del paciente. Solo me entristece que no pudierais utilizar ninguna de esa información para localizarle.

—Bueno, con suerte, hoy podremos encontrar algo. ¿Podría resumir qué problemas matrimoniales tenían Helen y Robert?

—Problemas típicos, para ser sincero. Seguían muy enamorados, pero había problemas de comunicación que estaban teniendo un efecto negativo en su relación. Se quedaban atrapados continuamente en lo que yo llamo la "celda de la historia". Las percepciones de cada uno sobre eventos pasados son diferentes. Por ejemplo, si le dices a tu cónyuge que fue descortés con tus suegros, y tu cónyuge cree que no lo fue, ninguna cantidad de discusión va a resolver el problema. Llegará a un punto muerto porque ambos percibís el evento de manera diferente. En esa "celda de la historia", la discusión continúa hasta que alguien se rinde. Es exasperante y agota las relaciones.

Gardner y Yorke intercambiaron miradas. Yorke se preguntó si ella, como él, se consideraba también culpable de la "celda de la historia".

—Entonces, ¿en qué celda estaban atrapados Helen y Robert? —dijo Gardner.

—En una de las más comunes. Tener hijos. Él niega vehementemente haber dicho que consideraría tener hijos; ella parece pensar que sí lo hizo. La situación no podía resolverse. Ella quería hijos, él no. No tenía sentido revisar las promesas que pudieron, o no, haberse hecho. Simplemente tenían que aprender a vivir con ese desacuerdo.

—Entonces, en su opinión profesional, ¿cree que se habrían separado?

—Me gusta mantenerme optimista. Quiero ayudar a resolver los problemas. Este era un gran dilema. Siempre lo es. Un miembro de la pareja desesperado por tener hijos, y el otro desesperado por no tenerlos. Pero he salido adelante con éxito en muchas ocasiones con este problema.

—¿Cómo? —dijo Gardner—. Seguramente esos sentimientos no desaparecen.

—No, por supuesto que no, pero si aprenden a vivir con sus diferentes deseos y necesidades, y encuentran un terreno común, entonces tendrá éxito.

—Pero, aun así no veo cómo —dijo Gardner—. ¿Cómo sacrificas tener hijos si estás desesperada?

—La gente ha hecho mucho más en nombre del amor antes de ahora. —Sonrió—. Así que, en respuesta a su pregunta, esta era la razón principal por la que vinieron a verme, y yo confiaba en poder ayudarles.

—Gracias —dijo Yorke—. ¿Ve a menudo a pacientes a solas?

—Sí, por supuesto. Es un espacio seguro. A menudo se puede llegar a la raíz de los problemas cuando eliminas el desencadenante físico del conflicto que, lamento decir, suele ser el cónyuge.

—De acuerdo —dijo Yorke—. Usted proporcionó una coartada a Helen Brislane el día que Robert desapareció, ¿es correcto?

—Perdón —Moss levantó una ceja—. ¿Una coartada? ¿Ha tenido lugar algún acto criminal?

—Es un procedimiento estándar, doctor, establecer el paradero de cualquier persona relacionada con la persona desaparecida.

—Helen estaba conmigo. Se lo dije al oficial en febrero.

Yorke bajó la mirada a su bloc de notas. Fingió estar leyendo y hasta golpeó con el bolígrafo algunas notas inconexas para reforzar la farsa.

—Sí, eso consta en nuestros registros. Pero noté que el oficial investigador nunca pidió documentación.

—¿Documentación?

—Su agenda... su hoja de citas... Supongo que estaría con su recepcionista, ¿no?

Por primera vez, el imperturbable Moss parecía incómodo. Era similar a cómo se había mostrado Helen Brislane cuando le preguntaron sobre nuevas relaciones.

—Sí... pero he cambiado de recepcionista desde entonces. ¿No es suficiente con mi palabra?

—Lo siento, señor, en realidad no —dijo Gardner—. Siempre pedimos pruebas.

—Bueno, el último agente no lo hizo.

Sí, pero eran incompetentes, pensó Yorke. —No debería haber problema, doctor. Supongo que guarda sus citas en una base de datos. ¿No podría pedirle a su recepcionista que nos las envíe? *Preferiblemente, sin que usted las altere.*

—Es el Día de San Esteban.

—Sí, entiendo que es un momento inoportuno, pero estoy seguro de que comprende la importancia de nuestra petición.

Moss asintió.

Durante otros quince minutos, Yorke continuó indagando en los detalles "confidenciales" sobre la terapia matrimonial de los Brislane. Tras decidir que no iba a descubrir nada nuevo, Yorke agradeció al doctor por su tiempo, y tanto él como Gardner volvieron a salir para recibir una fuerte nevada.

—Anabelle estará contenta —dijo Gardner—. Revivirá su muñeco de nieve. Parecía bastante demacrado cuando me fui esta mañana.

Yorke no respondió.

—Déjame adivinar... ¿más banderas rojas que en un desfile comunista?

Él asintió. —Ambos son culpables de algo. Me juego lo que sea a que esos zapatos que estaban cómodamente colocados en el zapatero de Helen eran los suyos.

—¿Cómodamente colocados en el zapatero de Helen? ¿En serio acabas de decir eso? —dijo Gardner—. ¿Y ahora qué?

—Voy a contactar con Madden para alborotar un poco sobre el nivel de incompetencia en esta investigación... —Yorke miró su reloj —. ...y predigo que tomará menos de una hora para que uno de los mejores agentes de Leeds me contacte, con el rabo entre las piernas, dispuesto a retomar las riendas de esta investigación sobre persona desaparecida.

—Mierda —dijo Gardner—, realmente estaba empezando a disfrutar de esto.

—Ah, no te preocupes, seguiremos moviendo los hilos. Ellos simplemente pueden hacer el trabajo de campo.

La nevada era más espesa, pero Alan no se preocupaba por el regalo en su mochila. Lo había cubierto con plástico antes de envolverlo, y aunque el papel se mojara, el regalo en su interior no corría peligro.

Se subió la capucha y giró hacia la calle del doctor. Siempre le preocupaba que alguien pudiera reconocerlo como un estudiante entrando en la casa de su profesor. No querría meter al doctor en problemas.

Incluso ahora, húmedo por la nieve y helado por la brisa gélida, Alan se sentía más cálido simplemente por estar en las proximidades del psiquiatra. Eso era lo que este doctor ofrecía. Y lo había ofrecido desde el momento en que le ayudó a levantarse aquella noche en Headingley.

El Dr. Harris era un enigma. Una cuna cálida que suavizaba y reconfortaba. Que ofrecía seguridad y protección.

Que sanaba...

... El día después de que el Dr. Harris le tendiera la mano, Alan se había quedado rezagado en el aula. Se había acercado al doctor mientras este cerraba sesión en su portátil.

—¿Dr. Harris?

—¿Sí? —Harris no levantó la vista de la pantalla.

—Solo quería darle las gracias por lo de anoche.

El doctor terminó primero lo que estaba haciendo y luego levantó la mirada. —Ah, el chico del fuego. Alan, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por ayudarme a levantarme. Por hacerme sentir mejor sobre toda la situación.

—Bueno, de nada, pero no puedo decir que hiciera mucho. Los matones son matones, y los héroes son héroes. Simplemente te señalé de qué lado estabas. Bien, me alegra ver que te has recuperado, Alan, y no me consideres grosero, pero me temo que tengo que irme corriendo. Tengo una cita con un café, y también con un colega. Sí, el colega es secundario al café. —Se rio—. ¿Creo que te conté sobre el extenso menú de vinos al que me sometieron anoche?

Alan asintió.

Harris sonrió de nuevo. —Nos vemos luego, joven.

Mientras se alejaba con su portátil bajo el brazo, Alan se balanceaba de un pie a otro, desesperado por decir algo, pero sin

saber exactamente qué. Cuando Harris llegó a la puerta del aula, Alan lo llamó. —¿Dr. Harris?

Harris se volvió, pero no dijo nada.

—¿Parezco un bicho raro? —dijo Alan en voz alta.

Harris comenzó a caminar de vuelta hacia él. —¿Un bicho raro? ¿Qué es eso exactamente, Alan?

—Alguien diferente, extraño...

Harris se detuvo frente a él. —Bueno, no todos podemos ser iguales. Realmente no funciona así.

—Quizás, pero soy tan peculiar que nunca puedo encajar.

—¿Por qué? ¿Porque te vistes diferente y tienes escoliosis? El colega con el que me voy a reunir, Chris, tiene una halitosis tan fuerte que te encoge los dedos de los pies; sin embargo, es el hombre más popular que conozco. Me cuesta entender el concepto de bicho raro. Si la gente te define como un bicho raro, no es más que una opinión, y todos sabemos el peso que tienen las opiniones, ¿verdad? Sin embargo, si tú mismo te defines como un bicho raro, eso es un escenario completamente diferente. Entonces, supongo, puede convertirse en un hecho. ¿Tú crees que eres un bicho raro, Alan?

Alan abrió la boca pero no pudo encontrar una respuesta.

Harris levantó la palma de su mano. —No... piénsalo. Pero es una pregunta que *tú* tienes que responder. Nadie más puede hacerlo, y especialmente no yo. Yo mismo tuve que tomar una decisión muy similar hace mucho tiempo.

—¿Y qué decidió?

Harris sonrió y miró su reloj. —Realmente tengo que irme.

—Dr. Harris, realmente quiero volver a verle.

—¿Por qué?

—Sé que usted ejerce en un centro médico cerca de Roundhay Park. ¿Puedo ir?

—Me temo que no, Alan. No tengo permitido tratar a mis propios estudiantes.

—Por favor —dijo Alan—. Hay algo en la manera en que me habla, usted me *ayuda*. Nadie más me ha hecho sentir tan tranquilo.

—Mi ex-mujer se sorprendería al oír eso. Mira, Alan, apenas hemos hablado durante más de diez minutos.

—Paso la mayor parte de *cada* día aturdido y perdido. No recuerdo la última vez que no me sentí así. Hasta anoche. Y ahora también...

Harris suspiró. —Bueno... supongo que ya que estás siendo tan halagador. ¿Libreta? —asintió hacia la libreta en la mano de Alan.

—Claro. —Alan se la entregó.

Harris anotó su dirección. —Este sábado, a las 5 de la tarde. Esa es la dirección de mi casa. Ven por la parte trasera, eso sí. Realmente no puedes contárselo a nadie, lo sabes, ¿verdad?

—No hablo con nadie, Dr. Harris.

—Sí, lo haces —dijo Harris—. Hablas conmigo...

Ahora, muchos meses después, Alan caminaba por el sendero al lado de la casa del Dr. Harris hacia su jardín trasero, como había hecho en tantas ocasiones.

El sendero no había sido utilizado desde la última visita de Alan en Nochebuena, así que la nieve profunda se metía por la parte superior de sus botas y humedecía sus calcetines. Giró hacia el pequeño jardín. Era difícil apreciarlo ahora, en pleno invierno, pero el Dr. Harris mantenía su jardín en buenas condiciones. Levantó la mirada y notó que había estado podando las ramas de los dos viejos robles en las esquinas más alejadas del jardín.

La primera vez que Alan había estado en este jardín, quedó impresionado. No tanto por la gran variedad de flores, sino por la simetría. Ambos lados del jardín seguían el mismo patrón y colores. El Dr. Harris había sido meticuloso en la plantación.

Aquel día en particular, Harris se acercó a su lado y dijo: —¿Te gusta mi jardín?

—Me gusta el equilibrio y el orden.

—Sí, a mí también.

—Yo no tengo equilibrio ni orden.

—¿En qué sentido? —dijo el Dr. Harris.

—Mira mi cuerpo.

—¿Físicamente? Bueno, sí, no eres la persona con las proporciones más equilibradas, pero sabes, pocas personas tienen

proporciones perfectamente equilibradas.

—La mayoría están más equilibradas que yo.

El Dr. Harris señaló la cabeza de Alan. —Pero, ¿cómo está el equilibrio y el orden *ahí dentro*?

—No lo sé. No muy bien, supongo.

—Vamos adentro y empecemos. Averigüémoslo. Pero primero, prueba una de estas. He estado horneando. —Sostuvo una bandeja de galletas.

Dentro, Alan se sentó en el sofá del consultorio del doctor. Hablaron durante un rato, hasta que Alan empezó a sentirse mareado. —Lo siento, doctor, me siento mareado.

—Ha sido un día caluroso, recuéstate en el sofá y te traeré agua fría.

Alan se recostó. Miró hacia las paredes. Estaban cubiertas de coloridas obras de arte. Parecían estar arremolinándose y moviéndose. Cerró los ojos.

—¿Estás bien?

Alan abrió los ojos y vio que el doctor ahora estaba arrodillado en el suelo. Su rostro, que ahora tenía un inusual tinte rojizo, estaba más cerca del suyo.

—Me siento raro —dijo Alan.

—Bebe un poco de esto. —Harris sostuvo la cabeza de Alan y la levantó ligeramente, para poder presionar un vaso contra sus labios.

—Gracias.

—¿Puedo ser sincero contigo, Alan?

—Sí, por supuesto.

—Te di algo. Estaba en la galleta.

—¿Qué?

—Nada peligroso. Solo algo para ayudarte a relajarte. Noté que estabas tenso. Hace más fácil que pueda ayudarte. Se lo doy a todos mis pacientes.

—¿Eso está realmente permitido?

—Por supuesto. Es un medicamento legal. Pero no te preocupes por eso ahora. ¿Podrías simplemente dejarte llevar?

—Ya está empezando a pasar. Estoy menos mareado ahora, y me siento más relajado. Bastante feliz, de hecho.

—La euforia siempre es un efecto secundario bienvenido —dijo Harris y sonrió.

Harris bajó la cabeza de Alan y puso el vaso en el suelo. —Siento no haber pedido tu permiso respecto al medicamento, Alan. Puedo ser bastante impaciente cuando se trata de curar. Cuanto antes pueda ayudar, mejor. Si te sientes traicionado o decepcionado de alguna manera, no podré ayudarte.

—No... está bien —dijo Alan—. Confío en ti.

—Bien, Alan, porque eso hará que lo que estoy a punto de decirte sea un poco más fácil. Tengo otro nombre, otra personalidad si quieres, que uso para ayudar realmente a las personas. ¿Te importa que me convierta en esa persona ahora?

Alan negó con la cabeza. Notó que el tinte rojizo se había extendido desde la cara del doctor y se había filtrado en el entorno.

—Bien. Mi nombre es el Conducto. Soy un canal. Me convierto en la pieza que falta dentro de las personas, y permito que los pensamientos, sentimientos y comportamientos fluyan a través de mí y dentro de ellos. ¿Lo entiendes?

—Sí.

A pesar de la peculiaridad de la situación, Alan se sentía cómodo. Más que nunca. Quizás era la droga, quizás solo era el ritmo suave de la voz del Dr. Harris, o quizás era solo la esperanza de un mañana mejor. Cualquiera que fuera la razón, dio la bienvenida al doctor en su mente.

Y lo condujo por un camino oscuro por el que normalmente no transitaría.

Tenía trece años, un viernes por la noche. La única noche de la semana en la que a Alan se le prohibía salir de su habitación. Y cuando sus padres lo comprobaban, cada hora, todas las horas, hasta la una de la madrugada, golpeaban suavemente su puerta, y él la abría. Le revolvían el pelo, le besaban en la frente y le decían cuánto lo querían. Le pedían que volviera a cerrar la puerta con llave y, cuando estuviera en la cama, que pensara en todas las cosas maravillosas que podrían hacer ese fin de semana como familia.

Alan tropezó desde el camino oscuro, se incorporó en el sofá y, tragando aire, miró a los ojos del doctor.

Harris colocó una mano en el hombro de Alan para estabilizarlo. —Respira, Alan.

Después de que Alan recuperara el aliento, dijo: —Lo siento.

—¿Por qué?

—Por perder el control.

—Al contrario, no has perdido nada.

—No lo entiendo.

—*Encontrar* la oscuridad es el primer paso.

—No lo entiendo.

—Dime, Alan, ¿te repugna lo que ves cuando te miras al espejo?

—Depende. Mi cara no, pero el resto de mi cuerpo, sí... sí, me repugna. La falta de orden... lo desigual...

Harris levantó la palma de su mano para silenciarlo. —Quiero que consideres la posibilidad de que no sea tu apariencia lo que te repugna, sino algo más: algo dentro de ti, dentro de esa oscuridad. ¿Qué pasó entonces cuando tenías trece años?

—No recuerdo mucho. Recuerdo esta vez que estaba agachado en el balcón mirando hacia abajo. Reconocí a un chico más joven de mi colegio que estaba siendo dejado por su padre. Parecía aterrorizado, mientras que su padre parecía inestable. ¿Alcohol o posiblemente drogas? No lo sé. Recuerdo que, unos días después, seguí a ese chico a casa subiendo al mismo autobús. Era de una deteriorada urbanización municipal en Chapel Town.

Harris respiró hondo. —¿Tus padres estaban explotando a familias en situación de pobreza?

—Sí —dijo Alan.

—¿Te diste cuenta de eso en aquel momento?

—A mi manera inmadura, debí haberlo hecho. Pero obviamente había mucha negación. Al principio, intenté convencerme de que quizás estaban ayudando. Éramos ricos, ellos no. Mi madre dirigía una exitosa empresa de importación de China que heredó de su madre... al menos, eso es lo que siempre me dijo. Esperaba, *realmente esperaba*, que solo estuvieran devolviendo algo a la sociedad.

—¿Cuándo descubriste la verdad?

—Cuando fueron arrestados y... y... pasó algo más. —Alan sintió lágrimas en sus ojos.

Harris todavía tenía su mano en su hombro y se lo apretó suavemente. —¿Qué más pasó?

Miró fijamente a Harris. Ahora las lágrimas le corrían por la cara. —No quiero ir allí.

Harris le secó las lágrimas. —Pero es exactamente adonde debes ir. Esa es la fuente de todo. Solo adentrándote en la oscuridad y *aceptándola*, podrás empezar a sanar. La repulsión que sientes no proviene de tu postura torcida, sino de lo que yace en esas sombras profundas. Es adonde debes ir... ahora.

—No lo sé. Realmente no sé si puedo enfrentarlo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí. ¿Lo harías?

—Por supuesto, pero primero... —Sacó un pequeño artefacto de su bolsillo y lo encendió. Producía una luz parpadeante lenta—. Debo hipnotizarte. Déjame ser tu conducto, Alan, déjame ayudarte a abrazar la oscuridad.

Alan asintió.

El Conducto sostuvo la luz parpadeante frente a sus ojos...

Alan se distrajo de este recuerdo y volvió al presente por un golpeteo en la puerta del patio detrás de él. Se giró desde el jardín cubierto de nieve y los árboles esqueléticos.

El Dr. Harris estaba allí de pie. Le sonreía a través del cristal.

10

ERA ÚLTIMA hora de la tarde cuando Yorke y Gardener llegaron al aparcamiento del hotel en el centro de Leeds.

Momentos antes, había terminado una conversación por el altavoz con el DS Paul Breaker del Cuerpo de Policía de West Yorkshire. Breaker no había estado involucrado en la caótica investigación de Alan Brislane; era simplemente el desafortunado que ahora recogía los pedazos. Fue educado y parecía competente. Yorke no estaba sorprendido. Madden habría armado un escándalo en su llamada telefónica y, sabiendo que ahora estaban bajo escrutinio, esta comisaría del norte estaría poniendo a los mejores en esta vieja investigación.

Yorke relató, en detalle, sus entrevistas con Helen Brislane y el Dr. Eli Moss. Discutió sus sospechas sobre la relación entre ellos y la posibilidad de que esta pudiera haber comenzado antes de la desaparición de Brislane. Yorke aconsejó a Breaker que contactara con la antigua secretaria de Moss para preguntar sobre la cita de Helen con Moss el día que desapareció su marido. En lo que concernía a Yorke, la hoja de citas que el propio Moss enviaría carecería de valor.

—Y si descubres que nunca hubo una cita, intenta averiguar dónde estuvo Helen Brislane cuando supuestamente estaba con él.

—No se preocupe, señor, lo haré —respondió con seguridad.

—Y llámame a cualquier hora si encuentras algo.

Fuera de Welcome Break, en el aparcamiento, Yorke se dirigió a Gardner: —Voy a reunirme con el DCS Benjamin Rosset sobre la masacre. Haz tú el registro, por favor.

La sala de investigación a la que Rosset condujo a Yorke era mucho más impresionante que las que él estaba acostumbrado a ver en Wiltshire. Estaba tan llena de tecnología que la habitación zumbaba. No recordaba haber visto tantos agentes juntos en un mismo espacio; algunos estaban de pie en sus escritorios hablando por teléfono, otros inclinados sobre ordenadores. Incluso había una cola formándose en las fotocopiadoras. ¿Se habría desviado la austeridad en algún punto al llegar a Yorkshire? Yorke se preguntó cuál era el sentido de su presencia allí; si no podían resolver un crimen con este tipo de recursos, que Dios les ayudara a todos.

Rosset sonrió. —Puedo ver por tu expresión, Mike, que piensas que estamos dedicando muchos recursos.

—Se me había pasado por la cabeza, señor, pero supongo que la respuesta encaja con el crimen. Además, si lo tenéis, usadlo.

—Sí... parece impresionante, lo admito, pero ha dejado algunas investigaciones operando con un presupuesto mínimo. Espero que no resulte ser una situación de desvestir a un santo para vestir a otro. Pero tomé esta decisión por la siguiente razón. —Llevó a Yorke al tablón de incidentes y señaló un collage estremecedor—. No conseguimos apagar el fuego a tiempo.

Los ojos de Yorke saltaban entre las imágenes. Contó dieciséis cuerpos quemados más allá del reconocimiento, cada uno con un nombre tatuado bajo la fotografía. Yorke se preguntó cuáles serían las motivaciones de Rosset para mostrarlos tan abiertamente al frente de la sala. ¿Motivación para su equipo, quizás? No lo cuestionó.

—Hay que remontarse a los tiroteos de Cumbria en 2010 para encontrar algo tan malo. Doce personas murieron aquel día. Esperemos que este monstruo, Mayers, opte por la misma salida que

Derrick Bird... pero hasta entonces, anda suelto, y por eso —volvió a mirar una sala de investigación que probablemente se parecía más a un centro de llamadas de *Virgin Media*—, no escatimaremos en gastos.

Se volvió y dio un golpecito a la fotografía de una anciana. —Gracias a Dios por Audrey Houghton, o no tendríamos ni idea de lo que ocurrió en ese lugar. No sobrevivió mucha evidencia a ese infierno. Encontramos la lata chamuscada que contenía el líquido para encendedores que inició el fuego en la habitación de Drigg. También tenemos su pistola, por supuesto. Una Smith and Wesson Shield EZ. Una buena elección para los ancianos. Más fácil de manejar para aquellos con artritis. No quiero ser discriminatorio por la edad, y sé que era ex-militar, pero ¿realmente crees que Driggs navegó por la dark web para conseguir una de estas?

—No, no lo creo —dijo Yorke—. Mayers se la dio. En uno de sus pequeños paseos, junto con el líquido para encendedores, supongo.

Rosset arqueó una ceja. —¿Mientras controlaba su mente?

Había cierto tono. Yorke desvió la mirada. No tenía sentido enfadarse. ¿Por qué lo creerías? A menos que lo hubieras vivido. Volvió a mirarle. —¿Ha leído los archivos de la investigación Severance, señor?

—Dos veces. Mira, Mike, no deberías culparme por ser escéptico. Sabes que he visto mi parte justa de espectáculos de Paul McKenna, y estoy seguro de que hay verdad en la hipnosis, pero esto... la masacre de dieciséis personas inocentes... ¿no me dirás que él no era consciente de lo que estaba haciendo?

—Oh, era consciente, desde luego —dijo Yorke—. Pero ese no es el punto, ¿verdad? El punto no es de qué eres consciente, sino qué *crees*. Vamos a tu despacho y hablemos. Me has invitado aquí por mi experiencia personal con el caso Severance. Los archivos son exhaustivos, pero no lo son todo. Cuando terminemos de hablar, sabrás que Bernard Driggs fue solo otra víctima en todo este lamentable asunto, y tu prioridad entonces será evitar que haya más.

Yorke no necesitaba dar capítulo y versículo. Rosset había pasado las últimas veinticuatro horas estudiando minuciosamente los archivos de Christian Severance. Lo que Rosset necesitaba era entender qué motivaba al médico loco. Entonces, comprendería verdaderamente a qué adversario tan devastador se enfrentaba.

—Louis Mayers elige a sus pacientes basándose en sus antecedentes. Busca a aquellos considerados dañados. Y no solo dañados, sino más bien *devastados*. Christian Severance había sufrido abusos por parte de un profesor, Susie Long había presenciado cómo su tío practicaba la eutanasia a su abuela...

—Bernard Driggs había presenciado cómo mataban a sus amigos durante la guerra de las Malvinas. También sufrió una lesión catastrófica que casi acaba con su vida.

—Sí. Así que encajaría en el perfil.

—Pero ¿por qué los está convirtiendo en monstruos? ¿Cuál es el objetivo?

—El objetivo para Mayers es más grande de lo que cualquiera de nosotros podría imaginar. Él también experimentó un trauma. Antes de convertirse en el Conducto, era un psiquiatra exitoso en el tratamiento del insomnio. Reconocido, rico... lo tenía todo. Dos de sus pacientes con insomnio, banqueros de alto nivel adictos a la cocaína, entraron en un estado de psicosis debido a la privación del sueño. Como se conocían, se juntaron y compartieron sus creencias. Creían que eran víctimas de un médico malicioso que experimentaba con ellos...

—¡Parece que tenían bastante razón!

—No lo creo. Pienso que lo que ocurrió después creó al Conducto. Los dos pacientes compraron armas. El día que fueron a por Mayers, mataron a otros tres pacientes y a su recepcionista. Increíblemente, Mayers sobrevivió a sus heridas. Como te puedes imaginar, sufrió un TEPT devastador. Ahí es cuando el Dr. Martin Adams entró en escena. Estaba trabajando en una nueva terapia para el TEPT en ese momento. *HASD. Healing. Acceptance. Sharing.*

Displacement. Le ofreció a Mayers tratamiento bajo este nuevo programa —Yorke continuó explicando los principios con más detalle.

—¿Y es ahí donde comenzó todo esto? ¿Con este *HASD?* —dijo Rosset.

Yorke asintió.

—Entonces, ¿merece la pena contactar con el Dr. Martin Adams, el pionero de esta mierda? —dijo Rosset.

—Sí, si está dispuesto —dijo Yorke, alcanzando el café de la mesa que había entre ellos—. Su proyecto quedó en el olvido, por razones obvias, y oí que estaba luchando por reencauzar su carrera.

Rosset tomó nota.

—Pero no puedo asegurar cuánta utilidad tendrá realmente. La forma en que Mayers torció y adaptó este tratamiento, primero con Christian Severance y varios más, y luego, de manera aún más catastrófica, con Susie Long, han convertido esta terapia en algo bastante diferente.

—Bueno, considerando que el propósito del tratamiento era *curar* a alguien de su TEPT, me parece que él solo lo está empeorando. Está provocando a sus pacientes.

—Él no estaría de acuerdo contigo. La filosofía se mantiene intacta. Quiere *curar*, y cree que lo está haciendo. La curación ocurre cuando el paciente *acepta* el trauma dentro de sí, lo *comparte* con el terapeuta bajo hipnosis, antes de *desplazarlo*.

—¿Desplazar o asesinar?

—En este caso, Mayers lo ve como lo mismo. Lo que sea necesario para liberar al paciente de las cadenas de sus ansiedades.

—Difícilmente están curados si luego van y se vuelan la cabeza, ¿no?

Yorke asintió. —He pensado mucho en esto. Supongo que el paciente es irrelevante para Mayers cuando el proceso termina. Mantener vivo a un paciente curado es un riesgo demasiado alto para él. Mira, no estoy diciendo que Mayers realmente curara a Bernard Driggs, obviamente no creo en la eficacia de su tratamiento bárbaro, pero no es lo que yo crea lo importante. Mayers habrá *creído* que Bernard estaba curado. Había logrado todo lo que iba a

lograr, y ahora Bernard simplemente sería una carga. Así que, lo habría programado para suicidarse.

—¿O Bernard podría haber despertado, visto lo que había hecho, y luego dispararse por culpa?

—Posiblemente. Pero de nuevo, esto es irrelevante, ya que no nos importa el éxito del enfoque de Mayers. Todo lo que nos importa es lo que Mayers *creía*. Él piensa que está en el camino hacia la grandeza. En algún lugar está registrando todo lo que hace con gran detalle. Algún día, cuando esté muerto o vivo, supongo que no le importa demasiado, dará a conocer sus descubrimientos.

—Así que cree que está cambiando la cara de la psicología. Vaya. ¡Eso realmente es un nuevo nivel de grandiosidad!

—Me he encontrado con esto antes —dijo Yorke—. Cuando obsesivos como este *creen* algo con tanta fuerza, y cuando están tan *motivados*, la combinación no solo es poderosa, sino mortal.

—No me lo digas a mí.

Siguieron hablando hasta que fueron interrumpidos por una Asistente de Apoyo a la Dirección que traía otra bandeja de cafés.

Rosset removió cuatro terrones de azúcar en el suyo. Mientras lo observaba con disgusto, Yorke sopesó si contarle la otra razón por la que estaba en Leeds. Algunos de los recursos allí en la sala de interrogatorios podrían ser de excelente utilidad en la búsqueda tanto de Robert Brislane como de Mark Topham. Y si sus desapariciones estaban conectadas al Conducto, ¿podría estar obstaculizando esta investigación al retener esta información?

Sí, podría estarlo.

Significaba traicionar a Gardner, pero ¿qué opción tenían en todo esto de todos modos? Si Topham aún estaba vivo, lo que era poco probable, iría a prisión por mucho tiempo. Gardner no parecía querer aceptarlo, pero era completamente innegociable. Rompería sus corazones, pero si Topham aún estaba vivo, volvería a Salisbury para enfrentar la justicia.

Así que, a fin de cuentas, la total transparencia era seguramente la única opción.

Tomó un sorbo de café y estaba a punto de decir algo cuando sonó un golpe en la puerta. Un oficial delgado, que llevaba un traje

tan ajustado que Yorke se preguntó cómo demonios podía caminar, asomó la cabeza. —Señor, han recuperado el teléfono que usó Bernard Driggs.

—Pero destruido, seguramente, ¿no?

—No. Audrey Houghton acaba de sacarlo de su bolso. No sabe cómo llegó ahí. El médico del hospital que nos contactó sugirió que probablemente lo puso en su bolso mientras estaba en shock antes de huir del edificio, y luego lo olvidó.

—¿Dónde está ahora?

—Está de camino aquí.

Rosset se volvió hacia Yorke. —Escucha, tomará una buena media hora hasta que llegue aquí, y luego otro buen rato para que las partes relevantes le echen un buen vistazo. ¿Te gustaría ir a instalarte en tu hotel, y luego te contactaré cuando tengamos algo? Incluso puedes volver entonces después de haberte refrescado.

Normalmente, la respuesta sería un rotundo *no.* Alejarse de un momento como este en una investigación era como caminar hacia una valla eléctrica claramente señalizada. El instinto no lo permitiría. Pero tenía a Gardner en el hotel. Con suerte, ella solo estaría haciendo tiempo, esperándolo, pero conociendo a Gardner, lo dudaba mucho. Tenía que ser muy cuidadoso para que ella no causara ningún problema serio mientras estuvieran aquí.

Yorke asintió. *Cuando regrese*, pensó, estrechando la mano de Rosset al salir, *te lo contaré todo sobre Topham y Brislane, y Gardner tendrá que aceptar que esto es lo correcto.*

Alan Sants acarició la cabeza del perro. Este se echó hacia atrás y le rozó la mano con el hocico.

—Es extraño —dijo Alan—. Pero cuanto más lo veo, cuanto más lo acaricio, más lo veo realmente como un animal.

—Todos somos animales, Alan —dijo Harris.

—Sí, pero supongo que hay un orden.

—Sí, un orden que *nosotros* impusimos. En fin, no entremos en eso. Me alegra ver que vosotros dos os habéis vuelto tan cercanos. Mark disfruta de tus visitas, ¿sabes? Está mucho más feliz cuando estás por aquí que cuando se queda solo conmigo, este pobre viejo.

Los ojos de Alan se posaron en la sierra de podar apoyada contra la pared. Sabía que Harris había estado cortando árboles, pero también sabía que la sierra tenía *otros* usos.

—Tengo un regalo en la bolsa.

—Pero no para mí, espero. Te dije que los regalos son completamente inapropiados cuando te estoy tratando.

—No, el regalo es para Mark. Creo que le gustará. Creo que a ti también.

Harris se colocó junto a Mark y posó su mano sobre su cabeza afeitada y llena de hoyos. —Lo maravilloso de una dieta de privación es la gratitud que se puede sentir después. Mark estará agradecido. De eso puedes estar seguro.

Alan llevaba un mes en su terapia cuando conoció a Mark, el perro del Dr. Harris. Fue un día importante en el desarrollo de Alan porque también fue el día en que finalmente alcanzó la oscuridad dentro de sí mismo...

En la visualización, Alan estaba junto al Conductor y observaba a su yo más joven desde un lado de la habitación. A pesar de saber que el doctor no podía involucrarse en lo que estaba a punto de suceder, agradecía su presencia.

Su inquieto yo de trece años se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en la cama. La habitación siempre se sentía más cálida los viernes por la noche, probablemente porque siempre había tanta gente abajo, y el aire caliente sube. Ya se había desabrochado los botones superiores del pijama, pero no era suficiente, así que se incorporó y se lo quitó por completo.

El golpe en la puerta hizo que ambos Alan, joven y adulto, se sobresaltaran.

Su yo más joven miró el reloj de su mesita de noche. Había pasado menos de una hora desde la última vez que sus padres habían venido a revisar.

—No abras la puerta —dijo Alan.

Sintió la mano del Conductor posarse sobre su hombro.

—No quiero quedarme. No quiero ver.

El Conductor no respondió. Alan lo miró. El doctor le ofreció una expresión comprensiva, pero luego le indicó con un gesto que volviera a mirar. Habían trabajado mucho y duramente para penetrar en este oscuro recuerdo, y ahora era esencial que lo observaran.

Cuando Alan se volvió, su yo más joven ya estaba cruzando la habitación, ansioso por ver a sus padres.

—*Por favor* —llamó Alan—. *No son mamá y papá. No son ellos...*

El Alan más joven no podía oír al hombre de su futuro.

Alan dio un paso adelante. El Conductor agarró su hombro. La fuerza del hombre corpulento le impidió avanzar más. En su lugar, gritó: —*¡ROMPIERON LAS REGLAS... SUBIERON ARRIBA!*

Su yo más joven abrió la puerta y retrocedió sorprendido. Un empresario chino, de unos cuarenta y tantos años, con cabello plateado estaba allí. Entró en la habitación, se arrodilló y ofreció un regalo.

—Un Hombre de Barro —dijo Alan—. Era el exportador que le había dado antes esas figuras a mi madre. Y ahora me estaba dando una a mí también.

Con ojos grandes y emocionados, su yo más joven tomó el Hombre de Barro.

El empresario se dio la vuelta y cerró la puerta.

Alan se volvió hacia el Conductor. —Todavía no sé si pensó que yo era solo uno de los niños que mis padres traían a la casa. Otro de esos pobres niños de ese barrio de Chapel Town, que estaban ganando cantidades ridículas de dinero para sus padres. Durante años, pensé ¿quién haría eso? ¿Vender a sus propios hijos? ¿Vender a los hijos de *otras personas*? Pero con el tiempo, me he dado cuenta de que la inocencia a menudo es un cuento de hadas, y muchas más personas de las que uno podría pensar esconden veneno en su interior.

El Conductor habló por primera vez en esta visualización. —Debes mirar.

Alan no quería mirar, pero tampoco quería decepcionar al Conductor. El hombre a su lado era su última oportunidad. La justicia

le había fallado. También el sistema de salud. Esta podría ser su última oportunidad de *sanar*.

De dejar de ser un *bicho raro*.

Se dio la vuelta y observó.

Al principio, el empresario fue suave. Acarició al niño e intentó calmar su ansiedad, pero finalmente, sus verdaderas intenciones quedaron al descubierto. Al poco tiempo, estaban tumbados juntos en la cama.

Alan no necesitaba ver el terror en el rostro de su yo más joven. Lo recordaba demasiado bien. Todavía lo sentía casi todos los días, y ciertamente lo sentía ahora mismo, mientras observaba.

Cuando el hombre se volvió agresivo, Alan se alegró de ver la lucha en el niño. Sí, había perdido —su ser dañado en el presente era prueba viviente de eso— pero, aun así, la pelea le hacía sentir orgullo. Arañó la cara del hombre, le dio patadas, le escupió, y solo cuando lo voltearon y el hombre más grande lo aplastó con su peso, se perdió la batalla.

Alan lloró mientras observaba los siguientes minutos de su recuerdo.

Cuando sus padres llegaron demasiado tarde para evitar nada, Alan no sintió ninguna simpatía por su desesperación. Sus rostros se derritieron.

—¿Está bien para otros niños, pero no para el suyo? —dijo Alan al Conductor—. En cierto modo, al menos algo bueno está a punto de salir de mi experiencia.

—¿Qué? —preguntó el Conductor.

—Mira. Observa cómo toda su sórdida pequeña empresa se viene abajo.

Su padre era un hombre pequeño y delgado, pero era ágil y propenso a exhibir arrebatos repentinos de agresividad. Agarró al empresario por el pelo y lo arrastró fuera de su hijo y de la cama.

El hombre aterrizó con un golpe seco en el suelo de madera. Retrocedió a gatas y era una imagen patética. Desnudo de cintura para abajo.

—Es mi hijo —dijo su padre, acercándose.

—No sabía, no sabía. —Su acento chino era fuerte.

Su padre empezó a darle patadas.

El niño estaba llorando, y su madre ya estaba allí consolándolo. Lo tenía entre sus brazos. —Lo siento... lo siento.

Sobre el sonido del empresario siendo golpeado, Alan apenas podía oír a su yo más joven explicarle a su madre lo que había sucedido, pero dos palabras se escucharon con claridad. —Hombre de Barro.

Sus ojos se abrieron y tomó el Hombre de Barro de las manos de su hijo.

Alan se pasó la palma de la mano. Recordaba el dolor que había sentido allí todos esos años atrás. Lo había apretado en un puño tan fuertemente durante la terrible experiencia que se había hecho sangrar.

—Era un buen Hombre de Barro —dijo Alan—. Llevaba una larga lanza de pesca. Era afilada al tacto.

Al ver que su marido estaba en proceso de golpear a un hombre hasta matarlo, su madre se acercó a él rápidamente y le puso las manos en los hombros.

Pareció funcionar. Su padre retrocedió, jadeando por aire. El empresario gimió y se dio la vuelta sobre su estómago. Al fondo, el niño se hizo un ovillo y continuó sollozando.

Mientras su madre abrazaba a su padre, intentando desesperadamente calmarlo, el hombre consiguió ponerse de rodillas.

Su padre se apartó de su madre. —¿Un puto Hombre de Barro? —Le arrebató la figura de la mano y se volvió hacia el abusador de su hijo—. ¿Le diste a mi hijo un puto Hombre de Barro y luego lo violaste?

El empresario ya estaba de pie. Se tambaleaba. Tenía sangre corriendo por la nariz y el labio. Permaneció en la puerta abierta con la espalda hacia el balcón que estaba justo afuera.

—No lo sabía —continuó el violador.

—¿Estás jodidamente ciego? Esto es el primer piso. Se te dijo que te quedaras en la planta baja.

Su padre dio un paso adelante y el bastardo levantó las palmas de sus manos. —Por favor... estaba buscando el baño.

—El baño está en la planta baja. ¿Te gustaría recuperar esto ahora, gilipollas ciego? —Sostuvo el Hombre de Barro boca abajo en su puño derecho, con la lanza de pesca apuntando hacia abajo. Echó el puño hacia atrás y apuñaló al empresario en su ojo izquierdo.

El hombre gritó. Sangre y fluidos brotaron por su cara. Se llevó las manos al ojo perforado para cubrirlo, mientras el padre clavaba la lanza en el otro ojo.

—Ahora acepto tu excusa —dijo su padre—. Estás ciego. Cometiste un error.

El hombre retrocedió tambaleándose, arañándose la cara dañada. Chocó contra el balcón de espaldas, se volcó y desapareció.

Su madre y su padre se acercaron al balcón y miraron hacia abajo.

—El golpe contra la planta baja le libró de su miseria —dijo Alan al Conducto. Señaló a su yo más joven que lloraba—. La mía estaba destinada a continuar.

—¿Y qué pasó después?

—Los enfermos bastardos y los niños de abajo que aún no habían huido de la casa cuando empezó el ruido en el piso de arriba, no dudaron en marcharse cuando el cuerpo cayó frente a ellos. Creo que mi madre y mi padre intentaron hacer algo con el hombre muerto, pero ya era demasiado tarde. El caos había llegado, y el caos engendra debilidad. Los niños vieron la debilidad en la organización que los retenía, y reunieron el valor para unirse y buscar ayuda.

—¿Y tus padres siguen en la cárcel?

—Mi padre, sí. Mi madre, no. Cáncer. Intentó salir por motivos humanitarios. Se lo denegaron, pero murió en el hospital, y me permitieron sostenerle la mano.

—¿Y cómo te hizo sentir eso?

—Aliviado.

—¿Por qué?

—Porque la culpa era demasiado para que ella la soportara.

—Algunos dirían *merecido*, ¿no?

—Se lo merecía, pero no quería verla sufrir.

—Eso es muy noble. ¿Y tu padre?

—Hablo con él por teléfono.

—¿Le preguntas por qué hicieron lo que hicieron?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo sé.

—¿Cómo?

—Porque la oscuridad que existe en él, y existía en mi madre, también existe en mí.

Alan miró alrededor del despacho de Harris. Sin siquiera darse cuenta, había salido de la visualización. Se incorporó en el sofá. Harris estaba ocupado tomando notas detrás del escritorio.

—¿Cómo te sientes? —dijo Harris.

—Ahora lo entiendo mejor.

—*Aceptación*. Ahora, ven conmigo. Has compartido conmigo y yo quiero *compartir* algo contigo.

Hasta la fecha, Alan solo había visto la habitación trasera y el despacho de la casa de Harris, así que se sorprendió al ser conducido hacia el interior.

Se sorprendió aún más por el hombre desnudo que dormía de lado en el comedor de Harris.

—¿Qué demonios...?

—Siéntate un momento, Alan, no dejes que la conmoción te abrume. Hay mucho que aprender aquí.

—¿*Quién es este*? —En lugar de sentarse, Alan se acercó más, hasta quedar directamente sobre el hombre.

—No es quién es, sino *qué* es.

—No entiendo... —Alan se arrodilló y observó el cuerpo lleno de cicatrices del hombre. Pasó sus dedos por un collar metálico que lo sujetaba a una anilla en la pared.

—*Era* Mark Topham. Un policía, de hecho —dijo Harris.

Alan miró a Harris con ojos desorbitados. —Esto es tortura.

—Al contrario, Alan, él es más feliz que nunca. ¿Sabes lo que es una lobotomía?

—Por supuesto.

—Pues bien, solían practicarlas a personas *consumidas* por la locura. Algunos lo consideraban bárbaro, pero claro, estos críticos no

eran las pobres almas atrapadas en el infierno. Imagínate la liberación de presión que venía con la fractura del lóbulo frontal, Alan. Un minuto se arañaban la cara, y al siguiente, estaban tan tranquilos y obedientes como un perro adiestrado.

—Mark vino a mí en esta condición. Estaba rabioso, más allá de toda ayuda. Quería matarme. Era demasiado tarde para ayudarle de la manera en que te estoy ayudando a ti, y como he ayudado a muchos antes que tú, pero había algo que podía ofrecerle.

—Podía liberar la presión. No con una lobotomía, entiéndelo. Ese método es demasiado crudo. También se lleva demasiado de la persona. Mark todavía existe en el animal que ves ante ti. Todavía entiende el mundo que le rodea. Pero está completamente bajo control, y es obediente.

Alan recorrió con la mirada el cuerpo dormido del hombre y se detuvo en la masa de tejido cicatricial alrededor de su ingle. Volvió a mirar a Harris. —Lo has castrado.

—Es un perro, Alan. Si le hubiera dejado con el deseo y el instinto de esa naturaleza, ¿cómo lo habría domado verdaderamente?

Alan le acarició la cabeza. Se agitó, abrió los ojos y frotó su mano con el hocico.

—A Mark le gustas, Alan.

Mark le lamió el dorso de la mano. Alan la retiró con repulsión.

—No pienses en Mark como un humano, Alan. Ya no lo es. Ahora, vuelve conmigo al despacho. Quería mostrarte a Mark como advertencia. Esta es la única opción si no *desplazas* la oscuridad dentro de ti y te ves consumido por ella...

Ahora, muchos meses después, habiéndose encariñado con Mark, Alan estaba ansioso por darle su regalo. Abrió su mochila y le presentó el obsequio a Harris.

—Será mejor que lo abras tú, doctor —dijo Alan—. Masticará el plástico del interior y se pondrá enfermo.

Harris desenvolvió el regalo. Sonrió. —¡Le encantará, Alan. ¡De verdad! ¿Dónde demonios lo has conseguido?

11

DESPUÉS DE HABLAR con Rosset de nuevo, Yorke se tumbó en la cama de su hotel. Suspiró. Aunque la noticia sobre el teléfono de Bernard Driggs había sido predecible, no por ello resultaba menos decepcionante.

Mayers había utilizado un móvil desechable para enviar los mensajes que activaron a Bernard. Seguramente ese teléfono estaría ahora en el fondo de algún río.

Los mensajes habían verificado la teoría de Yorke de que Mayers habría utilizado la experiencia de Bernard en la guerra de las Malvinas para adoctrinarlo. Ambos mensajes hacían referencia a 1982, el año del conflicto, y el segundo mensaje aludía al hecho de que ahora había sido *"curado"*.

Yorke también estaba bastante seguro de la segunda teoría que le había presentado a Rosset. Que una vez que eras "curado", te volvías prescindible. Sospechaba que había algo en el segundo mensaje de texto que hacía que el suicidio pareciera preferible a dirigirse directamente a la comisaría para identificar a Mayers como un manipulador psicológico.

Habría compartido con Rosset las desapariciones de Topham y Brislane en este momento, de no ser por la llamada telefónica que había recibido antes de Breaker.

En contraste con la actualización de Rosset, la de Breaker fue impredecible y para nada decepcionante.

La secretaria jubilada del Dr. Moss había sacado una vieja agenda que "siempre usaba como respaldo" de las agendas informatizadas en las que no confiaba. Eli tenía un horario completo ese día, pero no había mención alguna de una cita con Helen Brislane. Tanto Helen como Moss estaban siendo recogidos para un interrogatorio más exhaustivo. Yorke le dijo a Breaker que estaría esperando junto al teléfono "en ascuas". Breaker, probablemente bajo amenaza de muerte de sus superiores tras el interrogatorio de Madden, prometió no defraudarle.

La investigación avanzaba rápidamente bajo la dirección de Breaker, y Yorke no quería aplastarla bajo el peso del ejército de Rosset a menos que llegara a un callejón sin salida.

Llamó a Patricia. Fue estupendo escuchar su voz. Todavía se sentía dolorosamente culpable, y cuando ella le preguntó cómo se sentía después de su largo viaje, agradeció su consideración como un bálsamo reconfortante.

—No te preocupes por mí —dijo Yorke—. ¿Ha sobrevivido el sofá a las primeras veinticuatro horas con Rosie, la perra?

—Lo trata mejor que tú, Mike. Aún no ha derramado té encima.

Yorke se rio.

—¿Cómo están los prometidos?

—Practicando y comportándose como un matrimonio ya. Discutiendo un minuto, acurrucándose en el sofá al siguiente.

—Bueno, diles que sigan nuestro ejemplo y se inclinen más hacia lo de acurrucarse.

—Así que, ¿te has hecho a la idea?

—¡Difícilmente fue una idea! ¡Simplemente nos dijeron que iba a suceder!

—Cierto. Pero necesitan nuestro apoyo y, con nuestro apoyo, podemos asegurarnos de que todo vaya bien. Bueno, ¡tan bien como puede ir cuando aún eres adolescente!

—¿Por *bien* te refieres a un compromiso *extremadamente* largo, con clases en la iglesia y un voto de castidad antes de la noche de bodas?

Patricia se rio.

—Beatrice sería una buena dama de honor, sin embargo...

Hablaron durante un rato. Solo cerca del final de la conversación Patricia le pidió una actualización sobre la búsqueda de Topham. No dijo mucho, simplemente porque no había mucho que decir en este momento.

Después de la conversación, Yorke cerró los ojos por un momento. Se dio cuenta de lo exhausto que estaba por el viaje hasta aquí, así que se incorporó antes de quedarse dormido.

Le envió un mensaje a Gardner: "¿Hamburguesa y una pinta?"

Ella le respondió: "Ya estoy comiendo una hamburguesa procesada y bebiendo un brebaje pantanoso del Norte".

Yorke le contestó: "Me has convencido. Te veo abajo en cinco minutos".

Eddie McLarney era un impostor.

Había pasado la mayor parte de su vida fingiendo, pero ahora mismo en la Universidad, tenía que esforzarse más que nunca. Mantener las apariencias con los chicos de rugby requería un nivel de concentración completamente nuevo.

Al principio, no le importaba el teatro. La bebida, la misoginia, las peleas. Podía manejar esta parte de la actuación, y de hecho sentía cierto placer por ser tan hábil interpretándola.

Pero los últimos meses habían pasado factura. Este no era quien realmente era. Comportarse de manera tan agresiva y desagradable durante tanto tiempo había convertido esta personalidad en su estado predeterminado. Le costaba comportarse de cualquier otra manera.

Temía su vida después de la Universidad. ¿Existía el papel que actualmente ocupaba fuera de esta burbuja universitaria? Y si no existía, ¿podría liberarse de ese comportamiento predeterminado?

Lo dudaba. Simplemente porque había fracasado en ser él mismo con Alan, y *realmente* había empezado a apreciar al extraño chico.

El problema era que cuando has fingido durante tanto tiempo como Eddie, apagar ese grifo de vileza era casi imposible; se había

oxidado abierto, y la agresión y el odio brotaban a raudales.

Indicó para desviarse hacia la fila de garajes adyacente a su casa compartida. Solo cuando estaba paralelo al suyo, y se había bajado para abrirlo, vio que la puerta del garaje estaba entreabierta.

No había posibilidad de que la hubiera dejado abierta cuando sacó el coche anoche. Simplemente no hacía eso. Comprobaba y volvía a comprobar cada puerta que cerraba y bloqueaba. Era el único que poseía un vehículo, así que no creía que nadie más de la casa hubiera estado allí; a menos que estuvieran buscando alguna de las latas de pintura seca. Alguien debía haber entrado por la fuerza.

Bueno, si se trataba de alguien buscando una emoción al volante se habría quedado con las ganas, porque Eddie tenía el coche. Sin embargo, podría ser un ocupa...

Eddie volvió al maletero de su coche y rebuscó entre sus trastos hasta encontrar una palanca para neumáticos.

Luego, regresó al garaje, se arrodilló, agarró el borde de la puerta abierta, respiró hondo y tiró hacia arriba.

Sentía miedo pero no estaba dispuesto a mostrarlo.

Era el gran fingidor, después de todo.

Alan asintió mirando el regalo en manos de Harris. —Lo conseguí anoche.

—¿De dónde?

Alan sonrió. —Más temprano en la noche, vi a Eddie introducir su número de seguridad en su teléfono. Puse una de mis pastillas para dormir en su cerveza, así que después de que se quedara dormido, sabía que no despertaría. Luego, le envié un mensaje a su mejor amigo, Mickey.

Harris sonrió. —¿No te dije que el fuego estaba contigo? Siempre contigo, nunca con ellos... ¿y ahora qué? Vamos, date prisa, Mark ha notado su regalo y parece ansioso. ¿Qué pasó con ese matón, Mickey?

Alan respiró profundamente por la nariz y se arrodilló junto a Mark. Acarició su cabeza marcada por cicatrices y dejó que el perro le lamiera la mano. Meses atrás, le habría repugnado; ahora, lo recibía con agrado. —Fingí ser Eddie y le dije que me encontrara en su garaje en veinte minutos. Le dije que había conseguido algo de hierba. Que deberíamos fumarla en el garaje, antes de que los demás la encontraran.

—Así de fácil, ¿eh? —Harris había colocado el regalo para Mark sobre la mesa y se frotaba el labio superior. Alan le había visto hacer esto antes; solía ocurrir cuando la adrenalina del doctor aumentaba. Era como si estuviera jugando con un bigote.

—Sí. Incluso abrió el garaje para mí cuando llegué. —Alan frotó la nuca de Mark. El perro cerró los ojos.

—¿Te reconoció?

—Puse las luces delanteras a toda potencia. No podía ver nada.

Harris aplaudió. —¡Bravo! ¿Y después?

Eddie se llevó la mano a la nariz. No sirvió de nada. Había mierda y sangre, y la rica combinación se filtraba en sus poros. Alguien estaba muerto. No hacía falta ser un jodido investigador de escenas del crimen para darse cuenta.

Ni se molestó en buscar un interruptor. No había bombilla. Había dejado su coche en marcha fuera. Aunque los faros no apuntaban directamente al interior del garaje, ofrecían algo de luz.

Su mirada cayó sobre el montón de cajas de cartón aplastadas al fondo del garaje, debajo de las estanterías vacías que antes contenían botes de pintura. Estos botes habían sido bajados y utilizados para sujetar las esquinas de las cajas.

Preparando la palanca, se acercó a las cajas. El olor a mierda se intensificaba, pero no volvió a cubrirse la boca. Quería tener ambas manos en la palanca.

A pesar de toda su fanfarronería, Eddie sentía ganas de llorar. Quería salir corriendo del garaje y llamar a la policía. Pero este

momento, este momento *horroroso*, era una especie de prueba. ¿Podría mantener la fachada que había pasado tantos años construyendo?

Huir ahora lo haría derrumbarse todo. Expondría al marica que llevaba dentro.

Estaba mucho más oscuro en la parte trasera del garaje, pero podía ver lo suficiente como para saber que había un cuerpo debajo de las cajas de cartón. Estaban empapadas de sangre.

¿Una discusión entre dos ocupas que salió mal?

Le habría gustado creer eso, pero cuando movió los ojos hacia el final de las cajas, reconoció las zapatillas deportivas que sobresalían por debajo.

Las de Mickey.

HARRIS ALCANZÓ el cuenco de ensalada vacío en la mesa del comedor. —¿Así que Mickey nunca te vio?

—Oh, sí me vio, pero no hasta el final.

Harris utilizó un cuchillo de queso para cortar a través de las capas de film transparente con las que Alan había envuelto el regalo de Mark. El olor era penetrante. Hizo que Mark se levantara sobre sus cuatro patas, tirando de su cadena.

—Cuéntame sobre ello.

—Me saludó con la mano y me gritó que apagara las luces largas, pero aun así retrocedió hacia el garaje para dejarme entrar. Miré a ambos lados para asegurarme de que no viniera nadie. No había nadie, así que avancé lentamente con el coche. Solo cuando tuve la entrada completamente bloqueada, cambié a las luces normales. Al principio, seguía entrecerrando los ojos, pero cuando su vista se recuperó lo suficiente como para ver quién le había hecho una visita, se le cayó la cara.

—Me lo imagino. —Harris sostuvo el regalo sobre el cuenco de ensalada y presionó la parte posterior del plástico. La materia viscosa y gelatinosa comenzó a desprenderse.

—Una vez que le di tiempo suficiente para darse cuenta de que yo era el fuego y él el humo, avancé. No conduje rápido, porque quería devolvérselo a Eddie sin demasiados daños, así que lo presioné contra la pared del fondo y mantuve el pie en el pedal hasta aplastar la vida de su cuerpo.

—¿Estás seguro de que nadie pasó por allí? —Harris troceaba el contenido del cuenco de ensalada con el cuchillo de queso. Mark comenzó a gimotear.

—¡No se mendiga, perro!

Mark se detuvo.

—¿Estás seguro de que no te vieron? —dijo Harris.

—Sí. Retrocedí ligeramente y lo dejé deslizarse hasta el suelo. Dejé los faros encendidos, pero apagué el motor. Hice mi investigación y fui tan cuidadoso como pude. Me puse un traje protector, cubrezapatos, un gorro de ducha, una mascarilla, de todo. Me sentía como si estuviera en un contenedor sellado. Solo entonces, salí del coche y cerré la puerta del garaje.

—¿Qué te hizo decidir hacer lo que hiciste después?

—Durante tantos años, Dr. Harris, he visto a estas personas pavonearse con un sentido de grandeza, intentando desesperadamente reducir a la nada a cualquiera que sea diferente, que no juegue su juego. Como usted siempre dice, ellos son los cobardes. Ellos son las personas huecas. Nosotros, los bichos raros, aunque sé que usted odia esa palabra, estamos llenos de tanta sustancia. Nos temen por nuestra variedad, nuestra capacidad de ofrecer algo diferente a sus existencias mundanas.

—¿Y entonces? —dijo Harris, preparando el terreno para Mark.

—Y entonces, Dr. Harris, lo vacié por dentro.

El gran impostor, Eddie McLarney, sintió cómo su fachada se resquebrajaba.

Retrocedió con una mano en la boca, y con la otra, arrojó el cartón hacia el cuerpo, esperando volver a cubrirlo.

Desafortunadamente, falló, y Eddie se vio obligado a contemplar el abdomen mutilado de Mickey un momento más.

Le habían abierto el vientre. Un lado de sus tripas había sido tirado y desgarrado lo suficiente como para que colgara por su costado. El otro colgajo quedaba suelto, pero irregular.

Eddie no podía distinguir qué había hecho el asesino de Mickey con sus entrañas. No era nada bueno, eso estaba claro. Las entrañas parecían desordenadas en el mejor de los casos, pero las de Mickey parecían demasiado aguadas.

Tropezó contra la pared, desesperado por mantenerse en pie. Cerró los ojos, pero fue inútil, porque las destrozadas entrañas de Mickey estaban congeladas en su mente.

Solo cuando intentó tomar una respiración profunda y desesperada y tuvo arcadas, se dio cuenta de que estaba vomitando sobre su ropa.

Después de terminar de vomitar, metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono móvil. Necesitaba llamar a la policía.

—Buen chico —dijo Harris, acariciando la nuca de Mark mientras se festejaba con las vísceras.

—Me preocupaba que Mark tuviera dificultades —dijo Alan—. Algunas de sus tripas parecían fibrosas y correosas. Intenté raspar lo mejor que pude cualquier parte demasiado incomestible.

—Puede que le quitara los testículos, pero no le quité los colmillos, estará bien. Has hecho un buen trabajo, Alan. Quizás guarde el estómago para más tarde. Parece contento con los intestinos por el momento. Aunque ahora me preocupan las repercusiones. Debe de haber habido mucha sangre...

—Fui cuidadoso, doctor. Cubrí los asientos del coche de Eddie con plástico y, cuando terminé, me desvestí con cuidado dentro del coche y envolví todo en el mismo plástico. Llevé todo a un bosque tranquilo, quemé lo que pude y enterré el cuchillo de destripar.

—Impresionante, Alan —dijo Harris—. Pero el coche fue el arma homicida, y aunque el daño fuera menor, habrá rastros. ¿Qué pasará cuando Eddie llame a la policía?

Mark gruñó mientras luchaba por masticar su último bocado.

Alan sonrió. —Eddie no llamará a la policía.

MIENTRAS MIRABA su teléfono y marcaba el primer nueve, Eddie notó un sobre en el suelo junto al cuerpo de Mickey. Se agachó y lo recogió. Sintió que se le helaba la columna. No porque el sobre estuviera manchado de sangre, sino por el nombre escrito en el frente.

Eddie.

Con manos temblorosas, sacó una pequeña tarjeta. El mensaje estaba escrito a máquina.

Tengo un vídeo de ti y el Sr. Pajarita follando. Llama a la policía y se hace viral.

Se le cortó la respiración.

Sin pensarlo realmente, arrugó la pequeña tarjeta y el sobre y los metió en su bolsillo trasero.

Luego se quedó mirando el solitario nueve en la pantalla del teléfono. Ahora mismo quería gritar «*Que os jodan*» al mundo... ¿qué más daba si sabían *quién* era realmente?

Pulsó el segundo nueve.

Hoy era el primer día del resto de su vida. Pulsó el tercer nueve.

Notó las lágrimas corriendo por su cara. Nada se había sentido tan surrealista como su mejor amigo, mutilado en el suelo junto a él, mientras consideraba liberarse de la presión del teatro interminable. Su dedo se cernió sobre el botón de llamada.

Púlsalo... púlsalo... es hora de liberarte...

Metió el teléfono en el bolsillo.

Sí, la fachada del gran impostor se había resquebrajado hoy, pero no estaba lista para romperse.

El teléfono de Alan empezó a sonar y Harris le miró con una ceja levantada.

Alan miró la identificación de llamada. —Sé que no quería un regalo de Navidad, Dr. Harris, así que fui y me compré uno para mí en su lugar.

Harris asintió. Se sentía abrumado en este momento. La evolución del chico en los últimos meses era realmente algo digno de contemplar.

Alan contestó al teléfono. —Hola —miró hacia Harris—. Eddie... ¿qué ocurre? Tranquilízate... —sonrió—. ¿En serio? Dios mío... llama a la policía...

Harris miró a Mark quien, tras haber devorado la mitad de las vísceras del cuenco de ensalada, había decidido echarse una siesta. Luego volvió a mirar a Alan. Se quedó sin palabras. A pesar de lo que había sucedido todos esos años atrás con Christian Severance, le habían dado otra oportunidad.

Primero, Mark Topham. Luego, Bernard Driggs. Y ahora, Alan Sants.

Aunque no creía en un poder superior, era como si alguien en alguna parte quisiera que tuviera éxito.

—No me importa, Eddie, aun así tienes que llamar a la policía... ¿que acaba en internet? ¿y qué? *Alguien ha muerto...*

Harris envolvió cuidadosamente el estómago de nuevo en el plástico. Quería que fuera el premio de Mark para más tarde.

—Vale... podemos discutirlo primero... estoy en casa de mi médico. Te enviaré la dirección por mensaje. Asegúrate de cerrar la puerta del garaje. No querrás que ningún niño se encuentre con eso...

Después de colgar, Alan comenzó a escribir la dirección.

—¿Qué estás haciendo, Alan? —dijo Harris—. ¿Es seguro?

—No hay nada de qué preocuparse, doctor. Este es un conejito roto —pulsó enviar y volvió a mirar a Harris, sonriendo—. Y quiero que usted me enseñe a arreglarlo.

—Me gustó bastante ese brebaje pantanoso del Norte —dijo Yorke, dejando la jarra vacía. Asintió hacia la jarra de cerveza amarga de Gardner, medio llena—. Y claramente a ti también te ha conquistado. ¿Cuántas llevas? ¿La tercera?

—La cuarta.

—¡No estás de vacaciones, ¿sabes?!

—Pues lo parece, por lo poco que participo en esta investigación.

Yorke puso los ojos en blanco. —Número uno: lo dejaste. Número dos: ¿qué parte de la investigación te estás perdiendo realmente? Estoy sentado aquí contigo, y te he contado todo lo que sé.

—Me refiero a mañana por la mañana cuando te pires de vuelta al campamento militar de Rosset.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? ¿Irme a casa? Tú eres quien quería que viniera.

Gardner suspiró. —Lo siento, solo estoy frustrada. Demasiados años trabajando junto a ti. Supongo que lo echo de menos. Me siento como una mera observadora. No hay nada mejor que mancharse las manos.

—Suena como si quisieras volver.

Gardner apartó la mirada, delatando la verdad oculta de que lo había estado pensando. —No, Mike. Casi morir pasó factura.

Nos pasó factura a los dos, pensó Yorke, *porque fue culpa mía.*

—Todavía hay momentos, Mike, en que bajo la guardia y... —hizo una pausa y bebió un sorbo de cerveza—. Veo a Chloe Ward viniendo hacia mí. Sus ojos abiertos, con aspecto de poseída. Supongo que lo estaba, de alguna manera, por ese médico retorcido. Y cuando llega la visión, no es el dolor de la puñalada porque todo está frío y adormecido en un flashback, es más la absoluta impotencia de saber que no puedes detener lo que va a suceder. Esa pérdida de control. No quiero volver a sentir esa pérdida de control. *Jamás.*

Yorke estuvo a punto de decirle que esos mismos sentimientos de impotencia provenían de otras áreas de la vida, no solo del trabajo policial. Su hijo adoptivo contándole sobre su compromiso, por ejemplo. Pero, hasta cierto punto, ella tenía razón, este trabajo *sí* servía las situaciones más extremas. Sintió que la cicatriz de su cara le picaba. Solo tenía que pensar en Borya Turgenev para confirmarlo.

—En fin —dijo Gardner—, cambiemos de tema, o habrá mucho dar vueltas en la cama esta noche. Así que, Leeds, ¿eh? Estudiaste en la universidad aquí, ¿no? ¿Cuándo fue la última vez que volviste?

Seré yo quien dé vueltas toda la noche si llevamos la conversación por ese camino, pensó Yorke.

—Hace mucho tiempo. El día de mi graduación.

—Te gustó tanto, ¿eh? A decir verdad, mis días universitarios también se esfumaron en una niebla de alcohol y marihuana... —se llevó la mano a la boca.

—¡No te preocupes! ¡No voy a detenerte. ¡No soy tan hipócrita! —Yorke sonrió.

—No me digas que el gran y puro Michael Yorke no fue ningún ángel en la universidad.

—¿Acaso alguien lo es? Tenía un amigo que fumaba constantemente. Solía fumar a través de un gnomo de porcelana.

—¿Qué?

—Era una pipa de agua, con forma de gnomo. Quemabas la marihuana en un pequeño embudo en su bolsillo, y luego fumabas a través del periódico enrollado que llevaba. Solía llamarlo su Hermano Risitas.

Gardner levantó una ceja. —Vale...

Yorke sonrió. —Era muy divertido. *Él* era muy divertido. Se llamaba Brandon.

—¿Y sigues en contacto con Brandon?

La sonrisa de Yorke se desvaneció. —Falleció, me temo.

—Oh, lo siento.

Yorke bajó la mirada. —Está bien... fue hace mucho tiempo.

—¿Así que no has vuelto por eso?

—Por eso y por otras cosas...

—Continúa.

Yorke abrió la boca para responder, pero luego volvió a cerrarla.

—Mira, lo siento, no debería entrometerme.

Yorke sonrió. —Como he dicho, fue hace mucho tiempo. Quizás, en otro momento, ¿vale? Me siento agotado después de ese viaje. Voy a por otra cerveza, ¿y te traigo una limonada?

—*¿Perdona?*

—Cuatro es tu límite, Emma. Mañana podría ser un día ajetreado.

—Dios, eso espero, Mike. Si acabo pasando todo el día en la habitación del hotel, me volveré loca.

12

27 DE DICIEMBRE

CUANDO YORKE RECIBIÓ la llamada telefónica de Breaker aquella mañana, reconoció que Gardner estaría muy contenta. Iba a ser un día ajetreado.

A diferencia de la investigación original, chapucera e inepta, sobre la desaparición de Robert Brislane, esta avanzaba a toda velocidad y estaba dando resultados.

El equipo de Breaker había recuperado imágenes de las cámaras de seguridad donde se veía a Helen Brislane comprando un billete de tren en Coventry y dirigiéndose a la estación de Weeton el día que su marido desapareció. Weeton estaba a diez kilómetros de Harewood House, la zona donde el ANPR había captado el coche de Robert por última vez.

—¿Adónde fue cuando salió al aparcamiento de la estación? —dijo Yorke.

Oyó suspirar a Breaker. Ya sabía la respuesta. Yorke se había encontrado en esta situación en más de una ocasión. —Déjame adivinar, ni puñeteras imágenes de las cámaras de seguridad.

—Vandalizadas y no reemplazadas. Recortes de presupuesto. Les eché la bronca, les dije que no era excusa.

Seguro que te hicieron caso...

—También tenemos imágenes de ella regresando a Coventry al anochecer —dijo Breaker.

—¿Sola?

—Sí. Las hemos visto varias veces, no hay rastro del marido. Siento decepcionarte.

—No estoy decepcionado. *La tenemos*. Helen *claramente* se reunió con Robert el día que desapareció en lugar de con Eli Moss como ella afirmó. También tenemos a ese cretino mentiroso por obstrucción. Asegúrate de que eres tú quien la interrogue, Paul.

Desesperadamente quería ir él mismo. Fuera o no capaz, a Yorke no le gustaba dejar a un sospechoso de alto interés a un oficial al

que conocía desde hacía menos de veinticuatro horas. Pero Rosset pensaría que era extraño si no aparecía esta mañana en relación con la investigación de la masacre.

Mientras se vestía, Yorke le hizo algunas sugerencias a Breaker sobre cómo enfocaría el interrogatorio. En realidad, sus sugerencias eran instrucciones y serían seguidas. La sombra de Madden y los altos mandos aún planearía sobre ellos. Mientras se anudaba la corbata con el teléfono pegado entre la oreja y el hombro, Yorke hizo una última petición. —Helen llegó en tren. Eso significa que o bien cogió un taxi para encontrarse con Robert en algún lugar, o él fue a buscarla. No recuerdo hasta dónde se extendió la búsqueda en la zona durante la última investigación, pero no llegó hasta Weeton. Haz que algunos agentes comiencen a identificar a los taxistas que operan en esa zona y sus alrededores. Uno de ellos podría haberla recogido y llevado hasta Robert. Además, busca cualquier denuncia policial en esa zona en la historia reciente. Donde hay humo, hay fuego. Alguien puede haber visto o escuchado algo y haberlo denunciado. Nunca se sabe.

Después de desearle suerte a Breaker con la entrevista, terminó la llamada, se cepilló los dientes, le envió a Patricia una fotografía suya sonriendo, y se dispuso a despertar a Gardner.

Cuando Eddie McLarney abrió los ojos, pensó que el mundo estaba en llamas. Así que los cerró, respiró hondo y trató de abrirlos de nuevo.

No, no en llamas, *pero diferente. Más brillante, más nítido, más intenso de alguna manera...*

Estaba tumbado en un sofá en una oficina. Había fotografías enmarcadas por la habitación, pero no podía identificar quién aparecía en ellas. Parecían desdibujarse cuando intentaba enfocarlas.

Alguien familiar caminaba hacia él, alguien pálido y con pajarita...

El recuerdo le golpeó como una bala de cañón. *¡Mickey! Muerto. Destripado en el garaje...* Se incorporó de golpe, jadeando en busca de aire. Alan se erguía sobre él. —Eddie. Soy yo.

Alan... gracias a Dios... pero ¿Mickey? —¡ESTÁ MUERTO!

Alan se arrodilló junto a él. —Intenta relajarte, Eddie. Te dimos algo para ayudarte a dormir cuando llegaste aquí anoche. Te ha dejado aturdido.

Eddie comenzó a llorar. —Apenas recuerdo cómo llegué aquí después de... después de... Mickey... me diste una bebida... Joder, Alan, ¿qué me has hecho?

—Nada peligroso, Eddie, estás perfectamente a salvo.

—¡Nada de esto tiene sentido! ¡Me siento completamente fuera de mí!

—¿Ves al hombre detrás de mí? —dijo Alan.

En una silla detrás de Eddie había un hombre mayor, más corpulento. Su cabeza era ancha, y su pelo blanco estaba enmarañado y descuidado como un montón de heno. Se acariciaba el labio superior mientras observaba.

—Lo veo —dijo Eddie.

—Él es el Conducto y, hoy, va a ayudarme a ayudarte.

—¿Qué clase de jodido nombre es ese? ¡No necesito la ayuda de nadie! ¡Tenemos que ir a la policía!

Alan negó con la cabeza. —Esa no es una opción.

—Joder... ¡Debería haber ido directamente a los putos polis! ¡Soy un imbécil!

Alan arqueó una ceja. —¿Has terminado?

—¡Debería haberlos llamado, joder!

—¿HAS TERMINADO?

La voz de Alan sonó como un tambor en la cabeza de Eddie. Se llevó las manos a los oídos y se desplomó en el sofá, llorando. Cerró los ojos, deseando que el mundo ardiente al que acababa de despertar simplemente desapareciera.

—No está funcionando, Conducto —dijo Alan.

—Paciencia —dijo el Conducto—. Solo ofrece un poco más de persuasión. Exactamente como lo planeamos.

—Abre los ojos y mira lo que estoy sosteniendo, Eddie —dijo Alan.

Eddie los abrió y vio que Alan sostenía una jeringuilla.

—Esperaba que no fuera necesario. No quiero arriesgarme a hacerte daño para curarte, pero si es necesario, eso es lo que haré.

—No entiendo...

Alan se adelantó y agarró el brazo de Eddie. Sintió la presión del agarre, pero le faltaba control motor para apartarlo.

—Basta de hablar, Eddie, por ahora. Asiente si has tenido suficiente medicina y estás listo para recibir ayuda. Niega con la cabeza si necesitas una dosis extra.

Eddie asintió.

—Bien, ahora recuéstate y escucha —Alan soltó a Eddie y este se desplomó en el sofá.

Alan se inclinó para recoger un cuaderno del suelo y leyó de él—. Hay oscuridad en todas nuestras vidas, Eddie. Nadie está exento. Eso es lo que he aprendido a lo largo de los años, a través de mis propias experiencias y de todo lo que el Conducto ha compartido conmigo. En lugar de intentar siempre sofocar la oscuridad, alejarla, contenerla... a veces necesitamos abrazarla. La sensación de libertad que viene de eso es indescriptible. Soy la prueba viviente de ello, Eddie. Maté a Mickey, y nunca me he sentido mejor.

—No... no quiero oír esto...

—¡Te dije que *no hables más*! Esto es más fácil si lo haces voluntariamente, Eddie. No quiero hacerte daño. Solo curarte. Por favor, asiente si quieres ser curado.

El pánico dentro de él era indescriptible. Podía sentirlo subiendo, desgarrando su cuerpo, desesperado por escapar, pero cuando llegó a su boca, emergió como poco más que un gemido.

—¡ASIENTE, EDDIE!

Eddie asintió.

—Bien —dijo Alan, inclinándose y recogiendo algo del suelo—. Voy a hipnotizarte, Eddie. La medicina hará esto más fácil, pero tu consentimiento lo hará aún más sencillo. Déjame encontrar la oscuridad dentro de ti, Eddie, y déjame ayudarte a abrazarla. ¿Das tu consentimiento?

Eddie volvió a gemir.

—¿DAS TU CONSENTIMIENTO?

Eddie asintió.

Alan, el chico por quien Eddie había desarrollado fuertes sentimientos, sostuvo una luz roja parpadeante frente a sus ojos, y él cayó más profundamente bajo su hechizo.

YORKE NUNCA HABÍA ESTADO en una reunión informativa con tantos agentes. Era impersonal y, mientras observaba a Rosset presentar la agenda del día, se dio cuenta de que era más fácil. Con un público tan numeroso, era mucho menos probable que los agentes discutieran o expresaran opiniones controvertidas. Algo contra lo que Yorke había luchado en el pasado.

Yorke había tomado asiento con los operadores de HOLMES 2. Estos introducían datos en el vasto cerebro informático criminal a una velocidad asombrosa. Yorke siempre había asumido que tenía al operador más rápido conocido en la lucha contra el crimen en Jeremy Dawson. Miró alrededor de la mesa. Parece que estaba equivocado. Jeremy ni siquiera entraría en el top tres.

En este momento, Rosset había proyectado un mapa en una pizarra interactiva del área alrededor de la residencia *Rose Hill*. Usando un bolígrafo electrónico, dibujó una línea roja para mostrar la ruta que Bernard Driggs recorría cada día. Utilizó flechas para indicar la dirección y números para señalar dónde Bernard solía detenerse para sentarse en un banco del parque. La recreación de esta ruta había sido elaborada mediante extensas entrevistas con los cuidadores supervivientes de Bernard. Bernard pasaba exactamente noventa minutos fuera de la residencia cada día. En términos de encontrar testigos, era difícil. El problema era que se trataba de una zona muy rural. No había tiendas en la ruta y, por lo tanto, ni cámaras de seguridad ni testigos que se encontraran con Bernard de forma habitual. La mayor parte del paseo tenía lugar a través de un gran parque que había sido donado al ayuntamiento por su

propietario tras su muerte. Siendo un ávido amante de los perros, el benefactor del parque había querido que los residentes locales tuvieran un lugar fantástico para pasear a sus propias mascotas tras su fallecimiento.

Rosset apuntó con su puntero láser hacia la parte superior del mapa, en la zona más septentrional del parque.

—Número 6. El banco con vistas al valle —dijo Rosset—. Como sabéis, ayer tuvimos suerte con Malcolm Sinclair, un paseador profesional de perros, que se presentó tras nuestra petición pública. Vio a Bernard hablando con un hombre corpulento en más de tres ocasiones. Le hemos mostrado *esta* imagen del Dr. Louis Mayers.

Rosset movió su puntero por la pizarra hasta una fotografía A3 de Mayers. La mayoría de las personas en esta sala, incluido Yorke, no la verían claramente desde esta distancia. No le importaba a Yorke. Conocía bien la fotografía. Se había grabado en su memoria hace mucho tiempo.

—Dijo que tenía la misma complexión robusta y facciones grandes, y que *podría* ser el hombre, pero se negó a comprometerse. Dijo que si era él, ahora tenía el pelo mucho más largo, y que ese largo bigote blanco había desaparecido. Hoy, tenemos un artista forense con Sinclair. También estamos modificando la fotografía que tenemos de Mayers. Vamos a quitar el bigote, alargar su pelo y añadirle unos años. Luego difundiremos esa imagen con fuerza. No tengo casi ninguna duda de que la persona en el banco con Bernard era el Dr. Louis Mayers. Le dijo a Audrey Houghton que había sido manipulado por el Conducto antes de suicidarse. Todos vosotros deberíais estar completamente al día con la operación relacionada con Christian Severance y el Conducto, gracias a HOLMES 2 y, hoy, tenemos la suerte de contar con el oficial de mayor rango involucrado en esa investigación, el DCI Michael Yorke, aquí con nosotros. Conocéis los detalles, pero los hechos y las cifras carecen de emoción. Lo que el DCI Yorke me contó ayer hizo que mi comprensión de Mayers, sus motivaciones y comportamientos, fuera más orgánica. Y me dejó helado. Es importante que tengáis la misma comprensión que yo. Estamos tratando con algo fuera de lo ordinario aquí. ¿DCI Yorke?

Yorke se levantó y se giró para enfrentar a su audiencia. —No es necesario que presente a Mayers, simplemente porque él ya se ha presentado, y la manera en que lo ha hecho es atroz y angustiosa. También está claro que no necesitáis una advertencia para estar en guardia. Las lesiones sufridas por uno de mis agentes en la última investigación, y la tragedia personal sufrida por otro, estarán en los documentos que habéis leído en HOLMES 2. Tampoco voy a quedarme aquí y daros un perfil psicológico de Mayers porque eso se ha hecho en más de una ocasión, y también está disponible para que lo leáis. Todo lo que puedo daros es mi perspectiva sobre el hombre que se cree ser una especie de conducto, y espero que esto sea suficiente como toque personal para dirigiros hacia el resultado correcto.

Yorke repasó todo lo que había discutido con Rosset el día anterior: que Mayers elige individuos increíblemente dañados y que Bernard encajaba en este perfil debido a sus experiencias en las Malvinas; el tiroteo en la antigua consulta médica de Mayers; la forma en que el doctor adaptó la pionera terapia HASD del Dr. Martin Adams en una bestia más nueva y despiadada; que Mayers estaba programando a sus víctimas "curadas" para el suicidio para cubrir sus huellas; y, lo más importante, los delirios de grandeza del doctor.

Yorke no recibió preguntas. En su lugar, un silencio atónito se instaló en la sala. Como el monólogo lo había dejado completamente agotado, se alegró de volver a sentarse junto a la operadora de HOLMES 2, que escribía tan rápido que Yorke se preguntaba si el ordenador era realmente capaz de seguirle el ritmo.

—Resumiendo entonces —dijo Rosset—. Detenemos a este monstruo antes de que cause más daño. Las asignaciones están en el tablón, pero quiero repasar algunas prioridades. El Dr. Martin Adams, pionero del TEPA, estará con nosotros a media tarde. Kim, extiéndele la alfombra roja. Hazlo sentir bienvenido, su ayuda podría ser invaluable. Brian, quiero que hoy te encargues del "servicio en el parque", interroga a *tantos* paseadores de perros como puedas, lleva la nueva imagen de Mayers... *necesitamos* más testigos. Solo hace falta que una persona haya visto a nuestro doctor tomar un autobús en particular y la mecha se encenderá. Ronnie y Silvia,

continuad con vuestra lista de terapeutas que Bernard ha visitado a lo largo de los años. El Dr. Louis Mayers es un terapeuta, o al menos, se cree uno. ¿Dónde es más probable que esté encontrando a estos pacientes con experiencias traumáticas? Si no sigue ejerciendo bajo una nueva identidad, sin duda está consiguiendo información privilegiada para identificar objetivos. Hay, por supuesto, innumerables otras prioridades; de ahí que haya declarado la palabra *presupuesto* obsoleta esta semana.

Después de responder a varias preguntas, Rosset agradeció a su audiencia cautiva y llevó a Yorke de vuelta a su despacho. Por el camino, Yorke decidió que era momento de compartir la desaparición de Robert Brislane. Comenzó con una excusa, que era parcialmente cierta. —Por completo transparencia, quiero compartir algo más en lo que he estado investigando durante los últimos días. Quería asegurarme de que fuera relevante antes de complicar aún más su ya complicada investigación. Alguien desapareció, alguien que estaba buscando al DI Mark Topham.

Rosset se detuvo y se volvió para mirar a Yorke. —¿Mark Topham? ¿El sospechoso de asesinato?

—Sí —dijo Yorke, suspirando—. Complicado, ¿ve?

Rosset arqueó una ceja. —¿Complicado porque Mayers mató a su amante?

—Sí —dijo Yorke, sintiendo que se sonrojaba.

—Entonces, ¿sabe dónde está?

—Por supuesto que no, señor. No le serviría de nada a nadie en la cárcel.

—¿Me culpa por preguntar? ¿Después de esa revelación?

—No estoy aquí buscando a Mark Topham, señor, estoy aquí para ayudarle. Obviamente, si lo encuentro, cumpliré con mi deber. Por lo que vale, creo que está muerto. Pero me he interesado por el investigador privado que buscaba a Topham. Desapareció, y la investigación ha sido un desastre. Creo que podría estar muerto, pero no creo que fuera obra de Mayers. Quiero ser transparente con usted, señor, pero creo que está haciendo un buen uso de sus recursos en este momento.

El teléfono de Yorke comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era Breaker.

—Disculpe, señor —dijo Yorke a Rosset, y respondió al teléfono.

Rosset, claramente irritado, se encogió de hombros.

—Jefe... increíble. ¡Tienes el toque de Midas! —dijo Breaker.

No lo dirías viendo el lenguaje corporal de Rosset. —Continúa.

—¡Pedirme que buscara informes policiales en Weeton ha dado en el clavo! Un granjero anciano, Andrew Campey, presentó una denuncia por intrusos en su terreno. En una zona boscosa al sur de su granja.

—¿Quiénes eran los intrusos?

—No lo sé, jefe, *porque* ¡nunca se investigó! Campey se quejaba regularmente a la policía sobre niños que invadían su propiedad. Nunca se le hizo seguimiento.

—Vale... pero supongo que Campey fue a mirar por sí mismo, ¿no? Si algo serio hubiera ocurrido en ese trozo de bosque, seguramente lo sabríamos a estas alturas.

—No necesariamente, jefe. Campey murió de un ataque al corazón *esa misma noche*. No es de extrañar que nunca se investigara. ¿Para qué molestarse?

Yorke sintió que se le aceleraba el pulso. —¿Quién vive allí ahora?

—Nadie. La propiedad ha quedado para su hijo, Dom Campey, pero está vacía.

—Vale, Paul, no quiero que abandones el plan. Quiero que sigas hacia Coventry. Esa entrevista con Helen Brislane debe realizarse. Pídele a un agente que contacte con el hijo de Campey y que quede conmigo, y con tu oficial, en la granja de su padre. ¿Sabes a qué distancia está su hijo?

—A menos de una hora.

—Fantástico. Dile que es importante y que queremos echar un vistazo en su terreno respecto a una antigua denuncia. No le des más información que esa.

—No lo haré.

—Por favor, envíame la dirección por mensaje. Iré directamente allí.

Tras la llamada telefónica, Rosset volvió a levantar una ceja. —¿Sigue sin conexión?

—Eso creo, pero tengo una pista que debo investigar.

—Bien. Te acompañaré para que puedas ponerme al día de absolutamente todo. Confío en ti, Mike. Entiendo por qué no quieres *sobrecargar* mi investigación, pero sabes, tan bien como yo, que no importa cuán válida sea una opinión, *una nunca es suficiente*.

EDDIE PODÍA SENTIR a Alan en su cabeza. No solo la suave música de su voz, que le incitaba a adentrarse más y más en la oscuridad, sino *todo su ser*, tomándole de la mano, animándole a descender hacia el oscuro corazón del recuerdo.

Estaban en el dormitorio de los padres de Eddie. Las cortinas estaban cerradas, y la habitación tenuemente iluminada por las lámparas de las mesillas.

Ausente del colegio por enfermedad, Eddie, con doce años, se encontraba frente a un espejo de cuerpo entero, vestido con la ropa interior de su madre.

Eddie se volvió para mirar a Alan a su lado. —Es una novedad para ti, ¿verdad? Obviamente sabías que mi vida era una mentira, pero no sabías hasta qué punto, ¿no es así?

Volvió a mirar a su yo más joven, modelando la lencería negra de su madre.

—Saskia —dijo el niño, girándose de lado, entrecerrando los ojos, tratando de parecer seductor—. Mi nombre es Saskia.

Eddie se acercó para situarse detrás de su yo más joven. Quería volver a sentir esa felicidad. Esa libertad total. Mucho antes de que hubiera construido un muro sólido a su alrededor capaz de absorber los golpes más feroces. Quería tocarse pero sabía que no era posible.

—Es solo una visualización —le había dicho Alan.

Eddie observó cómo su yo más joven se dirigía al tocador, se rociaba con perfume y luego rebuscaba en el cajón del maquillaje.

Después de encontrar el pintalabios rojo, se inclinó hacia el espejo y comenzó a aplicárselo. —Preciosa —le dijo a su reflejo.

—*¿Qué demonios estás haciendo?*

Ambos Eddies, joven y mayor, se giraron.

Era su padre. Un hombre al que Eddie había temido y amado de niño. Un hombre autoproclamado *tradicional*. Un hombre que trabajaba duro por su familia pero esperaba respeto a cambio. Un hombre con valores tan anticuados que solo se relacionaba con personas con los mismos valores para que nunca se cuestionara su intolerancia.

Los ojos del hombre despiadado se abrieron desmesuradamente mientras entraba a zancadas en la habitación. —¿Qué llevas puesto?

Eddie estaba entre el niño y su padre. Debería haber estado bloqueando la visión de su yo más joven del viejo retorcido, pero como en realidad no estaba allí, eso no sucedió.

—La ropa de mamá —dijo el niño.

—Ya lo veo. ¿Por qué?

—No lo sé.

Su padre se acercó. Eddie intentó detenerlo. Fue inútil. Su padre pasó a través de él como si fuera una aparición y, cuando se giró, el viejo bastardo ya tenía a su yo más joven por el hombro.

—¿Qué es eso que tienes en la cara?

—Pintalabios.

—¿Por qué?

El niño empezaba a llorar ahora. —No lo sé —su voz se quebraba.

Eddie se adelantó. —*¡Quítale tus putas manos de encima!*

Su padre tiró de la cabeza del niño hacia atrás por el pelo y le barrió los pies con el suyo. Mientras estaba de rodillas, su padre mantuvo un agarre firme sobre su pelo, obligándole a seguir mirándole.

Eddie se volvió hacia Alan, que observaba desde el fondo de la habitación. —Vale... ya he tenido suficiente... sácame de aquí... ¡ya he tenido suficiente!

Alan asintió hacia delante, gesticulando para que Eddie se girara y viera el final.

—Saca el pintalabios, hijo. Todo —dijo su padre.

Mientras lloraba y suplicaba que le soltara, el niño sacó el pintalabios rojo. Era claramente una barra nueva y todavía tenía una longitud razonable.

—Ahora póntelo —dijo su padre.

—Ya está...

—¡Póntelo!

El niño se pintó los labios de nuevo.

—¡Continúa! —dijo su padre, todavía tirando de su pelo.

—No entiendo...

—¡Continúa, píntate toda la puta cara!

—Papá...

—Toda... tu... puta... cara.

Eddie observó cómo su yo más joven dibujaba líneas rojas arriba y abajo de sus mejillas.

—Tu cabeza también.

El niño garabateó en su frente.

—¿Es lo mejor que puedes hacer? Un mariconcito como tú puede hacerlo mejor que eso.

El padre arrebató el pintalabios a su hijo. Con el agarre aún firme en el pelo del niño, el bastardo presionó el pintalabios con fuerza contra su cabeza. Continuó donde el niño lo había dejado, y dibujó gruesas líneas rojas a través de su frente, arriba y abajo de sus mejillas, y sobre su barbilla.

Luego lo hizo de nuevo. Más fuerte esta vez. El pintalabios comenzó a doblarse, haciendo que gruesos pegotes de cera roja se desprendieran en su cara.

El yo más joven de Eddie chillaba e intentaba alejarse, pero el agarre de su padre en su pelo era demasiado fuerte.

Una vez que su padre había gastado el pintalabios hasta el soporte, lo tiró a un lado y colocó la palma de su mano en la cara de su hijo. Comenzó a frotar agresivamente. —¿Quieres usar maquillaje, mariquita? Pues lo vas a llevar. Por toda tu puta cara.

Cuando su padre soltó a su hijo, toda su cara resplandecía en rojo. Lloraba incontrolablemente.

—Bien, llora. Lávate esa mierda. Y nunca dejes que vuelva a ver algo así otra vez.

Su padre salió furioso. Eddie miró a su yo más joven por un momento antes de volverse y fulminar con la mirada a Alan.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Este es tu recuerdo, Eddie.

—Así que... significa poco. Después de esto, juré no volver a hablar con el viejo cabrón nunca más. Sí, es difícil cuando vives en la misma casa, pero murió un año después en la calle peleándose con un hincha de fútbol rival. No es sorprendente, realmente. Vivió su vida agresivamente y murió de la misma manera. Hice las paces con él en su lápida hace un año más o menos. Le dije que perdonaba su ignorancia. Le dije que entendía lo que era vivir en un mundo que valora la apariencia por encima de la sustancia. Ahora sé por qué no quería esto para mí. Quería que yo aparentara de la manera correcta, quería evitarme etiquetas y críticas.

—¿Así que ya has *aceptado* esta experiencia?

—Sí. Así que sea lo que sea esto, esta visualización, es una pérdida de tu puto tiempo.

—Al contrario, es todo menos eso. Ahora estamos listos para seguir adelante.

DURANTE MUCHOS AÑOS, el Conducto había creído que el vínculo especial que había experimentado con su antiguo estudiante, Christian Severance, era un enigma que nunca podría encontrarse de nuevo.

Alan Sants acababa de demostrarle que estaba equivocado.

De hecho, esta relación era mucho más fuerte. Al Conducto le había llevado mucho más tiempo con Severance guiarle por el camino correcto y cuando finalmente se produjeron los fuegos artificiales, *y vaya si se produjeron,* todavía tenía algunas dudas sobre él. Severance había sido motivado y tenaz, pero también estaba dividido. Quería vengarse de aquellos que le habían

perjudicado, pero no creía en los daños colaterales. Todavía se aferraba a alguna creencia rota en la inocencia.

Alan era diferente. Era igual de motivado y tenaz, pero no había señal de que estuviera *dividido*. Alan sabía exactamente lo que quería. Por primera vez en su vida tenía un propósito, y nada se interpondría en su camino.

Su ejecución fría y metódica de Mickey no fue menos que genial.

No había pedido la ayuda del Conducto, ni había necesitado ninguna ayuda. Su plan, hasta ahora, se había movido con perfección. Saber que Eddie McLarney correría hasta aquí como una rata de un barco que se hunde... *¡qué confianza! ¡Qué audacia!*

Había llevado tiempo y esfuerzo preparar los fuegos artificiales con Severance. ¡Con Alan, simplemente había encendido la mecha!

Su nuevo estudiante terminó la visualización, y Eddie se desplomó hacia atrás, temblando y babeando.

Alan se volvió para mirarlo. —Dijo que lo había *aceptado*.

—Lo sé. Lo escuché.

—Entonces, ¿ahora qué hago?

—Ahora debes tomar una decisión.

—Continúa.

—Sobre cómo deseas sanarlo.

—Quiero aliviar su sufrimiento, hacerlo saludable de nuevo.

—Demasiado obvio. Estar sano es meramente la ausencia de enfermedad, y sentirse bien. ¿Qué crees que hará que el joven Eddie se sienta bien? ¿Cuál es su enfermedad?

—La máscara que lleva. La cara que muestra al mundo. No es realmente él.

—Así que, ahora sabes lo que tienes que hacer. Su aceptación no sirve de nada si le hace perseverar con su disfraz... su falso barniz. Convierte su *aceptación* en *rechazo*. Haz que la oscuridad en ese recuerdo sea destructiva otra vez. Puedes hacer eso, Alan. *Fácilmente*. Porque este es el punto en que está delicadamente equilibrado entre la claridad y el desorden. *El punto dulce*.

—Sí —dijo Alan, abriendo mucho los ojos—. Y cuando llegue a su punto más bajo, haré que se quite la máscara.

—¡Bravo!

13

A LO LARGO DE LOS AÑOS, las investigaciones de Yorke le habían llevado a su buena parte de granjas, pero nunca había estado en una que se dedicara exclusivamente a las calabazas. Se sentía bastante decepcionado de que no hubiera ni una sola calabaza a la vista. No por la capa de nieve que lo cubría todo, sino porque las semillas tendrían que haberse plantado en abril y Andrew Campey llevaba muerto desde febrero.

—A mi padre le fue bien —dijo Dom Campey mientras se subía la cremallera del impermeable. Después de un inicio lento, la nevada estaba teniendo un arrebato de energía a media mañana.

—Imagino que las calabazas se venden bien en Halloween —comentó Rosset.

—Te quedas corto —respondió Campey—, pero yo no estaba en condiciones de sembrar. Lo que le pasó a mi padre me afectó mucho. Ahora, solo planeo vender el lugar y seguir adelante. Mi propio negocio va lo suficientemente bien.

—Me alegra oírlo. ¿A qué te dedicas? —preguntó Yorke.

—Instalación de moquetas.

Yorke, Rosset, Campey y los dos agentes que había enviado Breaker avanzaban con dificultad por la nieve. A pesar de la intensa nevada, el sol brillaba y la tierra desnuda alrededor de ellos resplandecía blanca. A Yorke le recordó la inmensidad de la Antártida que veía en los documentales de naturaleza que tanto le gustaban.

La idílica ilusión se desvaneció rápidamente cuando divisaron los árboles esqueléticos que manchaban el paisaje.

Hubo una breve ráfaga de viento. Los viajeros se abrazaron a sí mismos. Cuando pasó, Yorke dijo:

—Entonces, señor Campey, ¿su padre se quejaba regularmente de intrusos?

—No se puede ver —dijo Campey, señalando hacia el oeste—, pero hay un pequeño y sinuoso camino de tierra junto a nuestra propiedad, lo suficientemente grande para que pase un vehículo pequeño. La entrada al camino está cubierta de maleza, así que muchos transeúntes ni se fijan. Si sigues ese camino, te lleva al bosque que tenemos delante, avanza hasta la mitad y luego queda bloqueado por un árbol caído. Los adolescentes de la zona entran con el coche y fuman porros. Desde la casa, a menudo se pueden ver los faros en el camino y en el bosque. Mi padre solía llamar a la policía. ¡Dos veces pillaron a esos pequeños sinvergüenzas, y dos veces se libraron con una advertencia! Después, los chavales se volvieron más astutos y dejaron de encender los faros.

Yorke asintió, pensó un momento y luego preguntó:

—Entonces, el día en cuestión, cuando su padre presentó la denuncia, ¿cómo detectó a los intrusos si no había faros?

—En ese caso sí los había. Mi padre me llamó antes de... —hizo una pausa y suspiró—, su ataque al corazón. Me dijo que había visto faros.

—Sí, pero era de día, ¿por qué cualquier intruso tendría los faros encendidos? —dijo Rosset desde el otro lado de Campey.

—En un día sombrío, puede ponerse bastante oscuro en esos bosques. Quienesquiera que fuesen los intrusos, encendieron los faros cuando llegaron entre los árboles. Así que supuse que debían ser un grupo diferente de chavales, no los astutos.

—¿Nunca pensaste en ir a echar un vistazo, ver qué había molestado a tu padre? —preguntó Rosset.

—¿Por qué habría hecho eso? Mis pensamientos no estaban con los adolescentes colocándose en el bosque. Estaban con mi padre, al que acababa de perder. Cuando se me pasó por la cabeza unos días

después, no tenía motivos para suponer que todavía estuvieran allí, ¿verdad?

—Lo entendemos —dijo Yorke—, y lamentamos su pérdida.

Entraron en el bosque. En efecto, estaba sombrío. La falta de follaje aseguraba que la mayor parte de la nevada aún penetraba. Yorke sintió el frío aguijón en la cara. Apretó la capucha de su chaqueta de esquí.

Campey caminaba delante de los cuatro agentes. Se dirigía en diagonal, adentrándose más en el corazón del bosque. Pasaron con dificultad por encima de varias ramas caídas. Rosset resbaló en un momento, pero uno de los agentes de Breaker estaba allí para sujetarlo antes de que cayera.

—Por aquí —dijo Campey, sorteando unas zarzas heladas—. Ahora estáis en el camino de tierra. Cuando plantaron los árboles, obviamente quisieron dejar esto libre para carros y demás. No es raro.

—¿Dónde está el árbol caído que bloquea el camino? —preguntó Yorke.

—No muy lejos. A uno o dos minutos por aquí. Pasé la mayor parte de mi infancia en este bosque. Estate atento. Puede que veas mi nombre grabado en algunos árboles.

Había una acumulación de nieve en el sendero, pero nada parecido a lo que habían recorrido con dificultad antes en el campo. Yorke miró hacia arriba a las retorcidas ramas a los lados del camino. Se entrelazaban entre sí formando una monstruosa telaraña. Pero con las telarañas, uno esperaría arañas, moscas *... vida.*

Este lugar estaba muerto.

Como estudiante universitario, Yorke había descubierto a Brandon, su mejor amigo, asesinado. En ese momento, una sensación fría había comenzado en su cuello y se había extendido, furiosamente, por todo su cuerpo. Una vez se lo había descrito a Patricia: "Es como si algo estuviera congelando tu alma".

Cada vez que Yorke se encontraba con la muerte, el frío se avivaba. Había aprendido tanto a temerlo como a confiar en él como señal de lo que estaba por venir.

Ahora se avivaba. Ya sabía que su cuello estaba cubierto por su chaqueta de esquí con la cremallera cerrada, pero lo comprobó de todos modos.

El camino de tierra se curvaba bruscamente y, delante, estaba el árbol caído, y junto a él, un Audi TT blanco. La matrícula estaba demasiado sucia para leerla, pero Yorke ya sabía que sería la de Robert Brislane. Este era el coche que el ANPR había detectado. También sería el coche en el que Robert habría encontrado su fin.

No necesitaba el frío en el cuello para decírselo.

—Parece que debería haber venido antes —comentó Campey.

Se acercaron con cautela.

—Mike, ¿crees que tu hombre está dentro? —preguntó Rosset.

—No lo sé —respondió Yorke—. Si hubiera estado a la intemperie, los adolescentes que han usado este lugar desde febrero lo habrían denunciado anónimamente.

—¿No habrían denunciado de todas formas un vehículo abandonado? —preguntó uno de los agentes de Breaker.

Tanto Yorke como Rosset se sorprendieron por la ingenuidad de la pregunta. Fue Campey quien respondió:

—Si piensas eso, es que no conoces a los adolescentes de hoy en día...

Rosset sonrió. —Los adolescentes que entraron obviamente no eran respetuosos de la ley, pero no los pintemos a todos con la misma brocha. De hecho, tengo uno en casa.

Sin interés en el diálogo, Yorke avanzó. Rodeó el Audi abandonado. Todas las ventanas estaban rotas y las ruedas desinfladas. —Parece que los adolescentes se divirtieron con él —gritó hacia atrás.

Yorke fue hacia el maletero, sacó unos guantes de su bolsillo y se los puso. Intentó abrirlo. Cerrado.

Rosset se acercó junto a él.

Yorke señaló unas manchas rojas en la superficie blanca cerca de la matrícula trasera. Se volvió hacia los agentes. —Traed a un equipo aquí. Está en el maletero del coche.

El comienzo de la visualización seguía siendo el mismo.

Eddie observó al chico confundido admirándose con la lencería de su madre. —Saskia... me llamo Saskia.

Después de que su padre entrara en la habitación y embadurnara el rostro de su yo más joven con pintalabios, Eddie se volvió hacia Alan. —Fue lo mejor. Mi padre me estaba ayudando. Mis lágrimas de entonces me habrán protegido durante años.

Alan le indicó con un gesto que volviera a mirar.

Eddie suspiró, se giró y observó de nuevo el espectáculo repugnante. Aunque sabía exactamente cómo evolucionaba, seguía estremeciéndose durante todo el proceso.

—¿Quieres llevar maquillaje, maricón? Pues lo llevarás. Por toda tu puta cara —dijo su padre, cubriendo la cara del chico con maquillaje para luego soltarlo.

Esto es diferente, pensó Eddie. *¿Dónde están mis lágrimas?*

Su yo más joven se volvió hacia el tocador que tenía detrás, metió la mano en un paquete de toallitas desmaquillantes y agarró un puñado. —Llevaré maquillaje, papá, pero lo llevaré como yo quiera —el chico se dio la vuelta—, y no por toda mi *puta* cara. —Empezó a limpiárselo.

Eddie sonrió. *¡Así se habla, chaval!*

Los ojos de su padre se agrandaron.

El chico continuó limpiándose. —No quiero que me llames más tu hijo. Soy tu *hija*...

Su padre le dio una fuerte bofetada en la cara. Tropezó hacia atrás. El tocador le impidió caerse.

La sonrisa de Eddie se desvaneció. *Sí, precisamente por eso nunca le provoqué. Un resultado tan obvio.*

Aun así, el chico se negó a llorar y continuó frotándose la cara, antes de erguirse de nuevo. —No lo niegues, papá. Lo sabes desde hace mucho tiempo. Te reto a que vuelvas al trabajo y les digas a tus amigos que tu hijo ya no se identifica como hombre...

Otra bofetada.

Esta vez, su trasero acabó sobre el tocador. Se deslizó hacia atrás, chocando contra el espejo. No se rompió, pero jadeó cuando se quedó sin aire.

—Si quieres quedarte en esta puta casa, harás lo que se te diga.

—Haré lo que me digas si me dejas ser quien quiero ser.

Levantó la mano. —Eres un puto hombre, y seguirás siéndolo en mi casa.

—¿Crees que mamá me echará?

—Ella hace lo que yo le digo.

—¿Porque a ella también la pegas?

—Yo no pego a las mujeres. Ahora, ve al baño...

—Me pegas a mí. Yo soy una mujer.

—Una vez más...

—Y me pegarás. *Hazlo.* Quítate el cinturón y azótame. Moriré antes de cambiar de opinión otra vez. Es así. Esto es lo que soy.

La mano de su padre se posó en la hebilla de su cinturón. Allí permaneció mientras enseñaba los dientes y miraba fijamente al hijo que creía que le estaba traicionando.

—Esto es una mierda. Vuelvo al trabajo. Le explicarás todo a tu madre esta noche.

Se dio la vuelta y se marchó.

El Eddie más joven continuó frotándose el pintalabios. Obviamente, no se iba. Necesitaría una ducha para quitar esa cantidad de cera, pero metafóricamente, estaba eliminando las mentiras.

Eddie se volvió para mirar a Alan con lágrimas en los ojos.

Se sentía orgulloso.

El Conducto también se sentía orgulloso.

Muy, muy orgulloso.

La técnica de Alan para guiar a Eddie a través del proceso de *rechazo* había sido un entretenimiento deslumbrante.

Si antes el Conducto estaba impresionado por la tenacidad de su protegido, ahora lo estaba por su pura creatividad.

El Conducto sería el primero en admitir que regularmente se maravillaba de sí mismo, pero maravillarse de otro era algo inaudito. Hasta hoy.

Hasta ahora.

El Conducto deseaba enormemente detener a Alan y felicitarle por una sesión tremenda, pero se contuvo y permaneció paciente.

¿La razón?

Alan estaba a punto de comenzar la visualización de nuevo y ése era un espectáculo que simplemente no podía, ni quería, interrumpir.

El tranquilo bosque no permaneció tranquilo por mucho tiempo. Las escenas del crimen tendían a convertir las zonas más aisladas y olvidadas en colmenas de actividad.

Uno de los agentes que había acompañado a Yorke, Rosset y Campey al bosque asumió el papel de primer interventor y comenzó un registro.

Técnicamente, Breaker lideraba la investigación sobre la desaparición de Brislane, pero en este momento, debido a su ausencia, el rango de Rosset aseguraba que él supervisara esta escena del crimen. Yorke tampoco carecía de experiencia, así que ambos garantizaron que la escena funcionara sin problemas.

Un agente había llevado a Campey de vuelta a la casa. Una escena del crimen no era lugar para civiles.

Tanto Yorke como Rosset habían estado presentes cuando abrieron el maletero, y *ambos* retrocedieron asqueados. No solo por el hedor, sino porque el cadáver había avanzado significativamente en su descomposición. El cuerpo estaba parcialmente licuado. Se necesitaría análisis forense para identificarlo.

Mientras el patólogo forense examinaba al difunto, Yorke y Rosset se retiraron hacia el árbol.

Yorke ya había informado a Rosset de todo lo que sabía sobre la investigación de Robert Brislane durante el trayecto hacia la granja, pero el oficial superior aún tenía dificultades para mirar a Yorke a los ojos. Yorke no lo culpaba. Debería haberle contado todo mucho antes.

—¿Y no crees que este fuera Louis Mayers? —dijo Rosset.

—No lo creo —dijo Yorke—. Creo que era su esposa.

—Entonces debió tener ayuda para meter ese cuerpo en el maletero —dijo Rosset.

—Posiblemente. Veamos qué dice el patólogo.

Cuando el patólogo se acercó, se desenganchó la mascarilla facial y la dejó colgando de su oreja para poder hablar con claridad. —En una primera inspección, la causa probable de muerte parece ser una herida de bala en el abdomen. Aunque no le dispararon en el maletero.

Yorke asintió. Tras ver los rastros de sangre en el exterior del maletero, ya lo había sospechado.

El patólogo señaló hacia atrás, al coche, con el pulgar. Los oficiales de la Escena del Crimen zumbaban alrededor del vehículo. —Hemos encontrado manchas de sangre en el asiento del conductor, y el *Luminol* ha detectado rastros de sangre junto al vehículo, que conducen hasta el maletero.

—¿Fue arrastrado o llevado hasta el maletero? —preguntó Rosset.

—No hay evidencia de que lo arrastraran.

Rosset lanzó a Yorke una mirada despectiva que decía: *¿qué tamaño tiene esta sospechosa?*

—Sin embargo —dijo el patólogo—, podría haber caminado él mismo hasta allí y haberse metido dentro. Estaba vivo cuando estaba en el maletero. Hay marcas de arañazos y huellas ensangrentadas en el interior.

Un oficial con traje blanco vino corriendo, sosteniendo una bolsa transparente para pruebas. Yorke y Rosset se apartaron del patólogo y se acercaron para encontrarse con el oficial en su camino.

—Señor, he encontrado una cartera. El carnet de conducir pertenece a Robert Brislane —dijo el oficial.

Otro técnico de la SOCO levantó la mano. Estaba de pie junto a la puerta del copiloto del Audi. —He encontrado una pistola debajo del asiento.

14

DESPUÉS DE FINALIZAR la conversación telefónica con Yorke, el DS Paul Breaker volvió a la sala de interrogatorios donde esperaba Helen Brislane. Toda su estrategia de entrevista, configurada anteriormente por Yorke, se había esfumado. Yorke no había necesitado proporcionar otra estrategia porque este interrogatorio acababa de volverse muy directo.

Breaker se sentó junto a su colega y reinició la entrevista. —Tengo malas noticias, señora Brislane.

Ella se llevó una mano a la boca.

—Hemos encontrado un cadáver.

Empezó a llorar.

—Creemos que se trata de su marido, Robert. Lo encontraron en su vehículo y llevaba identificación. Sin embargo, su identidad tendrá que ser confirmada mediante un examen forense más exhaustivo.

Breaker le concedió un momento y luego le ofreció un pañuelo.

Ella apartó la mano de su boca y lo cogió. —¿Cómo?

—Una herida de bala.

—¿Alguien lo mató?

—Es la explicación más probable en este momento.

—Dios mío. —Se secó las lágrimas—. Yo sabía que estaba muerto. Ese detective parecía convencido de que seguía vivo, pero yo simplemente lo sabía. —Enterró la cabeza entre las manos.

Le concedió otro momento.

Breaker sabía que *si* era inocente, el siguiente paso podría parecer bastante insensible, pero realmente no había mucha elección. Ella no estaba siendo sincera con ellos. Había estado en Weeton ese día y había mentido sobre su coartada. *Quien siembra, recoge*, pensó Breaker, sabiendo que no podía reprocharse su siguiente movimiento.

—¿Podemos continuar esta entrevista más tarde? —dijo la señora Brislane.

—Me temo que no.

—¿Por qué?

—Por las razones que discutimos anteriormente.

—Ya se lo dije, fui a Weeton para encontrarme con mi marido, para contarle la verdad sobre mi relación con Eli, pero nunca apareció en la estación. Esperé un par de horas y luego me dirigí a casa.

—Sí, así es —dijo Breaker—. Y también dijo que no compartió esto con la policía porque pensó que se convertiría en sospechosa de su desaparición.

—Sí.

—Y admitió haber mentido sobre tener terapia ese día...

—Sí.

—Voy a ser franco con usted, señora Brislane. Antes de recibir esa llamada, su argumento era débil. La mayoría diría *desesperado*. Creo que sí se reunió con su marido, y creo que ese encuentro terminó con su muerte.

—Eso no es cierto.

—En este momento, señora Brislane, esa pequeña zona boscosa donde su marido condujo es una escena del crimen. La están examinando minuciosamente. Sabe que las pruebas que encuentren identificarán cómo murió y, con suerte, quién es el responsable. Estamos aquí con una pequeña ventana de oportunidad. No le miento cuando le digo que una vez que el cuerpo sea formalmente identificado, usted será una sospechosa principal. Ya ha obstruido la justicia al mentir sobre su paradero, y ahora tenemos confirmación de que estuvo en la zona donde ocurrió el asesinato. Le tomaremos una muestra de ADN. Podría argumentar que su ADN estará en su

coche y su ropa porque es su marido. Pero su marido había estado en Leeds durante varias semanas, *sin usted*, y sospecho que su ropa habrá sido lavada en ese período. ¿Ve adónde quiero llegar, señora Brislane? Las pruebas se irán acumulando. Si usted es responsable de su muerte, los hechos nos conducirán hasta ahí.

—¿Necesito un abogado?

—En cualquier caso, necesitará un abogado. El tiempo apremia, señora Brislane, y me gustaría ofrecerle una oportunidad. Dígame qué ocurrió realmente. Confesar ahora estos hechos le permite demostrar arrepentimiento y eso cuenta mucho para un juez.

Después de llamar y poner al día a Gardner, Yorke se acercó a Rosset, que acababa de terminar una conversación con el Oficial de Pruebas.

—Ha recuperado una unidad USB del bolsillo de la víctima —dijo Rosset.

A Yorke se le abrieron los ojos. —Necesito acceder a ella, señor.

—¿Alguna idea de lo que vamos a encontrar ahí, Mike?

—Brislane estaba en Leeds buscando a Mark Topham. Afirmaba haberlo encontrado. Esperemos que sean esos los detalles.

—Suponiendo que tengas razón y esto no sea solo una colección de fotos familiares, ¿entonces qué?

—En ese caso, señor, solicito respetuosamente ser yo quien detenga a Mark.

Rosset sonrió. —¿Ahora estás pidiendo un favor?

—Lo pido porque es lo correcto.

—Probablemente. Excepto... —se pasó una mano por el pelo—. Podría haber información sobre el Dr. Louis Mayers en esa unidad. Tú mismo dijiste que si Mark Topham estaba en Leeds, debía estar buscando a Mayers. ¿Y si el pobre desgraciado del maletero de ese coche los encontró a *ambos*?

—Podría tener razón. Esto podría caer bajo su investigación. Simplemente asígneme la tarea de investigar ese USB. Así, toda la

información le llegará de primera mano. Solo permítame hacer el arresto si encontramos a Mark.

Rosset lo pensó y luego asintió. —De acuerdo, pero necesitarás un par de agentes que te ayuden.

Tengo a Gardner... Se mantuvo callado. Eso caería como un plomo. Asintió.

—Sí, gracias, señor. ¿Podría, por favor, encargarse de que devuelvan el USB y lo registren como prueba ahora, y luego me envíen los archivos encriptados, para que pueda empezar a revisarlos? Después, me pondré en contacto con usted con mis conclusiones iniciales y lo que necesite.

Rosset asintió.

Yorke estaba sorprendido. Esperaba que Rosset sugiriera que examinara los archivos en la central, lo que habría estado bien, pero entonces no habría podido involucrar a Gardner.

No quería involucrar a Gardner por obligación. Quería involucrarla porque nadie conocía a Mark Topham como ella y, dependiendo de lo que hubiera en ese USB, podría ser el recurso más valioso que tuviera.

Se despidió de Rosset, inclinó la cabeza en señal de respeto hacia la multitud de agentes y peritos, y desanduvo sus pasos por el camino de tierra, volviendo al campo.

La nieve caía espesa ahora, cortando el aire.

Momentos después de dar una muestra de ADN, Helen Brislane pidió hablar de nuevo con Breaker.

—Su abogado aún no ha llegado —dijo Breaker.

—Es como usted dijo, encontrarán mi ADN. ¿Me está diciendo la verdad? Si le cuento lo que pasó, ¿me ayudará de cara al futuro?

—Las confesiones que ahorran tiempo y recursos siempre se ven de forma más positiva.

—Estoy embarazada.

—Enhorabuena.

—Yo no disparé a Robert.

—¿Puedo reiniciar la grabación?

Helen asintió. Breaker reinició la grabación en vídeo y presentó la sesión. Luego, hizo un gesto a Helen para que comenzara.

—Sí me reuní con Robert —suspiró y se inclinó hacia delante—. Al contrario de lo que le dije al otro detective hace un par de días, nuestro matrimonio era un desastre. La terapia tampoco estaba ayudando.

No es sorprendente, *si te acuestas con el terapeuta*.

—Sé lo que está pensando, pero las cosas no empezaron a suceder entre Eli y yo hasta que estuve absolutamente convencida de que Robert y yo habíamos terminado. Quiero dejar *eso* perfectamente claro. Mientras Robert estaba en Leeds trabajando, discutimos por teléfono. Acordamos reunirnos para tener algunas conversaciones para *aclarar las cosas* y habíamos estado en Harewood House antes, cuando éramos mucho más jóvenes, así que Robert lo sugirió. Me dispuse a ir a Weeton, donde él me recogería de la estación. Excepto que... —hizo una pausa para tomar un sorbo de agua de su vaso de papel—. Ya había planeado terminar con él. Quería estar con Eli. Eran polos opuestos, Eli y Robert. Eli amaba a los niños y quería tenerlos. —Se frotó el estómago—. *Mientras que* a Robert no le interesaba, a pesar de todas las promesas que me había hecho antes de casarnos.

—Estábamos en una etapa de nuestra relación en la que no podíamos pasar más de un minuto sin discutir. Así que ya estábamos peleando antes de que hubiera salido con el coche del aparcamiento de la estación. Recorrimos unas dos millas por la carretera antes de que le dijera que parara. Lo hizo, y le dije que habíamos terminado y que me bajaría para volver caminando. Perdió completamente los estribos. Donde se había detenido, había un desvío hacia un camino de tierra. Estaba cubierto por zarzas y demás, pero se podía ver. Antes de que pudiera quitarme el cinturón de seguridad, ya había conducido hacia allí y estaba acelerando. —Helen se puso la cabeza entre las manos—. Dame un momento... fue jodidamente aterrador.

—Lo entiendo —dijo Breaker—. Tómate tu tiempo.

Ella se tomó un minuto para recomponerse, levantó la cabeza de entre sus manos, suspiró y continuó. —El camino de tierra continuaba a través de un grupo de árboles. Recuerdo que de repente todo se volvió mucho más oscuro, a medida que avanzábamos. En ese momento estaba llorando, suplicándole, pero eso no lo detuvo. El camino se estrechaba y se volvía más complicado, así que se vio obligado a reducir la velocidad. En ese momento, le estaba gritando que diera la vuelta al coche para llevarme de regreso a la estación. Me ignoró y luego se detuvo junto a un árbol caído.

—Me sorprendió lo tranquilo que parecía. Nuestras discusiones solían ser muy acaloradas, pero desde que anuncié que habíamos terminado, había estado en silencio. Seguramente, debía saber que las cosas no funcionaban entre nosotros, ¿no? Intenté razonar con él diciéndole que aún podíamos ser amigos, pero él seguía mirando al frente sin responder. Entonces, me preguntó si había alguien más. —Se detuvo para alcanzar el pañuelo que había utilizado anteriormente y que aún estaba sobre la mesa. Se secó los ojos—. Me pregunto, miles de veces *cada día*, si las cosas habrían terminado de manera diferente si hubiera mentido. Si le hubiera dicho que no había nadie más.

Tomó otro sorbo de agua.

—Pero no hay nada que pueda hacer ahora. Le hablé de Eli. En aquel momento, *pensé* que era mejor simplemente poner todas las cartas sobre la mesa. Y entonces... *Dios mío*... sacó una pistola de la guantera —se tocó la frente—, y se la puso en la cabeza. Le grité que no lo hiciera... mierda... sus ojos. Estaban todos arrugados. Iba a hacerlo. No había duda... así que... hice lo único que se me ocurrió... me incliné y agarré la pistola.

—Él era mucho más fuerte que yo, pero logré forzarla hacia abajo. Casi conseguí llevarla hasta su regazo, pero entonces él tiró hacia atrás y... —Presionó el pañuelo contra sus ojos—. Un momento, por favor.

—Por supuesto —dijo Breaker, estirándose para rellenar su vaso de papel con agua de una jarra.

—La pistola se disparó, pero yo no le disparé... Estaba intentando detenerlo... esa es la verdad... tiene que creerme.

Te creo, pensó Breaker.

—Le dio en el estómago. Tenía mucho dolor y había sangre por todas partes. No dejaba de llamarme zorra una y otra vez. Le dije que no era mi culpa, una y otra vez. ¡Pero él seguía gritándome, llamándome cosas horribles! *Cosas espantosas.* Dijo que no podía creer que se hubiera casado conmigo. Y entonces dijo algo que empeoró todo... se había hecho una vasectomía un mes después de casarnos. Que siempre había sabido que yo no era apta para tener hijos con él.

—Todo había sido una mentira. *Todo.* Durante años me había dicho que no quería hijos, pero nunca habíamos dejado de intentarlo. *Nunca.* Yo seguía creyendo que amaría a cualquier hijo que fuera suyo de todos modos. Pero el cobarde me había estado engañando. Estaba desperdiciando mi vida... menudo cobarde de mierda... —Miró fijamente la pared detrás de Breaker. Él se dio cuenta de que estaba a punto de llegar a una parte de la historia de la que se avergonzaba.

—Quiero que sepa, Detective, que no estaba pensando con claridad. El viaje al bosque, la pistola, su abuso... estaba luchando por entender algo... realmente necesito dejar eso claro en esta entrevista...

—Lo está haciendo —dijo Breaker.

—Le dije que se metiera en el maletero del coche —tragó saliva y bajó la mirada hacia la mesa—. Le dije que se metiera en el maletero o no lo llevaría al hospital... que no podía soportar escuchar sus insultos por más tiempo...

Breaker le concedió un minuto para recomponerse. —¿Qué pasó después?

—Salí y le abrí la puerta. Él salió tambaleándose y se dirigió hacia el lateral del coche. Luego, le abrí el maletero y se metió dentro —hizo una pausa para pensar. Una mirada vidriosa pasó por sus ojos. Después, se estremeció—. Su aullido. Fue terrible. Fuerte, como un animal. Pero logró entrar, y se colocó de espaldas. Estaba pálido,

hecho un desastre... me dijo que yo era su única oportunidad... cerré el maletero... Oh, Dios, ¿qué va a pasar conmigo?

—¿Qué hizo después, señora Brislane?

—¿Voy a ir a la cárcel?

—¿Qué pasó después?

—Nada.

Breaker recordó las palabras de Yorke. *Había marcas de uñas y huellas sangrientas en el interior del maletero.*

—Me alejé. Seguí el camino de tierra hasta la carretera principal.

Lo dejaste morir.

—Creo que estaba en estado de shock. De hecho, *sé* que estaba en shock.

Podrías haberlo salvado.

—Estaba confundida. Todo el abuso, esos años de mentiras, y en ese momento, simplemente no pude superarlo. Me senté en una cafetería cerca de la estación durante horas.

—¿No tenías sangre encima?

—Nunca lo toqué. Después de que se disparara, salí del coche para que no pudiera tocarme.

—¿Qué ocurrió en la cafetería?

—Nada realmente. Cuando empecé a sentirme capaz de pensar con claridad de nuevo, me di cuenta de que era demasiado tarde. Sabía que si volvía al coche, ya estaría muerto. ¿Y entonces qué, enfrentarme a esto? ¿Enfrentarme a lo que estoy enfrentando ahora? Él vivió una vida siguiendo a personas que no querían ser seguidas y encontrando a gente que no quería ser encontrada. Pensé que mi única oportunidad era que ustedes creyeran que había sido otra persona, alguien a quien había molestado. No he sabido nada de ustedes en ocho meses —se tocó el estómago de nuevo—. Pensé que estaba bien empezar una familia. Por favor, Detective, dígame que tomé la decisión correcta, que todo va a salir bien.

HABÍA SIDO un día agotador para Alan y Eddie, así que el Conducto les invitó a un filete con patatas nuevas y una vigorosa salsa de pimienta de su propia invención. Comieron en el comedor, en lugar de la cocina, porque conocer a Mark, el perro, podría haber sido un paso demasiado difícil para Eddie. Había sido sometido a visualización tras visualización y su mente estaría dolorida.

El Conducto había salido antes para comprarle a Eddie un vestido floral verde. Al no estar seguro de qué talla comprar, optó por varios más grandes. Afortunadamente, uno de ellos le había quedado bien.

Cuando Eddie consintió en ponerse la prenda, el Conducto dio una firme palmada en la espalda a Alan, y su protegido se iluminó con su logro.

El comedor parecía razonablemente festivo porque el Conducto había colgado en la pared las tarjetas que le habían dado los miembros de su facultad y algunos de sus pacientes de la consulta de Roundhay. No soportaba la música navideña, así que había optado por una suave música de piano de fondo.

El Conducto se sentó a la cabecera de la mesa, y a su derecha, Alan comía lenta y pensativamente. A su izquierda, Eddie había usado su cuchillo para cortar la carne, pero aún no había probado bocado. El Conducto se había servido una copa de vino, y otra para Alan, pero le había dado agua a Eddie. Ya tenía suficientes productos químicos en su sistema.

—Bebe un poco de agua, Eddie, limpia el paladar —dijo el Conducto—. A menudo eso es suficiente para estimular el apetito.

Eddie no levantó la mirada. Movió la carne por su plato. —Saskia, por favor. Llámame Saskia.

El Conducto miró a Alan. No necesitaban decir nada. Su contacto visual hablaba por sí solo. *Un progreso notable. Simplemente notable.*

—Bien, Saskia —continuó el Conducto—. Comprendo el día que acabas de tener y, por lo tanto, si deseas dejar tu comida para más tarde, no me ofenderé.

—Gracias.

—Pero te sugeriría que intentaras comer. Mañana promete ser otro día largo.

—Entiendo —dijo Saskia.

El Conducto miró a Alan otra vez. —¿Te importa? —Señaló a Saskia con la mano—. Es tu paciente.

Alan negó con la cabeza y continuó comiendo, feliz de permitir que el Conducto indagara en el progreso de hoy.

—Dime, Saskia, ¿cómo te sientes ahora?

—Diferente.

—¿Puedes elaborar?

—Más ligera... más joven.

—¿Más feliz?

—Sí. Como si me hubieran quitado una carga de encima.

—¿Porque ahora puedes sentirte mujer?

—Sí, pero no solo sentir, sino más bien *saber* que lo soy.

—Esto merece un brindis —El Conducto levantó su copa.

Alan le imitó, pero Saskia movió sus ojos entre ellos, todavía con expresión aturdida.

—Por los nuevos comienzos —dijo el Conducto.

—Por los nuevos comienzos —dijo Alan.

—Y mañana, voy a ir a la tienda, mi querida jovencita, y te compraré un pintalabios —dijo el Conducto.

Con esto, la expresión desconcertada de Saskia se intensificó. Movió su cabeza de izquierda a derecha repetidamente como si fuera una especie de robot que acababa de fallar.

Alan comenzó a levantarse. El Conducto levantó una mano para indicarle que se detuviera. *Esto es parte del proceso. Así es como probamos.*

Saskia dejó de mover la cabeza. —Ya está... —Juntó el pulgar y el índice y los deslizó sobre sus labios—. No entiendo... Papá... —Movió los dedos juntos arriba y abajo por su cara.

Alan intentó ponerse de pie otra vez, pero de nuevo el Conducto le indicó que se quedara.

Obsérvala. ¡Observa cómo revive la visualización!

Saskia garabateó en su frente. Echó la cabeza hacia atrás, así que estaba mirando al techo.

El Conducto miró a Alan. Estaba asintiendo. Ahora lo entendía. En la cabeza de Saskia, en ese momento, su padre le estaba tirando

del pelo hacia atrás y cubriéndole la cara de maquillaje.

Saskia chilló, se quedó en silencio y luego miró su plato como si de repente la hubieran desactivado.

El Conducto estaba decepcionado, y se lo mostró a Alan con su expresión. Había sido todo un espectáculo, y le habría encantado que continuara.

Tomó un sorbo de vino y tuvo una idea. Le guiñó un ojo a Alan, se levantó y señaló a Saskia. —Quieres llevar maquillaje, maricón, pues llévatelo. Por toda tu puta cara.

Saskia volvió a la vida de golpe y levantó la mirada hacia el Conducto. —Llevaré maquillaje, papá, pero lo llevaré como yo quiera —levantó el cuchillo de carne en su mano derecha hasta su mejilla —, y no por toda mi *puta* cara. —Comenzando desde debajo de su ojo, se abrió toda la mejilla.

Los ojos del Conducto se ensancharon.

Saskia pasó la hoja afilada y dentada por su cara una y otra vez, rasgando líneas irregulares en su piel. —No quiero que me llames más tu hijo. Soy tu *hija*... —Se empujó hacia atrás y la silla se volcó. Ella cayó con la silla.

Ese fue el momento en que recibió una bofetada, se dio cuenta el Conducto.

Tumbada de espaldas, Saskia ahora estaba trabajando con la hoja en la carne del otro lado de su cara.

—¿No deberíamos detenerla? —dijo Alan.

—¿Por qué? —dijo el Conducto—. Debemos observar y debemos aprender. Todo lo que hacemos consiste en aprender.

Mientras empezaba a trabajar en su frente, Saskia gritó: —No lo niegues, papá. Lo has sabido durante mucho tiempo. Te reto a que vuelvas al trabajo y les digas a tus amigos que tu hijo ya no se identifica como hombre...

—Otra bofetada de su padre —dijo el Conducto, en voz baja a Alan—. Es perfecto.

Se sentaron y observaron cómo Saskia convertía su cara en jirones.

Después de que su llamada con Breaker terminara, Yorke compartió las noticias sobre Robert con Gardner.

—Qué manera tan horrible de morir —dijo Gardner, mirando al suelo.

Yorke puso una mano en su hombro. —Al menos sabes que no fue por culpa de tu caso.

—Si no lo hubiera puesto en un caso tan estresante, podría haber estado trabajando en su matrimonio.

—Por lo que acabo de oír, Emma, no creo que ese matrimonio tuviera salvación.

Por un breve momento, Yorke pensó en su propio matrimonio, pero luego se tranquilizó. El matrimonio de Robert y Helen llevaba años pudriéndose. Cualquier problema que él y Patricia estuvieran experimentando estaba en su infancia. Después de esta investigación, se aseguraría de que estos problemas no empeoraran. Incluso intentaría aceptar a ese ridículo perrito, Rosie, en sus vidas.

Después de esta conversación, pasaron unas horas hasta que el correo de Yorke emitió un sonido. Tenía la mano sudorosa mientras hacía clic en la carpeta comprimida y cifrada recuperada del USB y la descargaba en su portátil. Después de extraerla, vio que había más de una docena de carpetas con nombre.

Dos le llamaron la atención inmediatamente.

Mark Topham.

Dr. Louis Mayers.

Empezó por abrir la carpeta "Mark Topham". Estaba llena de archivos.

Mientras investigaba, Yorke se imaginó metiéndose en la mente del difunto Robert Brislane. Era un lugar desorganizado y desordenado, y Yorke se preguntó cómo el investigador privado había logrado entrelazarlo todo y localizar a Topham.

Había de todo, desde imágenes escaneadas de los informes escolares manuscritos de Topham hasta cinco años de facturas telefónicas detalladas. También había una copia del informe de la

escena del crimen sobre el asesinato del prostituto Dan Tillotson. Yorke se estremeció por la facilidad con la que alguien que operaba fuera de la ley podía acceder a este tipo de información. Escuchó archivos de audio de amigos, colegas y parientes con los que Robert había hablado y grabado en su teléfono móvil, probablemente sin consentimiento. Finalmente, leyó copias de los correos electrónicos personales de Topham.

—Es extraordinario —dijo Gardner, que estaba revisando los archivos en su ordenador—. Se podría escribir una biografía completa de la vida de Mark con toda esta información.

—¿No es escalofriante que, al fin y al cabo, nuestras vidas enteras puedan reducirse a archivos repletos de datos y relatos anecdóticos en una sola unidad USB?

Dejó a Gardner leyendo y escuchando los archivos de nuevo, mientras él accedía a la segunda carpeta sobre el Dr. Louis Mayers.

Obviamente, Rosset y su equipo también estarían buscando oro en esta carpeta, pero esto no era un problema. Tenía la promesa de Rosset de que podría arrestar a Topham si estaba vivo, así que era completamente irrelevante quién encontrara esa pepita primero.

Gran parte de la información que Robert había reunido sobre Mayers era muy similar a la que el equipo de Yorke había acumulado sobre él durante la investigación. La educación de Mayers, sus antecedentes como psiquiatra privado tratando el insomnio, el trágico tiroteo en su consulta, y su tiempo con el Dr. Martin Edwards apoyando en el HASD. Como era de esperar, todo se detenía en seco el día que Christian Severance fue puesto bajo custodia y Mayers desapareció sin dejar rastro. No había grabaciones de audio en esta carpeta. Yorke se preguntó si Robert había grabado entrevistas con personas que conocían a Mayers, de la misma manera que lo había hecho con Topham, pero nunca llegó a subirlas. Hizo una pausa para enviar rápidamente un correo a Rosset, preguntando si se habían recuperado archivos de audio del teléfono de Robert, que también había estado en su posesión en el maletero.

Yorke y Gardner pidieron pizza y continuaron implacablemente hasta la noche. Tomando notas, dibujando flechas entre piezas de información y haciendo pausas regularmente para intercambiar

ideas. Rosset respondió por correo para informar que no había grabaciones de audio.

Era tarde cuando Yorke finalmente admitió: —Empiezo a temer que la información que llevó a Mark hasta Mayers, y luego a Robert hasta Mark, no esté aquí.

Gardner no respondió. Tenía los ojos muy abiertos mientras miraba fijamente su portátil. Entonces, sus dedos bailaron sobre las teclas a una velocidad vertiginosa. Se detuvo, chasqueó los dedos y luego señaló la pantalla. Yorke se acercó al pequeño escritorio en el que ella trabajaba a los pies de su cama.

Estaba señalando una fotografía de la portada de un libro del Dr. Louis Mayers. *Acabar con el insomnio - comienza tu nuevo ciclo de sueño.*

—Sí, lo vi antes. Robert debió recortar la imagen de algún lugar de internet y guardarla en un documento de Word. Probablemente planeaba hacer algunas anotaciones debajo después de leerlo, pero nunca llegó a hacerlo.

Gardner señaló la esquina inferior izquierda del documento de Word. —Letra pequeña, pero ¿puedes ver el número que ha tecleado debajo de la portada? Es fácil pasarlo por alto.

—¿Un 7? ¿Quizás un clic accidental?

—O... —Hizo clic en la pestaña de internet en la parte inferior de la pantalla. Ya había encontrado el libro en línea—. Estas son las primeras páginas disponibles como muestra —continuó, haciendo clic varias veces para avanzar—. Y esta es la página 7.

Había una línea de texto escrita en la página, aproximadamente a un tercio desde arriba.

Para Frederick Lancer - mi único y constante amigo.

—¡Joder, Emma, eres una genio!

Pasó la noche con una de sus cartas favoritas de él. Esta carta era una meditación sobre el libre albedrío. Era su favorita debido a la situación en la que se encontraba actualmente.

Una pequeña celda blanca. Sin ventanas. Sin luz natural.

No era *su* mundo. Un mundo diseñado por *ellos* para arrebatarle su libre albedrío. Un agujero estéril, blanco, *congelado*.

Leyó la última cita que su admirador utilizaba en su carta. Era de Epicteto en Los Discursos. *Hombre, ¿de qué hablas? ¿Yo encadenado? Puedes atar mi pierna, pero mi voluntad, ni siquiera el propio Zeus puede dominarla.*

Y esa era la verdad. Este mundo era *su* mundo de *ellos*. Su mundo le pertenecía solo a ella, y podía retirarse a él en cualquier momento.

En cualquier momento.

Ese era el verdadero poder del libre albedrío.

Leyó el nombre de su admirador al final.

Milo A Russey.

Pero ese no era su nombre. No realmente. Aunque, ¿qué había en un nombre, en realidad? Pensó en otra carta que él le había escrito en la que meditaba sobre la idea de la identidad.

Milo A Russey era un anagrama de su nombre real. Louis Mayers.

¿De qué otra manera podría una carta de su nuevo amigo, el infame Conducto, llegar hasta este agujero estéril blanco y congelado?

Dejó la carta y se acercó a la puerta de la celda. Había una única mirilla. La usaban para asegurarse de que ella estuviera al otro lado de la habitación antes de abrir la puerta.

Miró a través de ella. Al principio estaba oscuro, luego hubo luz; alguien la había estado observando.

—Entre si quiere, doctor. La libertad no está ahí fuera —Lacey Ray se señaló la cabeza—. Está aquí dentro... y Dios mío, es tan increíblemente azul.

15

28 DE DICIEMBRE

FREDERICK LANCER, el *único y especial amigo* de MAYERS, también era psiquiatra. O, al menos, lo había sido. Se había retirado de la sociedad médica el año pasado a la edad de cincuenta y seis años. A juzgar por sus lujosas condiciones de vida, había sido una sociedad bastante lucrativa.

Yorke estaba eufórico al descubrir que Lancer seguía vivo. No lo estaba tanto al descubrir que tenían un viaje de dos horas por delante. Lancer había optado por pasar sus años dorados en la localidad costera galesa de Llandudno.

Gardner también había sido particularmente irritante en la última etapa del viaje. Había pasado todos los veranos de su infancia en Llandudno, así que sucumbió completamente a la nostalgia. —Ese es el muelle donde solíamos ver los espectáculos de Punch y Judy. Ese es el muelle más largo de Gales... Esa pista de esquí artificial antes era el Happy Valley. Teatros al aire libre y campos de minigolf... Solíamos subir en ese tranvía hasta la cima del Gran Orme.

Cuando Gardner señaló su pescadería favorita, Yorke le dijo que ya era suficiente.

Lancer les ofreció té y ellos aceptaron agradecidos. Había sido un viaje largo. Especialmente para Yorke.

El psiquiatra jubilado era un hombre robusto, de apariencia saludable, con abundante cabello peinado con estilo hacia un lado. Yorke se hizo una nota mental para empezar a planificar una jubilación anticipada.

—Sabéis que esta será mi tercera visita en un año de personas que hacen preguntas sobre Louis —dijo Lancer.

—¿Puede recordar los nombres de las otras dos personas? —preguntó Yorke.

—No por su nombre, pero uno era detective, y el otro era un investigador privado que buscaba a alguien desaparecido. De hecho, el investigador privado dejó una tarjeta. ¿Queréis que la busque?

Yorke mostró a Lancer fotografías de Topham y Robert. También le dio sus nombres. Lancer asintió ante cada uno. —Recuerdo bien el apellido Brislane. Recuerdo haber pensado que tenía un amigo con un apellido similar.

—El primero que vino a verle, el inspector Topham, desapareció —dijo Gardner.

Lancer se reclinó en su sofá. —Espero que no penséis que tuve algo que ver con eso.

—No, señor. No es por eso que estamos aquí —dijo Yorke, lanzando una mirada a Gardner para recordarle que se suponía que debía ser una observadora pasiva.

Yorke mostró a Lancer la imagen de la portada del libro en su móvil. —Creemos que fue este libro el que llevó tanto a Mark como a Robert hasta aquí... hasta usted.

Lancer asintió. —Sí, eso es cierto. ¡*Esa* es la dedicatoria más irónica de la historia! Odiaba ese libro y se lo dije a Louis. Ambos éramos especialistas en el sueño y encontré sus sugerencias demasiado fantasiosas y sin respaldo científico. Eso creó una brecha entre nosotros, y nunca volvimos a hablarnos. Ciertamente no seguí siendo su *único y constante amigo*. Aunque supongo que había algo de verdad en ello, en el sentido de que era su único amigo. ¿Sabéis? Me sorprende que nunca cambiara esa dedicatoria. ¡Probablemente la mantuvo solo para fastidiarme! Esto debe haber sido hace más de cinco años ya.

—¿Y está al tanto de lo que ocurrió después con el Dr. Louis Mayers?

—Por supuesto. Veo las noticias. Intenté contactar con él después de que casi lo mataran en aquel tiroteo en su consulta. Rechazó de plano mi ofrecimiento de paz. Ese hombre sabía guardar rencor.

—¿Y conoce su papel en los asesinatos de Salisbury?

—Sí.

—¿Y bien?

—Me sorprendió.

—¿Por qué?

—Bueno, cuando te formas para ser médico, quieres ayudar a la gente, ¿no? Aunque, pensándolo bien, él siempre defendió la idea del sacrificio para servir al bien mayor. Que los individuos son prescindibles en la búsqueda de la gran verdad. ¿Quizás empezó a creerse su propia publicidad?

—Creemos que lo que usted les contó a Mark Topham y a Robert Brislane pudo haberlos llevado directamente a Mayers —dijo Gardner.

El color desapareció de su rostro. —¿Creéis que es por eso que desapareció el detective?

Antes de que Gardner aterrorizara aún más al médico jubilado con otro comentario, Yorke se apresuró a tranquilizarlo. —No lo sabemos con certeza, pero si fue así, puede estar seguro de que él estaba lo suficientemente motivado para encontrarlo de todos modos.

—Sí, parecía desesperado... —bajó la mirada, y luego la levantó de nuevo—. ¿Y el investigador privado, está bien?

—Me temo que no —dijo Gardner.

Lancer tragó saliva.

Mierda, Gardner, otra vez no, pensó Yorke.

—Pero no tuvo nada que ver con Mayers —dijo Gardner—. Tenemos al asesino, y no está relacionado.

Yorke dijo: —La razón por la que estamos aquí, Dr. Lancer, es porque usted podría ayudarnos a arreglar todo esto. Es posible que algo que les dijo a estos dos hombres revelara el paradero de Louis Mayers.

—Pero eso es imposible porque yo no sé dónde está.

—Entiendo eso, pero tal vez haya algo en su historia juntos, algo en su amistad.

—De acuerdo, comprendo. Nos conocimos en la Universidad de Oxford. ¿Quieren que empiece por ahí?

—Tan buen punto como cualquier otro —dijo Yorke.

Tanto el Conducto como Alan acudieron a la cabecera de Saskia cuando empezó a gemir esa mañana.

Su rostro estaba vendado. Había manchas de sangre que se extendían por los vendajes. Pronto necesitaría un cambio de apósitos. Unos pequeños ojos temblorosos se asomaban entre los jirones de tela.

Alan se arrodilló, tomó la mano de Saskia y la calmó suavemente con un susurro. Mientras tanto, el Conducto también se arrodilló y le administró una inyección de morfina.

Los ojos de Saskia se quedaron quietos y vidriosos.

—¿Está listo para su próxima sesión? —dijo el Conducto, poniéndose de pie.

Alan inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró. —¿No tendrá demasiado dolor?

—La morfina ayudará. Hiciste un buen trabajo ayer, Alan. No me gustaría verlo desperdiciado.

—Estoy lista entonces.

El Conducto sintió un raro momento de tristeza. Echaría de menos a Alan cuando se hubiera ido.

Pero todos tenían que irse eventualmente, así era el juego.

Aun así... cuatro días... no parecía mucho tiempo en absoluto.

El relato de Frederick Lancer fue largo, y los dedos de Yorke ardían de tanto tomar notas.

"Uña y carne" no era una expresión lo suficientemente fuerte para describir la amistad entre los dos psiquiatras. En la universidad y al principio de sus carreras profesionales, estos dos habían sido completamente inseparables.

Pero la división llegó.

—Fue extraño. Se acostó una noche y se despertó con un sistema de creencias completamente diferente. No voy a entretenerme explorando las complejidades de sus creencias, excepto para decir que nuestro enfoque convencional de la terapia,

nuestro enfoque *científico*, la TCC, simplemente ya no era suficiente para él. Ya no quería modificar pensamientos relacionados con el mal sueño, como *si no duermo bien, enfermaré; nunca volveré a dormir; no puedo dormir sin medicación.* Así que escribió este libro sobre la construcción de un nuevo ciclo de sueño que permite al paciente mantener pensamientos desadaptativos. ¡Ridículo, lo sé! Así que, por desgracia, nuestra relación tomó caminos diferentes. Al principio de nuestra relación, nos prometimos nunca dejar que esto sucediera. Nuestro libro favorito era Jekyll y Hyde. ¿Lo ha leído?

Yorke negó con la cabeza. —No, pero sé de qué trata.

—Bueno... el enfoque de Jekyll hacia la ciencia es místico, casi sobrenatural; mientras que el de su amigo cercano, el doctor Lanyon, se basa en lo observable y medible, es decir, ciencia real. Eso crea una brecha entre ellos. Juramos no permitir que eso nos sucediera a nosotros. No dejar que enfoques radicalmente diferentes destruyeran nuestra relación. Sin embargo, fracasamos en nuestro plan. ¿El Dr. Jekyll y Mr. Hyde, eh? Bastante apropiado cuando piensas en lo que Louis se ha convertido. Un monstruo —al principio, Lancer pareció orgulloso de su analogía, pero luego su expresión rápidamente volvió a ser afligida.

Yorke volvió a pasar las páginas de su libreta. Había mucho que considerar, pero aún sentía que faltaba algo significativo. Topham y Robert habrían escuchado algo que les hizo pensar rápidamente y les indicó la siguiente dirección.

Sabiendo que el relato de Lancer estaba llegando rápidamente a su fin, probó con otras preguntas e ideas para estimularlo a revelar más. —¿Se le ocurre alguna conexión con Leeds?

—Cuando le conocí, le encantaba el rugby. Solía apoyar a los Leeds Rhinos. Apasionado a más no poder. Incluso solía arrastrarme a los partidos.

Yorke lo anotó. Topham y Robert podrían haberse dirigido a algunos partidos en casa para buscar a Mayers. Se imaginó a ambos mostrando una fotografía a los aficionados. Tomó nota para contactar a Rosset inmediatamente y enviar oficiales, armados con fotografías, al estadio para hablar con el personal.

Era lo mejor que tenían hasta ahora, y potencialmente, la ruta por la que Topham y Robert habían viajado.

La entrevista siguió su curso. En la puerta, Yorke le dio las gracias.

—Sin embargo, es curioso. Su vida podría haber tomado fácilmente una dirección totalmente diferente —dijo Lancer.

—¿Cómo es eso? —dijo Yorke, aún en proceso de estrechar la mano de Lancer.

—Bueno, cuando le conocí, en realidad no quería ser psiquiatra. Quería ser profesor. Tenía esa creencia romántica de ayudar a los jóvenes a alcanzar su potencial cuando sus mentes estaban más abiertas a la influencia. Nuestra relación le llevó a la psiquiatría, así que de alguna manera, quizás todo esto es en parte culpa mía. Si nunca me hubiera conocido, podría haber acabado ayudando en lugar de destruyendo.

—Supongo que las ambiciones cambian —dijo Yorke—. No se responsabilice por ello.

—Sí, pero su ambición nunca cambió realmente. Recuerdo que me dijo una vez, mucho más tarde en su vida, que se arrepentía de su decisión. Empezó a interesarse por la docencia. No sé si llegó a alguna parte.

Mientras se acercaban al coche, Gardner dijo: —¿Un profesor, eh? Joder, eso habría sido una mala noticia. Imagínese dejar a ese monstruo libre con mentes jóvenes.

Yorke se detuvo. Gardner también.

—Ahora tiene sentido.

—¿Qué cosa?

—La fotografía de Mark que encontraste. Dónde estaba sentado.

—¿La Universidad de Leeds?

—Sí. ¿No lo ves? Mark le estaba buscando. Sospechaba que Mayers daba clases.

—¿Seguro que no lo hace? —dijo Gardner.

—No lo sé. Espero que no. Me pondré en contacto con Rosset. Con la pista de los Leeds Rhinos y esto, tenemos bastante trabajo para ellos.

CUANDO LACEY RAY fue conducida al despacho del Dr. Stewart Holden, logró, como siempre, echar un rápido vistazo a su reflejo en la ventana. Se guiñó un ojo, admirando el jaguar tatuado en su cuello que se asomaba por debajo de su pelo cada vez más largo.

Un guardia corpulento la forzó a sentarse en la silla y le encadenó las manos a la mesa.

Holden miró al guardia y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Quiere estar a solas conmigo, Doctor? —dijo Lacey—. ¿Es eso el procedimiento correcto? ¿No se está poniendo en peligro?

El guardia salió de la habitación.

—No representas ningún peligro para mí, Lacey —Holden bajó la mirada e hizo algunas anotaciones. Sus gafas se deslizaron hasta la punta de su nariz.

Lacey se rio. —Perdone que me ría, ¡pero nadie más me ha dicho eso antes!

Holden levantó la vista, se subió las gafas y sonrió. Las arrugas de mediana edad se agolpaban alrededor de sus ojos. —Creo que dije eso la última vez y, si mal no recuerdo, también la vez anterior.

—Dije *"nadie más"*, no dije *"nadie"* —respiró hondo—. Tengo una petición que hacer.

—Adelante.

—Un nuevo médico.

—¿Por qué?

—Quiero uno que no me espíe.

Holden dejó de sonreír. Se frotó la barba incipiente. Ella podía oír el sonido rasposo. —Lacey, ha pasado una semana desde la última vez que hablamos. ¿Cómo has estado?

—Fantástico. Fui a dar un paseo por la playa y me detuve en un bar de vinos con algunos viejos amigos.

Holden asintió. —Tenemos una hora a la semana. Si no quieres el apoyo que se te ofrece, realmente no me importa.

Lacey se inclinó hacia delante en su silla. —Vamos, vamos, Doctor... ¡no finjamos! Le fascino. ¿Me atrevo a decir, encandilado?

Se sentaría aquí y escucharía mis tonterías todo el día si pudiera. Le veo en mi puerta casi todas las noches, o más bien, *veo* ese pequeño ojo.

Holden se enderezó y volvió a ajustarse las gafas que se le resbalaban. —Eso es ridículo.

Lacey no podía mover libremente las manos desde donde estaban atadas a la mesa, pero podía levantar un dedo índice. —No hable por un momento. Quédese en silencio y escuche.

—¿Por qué?

—Complácame... ¡Ahí está!

—¿Ahí está qué?

—El silbido distintivo del aire a través de un tabique desviado. ¿Se rompió la nariz cuando era más joven?

Holden se sonrojó.

—Si escucho con mucha atención cuando está en mi puerta, oigo ese mismo ruido.

—La mayoría de la gente hace ruido al respirar.

—¡Excepto que su sonido es inconfundible! Lo he oído cada noche en mi puerta durante siete semanas. Y cada noche desde que comenzó sus observaciones pervertidas, le he llevado a mi *Habitación Azul.*

Los ojos de Holden se abrieron de par en par y comenzó a tomar notas de nuevo.

—Le he contado muchas cosas sobre mi Habitación Azul, Doctor. Le he dicho que refleja físicamente el mundo en el que estoy meditando, exceptuando el color, que es, como sugiere el nombre, azul. El azul más oscuro que pueda imaginar. También hace mucho frío allí. Muchísimo frío. ¿Le conté también que era un lugar de juicio?

Holden asintió. —Lo hizo. Entonces, ¿está diciendo que yo necesito enfrentarme a un juicio?

—Todos necesitamos enfrentarnos a un juicio... solo que algunos antes que otros.

Holden se mordió el labio inferior por un momento antes de responder. —Lacey, no necesitamos volver a discutir su diagnóstico. Usted es más que consciente de lo que implica el narcisismo

maligno. Ser consciente de ello es el enfoque principal en nuestra estrategia. En este momento, está intentando controlar la conversación. Está tratando de intimidarme e infundirme miedo...

—¿Y está funcionando?

—Reconocer su sed de atención y sus sentimientos de supremacía es la piedra angular del tratamiento.

—¡Ya los reconozco! De hecho, ¡me regodeo positivamente en ellos, joder!

Holden asintió e hizo algunas anotaciones. —¿Y la medicación? Aumentamos su dosis hace tres semanas. ¿No ve ninguna reducción en los pensamientos obsesivos y las ilusiones?

—Podría desencadenarme ahora mismo, para que podamos correr alrededor de esta mesa una y otra vez... ¿Le gusta estar atrapado en un círculo? Esa es una de las razones por las que decidí llevarle a la Habitación Azul. Simplemente no puede seguir así para siempre.

—Pero puede, Lacey, usted puede estar en esta institución para siempre.

—Dejé esta institución hace mucho tiempo, y me la llevé conmigo. Fuimos a un lugar que no tiene límites. ¿Le gustaría oír lo que pasó allí?

No podría resistirse. La curiosidad incesante era parte de su naturaleza. Por eso la observaba a través de esa mirilla cada noche.

—Le estoy ofreciendo la oportunidad de mirar realmente. Aléjese de la puerta y de la mirilla tras la que se esconde, entre en un mundo con el que fantasea.

—Vale.

—Bien. Venga por aquí. Cierre los ojos si quiere. ¿No? Bien... entiendo. Todos empezamos en algún sitio. Después de todo, en sus inicios, la Habitación Azul no era lo que es ahora... Usted entró una noche, Doctor. Vino desde detrás de su barrera, y vino a mí en mi habitación mientras dormía. Vino con intenciones no solo de entenderme, sino de *conocerme* en todas las formas posibles. De dominarme. De mostrarme lo que ambos ya sabemos, que usted también es un narcisista. Pero del peor tipo posible. Uno que se esconde en las sombras listo para doblegar a la gente a su voluntad.

Conozco a otro doctor como usted, pero él no se esconde, se regocija en su grandeza, mientras usted se escabulle en la mugre con las otras ratas, alimentándose y defecando, y esperando la vulnerabilidad. Así que, se paró sobre mí mientras dormía, y comenzó a desabrocharse el cinturón, excepto que me subestimó, y cuando le mostré mis capacidades, y me levanté para golpearle una y otra vez, se escabulló hacia la esquina como una cucaracha. Podría haberle aplastado allí mismo, pero en su lugar decidí pasar un tiempo con usted. Mucho tiempo. Días, posiblemente semanas, si podía soportar tanto sufrimiento. He leído muchos de mis informes. Sé que todos ustedes piensan que tengo poca consideración por la vida humana, pero se equivocan. Me importa profundamente la vida humana. Puede ser tan gloriosa. Pero usted no es la gloria, Doctor, ni tampoco lo son muchos de los otros que han tenido la desgracia de entrar en mi Habitación Azul. Para preservar el jardín, hay que arrancar las malas hierbas. Pero le ofrecí algo, cuando le até en la celda, algo que usted nunca me ofreció a mí cuando me encarceló aquí. Le ofrecí libre albedrío. La capacidad de tomar sus propias decisiones. Así que, en ese primer día, le di a elegir. Le mostré mis tijeras de podar y le pedí que eligiera entre un dedo o sus ojos. Esa es más libertad de la que usted me ha concedido jamás. Eligió su dedo. Al día siguiente, le di la misma opción. De nuevo, movió un dedo para mi hoja. Esto continuó durante muchos días, y aunque se debilitaba y palidecía, mantuvo su sentido de identidad. Le di analgésicos para ayudar con la incomodidad y ¡realmente empezó a agradecérmelos! El libre albedrío que le concedí le hizo sentir como un ser humano, así que continuó comportándose como tal. Entabló conversación conmigo, habló sobre su familia, sus esperanzas y sueños. Incluso se rió en un momento. Pero, entonces, un día, se quedó sin dedos. Por desgracia, no había más libre albedrío, y le saqué los ojos. El cambio en usted fue repentino. Se podría argumentar que fue la ceguera, pero fue más que eso. Se volvió abatido, derrotado y desconsolado. Me rogó la muerte, una y otra vez. Hasta el punto de que casi se la concedí solo para tener un poco de paz y tranquilidad. Le dije que este era el efecto de quitarle la libertad, la elección y nuestro propio sentido de identidad, pero

luchó por comprender esto, volviéndose cada día más y más como un animal. Ahí sigue estando, Doctor, en mi Habitación Azul, y ahí se quedará como mi prisionero.

Holden estaba pálido mientras tomaba notas frenéticamente. —La medicina realmente debería estar ayudando con estas ilusiones... Voy a aumentar la dosis aún más.

—Tengo otra elección para que tome ahora, Doctor.

—No voy a jugar a sus juegos.

—Milo A Russey me ha estado escribiendo durante meses.

Holden la ignoró y continuó tomando notas.

—Milo A Russey es un anagrama de Louis Mayers.

Holden dejó de escribir.

—¡Eso captó su atención! Aquí está su elección, Doctor. Necesito que haga una llamada telefónica. Usted hace la llamada y puede quedarse con mis cartas, que de todos modos puede tomar, supongo...

Él la miró.

—Así que, como bonificación adicional, resistiré la tentación de hacer que lo sucedido en la Habitación Azul se convierta en una hermosa realidad.

16

GARDNER HABÍA APARCADO su irritante viaje por los recuerdos después de la entrevista con Lancer. Así que, después de que Yorke hiciera una llamada por el manos libres del coche a Rosset para que investigara el asunto de los Leeds Rhinos, agradeció el silencio que le permitía pensar.

Desafortunadamente, esto duró poco.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Gardner. ¡Una pregunta que siempre interrumpía el proceso constructivo de pensar!

Su mordaz respuesta nunca llegó a pronunciarse porque Rosset le devolvió la llamada.

—Me temo que los Rhinos no tienen partidos en casa durante un tiempo. He puesto a alguien a contactar con todo el personal con nuestra fotografía modificada de Mayers. Te avisaré si obtenemos alguna pista.

Yorke le dio las gracias y colgó.

Gardner dijo:

—¿Merece la pena enviar por correo electrónico a todos los abonados una imagen de Mayers? Si va a los partidos de los Rhinos, alguien tiene que sentarse a su lado.

—¿Y si el propio Mayers recibe el correo bajo su nueva identidad?

—Se asusta y huye —Gardner abrió la guantera de Yorke y sacó sus tic tacs.

Yorke se dio cuenta de que prácticamente vivían el uno del bolsillo del otro.

—Aun así, sigue siendo una opción cuando agotemos las demás —dijo Yorke.

—¿Las demás opciones?

—Sí... las que estaba elaborando antes de que interrumpieras mis procesos mentales.

Recorrieron una gran parte del trayecto en este silencio "reflexivo" antes de que Yorke expresara sus pensamientos.

—Así que Mark se sintió atraído por Leeds porque descubrió el interés de Mayers por los Rhinos. Mientras estaba allí, Mark empezó a sospechar que Mayers había cambiado de identidad y que daba clases. Como Robert también vio a Lancer, acabó en el mismo camino y vio a Mark fuera de la Universidad de Leeds y te contactó. Desafortunadamente, nunca logró un cara a cara con Mark porque el incidente con su mujer se interpuso. ¿De acuerdo hasta ahora?

—Sí —dijo Emma.

Les interrumpió otra llamada. Esta vez de un número desconocido. Yorke se cambió al carril rápido para adelantar a alguien que acaparaba el carril central y contestó.

—¿DCI Yorke?

—Sí. ¿Con quién hablo, por favor?

—Me llamo Dr. Stewart Holden. Nunca hemos hablado antes, pero trabajo en el hospital psiquiátrico Princeholm en Bristol.

A Yorke se le heló la sangre. Solo conocía a una paciente. Miró a Gardner, cuyos ojos estaban tan abiertos como los suyos.

—Es sobre Lacey Ray.

Ahí estaba la confirmación. Sintiendo la oleada de adrenalina, Yorke pidió un momento para pasarse al carril lento y reducir la velocidad.

—Continúe.

—Me ha pedido que le llame. Normalmente no cedo a los caprichos de los pacientes, pero esto parecía bastante importante. Quería que le leyera esto a usted, y luego decirle cómo puede ayudar con la situación actual.

—¿Situación actual?

—La búsqueda de Louis Mayers, el doctor responsable de la masacre en *Rose Hill*.

Yorke se desvió hacia el arcén, se detuvo y activó las luces de emergencia. Tomó aire profundamente y escuchó.

—Querida Lacey, quiero comenzar la carta de hoy reflexionando sobre el proceso de regeneración. La notable capacidad del cuerpo humano para curarse a sí mismo siempre me ha interesado mucho. Toma el hígado, por ejemplo. Si se pierde una parte por enfermedad, puede volver a crecer hasta su tamaño original. Sé que mi propio padre no estaba pensando en estas propiedades regenerativas cuando se llevó a sí mismo a una tumba prematura con sus whiskies de malta, pero me desvío del tema, el punto es que nuestros cuerpos pueden, si se lo permitimos, curarse a sí mismos. Sin embargo, incluso cuando el cuerpo se regenera, nunca puede ser realmente igual a como era antes. ¿Sabías que el hígado puede sanar hasta alcanzar el mismo tamaño, pero no la misma forma? Ahora, considera la mente, mi querida Lacey. También puede ser destruida, desgarrada, figurativamente, en pedazos, y luego puede comenzar el proceso de regeneración. Muchos de mis colegas preferirían permitir que esos pensamientos desadaptativos se enquisten en las mentes conscientes e inconscientes como un cáncer, debilitando al huésped. Pero mi alternativa, permitir que esos pensamientos abrumen y destruyan la mente, es el verdadero camino hacia la curación. Destruir la mente. Luego, reconstruir. Regenerar. *Ellos* dicen que tú destruyes, Lacey. Pero, ¿*ellos* alguna vez mencionan lo que has construido? ¿Lo que has regenerado? Limpias el mundo de sus plagas, Lacey, destruyendo, y luego permites que crezca, más nuevo y más sano.

Holden dejó de leer. Yorke abrió la boca para hablar, pero su mente quedó momentáneamente en blanco. Miró a Gardner. A juzgar por su expresión, la carta había sido igual de perturbadora para ella.

—¿DCI Yorke? —dijo Holden.

—Estoy aquí.

—Eso es lo que quería que le leyera.

Dos psicóticos conversando.

—¿No se comprueban sus cartas entrantes? —dijo Yorke.

—Sí, por supuesto.

—Entonces, ¿por qué nadie se dio cuenta de que Mayers estaba estableciendo contacto?

—Firmaba con un nombre diferente.

—¿En serio? ¿No es evidente que alguien que no está en su sano juicio está contactando con su prisionera?

—Aquí preferimos referirnos a ellos como pacientes, no prisioneros... creemos que ayuda al proceso de curación.

—No ha respondido a mi pregunta. —El coche de Yorke se tambaleó cuando un camión pasó a toda velocidad.

—¿Sabe cuántas cartas recibe Lacey Ray? —dijo Holden.

—No.

—Cientos, detective. Cientos de cartas. Es famosa.

—Dios mío. —Yorke miró de nuevo a Gardner, que estaba negando con la cabeza—. Es una asesina.

—También lo era Charles Manson, y eso no impidió que fuera venerado.

—¿Lee usted su correo de admiradores?

—Sí.

—¿Y?

—Es una mujer que disfruta asesinando a hombres abusivos. Lamentablemente, esto resulta bastante atractivo para muchas mujeres de este país.

—¿Las cartas de Mayers no destacaron entonces por ser de un hombre?

—No, también tiene una buena cantidad de admiradores masculinos. Algunos hombres disfrutan con la idea de mujeres agresivas y dominantes. También estamos inundados con solicitudes de visitas.

—¿Y?

—Las denegamos todas, basándonos en que su salud mental es frágil. No podemos controlar lo que le dirán. Al menos con las cartas, puedo revisarlas primero.

Obviamente no lo suficientemente bien, pensó Yorke.

—¿Estáis llevando un registro de todos estos admiradores?

—Por supuesto. Podemos compartir esta información con usted. Son principalmente cartas de adoración y divagaciones filosóficas,

como la que acabo de leerle. Si alguien afirmara que va a cometer un delito, lo denunciaríamos inmediatamente.

Yorke suspiró. —¿Qué más sabe sobre esta situación?

—Me ha entregado todas las cartas de Mayers. Catorce en total.

—Necesito que las aparte para buscar evidencias.

—Así lo haré.

—¿Qué dicen?

—Más de lo mismo. Habla sobre la identidad, el cambio, el renacimiento... muchos temas similares.

—¿Información personal? ¿Ubicación?

—Nada que pudiera ver.

—De acuerdo, necesitamos verlas. Haré que un agente vaya a recogerlas a su zona. Embolsarán las pruebas y las escanearán para que podamos examinarlas. Obviamente, necesitamos hablar con Lacey Ray; puede que ella tenga alguna idea de dónde está Mayers.

—Solo hablará con usted, Inspector Jefe Yorke.

Yorke miró la hora. Eran casi las dos, y estaba agotado por el viaje de ida y vuelta de cuatro horas de Leeds a Llandudno. Bristol debía estar a otras tres horas de viaje, pero ¿qué otra opción tenía?

—Si el tráfico lo permite, estaré allí sobre las seis.

—Haremos los preparativos.

Mientras Yorke completaba su viaje de regreso a Leeds, contactó con Rosset. El Superintendente Jefe de Detectives comenzaba a sonar mucho más animado. Evidentemente estaba superando el haber sido mantenido en la oscuridad respecto a la búsqueda de Robert por parte de Yorke, y claramente apreciaba las actualizaciones regulares.

En el hotel, Yorke le pidió a Gardner que se mantuviera centrada en la pista de la Universidad.

—Veré cómo me siento después de ver a Lacey —dijo Yorke—. Si estoy demasiado cansado para conducir de vuelta, reservaré en un hotel allí.

Gardner asintió y salió del coche. —Sé que tú no lo crees, pero yo realmente pienso que Mark sigue vivo.

—Espero que tengas razón, Emma. —Señaló la guantera—. No te olvides de tus tic tacs.

DURANTE LA ÚLTIMA HORA, los gemidos habían sido persistentes y fuertes.

Alan no era ningún tonto. Sabía que Saskia necesitaba un hospital. Prácticamente se había arrancado la cara. Si el dolor no la mataba, la infección o la sepsis estaban aseguradas.

El Dr. Harris tenía los ojos cerrados en el sofá frente a él. Era habitual que el hombre corpulento hiciera esto cuando estaba sumido en sus pensamientos. No era aconsejable interrumpirle. Estos eran los momentos, *los únicos momentos*, en los que el psiquiatra podía ponerse irritable. No era agradable ver este repentino cambio de actitud. Alan se preguntaba cómo lograba soportar los gemidos de Saskia; quizás había un ritmo en el sonido del dolor, algo así como un ruido blanco.

Alan ajustó su posición en la silla de respaldo duro en la esquina del salón. Contuvo su propio gemido mientras su columna vertebral curvada era forzada a una maniobra. Estiró el brazo por detrás para asegurarse de que el cojín grueso estaba en la parte baja de la espalda, donde su columna se curvaba drásticamente hacia adentro, ofreciendo poco soporte a la parte superior de su cuerpo. El cojín absorbía parte del peso y mantenía los dolores a raya durante un breve periodo.

Un aullido repentino de Mark en la cocina le hizo sobresaltarse y el cojín se cayó. Los ojos del Dr. Harris se abrieron de golpe.

Alan esperaba rabia. En su lugar, el doctor se puso de pie, le hizo un suave gesto con la cabeza y salió del salón.

Estaba colocando de nuevo el cojín en la parte baja de su espalda cuando escuchó un aullido más fuerte y doloroso, que rápidamente se convirtió en un quejido. Harris le habló a Mark en voz alta, pero Alan no pudo entender lo que dijo.

Segundos después, Harris estaba de vuelta en el salón, sosteniendo la pértiga de dos metros con la sierra de podar en el extremo. Sus dientes dentados estaban húmedos de sangre.

—Solo ha pasado una hora desde que le dimos las sobras de tu regalo de ayer. —Harris sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió la sangre de la sierra.

Alan podía oír a Mark llorar.

—Esta casa se está volviendo bastante ruidosa. Apenas puedo pensar. —Harris suspiró—. El problema es que me preocupa que si le doy más morfina a Saskia, podría matarla.

Mientras Harris pensaba en ello, los gemidos de Saskia continuaban y el llanto de Mark empeoraba. —Vuelvo enseguida. —Se llevó su fiel sierra de podar.

Saskia se quedó en silencio. Momentos después, Mark también. Harris debió decidir darle algo de morfina a él también.

Harris regresó con una pequeña caja de joyas, se sentó, cerró los ojos y respiró profundamente. —Silencio. —Luego dio unas palmadas en el sofá a su lado—. Alan, por favor, ven y siéntate.

Alan obedeció. Manteniendo los ojos cerrados, Harris le pasó la caja de joyas.

—No soy alguien sentimental, Alan, pero cuando me enseñaste tus figuritas de barro el otro día, me hiciste darme cuenta de que los objetos pequeños pueden tener una poderosa presencia en nuestras vidas. Así que, por esa iluminación, querido muchacho, me gustaría ofrecerte algo de mi propia colección de recuerdos a cambio.

Alan abrió la caja y miró los tres trozos de metal retorcido. Levantó la mirada. Harris había abierto los ojos y ahora le miraba fijamente. —Los tres que acabaron conmigo.

Alan metió la mano en la caja y colocó las balas en línea tratando de darles cierto orden. La forma deformada del metal le disgustaba. Le recordaba a su propio cuerpo.

—Usted no murió —dijo Alan.

—No físicamente, no. Por desgracia, estaba destinado a conservar esta forma torpe y voluminosa —sonrió con sarcasmo—. Cuando mis pacientes entraron disparando aquel día, sentí lo que cualquier otra persona sentiría. Un miedo paralizante. De ese que te hace meterte bajo una mesa y temblar sin tener ni idea de qué hacer. Cuando me encontraron, les supliqué que no me mataran, porque eso es lo que uno hace, ¿verdad? Eso es lo que todo el

mundo hace —su sonrisa se ensanchó—. ¡Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, les habría dicho que siguieran adelante y lo hicieran! Cuando abrí los ojos en el hospital, bueno... —hizo una pausa y desvió la mirada.

—¿Bueno?

—¿Es necesario que continúe? Tú también lo has experimentado. Después de que aquel empresario chino te violara y luego cayera a su muerte. No es solo el cambio repentino, ¿verdad? Es más bien la comprensión del cambio, que eres algo más que solo carne y materia, y que la mente puede llevarte más allá de los límites que esta impone. Muchas personas pueden tener estos momentos definitorios. Pero no sabían cómo *hacerlos realidad*, *aprovecharlos*, y entonces el cambio los destruye. ¿Eddie? ¿Mark? Simplemente no pudieron aceptarlo. No pudieron *realizarlo*.

—¿Así que tú les hiciste darse cuenta?

—Sí, pero con Mark fue demasiado tarde, y tuvo que ser *reducido*.

Harris miró sus manos. —Es triste que en estos tiempos de descubrimiento tengamos que perder personas, pero así es como se producen todas las innovaciones y logros. La gente no entenderá lo que estoy haciendo hasta que mis descubrimientos formen parte del tejido incuestionable de la ciencia. Hasta entonces, intentarán detenerme. Hasta entonces, debemos aprender y luego erradicar cualquier rastro que pueda frenar el progreso.

Harris se levantó y se acercó a la chimenea. Cogió una caja y se la llevó a Alan.

—¿Otro objeto curioso? —Alan tomó la caja.

Harris negó con la cabeza. —Mañana comenzaremos la parte final de tu viaje, Alan. Me gustaría que te familiarizaras con el contenido de esta caja.

La abrió.

—Es hora de que aproveches el gran cambio que has experimentado.

Alan acarició la pistola que había dentro.

17

—LA MAYORÍA DE LA GENTE empieza con alguna cortesía, inspector Yorke. Podría usted interesarse por mi salud o mi felicidad. Incluso *podría* comentar lo bien que me veo.

—No he venido aquí por eso, Lacey.

—Una pena. Realmente pensé que apreciaría mi nuevo peinado. Me ha llevado tiempo dejármelo crecer. La verdad es que no echo de menos llevar la cabeza rapada. Era un poco masculino. Y se veía demasiado mi tatuaje. Me hacía parecer bastante agresiva.

Yorke no pudo resistir una sonrisa sardónica. —¿Una criatura tan delicada como usted?

Lacey le devolvió la sonrisa. —¿Cómo está Jake?

—Centrémonos en por qué estoy aquí.

—El Dr. Louis Mayers... sí, es todo un personaje, ¿verdad?

Yorke miró alrededor del despacho del Dr. Stewart Holden. Al principio, Yorke había pensado que Holden había sido muy hospitalario al permitirle usar su despacho con tan poca antelación. Pero, al llegar, Yorke se dio cuenta de que el buen doctor solo había ofrecido la habitación para poder quedarse cerca y curiosear. Yorke lo había despachado rápidamente, quedándose a solas con Lacey y un guardia. El guardia también había querido quedarse, pero Yorke le había señalado repetidamente las irrompibles cadenas alrededor de las muñecas de Lacey, hasta que el guardia cedió y les dio algo de espacio.

—He tenido un día largo. Muchas horas de conducción. Sé que te encanta andarte por las ramas, pero ¿podríamos ir directamente al grano? ¿Por qué te escribe Mayers?

—Perdonaré tu tono de voz. Claramente estás fatigado. Pero, si recuerdas, fui yo quien se puso en contacto contigo. Un poco de gratitud sería agradable.

Yorke asintió para apaciguarla. *No intentes fingir que me has llamado por la bondad de tu corazón, Lacey. ¿Qué quieres?*

—¿Por qué te escribe, Lacey? —preguntó de nuevo.

—Me admira.

—Parece que mucha gente te admira. He oído hablar de tus cartas de fans. Debe alimentar realmente tu narcisismo.

Lacey sonrió. —Bueno, me da algo que hacer. Intento responder.

—¿Pero no a Mayers?

—Ya deberías saber que el doctor no proporciona una dirección.

—Sin embargo, ¿afirmas que puedes ayudar?

Lacey asintió. —Sé cómo encontrarle.

—Por favor, compártelo.

—Quizás.

—¿Por qué estos juegos? ¿Intentas protegerle?

—No seas tonto. Encaja perfectamente en mi perfil, ¿no? ¿Recuerdas a Susie Long, la joven inocente a la que lavó el cerebro para que matara al novio de tu agente? Independientemente de lo que Louis diga, de lo que *afirme*, es solo otro monstruo. Un monstruo que no dudaría en eliminar.

Yorke asintió hacia las cadenas que atravesaban la mesa. —Bueno, como eso no va a ocurrir en un futuro próximo, podrías simplemente decirme lo que sabes, y yo podría atraparlo por ti.

—Sabes, Michael, siempre has hablado con sentido común. Tan, tan diferente de Jake. Aburrido, sí, pero muy sensato. —Le guiñó un ojo—. No te ofendas, pero por eso siempre preferí a Jake. ¡Es tan jodidamente intenso! ¿Qué hace últimamente?

—No me ofendo, Lacey, pero por favor abstente de usar mi nombre de pila. Entonces, si estoy hablando con sentido común, ¿por qué no simplemente me dices lo que necesito saber?

Lacey chasqueó la lengua y giró la cabeza de lado a lado mientras hablaba. —Aburrido... aburrido... siempre siguiendo las normas... Inspector Jefe de Detectives Michael Yorke...

Yorke podía sentir que se estaba poniendo más agitado, pero ella quería que picara, así que se obligó a no hacerlo. En cambio, miró su reloj. —Cada vez estoy menos convencido de que puedas ser útil. Si solo me has hecho venir para provocarme de alguna manera, me arriesgaré, me iré y estudiaré las cartas. Intentaré averiguar dónde está por mi cuenta.

—¡No seas tan susceptible! Consigues resultados, ¿no? Tu enfoque funciona. El jugador de equipo. El líder. Eso es lo que Jake respeta de ti. Desea poder ser como tú en lugar del rebelde. El impulsivo fuera de la ley. La noche que mató a Simon Young, vi ese fuego en sus ojos. Es un asesino nato...

—Tú mataste a Simon Young.

—¿Lo hice? ¿Tú también has comprado la mentira?

Volvió a mirar su reloj. —Tienes menos de un minuto para convencerme de que me quede...

—He oído que volvió a matar. También he oído que te salvó la vida. ¿Cómo se siente, Inspector, estar en deuda con todo lo que no eres? ¿Un policía corrupto, un fugitivo... un asesino?

Yorke se levantó para marcharse.

—¿Sabes por qué Mayers me admira? Porque cree que soy como él. Elegí esa carta que el Dr. Holden te leyó por una razón. Él cree que yo destruyo solo para provocar regeneración. Supongo que hay algo de verdad en lo que dice. Arranco las células enfermas, y el mundo a su alrededor florece. Es más nuevo... más sano.

—¿Realmente crees esas tonterías?

—No importa lo que yo crea. Es lo que *él* cree, y fracasará debido a esas creencias.

Yorke puso las palmas de las manos sobre la mesa. —¿Qué quieres decir?

—Fracasará porque cree que tengo la capacidad de admirar a otros y que se puede confiar en mí. Pero usted fracasará, Inspector, porque cree que le encontrará con esas cartas. Envió dieciocho

cartas en total. Holden tiene catorce. Tiré cuatro de las cartas por el inodoro, las que me decían específicamente dónde estaba.

Yorke se inclinó hacia delante. —Dímelo, Lacey. Ayúdame a poner fin a esta locura. Tú misma has dicho que es un monstruo. Sé que te daría cierto placer verle caer.

—Sí... probablemente... Pero eso no es suficiente.

—¿Quieres que te suplique?

Lacey sonrió. —No es suficiente.

—*¿Qué quieres?*

—Una cosa. Es innegociable. Sí, mientras te vas y meditas si puedes hacer lo que estoy a punto de pedirte con la conciencia tranquila, Louis puede atacar de nuevo. Otra residencia de ancianos puede caer como resultado de sus hechizos asesinos, o peor aún, un colegio... pero, verás, no me importa, *Michael*, porque solo hay una cosa en este mundo que me importa realmente. Solo una cosa.

—¿Qué?

—Mi hijo Tobias. Solo quiero ver a Tobias otra vez.

Yorke apenas podía creer lo que oía. —¿Tobias Young?

—*Ray*, Inspector. Tobias *Ray*.

Estaba nevando copiosamente, pero cuando Patricia vio su coche entrar en el camino de entrada, salió disparada por la puerta, atravesó corriendo el jardín y, con los pies descalzos congelándose en la nieve, abrazó a Yorke.

Cuando se besaron, sintió como si hubieran estado separados durante meses, en lugar de días.

Yorke se apartó. —Vamos adentro. Estás temblando.

—Es lo más caliente que me he sentido en todo el día. Te he echado de menos. ¿Por qué no me dijiste que venías a casa?

—No lo sabía ni yo mismo. Iba a pasar la noche en Bristol. He estado conduciendo todo el maldito día.

—¿Por qué?

—Entremos primero.

Una vez dentro, Yorke fue asaltado por Rosie, la perra.

—Parece muy contenta de verme, a pesar de que apenas me conoce —Yorke se arrodilló y acarició a la cockapoo. Su cola se agitó y se lanzó hacia arriba. La larga lengua le recorrió la cara. Se levantó y se limpió—. No estoy muy seguro de esto.

—Cuesta acostumbrarse, lo admito.

—Entonces, ¿va a continuar? Maldita sea. ¿Cómo va el adiestramiento?

—Regular —Patricia señaló la barrera en la parte inferior de las escaleras que cerraba el acceso al piso de arriba—. La barrera de Beatrice ha resultado muy útil.

—Bien, porque tengo ganas de dormir en nuestra propia cama esta noche, y no quiero sorpresas. ¿Cómo está la pareja recién comprometida?

—En el cine.

—Bien. Mejor que visitando lugares para la boda —abrió la puerta del salón—. ¿Crees que soy aburrido?

Patricia le siguió hasta el salón. —¿Por qué preguntas eso?

—Ah, por nada... ¿Lo crees? —Se volvió para mirarla. Ella notó que parecía bastante serio con la pregunta.

—Bueno, a principios de este año tuvimos un sicario ruso en nuestra casa, así que diría que la vida contigo es cualquier cosa menos aburrida.

—No es exactamente la tranquilidad que buscaba.

Después de que Yorke subiera a besar el rostro dormido de Beatrice, Patricia le sirvió una pinta de Summer Lightning, vertida de una botella.

Tras varios largos tragos, le contó todo lo que había experimentado ese día, hasta el ultimátum de Lacey.

—Ese niño ya ha pasado suficiente —dijo Patricia—. ¿Cuántos años tiene ahora? ¿Siete? No estoy segura de que él, o su madre en todo caso, pudieran soportarlo. Ella abusó de él. Le enseñó a matar, por el amor de Dios.

—Eso es lo que le dije.

—¿Y?

—Bueno, su respuesta fue extraña. No era lo que esperaba en absoluto —Yorke tomó otro trago de cerveza.

—Continúa.

—Empezó a llorar.

—Lágrimas de cocodrilo.

—Sí, lo sé, pero aun así me tomó por sorpresa. Luego, comenzó a hablar de regeneración otra vez. En particular, del cambio. Todas esas cosas que Mayers había estado soltando en su carta. Afirmó que Tobias la había cambiado. Que ya no era la misma persona. Que ahora podía verse a sí misma desde fuera.

—¿Y?

—Y... nada. Esa fue su exigencia. Quiere ver a Tobias de nuevo, o no nos dirá dónde está Mayers.

—¿Y le dijiste dónde meterse su petición? —Patricia giró la cabeza de Yorke para hacer contacto visual.

Yorke echó la cabeza hacia atrás. —¡Por supuesto!

—Bien.

—Aunque, estamos un poco desesperados. Mayers anda suelto, y lo que ha conseguido hacer con Rose Hill es verdaderamente aterrador.

—No flaquees, Mike. Estamos hablando de un niño de siete años.

—Lo sé... lo sé... —Yorke tomó otro trago—. Voy a examinar esas cartas que le envió a la cárcel. Ya deberían estar escaneadas. Tengo que confiar en que estaba fanfarroneando sobre las cartas que destruyó, que la respuesta que dice haber encontrado aún esté en esas cartas.

Patricia suspiró.

Yorke la miró. —¿Estás decepcionada?

—¿Por qué?

—Por nada...

—No, dime.

—Creo que esperabas que pasáramos algún tiempo juntos.

Ella sonrió. —Sí... pero esto es tan importante, lo entiendo.

—No hay nada que desee más, Pat, que estar contigo. Por eso volví a casa... Es solo que...

Ella puso un dedo sobre sus labios. —...¿que hay un psicópata despiadado ahí fuera?

—Sí.

—Entonces, deja de pensar y ve a hacer lo que necesites.

Yorke bebió su cerveza rápidamente. Patricia solo podía imaginar la ansiedad que sufría su marido en ese momento. Esperaba que el alcohol le calmara. —¿Estás bien?

—Creo que sí... ¡Toda esta charla sobre el cambio! ¡Solo me pregunto cuándo me tocará a mí! Me siento como un hámster en una rueda dando vueltas y vueltas. No importa a cuántos detenga, siempre parecen seguir volviendo, y cada vez, no importa cuántas veces, no puedo satisfacer este deseo de detenerlos.

Ella lo abrazó con fuerza.

Después, mientras fuertes vientos azotaban la noche, Yorke se sentó junto a una pequeña luz en el despacho, leyendo las cartas de Mayers, preguntándose cómo una mente podía retorcerse tanto sobre sí misma.

Luego, apagó la luz, cerró los ojos y escuchó el granizo golpeando con cadencia su ventana, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que él también fuera finalmente consumido por todo lo que había visto y experimentado.

Y después de esto, Yorke se quedó dormido y soñó con la mujer que había amado durante tanto tiempo, incluso después de su muerte, y pronunció su nombre en voz alta varias veces en la oscuridad.

Charlotte.

Charlotte.

Charlotte.

18

29 DE DICIEMBRE

GARDNER LEVANTÓ LA cabeza, se frotó el sueño de los ojos y miró sus notas sobre el escritorio. Había babeado sobre ellas y algunas palabras estaban borrosas.

Fue al baño, se echó agua en la cara hasta que sintió que podía articular una frase coherente, y luego regresó al escritorio para llamar a Yorke.

—Buenos días, Emma.

—Dios mío, Mike, suenas peor que yo.

—El mundo según Louis Mayers no resultó una lectura fácil. No dormí muy bien después. Tomé notas de las cartas, pero me temo que Lacey tenía razón, no había indicación de su paradero. Te enviaré las notas y las cartas esta mañana, para que puedas empezar a revisarlas mientras regreso.

—Deberías coger un tren, Mike. Debes estar agotado.

—Estaré bien cuando meta algo de cafeína en el cuerpo. Tengo Pro Plus en el coche.

Ella miró el envase vacío junto a sus propias notas. —Tenías. Lo siento, Mike.

—Bueno, supongo que esto es lo que pasa cuando prácticamente vivimos juntos. Sin cafeína entonces, tendrás que despertarme con lo que has descubierto.

—No es gran cosa, me temo. Investigué las universidades. Si Mayers tenía la ambición de dar clases, seguramente optaría por su pasión: ¿Psicología? No le veo en la Universidad de Derecho o en la Escuela de Arte de Leeds, ¿verdad?

—No.

—Así que las tres universidades que ofrecen Psicología son: Leeds Beckett, la Universidad de Leeds y Leeds Trinity. Voy a intentar contactar con los departamentos administrativos hoy, pero estamos en plenas vacaciones navideñas, así que tengo pocas esperanzas. Usando internet, investigué a los profesores que

trabajan en Psicología en todas las universidades. La mayoría tenía fotografías online, así que fue fácil reducir las posibilidades a tres. ¿Tienes un bolígrafo, Mike?

—Sí.

—Aquí tienes tres profesores varones de Psicología, sin fotografías en línea, todos de unos cincuenta y tantos años.

Gardner los leyó y Yorke los anotó.

—Entonces, si consigues sus direcciones de la central, Mike, ¿podría visitarlos esta mañana?

—Buen intento, Emma. Solo hay un sitio al que van a ir esos tres nombres ahora mismo, y es a Rosset. Tendría que estar loco para dejarte ir sola, cuando Rosset tiene ese pequeño ejército a su disposición.

—Mike...

—¿Si cambiáramos los papeles?

Gardner suspiró. —Tomaría la misma decisión.

—Quédate ahí, Emma. Lee las cartas de Mayers que te envío. Te mandaré la contraseña del archivo encriptado por mensaje.

—Vale.

—Estaré allí en unas cuatro horas. Intenta dormir un poco.

—¿Cómo está Patricia?

—Paciente, Emma —suspiró Yorke esta vez—. Que Dios me ayude si no lo fuera.

Alan apiló los cuatro posavasos en la esquina de la mesa de roble y empujó la pinta que realmente no estaba bebiendo hacia la otra esquina. Luego metió la mano en su mochila a sus pies y sacó sus cuatro Hombres de Barro chinos y una regla. Los alineó de manera que estuvieran exactamente a cuatro centímetros de distancia. Se preguntó, brevemente, cómo se vería su colección con el quinto pescador sosteniendo la larga lanza si no hubiera sido utilizada en el asesinato de un empresario chino y guardada en una caja de pruebas.

Como siempre, al contemplar sus figuritas, experimentó una agradable pérdida de la noción del tiempo. Cuando, finalmente, salió de su ensimismamiento, recordó que estaba en el pub del campus, el *Old Bar*. Era la primera vez que venía aquí. Los bares no son el mejor destino si no tienes amigos con quienes beber. A menos que fueras un borracho, claro está, pero semejante estado de ser tan irregular y caótico le repugnaba.

Era Nochevieja. El paso de un año al siguiente representaba orden, así que veía la lógica en sus celebraciones. Tomó un sorbo de cerveza artesanal e hizo una mueca. Sin embargo, no veía la lógica en envenenar el orden natural del cuerpo con esta porquería.

La música tampoco era de su agrado. Cualquier cosa que involucrara cantantes en grupos realmente le crispaba. Detestaba el choque de voces, masculinas o femeninas. Un cantante solista le parecía mejor, pero lo ideal era sin vocalista y con un simple ritmo electrónico. La música caótica era desordenada y le hacía estremecer, mientras que una cadencia perfecta, rápida o lenta, le calmaba.

Los ocupantes de este bar, que eran muchos, no parecían importarles el caos. Alrededor de las mesas, se agrupaban en grupos pequeños y grandes en esta plataforma elevada. A pesar del frío exterior, las mujeres optaban por llevar poca ropa; los hombres, al menos, tenían cierto orden al elegir atuendos similares. Vaqueros oscuros, zapatos y camisas abotonadas.

En la plataforma inferior, a lo largo de la barra, los estudiantes correteaban como ratas bajo una apestosa nube alcohólica.

Por mucho que Alan intentara encontrar orden en el caos que le rodeaba, sabía que había muy poco. Realmente no había otra manera que *su* manera. Se puso la mochila sobre la rodilla y metió una mano dentro. Era responsabilidad suya restaurar el orden.

La música se detuvo. Era hora de la cuenta atrás.

Dos mujeres jóvenes estaban de pie detrás de su mesa, mirándolo. Ambas llevaban vestidos rojos escotados y tenían el pelo largo y rubio. Podrían haber sido gemelas. Fue un destello fugaz de orden. Una burla. Un intento, de origen desconocido, de evitar lo inevitable...

—Diez... nueve...

La cuenta atrás había comenzado. Alan no escuchó los siguientes números porque una de las mujeres guapas estaba hablando: —¿Puedo ver tus figuritas?

—No —dijo Alan.

—Seis...

Ella arrebató una de la mesa. Ambas mujeres empezaron a sonreír.

—Cuatro...

—¿Por qué la pajarita, bicho raro?

—Dos...

—¡Rarito! Te estoy hablando...

—*¡Feliz Año Nuevo!*

Alan disparó a la mujer que sostenía la figurita en la barbilla, y la mitad inferior de su mandíbula quedó colgando.

La música de *Auld Lang Syne* estalló. Todos a su alrededor, incluida la mujer con la cara destrozada, comenzaron a cantar, pero la letra era diferente. No encajaba con la música. Era el ejemplo de desorden más extremo y chirriante que Alan había experimentado jamás.

—*Alan Sants, se mea en los pantalones.*

Se levantó y disparó a la otra mujer a quemarropa en la frente. Ella salió volando por encima de la barandilla que recorría la plataforma elevada.

—*Alan Sants, se mea en los pantalones.*

Se inclinó hacia delante y arrancó la mandíbula de la cara de la mujer de rojo.

—*Alan Sants, Alan Sants.*

Disparó sin apuntar hacia la multitud que lo rodeaba. La gente empezó a caer. Nadie gritaba, simplemente seguían cantando.

—*Alan Sants se mea en los pantalones.*

Continuó matando hasta que no pudo ver nada por la sangre y los cuerpos.

—¿ALAN? El Conducto le acarició la cara—. ¿Alan?

Lo trajo de vuelta suavemente. Realmente estaba empezando a querer a este chico. Más que a cualquiera de los anteriores. Incluso más que a Christian Severance.

Alan lloró, pero también sonrió. No eran lágrimas de felicidad. Eran más que eso. Mucho más. Eran lágrimas de comprensión.

El Conducto lo llevó a la cocina y lo sentó de espaldas al perro, que dormía. Puso un vaso de agua en sus labios y le dejó beber—. No tan rápido.

Dio un sorbo y dejó de llorar. Levantó la mirada—. Gracias, Conducto.

—No me des las gracias.

—Vi cómo podría ser. Vi *lo que* podría ser. Gracias por mostrármelo.

—Tú lo viste. *Tú*, Alan. Yo no lo puse ahí. Fuiste tú.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

El Conducto acercó una silla junto a Alan. Alan se inclinó hacia un lado, de modo que su cabeza descansó sobre el regazo del doctor.

Mientras el doctor le acariciaba el pelo, cerró los ojos y suspiró. El éxito tenía un precio, y la pérdida de Alan sería la mayor hasta ahora—. Arderás por toda la eternidad, mi querido muchacho.

—Gracias, Conducto.

—La idea de ti, el recuerdo de ti, ese es el fuego que siempre arderá. Estoy muy orgulloso de ti.

Alan no respondió. Ya estaba dormido en su regazo.

El Conducto oyó el tintineo de una cadena, y la cabeza de su perro apareció a su lado. Lamió la nuca de Alan.

El Conducto quitó la mano del pelo de Alan y acarició el cráneo marcado de su perro—. Buen perro.

El perro frotó su hocico contra la mano de su amo.

YORKE IBA por el carril rápido, bien avanzado en su viaje de regreso a Leeds, cuando recibió una llamada de Rosset—. Sabemos quién es, Mike.

Yorke sintió que la adrenalina le subía.

—Los dos primeros profesores resultaron estar limpios —dijo Rosset—. El tercer profesor... el Dr. Alexander Harris... bueno, aquí es donde se pone interesante. Según los registros, en todas las bases de datos, Harris existe perfectamente. Dónde nació en Cumbria, sus padres, su educación, hasta su empleo en la Universidad de Leeds como profesor de Psicología. También es psiquiatra en ejercicio en una clínica cerca de Roundhay. Fue su foto de pasaporte la que nos dio un susto tremendo.

—Era Mayers, ¿verdad?

—Sí.

—Así que, ha adquirido una identidad ficticia. No es barato. Pero se puede hacer. —Yorke pensó en el turbio sindicato apodado *Article SE* por la Unidad Regional de Crimen Organizado del Sureste. Sus tentáculos se extendían por todas partes y se cerraban alrededor de muchas empresas criminales en todo el sureste de Inglaterra. Eran responsables de las experiencias de Yorke a principios de este año. No le sorprendería en absoluto que fueran los responsables de crear identidades ficticias por la tarifa adecuada.

—¿Cuál es su dirección?

—También ficticia. Vive en el número ochenta y dos de Edgemont Drive. Edgemont Drive termina en el número 80.

—Entonces, ¿dónde envía la universidad y la consulta de psiquiatría su correspondencia laboral?

—Tiene un apartado de correos en una oficina de clasificación de Royal Mail.

—¿Has ido?

—Sí, con una orden. Hay una gran acumulación de correspondencia. No ha estado allí en unos meses, así que ninguno del personal con quien hablamos puede recordarle.

—¿Qué hay de otro correo? ¿Publicidad? ¿Información electoral? ¿Qué sucede cuando el cartero se da cuenta de que el ochenta y dos no existe?

—Harris redirige *todo* su correo al apartado postal. Nadie tiene motivo para buscar la casa que falta.

—Pero si esta casa está registrada a nombre de Harris en el censo electoral, ¿puede votar?

—Sí. Es una identidad sólida, como he dicho.

—¿Qué opinas? —dijo Yorke.

—Tengo muchas —dijo Rosset—. ¿Por dónde empiezo? Aparte de que comenzará con muchos agentes. La Universidad de Leeds está a punto de llevarse una sorpresa cuando se le pida abrir sus puertas en Navidad. Necesitamos analizar sus cámaras de seguridad e intentar establecer un punto de partida. Debemos hablar con todos sus colegas y sus estudiantes. Ha estado entrando y saliendo de la Universidad a diario. Alguien sabrá algo. ¿Tu opinión?

—No estoy sugiriendo que no le dediques muchos recursos, señor. Pero estoy haciendo de abogado del diablo cuando digo que si entramos con fuerza ahora, puede que se entere y entonces no podremos atraparlo cuando la universidad reabra en enero.

—Entonces, ¿qué hacemos, Mike, arrastrar los pies y esperar a que otro de los pacientes del Doctor Muerte abra fuego en un espacio cerrado?

Yorke se mordió el labio inferior y respiró hondo por la nariz. Era evidente que Rosset estaba alterado y tenía los nervios desgastados. Yorke empatizaba con él. De hecho, después de echar un vistazo a su velocímetro que rondaba los 90, se dio cuenta de que él también estaba igual de alterado.

—No, señor... solo estoy sugiriendo un enfoque más comedido. SABEMOS quién es. Así que, ahora mismo, parece que casi lo tenemos. Que tenemos una mano sobre su hombro. Pero no es así. Sin saber dónde está, estamos jugando con una falsa confianza, y lo único que podemos decir con certeza ahora mismo es que, si vuelve a huir, sabemos que puede cambiar de identidad. ¿Y dónde estaríamos entonces? De vuelta al principio.

—Te necesito aquí, Mike. Eres parte de este equipo. Quiero que estés involucrado en el plan de acción.

—Estaré allí en menos de una hora.

ERA el principio de la noche. Yorke y Gardner estaban zampándose su tercera pinta de ese brebaje pantanoso del norte. En otra ocasión, Yorke habría admitido que estaba empezando a disfrutarlo y, como con todas las buenas cervezas, solo hacía falta un tiempo para adquirir completamente el gusto. Sin embargo, no estaba de humor para hablar de cerveza, solo para beberla.

Les llevó casi las tres pintas repasar el plan de acción de Rosset que, a primera hora de la tarde, ya había comenzado a funcionar a pleno rendimiento.

—¿Y tú estabas allí? ¡No suena como ningún plan de acción en el que tú participarías!

Yorke tragó un sorbo de cerveza. —Parece que el enfoque sutil es una colección de palabras prohibidas por aquí. La comisaría prácticamente se convirtió en un centro de llamadas, y todos los empleados de la universidad, *incluido el personal de la cafetería*, fueron arrastrados a patadas y gritos desde sus celebraciones navideñas.

—Dios mío. ¿Rosset no está preocupado por que la prensa se involucre?

—Están intentando amordazarlos mientras hablamos.

—Eso nunca nos fue bien en el pasado.

—Oídos sordos, Emma.

—Louis Mayers no volverá.

—De nuevo, oídos sordos. Parecen pensar que caminará directamente hacia sus manos.

—Ese hombre es un fantasma.

—¿Adivinas lo que voy a decir?

—¿Algo relacionado con oídos? —Gardner terminó su pinta—. ¿Qué hay de la situación de Lacey Ray?

—Ni siquiera puedo empezar a imaginar el proceso necesario para conseguir que un niño de siete años entre en un hospital psiquiátrico de alta seguridad, y mucho menos que se ponga delante de un asesino en serie infame.

—No puedo imaginar que exista uno.

—Precisamente. Ella estaba empeñada en que no iba a revelar nada sin verlo.

—¿Merece la pena intentarlo de nuevo?

—Quizás dentro de un par de días, cuando el enfoque agresivo de Rosset fracase estrepitosamente.

—Pareces agotado, Mike.

—Sí. Al menos pude ver a Patricia anoche. Estos viajes por toda Inglaterra son una pesadilla. No ayuda que sea *aquí*. Nunca pensé que volvería a este rincón del mundo. Muchos malos recuerdos aquí. —*Y buenos*, pensó, *dependiendo de cómo lo mires*.

—¿Por tu mejor amigo, Brandon? ¿El que murió?

—Entre otras cosas. —Terminó su pinta—. Creo que deberíamos irnos a la cama ya, Emma, la barra me está llamando y, con lo que tenemos entre manos, no creo que sea buena idea.

—Mike, después de nuestra última conversación aquí, investigué un poco en internet. Sé lo que te pasó mientras estabas en la universidad... lo siento.

Yorke respiró hondo. No le sorprendía en absoluto. Había revelado bastante en la última conversación. Después de todo, ella era ex-policía y no se habría quedado dormida con un misterio así.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. Yo habría hecho lo mismo. Yo tengo la culpa por beber demasiado y soltar demasiado.

—¿Por qué tienes tú la culpa, Mike? ¿Por qué está tan mal que hables de estas cosas? Tú no hiciste nada malo.

—No detectar algo claro y obvio frente a mí antes de que murieran personas es considerado un error en mi libro.

—Estabas enamorado.

—No es una excusa.

Gardner se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre la de él. —También eras un crío. ¿Patricia lo sabe?

—Sí. Sin secretos. Trabajamos en un mundo de secretos... no los queremos en casa.

Habiendo mentido, desvió la mirada. Patricia le había ocultado secretos, después de todo. Su padre, Douglas Firth, había estado

relacionado con el crimen organizado, y ella casi muere en un accidente de coche como resultado de ello. Era un secreto que había salido a la luz a principios de ese año. Una revelación sangrienta que había causado un brutal estragos en sus vidas. Pero eso ya se acabó. No más secretos. Ella se lo había prometido, y él la creía.

Yorke retiró su mano de la de Gardner. —Esto quedó en el pasado hace mucho tiempo. Hace más de la mitad de mi vida. Ahora soy una persona diferente. Además, no es relevante para nuestra situación actual.

Gardner asintió. Su expresión estaba llena de compasión.

—Estoy agotado —dijo Yorke—. Y necesito acostarme temprano. Tú y yo empezamos pronto. Necesitamos encontrar a Mayers antes de que se entere de la caza que está liderando Rosset. ¿Estás dentro?

—¿Tienes que preguntarlo?

—¿Entonces, sin distracciones?

—Sin distracciones.

LACEY SIEMPRE SOÑABA VÍVIDAMENTE, y a menudo se despertaba desorientada. Le llevó unos momentos darse cuenta de que seguía en su celda, o su «Sala de Convalecencia» como la denominaban los fundadores del hospital Princeholm, y que algo iba mal.

Muy mal, de hecho.

Cuando intentó levantar la cabeza de la almohada y no pudo, comprendió que estaba paralizada. Como no era de las que se alteraban fácilmente, Lacey simplemente consideró por qué podría ser. Había oído hablar de la parálisis del sueño, así que potencialmente podría ser eso, lo que significaba que el movimiento podría recuperarse en cualquier momento. Por supuesto, existía la posibilidad más grave de un derrame cerebral y, si el daño era permanente, el síndrome de enclaustramiento. Pero *seguía* sin entrar en pánico. Si fuera necesario, poseía la capacidad de retirarse dentro de sí misma y vivir el resto de su vida natural en su Sala Azul.

Sus ojos funcionaban, así que escudriñó su Sala de Convalecencia. Las luces estaban atenuadas al anochecer, y solo un ligero resplandor se deslizaba a través de una franja sobre su puerta...

Su mirada se posó en el hombre sentado en la esquina de su habitación.

De nuevo, sin pánico. No estaba en su naturaleza. Pero sabiendo que esta situación no podía ser buena, intentó moverse otra vez.

Nada.

No podía hablar, pero logró producir un sonido gutural, lo que al menos le dio alguna indicación de que algunas partes de su cuerpo seguían funcionando.

—¿Está consciente entonces, Lacey? —Era el Dr. Stewart Holden —. Estoy seguro de que no está entrando en pánico, pero si lo está, me gustaría tranquilizarla diciéndole que esta condición es temporal. Le he administrado una combinación de fármacos, uno de los cuales es un agente bloqueador neuromuscular. Impide la transmisión de impulsos nerviosos. Existe riesgo de insuficiencia respiratoria, por eso he estado vigilándola y he traído algo de equipo. —Señaló la bolsa de lona a sus pies—. Me gustaría que supiera que no morirá esta noche porque no temo que me denuncie. —Se puso de pie—. No habría diversión en eso para usted, Lacey. Ninguna diversión en absoluto. Ya me ha contado sus intenciones de atraparme en su Sala Azul. Así que no veo razón por la que se desviaría de su plan original, independientemente de lo que ocurra en esta habitación esta noche.

Se acercó a la cama. La ración de luz del pasillo exterior acentuaba los ángulos afilados y huesudos de su rostro. La miró desde arriba. Lacey esperaba que sonriera, que se deleitara en su recién descubierto dominio. En cambio, le acarició la cara.

Lo *sintió* e intentó apartarse, pero permaneció inmóvil.

—Ahora se dará cuenta de que algunas sensaciones permanecen. —Su mano se movió hacia su cabello.

Consideró retirarse a su Sala Azul, pero entonces se perdería el juego de Holden. Quería conocer sus intenciones, porque eso

alimentaría lo que vendría después. Y habría un después. *De eso, Dr. Holden, puede estar seguro.*

—Soy un narcisista igual que usted, y deseo dominar, como estoy haciendo ahora. Pero eso ya lo sabía, ¿verdad? Es fácil reconocer a las almas gemelas. Una de sus sugerencias me irritó y me trajo a su puerta esta noche. ¿Cómo me llamó? ¿Una rata hurgando en la suciedad, alimentándose y defecando, y esperando la vulnerabilidad? —Señaló su cinturón—. ¿No me describió desabrochándome esto? ¿Preparándome para follarla? ¿Cree que me ensuciaría con sus jugos, Lacey? —Quitó la mano de su pelo y retrocedió un paso—. ¿Y luego, qué vino después? Una cucaracha, creo. ¿Escabulléndose en la esquina, manteniéndose viva para soportar sus formas sádicas? —Sonrió por primera vez—. Dijo que la subestimé. ¿Cree que ahora es posible que usted me haya subestimado?

—Planeaba ofrecerme libre albedrío en su Sala Azul, así que en interés de la equidad, voy a ofrecerle lo mismo. Como no puede hablar, le pediré que mueva los ojos. Esta noche, preparé mi carta de renuncia, con efecto inmediato. Tengo suficiente seguridad financiera para alejarme de este trabajo. Su elección es esta: parpadee una vez si quiere que renuncie. Entonces, nunca tendrá que verme de nuevo. Suena como un sueño hecho realidad para una víctima, ¿no? Le estoy ofreciendo salir de su vida para siempre. Nunca más ser visto, nunca ser llevado a su Sala Azul. Ahora, la segunda opción. Parpadee dos veces, si quiere soportar lo que he traído conmigo esta noche. —Señaló hacia la puerta—. Fuera de esta habitación.

Lacey sabía que lo que la esperaba detrás de esa puerta sería particularmente desagradable, pero la perspectiva de perder su control sobre Holden y nunca tener su tiempo especial con él... Eso era algo que *jamás podría* soportar. Parpadeó dos veces.

—Predecible —dijo Holden.

Ella quería decir: «*Predecible* será la primera palabra que grabaré en tu pecho». En su lugar, movió los ojos hacia la puerta para ver a dónde la había llevado su decisión.

Holden dejó su lado de la cama y fue a abrir la puerta.

El guardia alto que la había escoltado a la oficina ayer para su reunión con el DCI Yorke entró en la habitación. Este corpulento saco de carne normalmente se pavoneaba por el hospital lleno de confianza. En este momento, parecía nervioso. Al entrar en la habitación, miró varias veces entre Holden y Lacey. Holden cerró la puerta tras el guardia y volvió a sentarse en su silla en la esquina.

El guardia se acercó a la cama de Lacey y luego miró de nuevo a Holden.

—¿Tiene que quedarse?

—¿Realmente te incomodaría?

—Quizás.

—A juzgar por tu cara roja, Stan, has tomado la pastilla que te di. No habrá problemas.

Stan se volvió, cogió la manta de Lacey y la retiró. Ella sintió cómo el aire frío se posaba sobre su piel. Sería agradable si eso fuera una señal de que la parálisis iba a aliviarse rápidamente y permitirle moverse, pero sabía que eso era un pensamiento ilusorio.

Mientras Stan le quitaba los pantalones del pijama, se dio cuenta de que todavía tenía una opción. La Sala Azul siempre había sido un buen lugar para refugiarse cuando tenía relaciones con clientes repulsivos en sus días como acompañante, y esta noche, podría ofrecer el mismo santuario. Podría desaparecer fácilmente y, cuando volviera, Stan ya se habría ido hace tiempo. Pero había un coste. No experimentar aquello a lo que el Dr. Holden la estaba sometiendo sería una oportunidad desperdiciada para alimentar el fuego, y cuanto más intensamente ardiera ese fuego, más placer obtendría cuando finalmente le llegara el turno con el doctor.

Ver a Stan quitarse los pantalones, ponerse un condón y luego lubricarse con vaselina resultaba particularmente repugnante, pero solo sirvió para hacerla más decidida. Sus ojos se dirigieron a los del Dr. Holden. Estaba sentado en la esquina con los brazos cruzados, sonriendo. Pensó en la elección que le ofrecería entre sus ojos y sus dedos, y cuánta alegría le proporcionaría su decisión. Entonces, Stan le bloqueó la vista de Holden cuando torpemente se colocó encima de ella.

Mantuvo contacto visual con aquella masa pulposa de inmundicia mientras la penetraba. Esperaba que la criatura pudiera leer las intenciones en sus ojos mientras la violaba y ver el destino que también le aguardaba. El sudor que le caía en los ojos le hizo parpadear, rompió el contacto visual, bajó la cara y aumentó el ritmo. Ella dirigió la mirada al rostro sonriente de Holden. Él sabría que a pesar de haberla inmovilizado, la había dejado capaz de tener alguna sensación. Él *sabía* que ella estaría sintiendo cada una de las brutales embestidas de ese cerdo. A medida que el dolor se intensificaba, emitió el único sonido del que era capaz. Un gemido profundo y *hueco*.

Luchó contra el creciente impulso de tomarse un descanso en su Habitación Azul. Había elegido el azul porque era admiradora de los métodos chinos. Utilizan la luz azul para aliviar enfermedades y tratar el dolor.

Otro método chino del que era admiradora era el Lingchi. Algún día, sometería al saco de carne que tenía encima a la muerte por mil cortes. Intentó sonreír; si realmente se materializó en su rostro paralizado, no estaba segura. Después de eyacular, Stan se bajó de ella. Ahora vacío de su impulso sexual, parecía arrepentido. Sin quitarse el condón, se subió los pantalones.

Una vez más, Lacey quiso sonreír. *Por meterte dentro de mí, te disculparás después de cada uno de los cortes. Tus últimas palabras en esta tierra serán mil disculpas.* Observó al Dr. Holden ponerse de pie. *Mientras que tú, Doctor, no podrás disculparte, porque voy a meterte la mano por la garganta y arrancarte las cuerdas vocales.*

Holden abrió la puerta. —Puedes irte ahora, Stan.

Stan se escabulló hacia la puerta, aún abrochándose el cinturón. Lacey notó que agachaba ligeramente la cabeza al salir para evitar golpearse la parte superior.

Holden cerró la puerta y se rio. —Siente culpa ahora, Lacey, pero dale un día para recargarse, y sus impulsos incontrolables y disfuncionales volverán. Pero vamos, ¿quiénes somos nosotros para juzgar? ¿Acaso no somos todos víctimas de nuestros impulsos? En tu fantasía, ibas a ofrecerme la misma elección dolorosa cada día. Yo,

ahora, te devolveré tu gentileza. Cada noche, volveré a tu habitación con Stan y te ofreceré la misma elección que te di hoy.

Abrió la puerta para salir. Se detuvo un momento en el umbral y luego se volvió. —Cada noche hasta que me supliques la muerte.

Se marchó y cerró la puerta.

Qué amable por tu parte, Doctor, pensó Lacey, *tomarte tiempo de tu ocupada agenda para jugar un pequeño juego conmigo...*

19

30 DE DICIEMBRE

CHARLOTTE SUSURRÓ SU despedida, dio un paso hacia el vacío, pareció flotar un instante como desafiando a la gravedad, y luego desapareció. Yorke, que había extendido la mano apenas un momento antes, cerró el puño en torno a la nada, cerró los ojos y esperó el sonido final de su existencia. No oyó nada. ¿Quizás estaba demasiado alto para oír algo? ¿Quizás estaba en estado de shock? Respiró hondo, intentó recuperar el control de sí mismo, y entonces comenzaron los gritos desde abajo. Eso sí podía oírlo perfectamente. El sonido de aquellas pobres personas tropezando con lo incomprensible. Se tapó los oídos con las manos; se mordió el labio inferior para contener sus propios gritos y corrió de vuelta por la azotea hasta la puerta de emergencia. ¿Cómo podía hacer algo así? ¿Cómo podía alguien hacer algo así? Por supuesto que ya conocía las respuestas a estas preguntas, y a todas las preguntas subsiguientes que llegaban como rápidas picaduras de abeja. Las conocía porque había visto las respuestas en aquellos ojos. En el vacío, en la negrura, en la oquedad de aquellos ojos. Pero, ¿cómo no había visto esas respuestas antes de este momento? Siempre me dicen lo agudo que soy. Lo perspicaz que es mi ojo para los detalles. Detalles. El diablo está en los detalles. Abajo los gritos animales se intensificaron. Buscaban sus propias respuestas a través de un alarido gutural de angustia y repugnancia. Finalmente, lejos de los gritos y tras la puerta de emergencia, Yorke se deslizó hasta el suelo. Luchó contra las lágrimas. Se había ido. Una breve vela. Un simple parpadeo de dieciocho años. Extinguido para siempre. No podía contener las lágrimas por mucho más tiempo. Llegaron con toda su fuerza y desahogó su corazón en lo alto de la escalera...

...Yorke se incorporó en la cama del hotel y dejó que el edredón se apartara de su cuerpo húmedo. Estiró el brazo hacia la mesita de noche para coger su vaso de agua y se lo bebió entero. Desnudo, salió de la cama y fue al baño. Tenía los ojos hinchados y se

preguntó si habría estado llorando mientras dormía. Al recorrer con los dedos su rostro dañado en el reflejo, pensó en Borya con su cúter. Pensó en Lewis, Terrence, Christian y todos los otros monstruos que habían salido reptando desde el corazón de las tinieblas.

Pensó en Charlotte.

Pensó en su intimidad, su vínculo, su amor.

Una mentira. Ella no había sentido nada. No había sido capaz. Se lo había dicho antes de abandonar este mundo.

Él amaba a Patricia, pero nunca había amado tan apasionadamente, tan *devastadoramente*, como había amado a Charlotte.

Y ella había sido otro monstruo como todos esos otros monstruos. Reginald, Mayers, Lacey.

Sin embargo, aún quería verla otra vez. Contemplar su hermoso rostro. Esos sentimientos nunca desaparecían. Ah, solo verla, aunque fuera una vez...

Se acercó al escritorio, inició sesión en su portátil y escribió el nombre completo de ella en la barra de búsqueda. El primer resultado...

Estudiante asesina cae cuatro pisos hasta su muerte. Presunto suicidio.

Hizo clic. Había una fotografía del edificio en el campus universitario. El edificio sobre el que había estado de pie en su sueño, minutos antes, y en realidad en 1994.

Había una foto de ella con un vestido de cóctel en su residencia para el *baile de San Valentín de Boddington Hall*. Había sido una de sus primeras citas. Se habían besado toda la noche.

Recorrió su rostro con los dedos. Joven, hermosa, aparentemente inocente. Luego cerró el portátil. Solo había querido verla. Recordarla por un momento. Ahora podía sentir que volvía a la realidad. Patricia era la persona a quien amaba ahora. Charlotte pertenecía a un tiempo diferente, y él había sido una persona muy diferente...

Lacey Ray. *«Mi hijo... Tobias... Solo quiero ver a Tobias otra vez».*

¿Podría ser esto todo lo que Lacey quería?

¿Ver?

¿Bastaría con una fotografía?

Le costó varias llamadas telefónicas, pero Yorke consiguió los datos de contacto de Jane Young. La primera parte de su conversación fue previsiblemente explosiva. Ella reconoció el nombre de Yorke y, aunque él no tenía la culpa, lo asociaba con los momentos más oscuros de su vida. El secuestro de su hijo por Lacey Ray y el asesinato de su esposo, Simon Young, por la misma persona. No le hizo ninguna gracia la petición de Yorke de una fotografía reciente.

—Sigue destrozado, ¿sabe?

—Lamento oír eso, señora Young.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí.

—¿Le responden cuando les habla? ¿Le miran a los ojos?

—Sí, señora Young, lo hacen.

—¿Se emocionan cuando están contentos? ¿Lloran cuando están tristes?

—Sí.

—Entonces, ¿puede siquiera empezar a comprender lo insultante que es esta petición? ¿Quiere que le entregue algo sentimental a la persona que arruinó a Tobias y arruinó mi vida?

—No fingiré entender el dolor por el que está pasando, señora Young. Lo que ha experimentado, lo que aún está experimentando, es inaceptable. Hicimos todo lo posible para evitar que sucedieran todas esas cosas...

—No lo suficiente.

—...y estamos aquí para usted en cualquier forma que podamos en el futuro.

—Estoy completamente sola, detective. ¿Lo sabe? Completamente sola con un niño que ya no puede funcionar en sociedad.

—Lo siento muchísimo.

—Ella mató a mi marido.

Que era un hombre muy malo, y la causa principal de tu sufrimiento. —Lo siento.

—De vez en cuando, los colegas de Simon me dan dinero. ¿Por qué lo hacen? ¿Les importa?

—No lo sé —dijo Yorke.

—¿Están intentando comprar mi silencio?

Yorke vio esta grieta en la fachada de la organización criminal Young Properties. Era una grieta en la que Yorke, como agente de la ley, debería estar indagando. Pero también era una grieta para la que no tenía tiempo ahora mismo. Hizo una nota mental para informar a SEROCU, la Unidad Regional de Delincuencia Organizada del Sudeste. ¿Se volvería ella contra aquellos que su marido solía dirigir?

—Creo que si envía una fotografía reciente, señora Young, salvará vidas. Por ello, no solo contará con mi gratitud, sino con la gratitud silenciosa de todas aquellas familias que no serán destrozadas por las futuras acciones de este criminal.

—¿Y eso es todo lo que puede ofrecerme?

Parece una oferta extraordinaria para cualquier persona con moral normal, pensó Yorke, *pero supongo que cualquiera que estuviera casada con Simon Young, y claramente consciente de su bancarrota moral, probablemente tendría un déficit propio.*

Ella suspiró. —De acuerdo, la enviaré. Que vea lo demacrado que está mi hijo. Si dice quererlo tanto como afirma, espero que le cause mucha incomodidad. Haré la fotografía con mi móvil y la enviaré por correo. ¿Podría darme una dirección de correo electrónico, por favor?

Mientras Yorke le daba su dirección de correo electrónico policial segura, sintió que los jugos de su estómago empezaban a hervir.

Después de varias agotadoras sesiones matutinas con Alan, el Conducto se tomó un tiempo para sentarse con Saskia. Observó que sus vendajes faciales estaban húmedos de sangre y necesitaban urgentemente un cambio, pero necesitaba un momento de descanso antes de hacerlo.

Saskia lloraba y murmuraba para sí misma, y el Conducto reconoció su estado de shock extremo. Requeriría un extenso trabajo, pero al menos había sobrevivido la noche y ahora se había aclimatado a una dosis más segura de analgésicos. Se sentó junto a ella con la cabeza de ella sobre su regazo. Le acarició el pelo como había hecho con Alan el día anterior.

—Aristóteles dijo una vez que la amistad es una ayuda "para realizar acciones nobles, porque *dos que van juntos* son más capaces de pensar y actuar". Mañana es un gran día para mi amigo Alan. Sus acciones serán nobles y, aunque yo no estaré físicamente allí, estaré mentalmente con él para ayudarle a pensar y actuar mejor —hizo una pausa—. Pero luego él se habrá ido —miró el fuego que había encendido antes, ardiendo en la chimenea. Estaba sucumbiendo a un raro momento de emoción extrema. Luchó por contenerse y lo reprimió—. Pero aún te tendré a ti, Saskia. Y espero que nosotros dos podamos avanzar juntos hacia un nuevo capítulo. Mis ideas, mis filosofías, evolucionan continuamente, y creo que eres exactamente lo que estoy buscando —señaló hacia el escritorio en la esquina de la habitación—. Esos libros de allí, Saskia, lo contienen todo. Cada momento desde mi renacimiento como el Conducto. Experiencias, aprendizajes, esperanzas, sueños... todo. Un día esas obras inspirarán a una generación. En lugar de temer mis descubrimientos, los abrazarán. Aprenderán de ellos, y todo cambiará. De la misma manera que lo hicieron Freud, Kraepelin, Bleuler...

Cerró los ojos, durmió y soñó con la grandeza.

Lacey Ray pasó la mañana sintiéndose nauseabunda y, mientras estaba sentada tras el escritorio en el despacho del Dr. Holden, mirando al pequeño canalla, consideró vomitar a chorro. Entonces, con suerte, Stan, el violador que estaba detrás de ella, acudiría en ayuda del doctor, y ella estaría lo suficientemente cerca para lanzarse hacia delante y arrancarle la nariz de un mordisco...

—Pareces un poco pálida, Lacey. ¿Estás menstruando?

—No dormí muy bien, doctor. Es importante dormir bien. Debería disfrutar de sus últimas noches haciéndolo. Especialmente mientras siga *íntegro*.

Holden sonrió y deslizó algo sobre la mesa hacia Lacey. —Esto podría hacerte sentir un poco menos enferma.

Ella bajó la mirada hacia la fotografía impresa de Tobias.

Anoche, Lacey se mantuvo en calma durante una experiencia que habría destruido las mentes de la mayoría porque nunca había estado a merced de la emoción. Sin embargo, ahora mismo, sintió que su corazón se aceleraba.

Mi chico. Ya crecido. ¡Siete años! Qué maravilla...

Acarició su rostro pálido. *Mi guapo muchacho...*

—Muerto tras los ojos —dijo Holden.

Lacey ignoró al irritante y continuó acariciando a su hijo. Sus cadenas tintinearon.

—¿Estás llorando? —dijo Holden—. Jesús, ¿esas lágrimas son reales?

Lacey levantó la mirada. —Michael Yorke es un hombre íntegro. Hay pocos como él en el mundo. ¿Tiene un bolígrafo, doctor? Necesitará anotar esto y entregárselo palabra por palabra.

Yorke estaba en el coche con Gardner cuando recibió la llamada del Dr. Holden.

—Ha funcionado, detective. Se ha derrumbado.

Yorke miró a Gardner con los ojos muy abiertos. Ella también mostraba la misma expresión intensa.

—Quiere que le lea esto: "En las cartas que destruí, él hablaba de una cafetería favorita en la que a veces escribía sus cartas. Aunque no nombraba la cafetería, proporcionaba detalles de lo que podía ver. En una carta, describía un skate park. En otra, un estanque de patos y unos jardines botánicos. Usé Google Earth

durante mi tiempo de internet. Hay un lugar en el parque Roundhay que encaja con las descripciones. Se llama Swan Café". Eso es todo.

—¿Tiempo de internet? —dijo Gardner.

Yorke le lanzó una mirada fulminante a Gardner. ¡Realmente no podía evitarlo!

—¿Quién es? —dijo Holden.

—Mi compañera. No pasa nada.

—Sí, a nuestros pacientes se les concede tiempo de internet. Similar al tiempo de biblioteca. Pueden usarlo para noticias, investigación, entretenimiento. Hay controles estrictos y siempre están vigilados. Por ejemplo, no usan redes sociales ni contactan con nadie.

Esto no preocupaba a Yorke. Lo único que le preocupaba ahora mismo era el hecho de que el Dr. Louis Mayers frecuentaba el Swan Café. Era la pista más importante hasta la fecha. Después de agradecer a Holden, contactó con Rosset para contárselo.

—Joder, bien hecho, Mike.

—Voy a ir ahora mismo a hablar con el personal y el dueño —dijo Yorke—. Te sugiero que pidas a algunos de tu equipo que empiecen a identificar puntos de CCTV en los alrededores. En algún momento, recientemente, el Dr. Louis Mayers entró en ese café. Si lo captamos en CCTV, potencialmente podríamos seguirlo hasta su vehículo, y con el ANPR, podríamos tenerlo antes del anochecer.

Después de colgar, se detuvo para introducir Roundhay Park en el navegador. Notó que sus manos temblaban ligeramente. La adrenalina corría por sus venas.

Veinte minutos.

Su teléfono sonó de nuevo. Era Patricia. Como estaba parado ahora, se llevó el móvil a la oreja. —Hola Pat.

Estaba llorando.

—¿Pat? ¿Estás bien?

—No, Mike. Es Lexi...

—¿Qué ha pasado?

Tosió entre lágrimas. —Terrible...

—Pat, ¿qué le ha pasado a Lexi?

—Su padre, ese maldito monstruo, la ha pegado. Ella y Ewan fueron a contarle lo de su compromiso, y él perdió los estribos.

—¿Dónde están ahora?

—Ewan está bien. Consiguió apartarlo de ella, pero... —Empezó a llorar de nuevo. Nunca la había oído así. Sintió el familiar frío en su cuello. *No... no... eso no. Por favor, eso no.*

—Le ha fracturado el cráneo. Está en cuidados intensivos.

—Dios mío... ¿y?

—No saben. Están a punto de operarla. —Lloró de nuevo—. Mike, por favor, te necesito.

—Voy para allá. Tardaré horas, pero voy.

—Gracias.

—Mantenme informado. Te quiero...

Le explicó a Gardner lo que había sucedido, conteniendo sus propias lágrimas. —¡Su padre es un fanático religioso, y peligroso. Probablemente pensó que Lexi lo abandonaba a él y a su religión por unos infieles! —El temblor que Yorke experimentaba antes de la llamada telefónica se había intensificado ahora.

—Mike. —Gardner le agarró del brazo—. ¿Estás en condiciones de conducir?

—Estaré bien. Necesito dejarte. ¿Puedes coger un tren o autobús de vuelta al hotel?

—Roundhay está cerca de donde se toma la autopista, Mike, déjame allí. Puedo adelantarme entrevistando al dueño y al personal del Swan Café antes de que Rosset haya siquiera informado a su equipo.

—No eres policía, Emma.

—Y una mierda que no lo soy. Cuando esto termine, quiero volver.

—Son buenas noticias... —Aún podía sentir las lágrimas amenazando con salir—. Pero no es legal...

—Déjame allí, Mike. Ya tienes bastante de qué preocuparte. Además, de todos modos cogería un taxi para ir allí.

GARDNER SE PREGUNTABA por qué Mayers había elegido el Café Swan como lugar para reflexionar y escribir sus cartas. La pequeña cabaña circular realmente no tenía nada de especial. El lugar ni siquiera parecía tener calefacción central, y Gardner no se sintió más cálida después de dejar la nieve fuera.

Había unas siete mesas pequeñas alrededor del café. Cada una festivamente decorada con una vela apagada en un portavelas de "Feliz Navidad". No había nadie más en el café, pero aún era temprano, y parecía que acababa de abrir.

Sin quitarse el anorak de esquí, tomó asiento junto a una estantería. Echó un vistazo rápido y cogió un ejemplar de Cumbres Borrascosas de Emily Brontë. Alguien salió al mostrador desde la cocina. Era una chica joven en el mostrador, adolescente tardía, como mucho principios de los veinte, y por lo tanto probablemente no la dueña.

—Se pide en el mostrador, señorita —dijo.

—Ah, vale. —Gardner se levantó y caminó hacia el mostrador—. ¿Cuánto cuesta este libro?

—Lo que usted quiera. Solo es una donación. Leí ese para mis exámenes finales. Me pareció inquietante. Especialmente Heathcliff.

—Los hombres crueles suelen tener ese efecto —dijo Gardner—. ¿Puedo tomar un capuchino, por favor? Me llamo DI Emma Gardner. ¿Sabes cuándo estará el dueño?

—Serían mis padres. Ninguno está hoy aquí. Yo me encargo de la mayoría de los turnos durante mis vacaciones... ¿Chocolate en su capuchino?

—No, gracias. Entonces, ¿estás de vacaciones de la universidad?

—Sí. ¿Desea algo más con su café?

Gardner señaló los flapjacks. —Uno de esos, por favor. ¿Qué estudias?

—Especialidad en Filosofía, secundaria en Psicología —dijo la joven, levantando la cúpula de plástico y sacando un trozo de flapjack con pinzas—. Estos están deliciosos. Ayudé a mamá a hornearlos.

—Y sin gluten —dijo Gardner—. Lo que significa que me sentarán bien. ¿Cómo te llamas, por favor? —Sacó una libreta de su bolso.

—Lyra Cross.

—¿Tu madre y tu padre?

—Lydia y Malcolm Cross.

Gardner lo anotó. —¿Hace mucho que tu familia tiene este café?

—Desde que yo tenía diez años.

—Viviendo y trabajando juntos. Seguro que sois muy unidos. Deben echarte de menos cuando estás fuera.

—Nunca estoy fuera. Voy a la universidad aquí.

—¿La Universidad de Leeds?

Asintió.

El corazón de Gardner dio un vuelco. Se bajó la cremallera del anorak y sacó la fotografía de Louis Mayers. La colocó en el mostrador. —¿Lo reconoces?

Lyra miró la foto fijamente. Gardner la observaba. Su párpado se crispó, y se mordió el labio inferior. Sin embargo, era difícil interpretar esto porque había estado incómoda desde el principio. La mayoría de los jóvenes de diecinueve años lo están cuando hablan con la policía. —No... lo siento.

—Mira de nuevo, Lyra. Creemos que trabaja en tu universidad y que su nombre es Dr. Alexander Harris.

Lyra accedió. —Tal vez... hay varios profesores mayores. Este podría ser uno de ellos, supongo, pero no me da clase.

—Tenemos motivos para creer que a veces viene a tomar café aquí. Es lógico. Está a un tiro de piedra de la universidad.

—Lo siento, nunca le he visto por aquí.

Gardner volvió a guardar la fotografía en su bolsillo interior. —¿Estarás estudiando en la universidad durante el periodo lectivo? Supongo que es entonces cuando él viene, quizás durante su hora de comida. ¿Te importa si contactas con tu madre y tu padre, señorita Cross? Es realmente importante que intentemos encontrar a este hombre.

—Por supuesto... ¿qué ha hecho?

—No sabemos si ha hecho algo. Solo necesitamos descartarlo de nuestras investigaciones.

—Os traeré el café y la tarta y luego iré a la cocina para llamar a mi padre. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

—¿Y vigilarás la cafetería por si entra alguien mientras estoy dentro?

Gardner asintió.

En la mesa, Gardner masticaba su barrita de avena mientras miraba por la ventana de la cafetería. Una pequeña familia estaba alimentando a los patos a pesar del cartel que les indicaba que no lo hicieran.

De repente, sin razón aparente, Gardner no solo sintió frío, también se sintió muy sola.

Yorke sabía que estaba abusando de su posición al exceder el límite de velocidad, pero había entregado todo lo que tenía en nombre de la justicia durante años, así que ahora, con una emergencia familiar, se perdonaría a sí mismo este lapso de responsabilidad.

Si una cámara le captaba, o si era avistado por un compañero, comprobarían su matrícula. Le identificarían como un DCI, y no habría persecución, aunque podrían cuestionarle más tarde. Aun así, conducir a más de ciento cuarenta kilómetros por hora durante casi cuatro horas no era algo que le entusiasmara o disfrutara. Ya estaba exhausto después de una semana entera de maldita conducción.

Afortunadamente, el tiempo estaba de su lado, y las carreteras no estaban congestionadas. Patricia le llamaba regularmente para darle actualizaciones, pero ofrecían muy poco porque Lexi seguía en cirugía. Estaban intentando aliviar la inflamación en su cerebro.

Se alegraba de que el padre de Lexi estuviera bajo custodia. Con toda su pretensión religiosa, Art Franco no era más que un matón cruel y violento. A Yorke le encantaría enfrentarse a él en la sala de interrogatorios, pero el procedimiento correcto impediría que eso sucediera.

Ahora, mientras conducía, se sentía inundado de culpa. ¿Acaso él no había respondido también con sorpresa, o más bien, *horror*, cuando Ewan y Lexi anunciaron su compromiso? Vale, puede que no

fuera un fanático religioso violento y agresivo, pero ¿no demostraba eso cierta estrechez de mente?

Apretó los dientes, pisó el acelerador y le rogó a Dios que Lexi estuviera bien.

Lyra Cross se sentía extraña. Cerró la puerta que la separaba de la sala de la cafetería y se apoyó contra el fregadero de la cocina.

Ella *conocía* al Dr. Alexander Harris. No solo era un profesor popular en su universidad, sino que también venía regularmente a tomar café. A menudo, si la cafetería estaba tranquila, y ella misma estaba entre clases o en su día libre, se sentaban a charlar.

Era enigmático y carismático, lleno de anécdotas y sabiduría. Parecía tan apasionado por la filosofía como por la psicología, por lo que podían pasar muchas horas discutiendo sobre Platón y Aristóteles.

¿Por qué había mentido? Él era un hombre mayor, con mucha experiencia, que podía cuidar de sí mismo. Si la policía lo buscaba, no debería haber nada que le impidiera cumplir con su deber... nada. ¿Por qué de repente se sentía *protectora* con él? Podría ser peligroso...

Cogió el teléfono y marcó un número que conocía, pero no recordaba haber aprendido o usado antes. De repente se sintió correcto. Este era su deber hacia el Dr. Harris. Él necesitaba ser *protegido* de la agente de policía que acababa de entrar en la cafetería. Era él quien estaba en peligro.

Sí, se sentía correcto... pero ilógico... ¿qué estaba haciendo? ¿Era posible detenerse a sí misma?

—¿Diga?

—¿Dr. Harris?

—Sí, ¿quién es, por favor?

—Lyra, de la Cafetería Swan.

—Ah, querida. Supongo que alguien ha venido buscándome.

—Sí, doctor, una agente de policía. Una mujer.

—Inevitable, supongo. ¿Está sola?

—Sí.

—Cree que estás llamando a tu padre, ¿no es así?

—Sí... ¿Doctor Harris?

—¿Sí, querida?

—No estoy segura de lo que estoy haciendo.

—Sabes lo que estás haciendo. Cierra los ojos por un momento y recuerda aquel cálido día de junio, cuando confrontamos la filosofía de Descartes. ¿Recuerdas?

—Sí. Pienso, luego existo.

—¿Todavía sientes calor, Lyra?

—Mucho.

—Bien. Esto es lo que quiero que hagas.

—Lo que tú digas. —Escuchó atentamente sus instrucciones.

Después, él dijo: —Y si alguien más entra en la cafetería, debes decirles que no sabes quién soy. ¿Entiendes?

—Sí.

—Adiós, Lyra.

—Adiós, Doctor.

A pesar del frío, Lyra sí sentía calor ahora. Podía sentir el sudor en su frente. Se quitó el jersey y abrió la puerta de la cocina.

La detective estaba terminando su café.

Lyra Cross no sabía por qué se sentía así, pero sí sabía que el Dr. Harris le hacía sentirse muy segura. Y justo ahora, realmente no quería decepcionarle.

Fuera de la habitación del hospital de Lexi, Yorke y Patricia se abrazaron. Fue un abrazo más intenso que el de la noche anterior cuando se habían reunido después de varios días separados. De hecho, durante el abrazo, Yorke se dio cuenta de que Patricia le estaba utilizando para mantenerse en pie.

—Su cara, Mike... antes de que la llevaran a cirugía. Su cara...

—El médico acaba de decirme que todo ha ido bien.

—...Estaba tan pálida. Como los cuerpos que veo.

—Deja de pensar así...

—*Los que veo día tras día*.

Él se separó del abrazo y sostuvo a Patricia por los hombros. La miró a los ojos enrojecidos. —Se pondrá bien.

—Casi le arrancó la vida a golpes.

—Y ahora se recuperará.

Yorke besó a su mujer en la frente y luego entró en la habitación del hospital para ver a Ewan y Lexi.

Saliendo de la niebla, Gardner esperaba que lo que acababa de experimentar fuera una pesadilla. Pero cuando los fragmentos rotos se fueron uniendo frente a ella, se dio cuenta de que era un pensamiento ilusorio.

El rostro del Dr. Louis Mayers se esculpió desde el caos, y una mano se cerró sobre su cara para ahogar su grito. Su obsesión por encontrar a Topham la había llevado directamente al infierno...

...Gardner se había dirigido directamente a la casa de los Cross después de que Lyra le proporcionara la dirección. Le llevó media hora a pie desde el café hasta Chapel Allerton usando el móvil para orientarse. De camino, consideró contactar con Yorke para ponerle al día pero decidió no hacerlo. Parecía completamente traumatizado por la noticia sobre Lexi y conducía a saber a qué velocidad. Era más seguro darle algo de espacio.

Cuando llegó a la calle donde vivía la familia Cross, vio que muchos residentes habían decorado sus casas con luces navideñas. La residencia de los Cross había colocado un reno parpadeante en el jardín delantero.

Después de haber tocado el timbre varias veces, oyó la voz de un joven detrás de la puerta. —¿Es usted la inspectora Emma Gardner?

—Sí. ¿Quién es?

—Matt, el hermano de Lyra. ¿Podría venir por la parte de atrás? No tengo la llave de la puerta principal, y mi padre acaba de

preparar café en la cocina.

—Sí... sin problema.

La nieve se había acumulado considerablemente alrededor de la casa, y Gardner se alegró de haber optado por unas botas resistentes. Estaba resultando ser un final de año particularmente frío, y Gardner agradecía, más que nunca, su trabajo en Marks and Spencer. El considerable descuento para empleados le había permitido renovar su vestuario de invierno.

En el jardín trasero, Gardner notó los dos robles en la parte posterior. Estaban uno al lado del otro como un par de centinelas. Sus ramas retorcidas y cubiertas de nieve parecían extenderse, tensas y listas para atacar. Se estremeció.

Detrás de ella, una puerta corredera del patio se abrió. Supuso que el joven delgaducho que llevaba pajarita y una chaqueta de tweed marrón era Matt. —Por favor, entre —dijo, metiéndose su pelo negro con corte a cortina detrás de las orejas.

—Lyra no me dijo que tenía un hermano —comentó Gardner.

Matt dio varios pasos atrás para permitir a Gardner acceder por la puerta. —Probablemente avergonzada de mí. —Su sonrisa fue incómoda. Claramente no estaba acostumbrado a intentar hacer humor.

Al entrar por la puerta del patio, preguntó: —¿Tu padre?

—En la cocina. Quiere saber si viene alguien más. Solo ha hecho café para tres.

—No, solo yo. —Gardner miró a su alrededor. Era una especie de despacho—. ¿Tu madre no está también?

—No. Murió, me temo... el año pasado.

Dos cosas molestaron a Gardner sobre esto. Mientras él cerraba la puerta corredera del patio detrás de ellos, ella le interrogó sobre la primera cosa. —Lo siento... Lyra no mencionó eso.

—¿No lo hizo? —Matt cerró la puerta del patio con llave y se metió la llave en el bolsillo. Se dio la vuelta—. Le ha costado aceptarlo.

La segunda cosa que molestó a Gardner fue la manera pragmática de Matt al hablar de la muerte de su madre. Carecía de emoción.

Con el ritmo cardíaco ligeramente acelerado, Gardner miró alrededor del despacho. Un escritorio, un ordenador, un sofá largo y paredes vacías. La decoración revelaba poco. —¿Tu padre trabaja aquí?

—Sí.

—Estaba pensando que algunas fotografías quedarían bien.

—Odia las distracciones.

—Vale, ¿podemos ir a hablar con él? Realmente necesitamos...

Se oyó un gemido fuerte desde algún lugar de la casa. —¿Qué ha sido eso?

—Nuestro perro.

—No sonaba como un perro.

—Lo era.

El corazón de Gardner latía aún más rápido ahora. —¿De qué raza?

—No estoy seguro, un perro grande. Tendrás que preguntarle a mi padre.

—¿No sabes la raza de tu propio perro?

Matt negó con la cabeza pero no respondió.

Ella oyó el gemido de nuevo. Sintió una oleada de adrenalina. *No era un perro.*

Gardner abrió la puerta del despacho.

—Puede esperar aquí... —dijo Matt desde detrás de ella.

Ella le ignoró y caminó hacia el pasillo. Más decoración anodina. ¿Dónde estaban los adornos navideños? ¿Había sido el reno del jardín una estratagema?

De nuevo, el gemido...

Sintiendo bilis en la boca, se dirigió hacia el sonido y abrió la puerta que le bloqueaba el paso.

Por un momento, todo parecía normal. La cocina tenía un exuberante árbol de Navidad en la esquina; una gran mesa de comedor en el centro de la habitación con manteles individuales y un molinillo de pimienta; un televisor montado en la pared reproduciendo la película *Toy Story*; y un hombre grande de espaldas a ella, de rodillas, acariciando a su perro.

Pero aún no podía *ver* al perro, y entonces se escuchó ese gemido de nuevo.

Un brazo humano se deslizó alrededor de la cintura del hombre corpulento. Se le cortó la respiración. El hombre giró la cabeza para mirarla, con una amplia sonrisa chorreando de su rostro. Se veía tan diferente sin bigote, pero era él. Desesperadamente buscó un arma mientras él se ponía de pie. Se lanzó hacia el molinillo de pimienta. Su mano lo agarró justo cuando Mayers dio un paso a un lado para revelar lo que había estado acariciando.

Sintió que su mundo ardía.

Acurrucado en el suelo, desnudo, con el brazo que había abrazado la cintura de Mayers todavía extendido frente a él, estaba lo que quedaba de su amigo, Mark Topham. Su cabello había desaparecido y había perdido más de la mitad de su peso corporal. Para otros, podría haber sido irreconocible, pero no para Gardner. Cuando has compartido tantas penas con una persona, que a su vez ha compartido tantas de sus penas contigo, no hay equivocación posible. Un vínculo forjado a partir de emociones no puede disfrazarse con ninguna apariencia física.

Demasiado aturdida para llorar, Gardner emitió un único jadeo que pareció morir incluso antes de salir de su boca. Quería ir hacia él, abrazarlo, consolarlo, protegerlo, ayudarlo... pero ahora, las manos de Matt la sujetaban. El molinillo de pimienta se hizo añicos en el suelo.

—Déjala —dijo Mayers—. Deja que vaya con su amigo. Deja que vea.

Sin preocuparse por su propia seguridad, Gardner se acercó a Mark y se arrodilló frente a él. Su rostro estaba marcado por tejido cicatrizado, y su cabeza rapada estaba cubierta de hendiduras blancas. No parecía temerle, pero tampoco había reconocimiento en sus ojos. Solo curiosidad.

Por miedo a herirlo más con su compasión, contuvo las lágrimas. Le mostró su mano y la movió lentamente hacia él, para que pudiera ver que no pretendía hacerle daño, y que solo quería tocarlo.

Su palma se posó en la mejilla de él, y sintió que sus entrañas se derretían.

Él gimió de nuevo, y ella temió que se apartara. Pero persistió y mantuvo su mano allí hasta que él se calmó, cerró los ojos y suspiró.

Y entonces, a pesar de sus mejores esfuerzos, vinieron las lágrimas. —Mark... lo siento... lo siento *tanto*... —*Llegué demasiado tarde... demasiado tarde. Te fallé.*

Bajó la mirada hacia su cuerpo *destrozado*.

Además de la desesperación, una emoción más reciente comenzó a surgir en ella cuando vio los retorcidos bultos de carne donde deberían estar sus genitales. Rabia.

Miró furiosa a Mayers y Matt. —*¡Monstruos!*

—Está más feliz ahora que cuando llegó a mí —dijo Mayers.

—Voy a mataros. *A ambos.* —Mostró los dientes y comenzó a ponerse de pie.

Notó, demasiado tarde, la sierra de podar extendida en las manos de Matt. Él la blandió y todo se disolvió...

... en ese pequeño puente entre la consciencia y la inconsciencia, Gardner escuchó hablar a sus captores. Hablaban de violencia y muerte. Hablaban de un lugar llamado el *Old Bar*, y de la marea de sangre que traería una nueva era de descubrimiento. Escuchó hablar a los monstruos y se dio cuenta de que aquí, en el corazón de la oscuridad, la verdadera maldad y la verdadera depravación encontraban un pedestal. Y desde este pedestal, las voces adquirían una forma de claridad sensata que no existía fuera de este corazón negro. Deseaba tanto estar fuera de él, pero temía que cuando estabas verdaderamente dentro, como ella lo estaba ahora, nunca más podrías dejarlo...

La mano se deslizó de su boca.

—Me alegra que se una a nosotros de nuevo, DI Emma Gardner —dijo Mayers—. No me sorprende demasiado su presencia aquí. Sospechaba que Lacey me traicionaría en algún momento. Se podría decir que es la naturaleza de la bestia. Afortunadamente, una vez que me di cuenta de mi error al revelarle demasiado en mis cartas anteriores, puse en marcha un plan de contingencia. Esperaba un ejército, Emma. Pensé que tendría que huir de nuevo. Pero parece que la suerte está de mi lado. Ha venido sola.

Gardner entrecerró los ojos. —Pero vendrán más. Está loco. Nada de lo que ha hecho, o hará, tiene sentido. Lo que le ha hecho a Mark no tiene sentido, lo que hizo en *Rose Hill* no tiene sentido, lo que planea hacer no tiene sentido. Está encarcelado en algún lugar oscuro, Mayers. Tan oscuro que adquiere una luz propia. Pero fuera de esa prisión, simplemente está loco...

Mayers levantó la palma de su mano. —Por favor, deténgase ahí, Emma. Le he dado una dosis particularmente alta de ácido lisérgico, así que está teniendo poco sentido. Quiero que conserve sus energías, para que pueda actuar cuando necesite que actúe. De la misma manera que hice actuar a Susie Long cuando conoció al amante de Mark, Neil.

—Bastardo. *Maldito bastardo.*

—Los experimentos son el nombre del juego, Emma. Y hoy, deseo ponerla en el centro de uno nuevo. Entonces, ¿está lista?

—No.

—Exactamente como pensaba, pero necesito su colaboración. ¿Alan?

El joven que se había hecho llamar Matt entró en la habitación. Llevaba una pistola y, a su lado, Topham gateaba a cuatro patas.

—Pon la pistola en su cabeza, Alan.

El joven demacrado puso la pistola contra la parte posterior de la cabeza de Topham.

—Ahora, Emma, ¿está lista?

—Sí... bastardo...

—Bien. Mi nombre es el Conducto. Soy un canal. Me convierto en la pieza que falta dentro de las personas, y permito que los pensamientos, sentimientos y comportamientos fluyan a través de mí y dentro de ellos. ¿Entiende?

Gardner no respondió.

—Alan, ¿estás listo para apretar ese gatillo?

—Sí, Conducto.

—¿Entiende, Emma?

—¡Sí! Que te jodan... ¡entiendo!

—Bien. Su recuerdo más oscuro. Vamos.

Ver a un joven de diecisiete años conectado a máquinas nunca era una visión agradable. Lo era aún menos cuando la persona involucrada era alguien muy cercano a ti. A Yorke realmente le costaba contener las lágrimas, pero lo hacía porque su hijo adoptivo, Ewan, estaba destrozado y necesitaba un pilar de fortaleza, no un adulto derrumbándose.

Durante todo el tiempo que Yorke estuvo en la habitación, se mantuvo de pie detrás de su hijo con las manos sobre sus hombros. Varias veces, Ewan levantó la mano para ponerla sobre una de las de Yorke.

Los médicos habían sido positivos. La cirugía para aliviar la hinchazón parecía haber ido bien. No había sido tan malo como pensaron inicialmente. Había motivos para ser optimistas, pero ver a una joven con la cabeza vendada, completamente inconsciente, hacía poco para aliviar las ansiedades de Yorke.

Su mente saltaba constantemente entre tres preocupaciones. La primera era el fanático religioso y padre de Lexi, Art Franco. Esperaba que sus colegas de Salisbury estuvieran haciendo lo suficiente para construir un caso que encerrara a ese cabrón. Su segunda preocupación era su respuesta al anuncio de Ewan y Lexi. Había sido inmadura y ahora le estaba carcomiendo por dentro. Había prometido estar siempre ahí para Ewan, y ahora, por extensión, para Lexi. Durante ese anuncio, no había estado ahí para nadie. Su tercera preocupación era la investigación en Leeds. ¿Qué habría descubierto Gardner? Había revisado su teléfono varias veces, pero aún no había recibido ninguna actualización. También se estaba haciendo muy tarde.

Cuando llegó la noche, les hicieron salir de la habitación de Lexi. Patricia caminó junto con Ewan hasta el aparcamiento. Mientras les seguía, Yorke le envió un mensaje a Gardner.

ALAN TOCÓ al Conducto en el hombro, obligándole a pausar su tratamiento.

—Tienes que ver esto —dijo Alan, poniendo el teléfono de la detective en sus manos. Parte de un mensaje de texto de Michael Yorke se veía en la pantalla bloqueada. *Lexi fuera de peligro. ¿Cómo ha...*

El Conducto tomó la mano de Gardner. Ya le había inducido la hipnosis, así que ella no ofreció resistencia. Presionó el pulgar de ella contra el botón de inicio del teléfono. Reconoció su huella y se desbloqueó.

El Conducto leyó el mensaje completo.

Lexi fuera de peligro. ¿Cómo te fue en el café Swan? ¿Novedades?

Michael Yorke. El detective que detuvo a Christian Severance. *¿Fue a él a quien contactó Lacey? ¿Por qué entonces no vino? ¿Era esta Lexi importante para él?*

El Conducto leyó algunos de los mensajes enviados por Gardner para captar su estilo. Luego respondió.

Me alegro mucho por Lexi. Decepcionante en el frente de la investigación. Los dueños del café están en el extranjero por Año Nuevo, y el personal no recuerda haber visto a Mayers. He dejado mensajes para que los dueños contacten, y te avisaré cuando sepa algo. Descansa ahora. x

Lo releyó con cuidado. Añadió un beso al final como hacía la detective en todos sus otros mensajes, y pulsó enviar.

El Conducto sabía que su tiempo en Leeds estaba llegando a su fin. Nunca podría regresar a la universidad, y era solo cuestión de tiempo antes de que encontraran esta casa. Antes, cuando Emma Gardner estaba inconsciente, había contactado con su fuente en Southampton. Estaban procesando otra nueva identidad. Eran rápidos y minuciosos, pero cobraban una fortuna. Tenían acceso a su dinero porque transferirían sus finanzas de una identidad a otra y se llevarían su parte durante la transferencia. El Dr. Alexander Harris, al igual que el Dr. Louis Mayers antes que él, simplemente desaparecería. Pero no antes de salir con un gran final...

Con suerte, este mensaje a Michael Yorke le compraría más tiempo. Mañana era Nochevieja, y tanto él como Alan se habían preparado exhaustivamente para las celebraciones.

Volvió a centrar su atención en Gardner.

—Entonces, dime Emma, ¿qué ves en el templo de Tezcacoatl?

Gardner estaba junto a Mayers en el viejo granero. El interior estaba iluminado por un hogar en la parte trasera. El humo negro se arremolinaba, pero se había cortado un agujero en el techo justo encima para permitir que la mayor parte del humo escapara.

—¿Por qué me has traído de vuelta aquí? —Gardner miró a Mayers.

Él señaló la carnicería que tenían delante. —Para ver a la Serpiente Arrepentida.

El asesino en serie, Terrence Lock, que se creía un sacerdote azteca, había erigido seis escalones de piedra en su improvisado templo. Se elevaban hasta un altar presidido por una estatua dorada de un metro de altura de un hombre bailando. Lock estaba arrodillado sobre Ewan, de doce años. El asesino ya había abierto el pecho del niño.

Gardner comenzó a avanzar. Mayers la cogió por el hombro. —Mira... espera...

Los ojos de Gardner se posaron en el DI Iain Brookes, el padre biológico de Ewan, que yacía muerto en un charco de su propia sangre al pie de los escalones. —Ah, Iain.

Junto a Iain, Michelle Miller, madre de una de las víctimas de Lock, estaba en una silla de ruedas. Estaba consciente pero tenía la mirada vidriosa de la demencia.

Gardner intentó moverse de nuevo, y Mayers volvió a retenerla. —Paciencia, Emma. Aquí vienes tú.

Una versión más joven y más corpulenta de ella misma fue la primera en atravesar la puerta del granero. Un Yorke de aspecto más

joven, que la seguía de cerca, anunció su llegada. —¡Policía! Terrence. Se acabó. Aléjate de Ewan.

Lock levantó un bisturí. Brilló al reflejar el fuego que ardía en el hogar.

Yorke dijo: —La unidad de respuesta armada se acerca, Terrence. Si no bajas el arma y te alejas, te dispararán.

Lock se inclinó más cerca de Ewan.

Gardner miró con furia a Mayers a su lado. —¡No sé por qué me has traído aquí, cabrón! Hice las paces con lo que hice hace mucho tiempo.

—Pero yo no elegí este recuerdo, Emma. *Lo hiciste tú*.

Yorke alzó la voz. —*Esta es tu última advertencia, Terrence. Te estoy diciendo que lo dejes y te alejes...*

—Es tu recuerdo —dijo Mayers—. Dime, Emma, ¿qué está haciendo este Lock?

—Está a punto de arrancarle el corazón a Ewan.

—¿Por qué?

—Por sus creencias. Cree que puede aplacar a las deidades. Provocar cambios...

—Enfoque interesante. —Mayers sonrió—. ¿Y quién es la anciana en la silla de ruedas?

—Michelle. Tiene demencia. La ha traído aquí para representar a *su* difunta madre. Cree que traicionó a su madre y ahora se está arrepintiendo de su traición. Quiere que ella vea el arrepentimiento.

Gardner se volvió. Mientras Yorke seguía razonando con Lock, su yo más joven se arrodilló sobre el cuerpo de Iain. Recordaba el tacto frío de su piel, sus ojos sin vida, su sangre y la pistola que encontró en sus manos.

—He visto suficiente —le dijo Gardner a Mayers—. Recuerdo todo, puedo-

—Pero ¿por qué, Emma? Estas son las experiencias que nos definen. Esta te definió a ti.

Yorke le gritaba al asesino desde abajo. —Viste morir a tu madre, Terrence. Alguien que te trajo a este mundo, te amó, y tú te quedaste ahí sentado, y la *viste* morir.

Lock se puso de pie. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que podría desgarrarse todos los músculos de la cara. —*¡Cállate!*

—¿Estamos cerca, Emma? —le dijo Mayers—. ¿Tu momento decisivo viene como resultado de esa pistola que veo en tu mano? ¿Es eso lo que te cambió?

—*¡Que te jodan!* —dijo Gardner.

—No soy el enemigo, Emma, simplemente el canal...

Un gemido espantoso y fuerte desgarró el granero. La espalda de Ewan se arqueó. Golpeaba su cabeza de lado a lado mientras la espuma brotaba de las comisuras de su boca y sus ojos se ponían en blanco. Yorke había llegado al primer escalón, pero todavía estaba demasiado lejos.

Se oyó una fuerte serie de golpes.

—Es Michelle, la madre sustituta —dijo Gardner—. Está golpeando con el pie, distrayendo al cabrón.

—¿Y adónde vas? —dijo Mayers, señalando a su yo más joven, que ahora se movía hacia Yorke y el pie de las escaleras.

—Ah, Dios —dijo Gardner—, por favor... otra vez no...

Michelle abrió la boca. —¡Paaaara!

Los ojos de Lock estaban muy abiertos e inmóviles mientras miraban a la mujer a la que consideraba su madre.

—¡Para! —Esta vez el uso de la palabra por parte de Michelle fue breve y cortante.

Lock miró a Ewan y luego a Michelle de nuevo. Quitó las manos del pecho de Ewan y dijo: —Pero madre, lo hago por ti.

Gardner quería cerrar los ojos pero no podía.

—El precio de la entrada, me temo —dijo Mayers—. Estás aquí para ver todo el-

Sonó un fuerte estruendo y Lock se agarró la garganta con ambas manos; el bisturí se le escapó de las manos y repiqueteó contra el escalón superior. Se puso de pie mientras la sangre brotaba entre los huecos de sus dedos. Todavía con expresión confundida, e incapaz de apartar la mirada de la mujer que creía que era su madre, extendió hacia ella una de sus manos ensangrentadas. Allí se quedó vacilante en el sexto escalón, hasta que no pudo mantenerse en pie más tiempo, y entonces se desplomó. Sus huesos crujieron

mientras rebotaba de un escalón implacable al siguiente antes de que su cabeza finalmente estallara en el último.

—Buen disparo, Emma —dijo Mayers.

Gardner no habló, sintiendo de nuevo la fuerza del momento. Observó cómo el cuerpo tembloroso de Lock quedaba inmóvil debajo de una urna con serpientes entrelazadas. Fue la única vez que había matado a alguien.

—He hecho las paces con ello —dijo.

—Te creo.

—Lo he aceptado.

—No lo dudo.

Se volvió para enfrentarlo. —Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Por la energía que hay aquí... ¿puedes sentirla?

—Estás loco.

—¡El aire prácticamente crepita con ella!

—¿Qué quieres?

—Usarla. Aprovechar ese poder. Hacer que hagas lo que yo quiero que hagas.

—Estás delirando. No importa cuántas drogas me des. Nunca haré ni una sola cosa que digas.

—Cuando esta noche termine, no tendré que decir nada. ¿Estás lista para rebobinar, para que podamos volver a empezar?

20

31 DE DICIEMBRE

CUANDO YORKE DESPERTÓ en el sofá, maldijo y empezó a buscar a tientas su móvil. Se había quedado dormido ridículamente temprano. No le sorprendió ver que Rosset había intentado llamarle tres veces la noche anterior. Había puesto su teléfono en silencio en el hospital y luego se había olvidado de volver a activar el sonido.

También le decepcionó no tener ningún contacto de Gardner. Volvió a leer su mensaje de anoche. Evidentemente, aún no había tenido noticias de los dueños de la cafetería que estaban de vacaciones. Intentó llamarla. No hubo respuesta.

Le envió un mensaje: *Maldita sea, Emma. Normalmente no puedo quitarte de encima. No me dejes tirado ahora. Llama.*

Después llamó a Rosset. Empezó con una disculpa por haber puesto su teléfono en silencio.

—No te disculpes, Mike. Parece que pasaste un infierno ayer.

—¿En qué punto estáis?

—Cuando te fuiste corriendo al sur, conseguimos los datos de contacto de los dueños de la cafetería, Lydia y Malcolm Cross.

Yorke se levantó y se estiró. Esperaba oír lo mismo que le había dicho Gardner, que los dueños estaban en el extranjero de vacaciones por Año Nuevo...

—Fuimos a hablar con ellos.

—*¿Cómo dices?* —Yorke sintió que se le helaba la sangre.

—Sí, pero desafortunadamente no pudieron identificar a Harris. Así que después fuimos a la cafetería y hablamos con la hija, Lyra Cross, que trabaja allí varias horas al día cuando no está en la Universidad de Leeds. Y, aunque no lo creas, a pesar de estudiar psicología, tampoco lo reconoció. Dijo que el nombre le sonaba familiar, pero que no daba clases en ninguno de sus módulos.

Yorke caminaba de un lado a otro. *Piensa, piensa, Mike, piensa...*

¿Por qué Emma habría enviado ese mensaje?

Piensa...

Dios mío...

Se apoyó contra la pared para mantener el equilibrio.

Ella no envió ese mensaje.

—Mayers tiene a mi amiga, señor.

—¿Tu amiga? ¿De qué estás hablando?

Después de explicarle quién era Gardner y lo del mensaje sospechoso, se preparó para la reprimenda.

Y la recibió. Por partida doble.

Entonces, dijo:—Lo sé, señor. Écheme la bronca más tarde, pero ahora tenemos que encontrar a Emma.

—Bueno, hemos estado buscando a Mayers en esta zona, pero no estamos más cerca. Las cámaras de vigilancia no han dado ningún resultado. Nos está costando encontrar testigos...

—Emma estuvo en la cafetería *ayer*, justo antes que usted. Iba a pie. Probablemente caminando. ¿Cómo encontró a Mayers? O ¿cómo supo Mayers que ella estaba allí? Un momento... por supuesto... esta chica, Lyra, sabe *algo*. Tiene que saberlo.

—Es una chica de diecinueve años...

—Probablemente él está en su cabeza, como está en la cabeza de todo el mundo. Ella le avisó a Mayers de que íbamos tras él, y se llevó a Emma. Necesita detener a Lyra ahora.

Después de terminar su llamada con Rosset, Yorke habló con Patricia.

Ella se llevó la mano a la boca cuando él le explicó el peligro en el que se encontraba Gardner.

—Lo siento mucho, voy a tener que irme otra vez. Odio dejarte en medio de todo esto.

Ella le entregó las llaves del coche. A él se le formó una lágrima en el rabillo del ojo. Ella lo abrazó.

En la sala de interrogatorios, Rosset sintió lástima por Lyra Cross. Apenas podía terminar una frase sin tener que coger un vaso de agua con mano temblorosa. Ya había tenido que rellenárselo tres

veces y solo llevaban un par de preguntas. Pero no había tiempo para la compasión, no ahora que Emma Gardner había desaparecido y, potencialmente, estaba en compañía de un monstruo.

Ayer, Lyra le había dicho a Rosset que no conocía a Harris, y él había sonreído y se había marchado. Hoy, confiando en la intuición de Yorke, Rosset insistió e insistió, casi con agresividad. Le habló sobre la hipnosis, le mostró repetidamente la foto de Harris y le explicó que el doctor era un hombre muy peligroso.

Finalmente, ella abrió los ojos de par en par. —*¡Sí lo conozco!*

Rosset sintió una oleada de adrenalina. —¿Cómo?

Ella pensó un momento y palideció. —Esto no está bien... ¿por qué lo olvidé? *¿Cómo pude olvidarlo?* Venía semanalmente durante el curso. Tuvimos muchas conversaciones. ¿Qué me ha hecho?

—Te ha manipulado. Quizás hipnotizado.

—Sí... puedo sentirlo en mi mente... es tan difícil de describir. Es horrible.

Rosset le mostró una fotografía de Gardner. —¿Reconoces a esta agente de policía?

Ella se llevó la mano a la boca. —¡Oh Dios, sí! Vino buscándolo, como usted.

—¿Y qué pasó?

—¡Mierda! Creo que me puse en contacto con él. Es confuso... pero *creo* que lo hice. —Lyra empezó a llorar—. Le avisé.

—¿Y luego qué?

—Oh no, *¡la envié a verlo!* ¿La he puesto en peligro?

—¿Adónde la enviaste?

Lyra cerró los ojos y estuvo en silencio durante aproximadamente un minuto. Finalmente, dijo: —Lo siento, simplemente no puedo recordarlo. Es como si lo estuviera viendo en una pantalla de televisión. *Sé* que soy yo, pero parece que sucede separado de mí. Puedo verme a mí misma entregándole un papel con la dirección escrita, pero no puedo ver las palabras.

Rosset se recostó en su silla y se contuvo para no suspirar. —¿Cómo te sentías mientras hacías lo que él quería que hicieras?

—Es difícil de explicar... como si estuviera a salvo de cualquier daño.

—¿Por qué podría ser eso? ¿Te preocupa que alguien te haga daño?

—No.

—¿Tus padres te han hecho daño alguna vez?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿sobre qué te ha hecho sentir paranoica el Dr. Mayers, perdón, el Dr. Harris?

Ella se secó las lágrimas. —No lo sé. Solo sé que él me hace sentir a salvo sea lo que sea.

Rosset continuó la entrevista durante algún tiempo, pero cuando se hizo evidente que no iba a ninguna parte, le rellenó el vaso de agua, le dio una palmadita en el brazo y le preguntó si estaba dispuesta a ver a un psicólogo para intentar descubrir más. Ella aceptó.

Cuando salía de la sala de interrogatorios, ella dijo:

—Hay una cosa.

Él se volvió.

—Es una tontería, en realidad.

Comenzó a caminar de vuelta a la mesa.

—Hay un sueño que tengo repetidamente. No... lo siento, no tiene sentido.

—Por favor, señorita Cross, continúe.

—Entro en esta casa.

Rosset asintió.

—Es como si me atrajera. La puerta principal está abierta para mí.

Esto es algo, pensó Rosset. *Esto es realmente algo.* —¿Y?

—Y lo siguiente que sé es que estoy sentada en una habitación oscura —hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Su mano temblaba más que nunca.

—¿Y luego?

—Eso es todo. Nada. Te dije que no tenía sentido. Solo estoy sentada ahí. En la oscuridad. Sola.

—¿Cómo te sientes entonces?

—Vulnerable. Paranoica. Como si algo pudiera ocurrir.

—¿Hasta?

—Hasta que me despierto.

Mayers podría haber puesto esa experiencia en su cabeza para crear la paranoia, pero aun así, no les decía dónde estaba Mayers. A menos que... ¿la hubiera llevado allí en realidad?

—¿Podría describir la casa?

—Sí... pero podríais ir allí si queréis.

Los ojos de Rosset se ensancharon. —¿Sabes dónde está?

—Es una casa real. Está en Hyde Park Road, cerca del pub.

La garganta de Rosset se secó y alcanzó su vaso de agua.

El Conducto disfrutaba con un paciente difícil.

La mayoría estaban tan dañados por su TEPT que acudían voluntariamente, pero ocasionalmente había algunos, como la detective Emma Gardner, que se resistían. Eso hacía que el resultado fuera aún más gratificante.

A pesar de haber trabajado con ella durante toda la noche a costa de no dormir, no estaba cansado. La adrenalina le mantenía concentrado. Era afortunado por disfrutar tanto de su trabajo cuando muchos no lo hacían.

También había sido una distracción bienvenida tras una noche emotiva en la que se había despedido de su mejor sujeto, Alan. El joven pasaría sus últimas veinticuatro horas solo. Había sido una decisión necesaria. Alan estaba experimentando cierta vacilación con el gran plan porque idolatraba al Conducto y no deseaba separarse de él. Veinticuatro horas separados deberían romper esa dependencia y permitir a Alan encontrar realmente su independencia. Entonces, el mundo recibiría el Año Nuevo más extraordinario que jamás hubiera tenido.

Así que, ayudado por sus terapias farmacológicas, hipnosis y su tradicional terquedad, el Conducto había llevado a Gardner una y otra vez al corazón de su trauma, y había cambiado la narrativa.

Ahora, la detective estaba sentada en la cocina, con la cabeza gacha, un fino hilo de baba que iba desde su labio inferior hasta la

mesa de roble, mientras él se arrodillaba junto a su leal perro y acariciaba su cabeza marcada por última vez.

—A pesar de todos tus defectos como ser humano —dijo el Conducto—, realmente has sido el mejor amigo del hombre.

El perro hociqueó la mano de su amo.

El Conducto volvió a mirar a Gardner, que empezaba a moverse. El fino hilo de baba se rompió, y su mano se cerró alrededor de la pistola que el Conducto había colocado allí para ella.

MIENTRAS HOCIQUEABA la mano de su amo, Topham sintió a la vez asombro y repulsión; satisfacción y vacío; protección y amenaza. El mundo se había convertido de repente en un caleidoscopio. Una mezcla agotadora de *todo*. Una tormenta de emociones.

Necesitaba a su amo pero lo *odiaba*. Y a pesar de odiarlo, también lo amaba.

Topham se dio cuenta de que antes, *mucho antes*, él era otra cosa, *otra persona*. Pero la verdad estaba tan cubierta por la oscuridad que simplemente no podía alcanzarla. También podía sentir dolor en la negrura. Un dolor tan grande, tan insondable, que viajar de nuevo a esa oscuridad podría ser su fin.

Esta mujer formaba parte de esa verdad. Ella había venido de ese lugar oscuro.

Cuando la vio por primera vez, había sentido poco, pero cuando ella tocó su cara, sintió *todo*. Ese caleidoscopio, esa mezcla, esa tormenta... pero en lugar de ser arrastrado por esa tumultuosa marea de sensaciones, se sentía *calmado*.

Y se dio cuenta de que no todo en esa oscuridad era malo. Que también había habido bondad allí.

Entonces un nombre salió arrastrándose del vacío, como la mano de un ser querido muerto hace tiempo.

Emma.

El Conducto aplicó algo de crema hidratante en el cuello de su mascota, debajo del collar metálico que estaba encadenado a la anilla en la pared. La piel del animal a menudo se irritaba y dolía. —Adiós, Mark.

El Conducto se levantó y se volvió hacia la detective. Sus ojos estaban ahora abiertos, y sostenía la pistola con ambas manos.

Era el momento. Estaba lista.

Mediante la hipnosis, el doctor la llevó de vuelta a la noche en que mató a alguien. Excepto que el Conducto había alterado significativamente el recuerdo.

En esta nueva narrativa, la mitología azteca ya no existía. Tampoco las estatuas ni la anciana en silla de ruedas. Pero la crème de la crème de la nueva versión era que el asesino original, Terrence Lock, había sido reemplazado por un nuevo enemigo. Un policía corrupto, retorcido y amargado, que había pasado años al servicio de la familia Young, apoyando su siniestra red de crimen organizado. Este policía corrupto había sido descubierto por el DI Iain Brookes, quien había pagado la verdad con su vida. Yacía muerto, mientras su hijo, Ewan, era despedazado por el policía en alguna forma retorcida de venganza.

El DI Mark Topham ciertamente no contaba con que el DCI Michael Yorke y la DI Emma Gardner interrumpieran su sangriento adiós.

En la nueva narrativa, Gardner tenía su pistola apuntando a Topham. No podía permitir que Ewan Brookes fuera descuartizado más allá del reconocimiento. Así que le había dado dos advertencias, y cuando él se negó a retroceder, se vio obligada a dispararle mortalmente.

Ahora, de vuelta a la realidad, sintiéndose como el titiritero supremo, el Conducto comenzó la narrativa de nuevo, excepto que esta vez, se movió a un lado, para que los ojos vidriosos de Gardner pudieran posarse en su perro, que la miraba fijamente desde al lado del árbol de Navidad.

Gardner se levantó y apuntó con la pistola a la mascota del Conducto.

—Suelta el cuchillo, Mark —dijo Gardner.

Era la primera de las dos advertencias, y el Conducto casi aplaude. La noche había sido larga, ella había sido difícil y resistente, pero como siempre, él era el vencedor.

Adiós Mark, pensó y sonrió. *Mi leal y mejor amigo.*

Los BMW X5 llegaron en fila, y el final de Hyde Park Road rápidamente pareció una zona militar. Se había utilizado un arma de fuego en la masacre de *Rose Hill*, así que no hubo oposición cuando solicitó la Unidad de Respuesta Armada.

Muchos de los agentes de Rosset se movieron para despejar la zona. El cielo estaba oscuro y la nieve era espesa, pero eso no disuadió a los curiosos de salir de sus casas para ver qué le estaba ocurriendo a uno de sus vecinos. Esto estaba lejos de ser un suceso cotidiano en Hyde Park Road.

Los agentes armados tomaron posiciones estratégicas, mientras un par de sus colegas se acercaban a la puerta principal de la casa adosada de ladrillo rojo que Lyra Cross había señalado en Google Earth diciendo: «Esa es la casa en la que entré en mi sueño. No puedo recordar cómo es por dentro. Solo recuerdo estar sentada en la oscuridad. Una oscuridad asfixiante y fría...»

Rosset observó a los agentes armados llamar y dar sus advertencias. Cuando no hubo respuesta, derribaron la puerta.

Por favor, pensó Rosset, *que esto sea el fin de todo...*

Su teléfono vibró. Vio que era Yorke quien le llamaba. Lo ignoró, esperando en cambio el sonido de disparos, o las protestas de un médico demente mientras era arrastrado a patadas y gritos fuera de la casa. Finalmente, uno de los agentes armados apareció de nuevo en la entrada destrozada.

Rosset respiró hondo. Ahí viene. *Feliz Navidad, cabrón asesino...*

El segundo agente armado salió de la casa haciendo el gesto de vía libre con ambas manos.

Rosset pateó un contenedor de basura.

—¡Suelta el cuchillo, Mark! —dijo Gardner.

Topham entendió lo suficiente como para saber que estaba a punto de morir, pero no sintió miedo. La luz había perforado la nube de oscuridad que había nublado todo lo que había venido antes de este lugar, esta casa, su amo... y aunque *todavía* no podía ver mucho en la nube, *sintió* algo. Algo que no había sentido desde hacía mucho tiempo.

Amistad.

Esta revelación explosiva le inundó con fragmentos de experiencias. Su cálido abrazo, sus cálidos labios contra su frente, su cálida mano agarrando la suya... nadie había estado ahí para él como Emma Gardner. *Nadie.*

—¡Por última vez, suelta el cuchillo, Mark!

Topham sonrió. —Eres la mejor de todos nosotros, Emma —una lágrima corrió por su rostro.

Gardner veía a Topham cortando el pecho de Ewan, pero algo no encajaba. Sus palabras no parecían coincidir con sus acciones, y su voz sonaba diferente de alguna manera...

«Eres la mejor de todos nosotros».

De nuevo. La voz de Topham estaba rota, más bestial que humana, pero *definitivamente* era él. Apretó más el dedo en el gatillo.

«Eres la mejor de todos nosotros».

Se tambaleó. Podía *verle* asesinando a Ewan, pero... esas palabras. *Esas palabras.* Significaban algo...

... Él la había llamado. Después de cometer el mayor error de su vida. Después de perder el control y matar a aquel joven.

—Lo siento, Emma. —No había habido fuerza en su voz. Él la quería. Siempre acudía a ella.

—¿Por qué?

—Por no escuchar.

—Mark, ¿qué ocurre? ¿Dónde estás?

—Adiós, Emma.

—¡No hagas esto, no me digas esto, Mark Topham! ¿Dónde demonios estás?

«Eres la mejor de todos nosotros...»

Lo seguía repitiendo. Se volvía más claro, menos áspero, cada vez. Era como si estuviera usando las palabras para aclararse la garganta.

Ewan ya no estaba. Topham estaba encorvado en el suelo, desnudo, demacrado y temblando.

Gardner dejó la pistola sobre la mesa. Se puso de pie. Estaba drogada e inestable, pero estaba aquí. Arrancada de aquella pesadilla. Se apoyó contra la mesa y miró a Topham. Su amigo.

Él también estaba *volviendo*. Sus ojos se ensanchaban. *Comprendiendo*.

Ella tropezó al acercarse a él, se deslizó hasta las rodillas y lo abrazó. —Te he echado de menos.

—Emma. —Su voz seguía ronca, más como un gruñido—. Ten *cuidado*.

Y entonces ella recordó quién más estaba allí con ella, pero ya era demasiado tarde. Sintió la presión alrededor de su cuello y fue arrancada de su lado.

—Mierda —dijo Rosset—. ¡Mierda!

Yorke contuvo sus propias frustraciones. Probablemente estaba menos tranquilo que cualquier otro en esta situación, pero si la experiencia le había enseñado algo en estos últimos años, era que el pánico ciego no te llevaba a ninguna parte. —Lo has intentado.

—Pensé que nosotros... *¡Mierda, mierda!*

Los altavoces del coche vibraron. Yorke redujo el volumen en el salpicadero. —¿Crees que ha estado allí?

—Aún no lo sé. Solo está lleno de polvo y muebles cubiertos. La casa fue embargada hace más de un año, y ha estado vacía y en venta desde entonces. Esperaba encontrarle ocupándola ilegalmente. *¡Joder!* Si ha estado allí, lo sabremos pronto. Prácticamente metí a los forenses por la puerta a patadas.

Yorke miró su navegador. —Llego en treinta minutos. Cuelgo ahora por si ella llama.

Volvió a llamar al teléfono de Gardner y le dejó otro mensaje. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho, pero aun así lo repitió, dos minutos después.

El Conducto había tardado demasiado en atacar. Aturdido por el fracaso de su narrativa de reemplazo, y rebosante de curiosidad científica ante el hecho de que sus dos sujetos estaban conectando, había dudado en hacer un movimiento. Finalmente, se había abalanzado y logrado colocar el palo de la sierra de podar sobre la cabeza de la detective y contra su cuello.

A pesar de ser corpulento y fuerte, el Conducto tendía a evitar situaciones como esta. En las profundidades de la mente, no había nadie más letal, pero en una confrontación física estaba prácticamente a prueba.

Sin embargo, parecía estar desenvolviéndose bastante bien. La había atraído con fuerza contra él. Ella tenía las manos en el palo, intentando liberarse, pero su agarre era firme.

Su perro ladró y saltó. Se oyó un ruido metálico cuando el animal fue tirado hacia atrás por su cadena, y un golpe seco al chocar contra la pared.

La detective seguía tirando del palo, y el Conducto estaba impresionado por su resistencia y fuerza, pero el doctor confiaba en que su agarre era inquebrantable.

Su perro estaba de nuevo en pie, brincando alrededor, tirando del candado en la pared.

Habló entre dientes apretados. —Quieto, perro, tu momento llegará pronto.

Cuando el Conducto notó una disminución en la resistencia de la detective, presintió la victoria. Una sonrisa se extendió por su rostro; iba a disfrutar estos últimos momentos. Abrió la boca para hablar—

Gimió de dolor.

Sin que él lo notara, la escurridiza zorra había soltado una mano del palo, la había llevado hacia atrás y le había agarrado los testículos. Para el Conducto, todo se volvió blanco resplandeciente.

Sabía que ella estaba girando bruscamente pero, atrapado en esta repentina explosión de dolor, no pudo evitar girar con ella. Al menos todavía tenía el palo...

Sintió los brazos de Mark alrededor de sus piernas. *Su perro.* Luego estaba cayendo.

JADEANDO POR AIRE, Gardner observó a Mayers rodear el árbol de Navidad con sus brazos para estabilizarse. No funcionó. Tanto él como el árbol cayeron hacia atrás en dirección a Topham.

Topham, que era delgado y fibroso, se escabulló hacia un lado mientras los pies del obeso doctor se despegaban del suelo. Gardner, todavía luchando por recuperar el aliento, se lanzó hacia la mesa para coger la pistola. Cuando su mano se posó sobre ella, oyó un chillido ensordecedor. Miró hacia atrás.

Mayers había logrado deshacerse del árbol de Navidad, pero solo para recibir a Topham, quien se había abalanzado sobre él y había hundido sus dientes en la mano del doctor.

—Quítate de encima.

Gruñendo, Topham sacudió la cabeza de lado a lado. Mayers volvió a chillar.

Topham se apartó con un trozo de carne en la boca. Haciendo una mueca, Gardner preparó la pistola para amenazar a Mayers, pero entonces su amigo se incorporó y arremetió contra el doctor nuevamente, esta vez cerrando sus mandíbulas sobre su cara.

Por miedo a darle a Topham, Gardner bajó la pistola.

Mayers se retorcía, pero esto solo parecía ayudar a Topham a clavar sus dientes más profundamente en su cara. De nuevo, sacudía la cabeza como un perro real jugando al tira y afloja con su dueño. Gardner vio cómo la piel de Mayers se estiraba mientras Topham retrocedía. Luego llegó el sonido del desgarro.

—¡Mark! —dijo Gardner.

Topham se volvió y miró a su mejor amiga. La mejilla de Mayers se deslizó de su boca. —Emma —gruñó. Mostró sus caninos ensangrentados, se volvió y fue a por la yugular.

Topham temblaba en los brazos de Gardner.

No era por el frío porque estaba acostumbrado a estar desnudo. Temblaba por el *aluvión* de experiencias. Después de que Emma hubiera perforado la nube de oscuridad, sus recuerdos habían comenzado a gotear; ahora que la perforación se había ensanchado, todo fluía. —No, Emma, no...

Estaba hecho un ovillo, y ella sostenía su cabeza firmemente contra su pecho. —Está bien. —Le acarició la cabeza—. Está bien... Te tengo ahora.

Topham tragó saliva cuando Neil, el único hombre que había amado, volvió a su consciencia. Gimoteó cuando un foco cayó sobre el momento en que Yorke le dijo que Neil estaba muerto. Lloró mientras la desesperación, la bebida, la prostitución y la autocompasión lo desgarraban como una tormenta de arena. Aulló cuando escuchó el cráneo de Dan Tillotson romperse al asestarle el golpe final.

Después, deslizó la cabeza del agarre de Gardner y se volvió para mirar a Mayers. La sangre aún brotaba débilmente de su cuello desgarrado. —Lo destruiste todo. Me hiciste destruirlo todo.

Miró su propio cuerpo desnudo. Mutilado y brillante con la sangre del doctor. —Me destruiste.

Miró a Gardner. También había manchado su ropa de sangre. Ahora tenía lágrimas corriendo por su rostro. Le acarició la cara. —¿Felicidad o lástima, Emma?

—Felicidad.

Mentirosa. ¿Cómo no ibas a sentir lástima por el fenómeno que estás abrazando?

Se acurrucó contra ella y dejó que lo abrazara fuertemente un rato más.

Más tarde, dijo: —Gracias, Emma, por venir a buscarme.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Levantó la mirada hacia sus ojos. —No puedo volver, Emma. Lo sabes.

Hubo una pausa. Él esperaba que ella discutiera. No habló.

—Me encerrarán en una jaula.

Siguió sin responder.

—Necesito que hagas una cosa más por mí.

Esta vez no hubo silencio. —Lo que sea, Mark. Haré lo que me pidas.

LAS DROGAS en el sistema de Gardner le estaban causando estragos. Su visión se nublaba y distorsionaba. Pensamientos, tanto surrealistas como afilados, giraban unos alrededor de otros en su mente. Sus emociones subían y bajaban por pendientes extremas.

Sin embargo, a pesar de todo esto, ella intentó, por su mejor amigo, mantenerse centrada en lo que él quería.

Le había quitado el collar metálico con la llave que colgaba junto a la puerta trasera; le había vestido con algunas de las ropas de Mayers que encontró en un armario del piso superior; le había llevado en el coche del doctor, conduciendo lenta y cautelosamente mientras luchaba por interpretar las líneas rectas que formaban una carretera; había retirado unos conos que bloqueaban la entrada a una antigua fábrica de ladrillos cerca de Wakefield; y había tomado un camino de tierra cubierto de nieve hasta el borde de la cantera.

Topham se inclinó y apoyó su cabeza contra el hombro de Gardner. —Gracias, Emma —. Su voz sonaba menos dañada ahora, y más como la voz que ella conocía y amaba.

—Mark...

—Te quiero, pero necesito que te vayas ahora, Emma.

—Pero, puede haber...

Él levantó la cabeza de su hombro. —Por favor... vete, conduce lejos y no mires atrás.

—Siempre hay otra...

—Yo ya debería estar muerto, Emma.

—*¡Simplemente no puedo!* —dijo ella, temblando.

—Emma, lo prometiste.

Ella miró por la ventana hacia la cantera cubierta de nieve. Parecía pacífica y debía parecer tan acogedora para Topham. Alguien que había experimentado tanto trauma durante los últimos dos años y que solo estaría destinado a más.

Se giró, se inclinó y le besó la cabeza. —Lo prometí.

Se secó las lágrimas de los ojos, esperando que él no las hubiera visto. Quería ser fuerte, por él.

Topham sonrió. —Ha sido toda una aventura, Emma.

Ella se giró, incapaz de contener sus lágrimas.

—Aléjate conduciendo, Emma. No mires. No quiero que mires.

Asintió, pero fue incapaz de hablar. Oyó cómo se abría la puerta del coche y el sonido de él al salir.

—No, espera —dijo ella, volviéndose.

Él se asomó por la puerta abierta.

—Adiós, Mark —sonrió ella.

Topham sonrió y, por un momento, con la ayuda de las drogas que recorrían su cuerpo, Gardner vio al detective fuerte y autoritario junto al que había pasado la mayor parte de su carrera. Su pelo perfecto, sus dientes perfectos y su traje perfecto.

Topham cerró la puerta. Ella apagó las luces del coche, giró el vehículo y se alejó, contenta de recordar al DI Mark Topham como el hombre orgulloso, fuerte, aunque a veces vanidoso, que nunca había tenido una mala palabra para nadie.

GARDNER ENCONTRÓ un lugar donde parar. Su mente giraba sin control y temía perder la consciencia.

Llamó a Yorke. —Estoy a salvo, Mike.

—Oh Dios, Emma... gracias a Dios... gracias a Dios...

—Ojalá siempre te alegraras tanto de saber de mí.

—¿Dónde estás? —Sonaba al borde de las lágrimas.

—En un campo, en alguna parte —. Cerró los ojos. —Me siento aturdida.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Mayers?

—Muerto, Mike. Mark lo mató —. Apoyó la cabeza contra el volante.

—¿Qué? ¿Lo encontraste? ¿Encontraste a Mark?

Lo hice. Y ahora se ha ido otra vez... para siempre. —Sí.

Todo daba vueltas ahora. El agotamiento parecía haberse apoderado repentinamente de ella.

—¿Estás bien, Emma? No suenas bien. *¿Dónde estás?*

—Con Mark —mintió. Gardner le dio a Yorke la dirección—. Ve allí. Encontrarás a Mayers.

—Suenas enferma.

—Estoy bien. Llamaré a una ambulancia después de que cuelgues. Él solo me dio *cosas*... muchas drogas... pero ya ha terminado, y estaré bien...

—Suenas a todo lo contrario, Emma. Estás arrastrando las palabras. Por favor, dime dónde estás. Conseguiré la ambulancia...

—No hay tiempo, Mike, necesitas saber que hay alguien más.

—¿Qué?

—Alguien ayudándole.

Se detuvo y se dio cuenta de que ya no sostenía el teléfono.

Podía oír la voz de Yorke a lo lejos. —Emma... Emma... ¿estás ahí?

Con los ojos cerrados, extendió la mano hacia el suelo para recuperar el teléfono.

—Emma... ¿Emma?

Cayó en la oscuridad.

Los médicos eran optimistas de que Gardner estaba fuera de peligro, así que su marido, Barry, había optado por descansar y se había instalado en un hotel cercano. Yorke, por otro lado, era un glotón del castigo y se sentó solo en la sala de espera del hospital, aguardando a que ella despertara, listo para preguntarle dónde estaba Topham para preparar su detención.

Yorke miró el reloj en la pared de la sala de espera. Era más de las once y, por tanto, casi Año Nuevo. Contactaría con Patricia justo a las doce. Lleno de disculpas, como siempre: no era la fiesta de Año Nuevo que le había prometido cuando empezaron las vacaciones de Navidad.

Yorke bebió su quinto café. Habían pasado casi ocho horas desde que Gardner fue vista en un campo por una pareja de excursionistas. Estaba agotado, y la cafeína del café instantáneo no proporcionaba suficiente impulso para sostenerlo. Recorrió la sala de espera, haciendo una mueca ante el oropel y otras decoraciones de mal gusto. Esta era una Navidad que querría olvidar rápidamente. Se detuvo ante una pared de tarjetas, dibujadas a mano y enviadas por niños de escuelas locales a los trabajadores del NHS. Era un bonito detalle.

Una de las tarjetas tenía en la portada una imagen de Papá Noel. El joven creativo se había esmerado con él usando un rotulador rojo. Recordó la descripción de Rosset sobre el cuerpo de Mayers.

Topham había hecho eso. No necesitaba esperar los resultados de ADN para confirmarlo. No había forma de que Gardner lo hubiera hecho.

Rosset no había ordenado a Yorke que acudiera a la escena del crimen, pero había intentado animarle. Si Yorke todavía hubiera estado preocupado por la advertencia de Gardner de que alguien estaba ayudando a Mayers en ese momento, habría ido para ayudar en todo lo posible.

Pero esta persona a la que Gardner se había referido ya había sido encontrada en la escena del crimen. Había sido otro "paciente" de Mayers y había sido desfigurado por el cruel psiquiatra. Saskia McLarney era biológicamente hombre pero se identificaba como mujer. El equipo de Rosset todavía luchaba por sacarle algo con sentido. La habían llenado de morfina.

—¿DCI Yorke?

Yorke se giró desde las tarjetas de Navidad. Un médico se había acercado a menos de un metro de Yorke sin que él lo notara; realmente estaba funcionando con las reservas agotadas.

—Emma está despierta y quiere hablar con usted.

—¿Debería contactar con su marido, quizás quiera verle primero?

—Normalmente, eso sería apropiado. Sin embargo, dice que es urgente hablar contigo. Cree que se va a cometer un delito.

Alan Sants, moja sus pantalones.

Alan Sants, moja sus pantalones.

Alan Sants, Alan Sants.

Alan Sants moja sus pantalones.

Era una canción que siempre le acompañaba. Acarició una de sus figuritas de barro. Como las huellas dactilares del escultor. *Grabadas para siempre en la arcilla cocida.*

Oyó al Conducto en su cabeza: «¿Es esta experiencia una mancha en ti, o es algo que podrías utilizar?»

Comprobó que sus Hombres de Barro Chinos estuvieran a cuatro centímetros de distancia y volvió a guardar la regla en su bolsa, junto a la pistola.

Miró su reloj. Era casi las once y media. Sus ojos recorrieron el *Old Bar.* La clientela difería de sus repetidas visiones compartidas con el Conducto, y la música no era tan alta, pero los temas seguían siendo los mismos.

Irregulares. Caóticos.

Desordenados.

—¡Si no es otro que el jodido Señor Pajarita!

Alan levantó la mirada. No eran las dos mujeres guapas de la otra narrativa. En su lugar, dos de las ovejas de Eddie. Habían estado allí la noche en que le empujaron al suelo. La noche en que el Conducto le tendió la mano por primera vez.

—¿Has visto a Eddie? —preguntó el primer cabeza de chorlito—. No le hemos visto en días. ¿Quizás habéis quedado aquí?

—Hemos visto cómo le miras —dijo el segundo cabeza de chorlito.

Alan sonrió.

—¿Por qué sonríes? —dijo el primer cabeza de chorlito.

Saskia. Quieres decir Saskia. Y deberías ver cómo me miró cuando se cortó la cara.

El segundo cabeza de chorlito tiró sus figuritas. —Deja de sonreír, joder.

Aún era demasiado pronto, así que Alan dejó que su sonrisa se desvaneciera, pero por dentro se reía. —No sé dónde está. —Miró fijamente a los ojos del segundo cabeza de chorlito—. *A las doce en punto, te mataré a ti primero.*

GARDNER ESTABA FUERA de la cama cuando Yorke entró en la habitación. Estaba discutiendo con una enfermera mientras se arrancaba los cables del cuerpo. Había un agente nervioso apostado a un lado de la habitación, acercándose poco a poco. Gardner aún no había sido interrogada desde la muerte de Mayers, por lo que debía permanecer bajo custodia policial.

Yorke dijo: —Eh, Emma, ¿qué...?

Ella volvió sus ojos desorbitados hacia él. —Son las doce menos veinte.

Yorke asintió.

—Tenemos que irnos, Mike, no lo entiendes...

—Explícamelo. —Se acercó a ella, puso suavemente las manos sobre sus hombros y la empujó con delicadeza hacia la cama. Estaba

pálida y tenía una fina capa de sudor en la cara.

—Hay otra persona... alguien que le ayuda. Estaban planeando algo horrible.

Con las manos aún sobre sus hombros, Yorke dijo: —Está bien, Emma. Me lo dijiste. Hemos atrapado al cómplice.

—¿De verdad?

—Sí. Estaban en la casa. Rosset me llamó.

—Gracias a Dios.

Yorke retiró sus manos, y Gardner comenzó a subir por la cama, hasta quedar sentada. El agente retrocedió. La enfermera suspiró aliviada y empezó a reconectar los cables.

—Les oí hablar —dijo Gardner—. Tenían una pistola y planeaban ir al Old Bar de la Universidad de Leeds para recibir el Año Nuevo. ¡Joder! ¿Te lo imaginas? Tan cerca de otro desastre.

Yorke sintió náuseas. Algo no encajaba. Rosset había dicho que la cara de Saskia estaba hecha un desastre... ¿cómo habría entrado en el bar sin llamar la atención? ¿Por qué arriesgaría Mayers sus planes mutilando al pistolero?

—¿Qué pasa, Mike?

Yorke ya estaba de nuevo en pie. —Descríbeme a esa otra persona, Emma.

—Pelo con raya al medio. Piel pálida. Aspecto de adolescente angustiado. Pajarita.

—¿Tenía algo raro en la cara?

—Demacrada.

Yorke podía sentir cómo le hormigueaba la cicatriz en la cara, podía sentir el frío en la parte superior del pecho. Sus sentidos estaban enloqueciendo. —Creo que hay alguien más, Emma. La persona que encontramos está demasiado malherida para hacer algo así.

Gardner apartó a la enfermera.

—No —Yorke la señaló con un dedo tembloroso—. No estás en condiciones. Estamos a un paso de la universidad. Yo puedo ir.

Miró su reloj. Todavía tenía doce minutos, pero para cuando hubiera salido del hospital, sería mucho menos.

—Sería más rápido ir a pie —dijo la enfermera.

—Lo sé —dijo Yorke, corriendo hacia la puerta. Gritó por encima del hombro—. Llama pidiendo refuerzos, Emma, y después intenta ponerte en contacto con el bar.

La última parte de la carrera era cuesta arriba. No llevaba el calzado adecuado para esto. Resbalaba y patinaba sobre la nieve. Le ardían las espinillas. Sentía cómo reaparecían viejas lesiones.

Al menos tenía una ruta despejada. La mayoría de los juerguistas de Año Nuevo ya estaban en sus locales elegidos. Mientras corría, sus ojos apenas se apartaban del reloj de la torre que se alzaba sobre Leeds.

Faltaban tres minutos para las doce cuando llegó al Edificio Parkinson, la base de la torre del reloj. Recordó la fotografía que les había llevado a Leeds apenas una semana atrás. *Mark Topham. Desaliñado. Sentado en el tercer escalón que llevaba al edificio.*

Yorke se dio cuenta de que, con todo el caos que acompañó al despertar de Gardner, no le había preguntado una de las cuestiones más cruciales. *¿Dónde estaba Mark?*

Mientras Yorke irrumpía en el campus universitario, la quemazón en sus piernas parecía extenderse por todo su pecho. Hacía años que no corría tan rápido. Esperaba que fuera un flato y no su corazón preparándose para explotar.

Dos estudiantes se interpusieron en su camino. Uno tambaleándose en todas direcciones menos hacia delante, mientras el otro vomitaba sobre su propia ropa. Desde el pie de las escaleras que conducían al local de bebidas del campus, el Old Bar, un portero corpulento estaba ahuyentando a la pareja de borrachos.

Yorke pasó como una flecha junto a los estudiantes y acabó al lado del portero. —DCI Michael Yorke.

La mano del portero se interpuso en su camino. —¿Identificación?

—Es una emergencia —Yorke hurgó en su bolsillo para sacar su placa—. ¿No se han puesto en contacto con ustedes?

—Nadie ha dicho nada —el portero levantó su radio.

—Debe de haber habido una llamada telefónica.

—Quizás, pero ¿quién la respondería? ¡Es la noche más concurrida del año ahí dentro, colega!

Yorke le mostró su placa. —Tengo motivos para creer que alguien tiene un arma de fuego en vuestro bar. Necesitamos evacuar...

Una voz fuerte resonó desde los altavoces dentro del bar. —El momento que todos esperábamos... diez...

Había llegado demasiado tarde.

—Diez.

Alan sacó la pistola de su mochila y la cubrió con su chaqueta.

—Nueve.

Se despidió con un gesto de sus hombrecillos de barro chinos.

—Ocho... siete... seis.

Ya estaba de pie y bajando las escaleras al final de la plataforma elevada.

—Cinco... cuatro... tres.

Alan se abría paso entre la gente para llegar a la barra.

—Dos.

Estaba frente al gorila número dos.

—Uno.

Dejó que su chaqueta se deslizara hasta el suelo y apuntó con la pistola a la cabeza de su objetivo.

—*¡Feliz Año Nuevo!*

Se escuchó un gran vitoreo.

—El valor es fuego —Alan apretó el gatillo.

Los empleados detrás de la barra quedaron salpicados de sangre y masa encefálica.

—Y la intimidación es humo.

—Nueve.

Yorke se deslizó junto al portero y subió las escaleras de dos en dos.

—Ocho... siete.

Yorke llegó a un pasillo que conducía a la entrada del bar. Oyó al portero gritándole.

—Seis... cinco.

Había algunos estudiantes reunidos en el pasillo, así que en lugar de reducir la velocidad, Yorke se lanzó contra la pared izquierda y se deslizó junto a ellos. Se preguntó si el portero lo estaría persiguiendo. No tenía tiempo para mirar atrás y comprobarlo.

—Cuatro... tres.

Atravesó la puerta abierta hacia el bar. Había un denso río de estudiantes entre él y las escaleras que conducían a una plataforma elevada con vista al área de la barra.

—Dos.

¿Cómo iba a atravesar aquello?

—Uno... *¡Feliz Año Nuevo!*

Un disparo.

Gritos.

Yorke se abrió paso a través del río de estudiantes. —¡POLICÍA! ¡DEJADME PASAR! —Varios estudiantes chocaron contra su firme hombro. Algunos rebotaron, jadeando por aire—. ¡DEJAD... ME... PASAR!

Otro disparo.

Yorke estaba en las escaleras ahora. Apretándose entre la barandilla baja y los estudiantes que descendían, logró subir a la plataforma elevada.

Otro disparo.

Apartó un taburete de una patada, se colocó junto a una mesa llena de vasos, se agarró a la barandilla y miró hacia abajo. El pistolero estaba a unos seis metros de distancia, de pie con la espalda apoyada en la barra. Era delgado y llevaba la pajarita que Gardner había mencionado. Varios cuerpos yacían a su alrededor. Se estaba formando un espacio a su alrededor mientras los estudiantes corrían en todas direcciones.

—¡POLICÍA! ¡SUELTE EL ARMA! —La exigencia de Yorke se vio amortiguada por los gritos.

El pistolero disparó contra la multitud. Varios estudiantes cayeron. Yorke cogió un vaso de pinta y lo lanzó con todas sus fuerzas en dirección al cabrón. Se estrelló contra la barra detrás de él. El asesino dejó de disparar mientras escudriñaba la multitud buscando la fuente del proyectil.

Yorke lanzó otro. Este se rompió junto a los pies del pistolero. Miró hacia Yorke y sus ojos se encontraron.

—¡SUELTE EL ARMA! —Yorke lanzó una botella esta vez, que golpeó el hombro del pistolero y luego se hizo añicos en el suelo.

El pistolero levantó el arma. Yorke lanzó la última botella de la mesa. Falló por un centímetro la cabeza del asesino. El cabrón estaba a punto de disparar...

El portero se levantó detrás de la barra, se estiró por encima y agarró al pistolero por el pelo, tirando de él hacia atrás. La bala impactó en el techo sobre la cabeza de Yorke. Sintió la lluvia de yeso.

El portero golpeó la parte posterior de la cabeza del pistolero contra la barra y lo dejó caer al suelo.

Chico listo... Ahora, el arma...

El hombre del momento trepó por encima de la barra y apartó el arma de una patada.

Bien...

Se arrodilló sobre el pistolero para inmovilizarlo.

Cuidado...

El portero se desplomó hacia atrás. Se agarraba el ojo.

Mierda... el cristal...

Yorke miró las escaleras a su izquierda; todavía había una acumulación de estudiantes alrededor de la parte inferior. No servía. Se impulsó por encima de la barandilla y saltó. El dolor atravesó sus rodillas y la parte baja de su espalda.

Adelante, el portero, sentado, se arrastraba hacia atrás usando sus pies. Se agarraba la cara. —Mi ojo... *mi puto ojo.*

El asesino también estaba sentado en el suelo, pero no iba a ninguna parte. Sonreía y sostenía una botella ensangrentada y rota.

Una botella que Yorke había lanzado.

Yorke levantó las manos, mostrando al sonriente asesino que estaba desarmado. Los gritos estaban disminuyendo, pero seguía siendo ruidoso, así que Yorke se acercó y habló en voz alta. —Escucha. Soy policía. Se acabó...

—*¡Mi ojo! ¡Me ha arrancado el puto ojo!*

El asesino se estremeció. Yorke miró al portero con los ojos entrecerrados. Se sentía devastado por el hombre, pero necesitaba desesperadamente que guardara silencio.

—Escucha. No controlas tus actos —Yorke avanzó, con las manos extendidas—. Mayers, Harris, el Conducto, como quiera que lo llames, te ha lavado el cerebro.

El chico sonrió. —¿Lavado el cerebro? El mundo me lo hizo mucho antes de que Harris me encontrara —Inclinó la cabeza para señalar los cuerpos en el suelo detrás de Yorke—. Él fue simplemente mi conducto hacia esto.

Yorke se atrevió a dar otro paso. —Está muerto, hijo. El Conducto está muerto.

Eso borró la sonrisa del asesino. —Mentiroso.

—Está muerto, y lamento lo que te ha hecho.

—Yo soy Alan Sants*. Nadie más es responsable.* —El chico giró la botella y se colocó el cristal afilado en el cuello—. *El mundo lo recordará.*

—Ya ha habido suficiente dolor, suficiente muerte —Yorke dio otro paso cauteloso—. Todo por culpa del hombre en tu cabeza —Extendió su mano—. Déjame ayudarte.

—*Recordadme.* —Alan se clavó el cristal en el cuello.

Yorke se tambaleó hacia delante, cayendo de rodillas. Mientras lo hacía, extendió la mano hacia Alan, esperando no haber calculado mal la distancia. No fue así. Agarró la muñeca del chico y tiró hacia atrás. La botella se escapó de las manos de Alan y repiqueteó en el suelo. Yorke la apartó de un manotazo.

Alan se deslizó hacia atrás. El cuello de su camisa ya estaba teñido de rojo con sangre.

—No puedes hacer esto —Yorke se inclinó sobre el chico—. No puedes hacer lo que has hecho y simplemente marcharte.

Alan sonrió.

Yorke alcanzó la nuca de Alan y le desató la pajarita. Luego la utilizó para limpiar la sangre de la herida e intentar evaluar el daño. Era un desastre y sangraba bastante, pero no brotaba a borbotones. Con ambas manos, presionó la pajarita contra la herida y aplicó presión.

Los gritos habían cesado. Solo se oían los gemidos de las víctimas conscientes de Alan, incluido el portero, y los murmullos angustiados de quienes habían vuelto para ayudar.

—Llegáis demasiado tarde —dijo Alan.

Yorke mantuvo la presión, con los ojos fijos en los del asesino. Todavía había vida en ellos.

Podía oír a los servicios de emergencia acudiendo en masa.

Sintió una mano en su hombro. —Nos encargaremos desde aquí.

Yorke giró la cabeza y miró hacia arriba al paramédico, que estaba junto a un agente uniformado. El policía tenía un rostro viejo y curtido. También hablaba con un gruñido. —Este es el cabrón que lo hizo. Quizás quiera saltarse a este hijo de puta.

Yorke soltó la pajarita, se puso de pie y se volvió hacia el paramédico. —Sálvelo.

El paramédico asintió.

Yorke entonces miró al agente y entrecerró los ojos. —Nadie tiene derecho a decidir quién vive y quién muere. —Señaló por encima de su hombro hacia Alan Sants—. Ni él... —levantó su dedo ensangrentado hasta el pecho del agente—... ni usted tampoco.

Tres Semanas Después

MADDEN TAMBORILEABA CON los dedos sobre la mesa mientras leía el informe del psicólogo.

—Dice que está usted en condiciones de volver.

Yorke asintió. —Siempre lo estuve, señora.

Madden soltó una carcajada. —¿Después de todo aquello? —Levantó una ceja—. Muchos se habrían derrumbado.

Yorke se encogió de hombros. —Probablemente lo hice, durante un tiempo, a mi manera, pero pasar tiempo de calidad con Patricia y mi familia me ayudó. Y luego está Rosie.

—¿Quién es Rosie?

—Mejor no pregunte —Yorke miró las marcas de dientes en su zapato izquierdo.

—He oído que la novia de su hijo estaba gravemente enferma.

—Está mucho mejor ahora, señora, gracias.

Madden se levantó y miró por la ventana. Yorke puso los ojos en blanco. Siempre hacía eso cuando estaba a punto de ponerse filosófica. —Los tiradores rara vez sobreviven a tiroteos de esta naturaleza.

—Lo sé, señora.

—O les disparan, o se suicidan.

Yorke asintió.

—Sin embargo, Alan Sants sobrevivió, gracias a usted.

Yorke se estremeció. —La herida no era profunda.

—Modestia, como siempre. Llegaste a tiempo, Mike. También prestaste atención en tu curso de primeros auxilios: ayudaste a detener la hemorragia.

—Era lo correcto.

—Sí, lo era, Mike —Se volvió para mirarlo—. Aunque hubiera matado a cuatro personas.

Yorke respiró hondo. —¿Adónde quiere llegar, señora?

—A ninguna parte, Mike. Hiciste lo correcto —Volvió a sentarse—. Emma Gardner ha vuelto a solicitar el puesto.

Yorke ya lo sabía, pero no lo dijo. Simplemente asintió.

—¿Qué opinas?

—Es una de las mejores agentes con las que he trabajado.

Madden asintió e inclinó el cuerpo hacia delante. —¿Es por eso que te la llevaste a Leeds?

Yorke debía ser cuidadoso. No podía mentir. Eso era lo que había sucedido. Todo lo que podía hacer era intentar mitigar el malestar en torno a ello.

—Ya he sido amonestado, señora. He admitido que fue un error de juicio. La puse en peligro.

—Vamos, vamos, Mike. Ella se puso a sí misma en peligro. Parece que ambos sois muy buenos en eso. En poneros en peligro *vosotros mismos*.

—Una vez más, lo siento, señora.

—Sin embargo, hay algo en vosotros dos, juntos de nuevo, que me atrae.

Yorke asintió. —Es una parte eficaz de mi equipo.

Madden asintió. —Aunque todavía hay algo que me preocupa.

Yorke la miró a los ojos. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Mark Topham?

—Trágico —dijo Yorke—. A pesar de lo que hizo, seguía siendo uno de los nuestros.

—Sí —Madden asintió—. Aunque me refería a la naturaleza de su muerte.

—Fue un suicidio, ¿no?

—¿Cómo llegó a esa vieja cantera, Mike?

—De verdad que no lo sé, señora.

—Emma Gardner pasó todo ese tiempo intentando encontrarlo, y cuando finalmente lo hizo, lo dejó escapar —chasqueó los dedos—, así sin más.

—Saltó del coche en un semáforo y salió corriendo, señora.

Madden respiró profundamente por la nariz. Se escuchó un silbido. —Sí, Mike, he leído el informe. Voy a readmitirla.

Yorke contuvo una sonrisa. Intentaba parecer arrepentido.

—Puedes irte ya, Mike.

—Gracias, señora.

Cuando se marchaba, Madden dijo: —Buen trabajo deteniendo a Mayers, Mike. Era un cabrón retorcido. Una vez más, has hecho del mundo un lugar mejor.

Era la primera vez que le felicitaba. Se volvió hacia su ordenador y comenzó a trabajar.

Yorke se quedó allí, pensando en una respuesta. Al no encontrarla, simplemente salió de la habitación.

Tres Meses Después

LACEY ABRIÓ LOS ojos.

—Ah, ahí está usted —dijo Holden.

Aquí estoy.

—Bueno, ya conoce la rutina en *mi* Habitación Azul —sonrió.

Una rutina... ahí tienes una idea.

—Parpadee una vez, Lacey, si quiere que presente mi dimisión.

Un día, después de cortarte los párpados, anhelarás la capacidad de parpadear como yo lo hago.

—Parpadee dos veces si quiere soportar lo que he traído conmigo esta noche.

Lacey parpadeó dos veces.

Holden negó con la cabeza y volvió a sonreír. —Tan obstinada, pero hay que reconocer el mérito. Su capacidad para el sufrimiento es impresionante.

No puedo esperar a poner a prueba la tuya.

Holden abrió la puerta y dejó entrar al violador en la Sala de Convalecencia.

Como siempre, Lacey soportó el proceso. Nunca la debilitaba. Solo la fortalecía. ¿Cuán equivocado estaba el Dr. Holden? Su falibilidad le proporcionaba más placer del que él jamás sabría.

Después de que el guardia se marchó, Holden cerró la puerta. Normalmente, se reía y se burlaba de ella desde la puerta. Hoy, decidió volver a acercarse a la cama.

Ella movió los dedos de su mano derecha.

¡Oh! ¡Bienvenida sensación!

Intentó mover la otra mano. Sin éxito.

Él se inclinó hacia ella. Podía oler el hedor de su aliento.

¡Es una lástima que tus drogas no puedan hacer nada contra eso!

—No me importa lo fuerte que sea, o lo fuerte que *crea* que es, Lacey, usted fracasará. Como todos los que vinieron antes que usted han fracasado.

¿Ha habido otros?

—Será un momento glorioso cuando esté sentada frente a mí en el despacho pidiendo la muerte.

Me temo que ese será un momento que solo existirá en tu mente.

Movió los dedos de su mano izquierda.

Ah, aquí viene la movilidad...

—Nos vemos mañana, Lacey. Stan ha hablado de traer a un colega mañana. Intentaré complacerle.

Holden se apartó de la cama. Lacey levantó el brazo y lo extendió. Estaba segura de que rozó la parte baja de su espalda.

Él cruzó la habitación a grandes zancadas.

Ella movió el otro brazo y giró la cabeza.

Casi allí...

Oyó el portazo y el chasquido de la cerradura.

Los músculos de su cara se contrajeron y logró esbozar una sonrisa.

Bueno... quizás la próxima vez.

Seis Meses Después

CUANDO KENNY SE sentó frente a él en The Wyndham Arms, Yorke dejó la postal y bebió su Summer Lightning más rápido. Se decía que la única manera de comprender completamente la pronunciación arrastrada e irlandesa del viejo era uniéndose a su estado de embriaguez.

—Cuánto tiempo sin verte, amigo.

—Ha sido un año muy ocupado, Kenny.

Kenny señaló su propia mejilla, refiriéndose a la cicatriz en la cara de Yorke. —¿Has encontrado al cabrón que te hizo eso?

Yorke negó con la cabeza. —Eso fue hace tiempo.

—Nunca entenderé cómo lo hacéis vosotros —hizo una pausa para dar un trago a su cerveza—. Eso de atrapar criminales.

—Es como cualquier trabajo, en realidad, simplemente te levantas y lo haces.

—Pero atrapas a uno, solo para que aparezca otro. A veces debe parecerte que te persigues la cola.

Yorke se rio. —Algo así —terminó su pinta.

Kenny señaló a Yorke y asintió con la cabeza. —Hay una cosa que siempre he tenido clara sobre ti.

—Adelante.

—No eres un solitario. ¿Yo? —Giró las palmas en el aire—. Yo prospero como tal.

Yorke sonrió. —¿Adónde quieres llegar, Kenny?

—La gente confía en ti. Te necesitan. Prosperan en tu presencia.

—Amables palabras, Kenny, pero necesitas volver a la cerveza de sesión y moderar esa bebida...

—¿Por qué estás sentado solo, Michael?

—Me apetecía.

—La gente como tú no nació para sentarse sola. Ahora, ese otro tipo, por otro lado... con el que normalmente te veo... —chasqueó los dedos—... Jake... él sí que es alguien a quien puedo imaginar sentado solo. No se relaciona con tanta facilidad como tú, ¿sabes a lo que me refiero? ¿Dónde está el grandullón, por cierto?

Yorke tuvo dificultades para responder.

Los ojos de Kenny se abrieron de par en par. —No estará...

—No —dijo Yorke, mirando la postal—. Nada de eso.

Yorke le pasó la postal.

Kenny se bajó unas gafas que tenía en la frente.

Entrecerró los ojos mientras la leía. —«Más despacio, viejo amigo» —miró hacia arriba—. ¿Qué significa?

—Yo solía volverle loco por conducir demasiado rápido. A pesar de su aspecto rudo, Jake es el conductor más cuidadoso que existe. Lento, si me preguntas —Yorke se encogió de hombros y señaló la tarjeta en la mano de Kenny—. La recibí esta mañana.

Kenny dio la vuelta a la postal y miró el faro blanco en un acantilado escarpado. Leyó el nombre del lugar. —Bass Harbor Head Light, Mount Desert Island, Maine. Bastante lejos...

—Sí —dijo Yorke, asintiendo—. Nueva Inglaterra.

—¿Vacaciones?

Yorke suspiró. —No lo sé, Kenny. Lleva mucho tiempo fuera ya — se puso de pie—. Quédate aquí, Kenny, mientras voy a por otra pinta. No quiero beber solo.

Kenny asintió. —Sí, señor.

Continúa el viaje con el DCI Michael Yorke mientras se reencuentra con su viejo amigo, Jake Pettman, en Better the Devil...

Agradecimientos

Antes de nombrar y agradecer a todas las maravillosas personas que me han apoyado en este viaje hasta ahora, ¡me gustaría detenerme, respirar y considerar qué aventura tan salvaje ha sido esto! Nunca imaginé que Yorke encontraría tantos lectores como lo ha hecho, y estoy extremadamente orgulloso de lo que ha logrado en sus siete aventuras. Aunque Navidad con el Conducto es el último thriller del DCI Yorke, ciertamente nunca descartaría el regreso de este gran detective y, con suerte, algún día podría volver en otra serie.

El mayor agradecimiento debe ser para mi esposa. Jo hace que todo esto sea posible. Es su apoyo y ánimo lo que realmente me mantiene centrado y en el camino correcto.

También me gustaría dar las gracias a otros miembros de mi familia, Janet, Peter, Ian y Eileen por apoyarme durante mis «vacaciones creativas», que pueden descender, sin previo aviso, en cualquier momento de cualquier día y dejarme bastante distraído. Gracias a Hugo y Bea, que siguen recordándome lo importante que es disfrutar de cada minuto de cada día.

Gracias, como siempre, a Jake, que siempre está ahí para desafiar y criticar (¡constructivamente!). Un enorme agradecimiento de nuevo a Debbie de *The Cover Collection*, que volvió a hacer un trabajo excepcional con la portada. Gracias a Aubrey Parsons, que continúa dando vida a Yorke y compañía en los audiolibros.

Gracias a Jay Arscott, Kath Middleton, Jo Fletcher, Karen Ashman y Jenny Cook por su implacable labor de edición. Gracias a todos mis lectores beta que se tomaron el tiempo para ayudar a encauzar a Yorke: Keith, Carly, Russ, Donna, Holly y Alex. Gracias a los blogueros que siguen respaldándome: Shell, Susan, Dee, Caroline y Jason.

Espero que hayáis disfrutado del especial navideño de Yorke, y espero que todos me acompañéis a mí y a Jake Pettman cuando se tope con un extraño pozo en un pequeño pueblo llamado Blue Falls en Nueva Inglaterra...

Reseña

Si has disfrutado leyendo **Navidad con el Conducto***,* por favor dedica unos momentos a dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.